

JOSÉ ANTONIO PRADES



EMBRUJO
DE
MUJER

José Antonio Prades

Embrujo de mujer

© José Antonio Prades Villanueva

joseantoniopv06@hotmail.com

Portada: Javier Arroyo

Ilustraciones por cortesía de Pixabay

Todos los derechos reservados.

No está permitida la distribución ni la reproducción íntegra de toda la obra o de relatos independientes sin permiso expreso del autor. La reproducción parcial debe incluir la referencia al autor.

Índice

PREÁMBULO

- I.– Lucía
- II.– Marina
- III.– Beatriz
- IV.– Anais
- V.– Dulce
- VI.– Nuria
- VII.– Raquel
- VIII.– Teresa
- IX.– Almudena

INÉS

En Zaragoza, a 1º de octubre de 1.989

Siete años después, me dispongo a contarlo.

Antes no pude.

Según mi profesor de Ciencias Naturales, en ese tiempo hemos renovado todas nuestras células. Puede que ahí resida la razón para ponerme a contar esta historia precisamente hoy, porque si la afirmación es cierta, ya no tengo nada que ver con aquel Juan Lozano (yo) del 82, un niño casi imberbe que desearía borrar de mi recuerdo.

Salgo ahora de un mundo oscuro y no sé lo que me espera ahí afuera. Necesito darle luz con tu compañía. Serás mi lector y te tendré a mi lado en un juego con el tiempo para que aprietes mi mano cada vez que el vértigo me incite al escape del exorcismo necesario para sacar de mi vida este lastre del pasado.

PREÁMBULO

Mi padre me dijo adiós sin bajar del coche. Me dejaba frente a la puerta del colegio mayor porque el siguiente lunes –era sábado–, me incorporaba a las clases de la universidad, tercero de Filología Hispánica. Llegamos de madrugada, habíamos salido de casa al anochecer, después de la cena –mi padre trabaja de día todos los días– y, como en años anteriores, pasaban de las dos y media de la mañana cuando nos despedíamos. El hombre condujo rápido y seguro, con ganas de llegar a nuestro destino. Me habló largo y tendido de sus negocios, de propuestas novedosas y avances de vanguardia, me habló sin deseo de que le contestara, algo de por sí obvio ya que no le entendía una palabra. Fue un viaje aburrido, como de costumbre. A tramos me desconectaba para lanzarme a fantasías de colegial, y al regresar decía: "Sí, papá". Estoy seguro de que él no me oía, no me habría oído ni el mayor insulto que le hubiera proferido, pero en fin... cada cual encuentra la felicidad a su manera. El hombre se despidió con su habitual: "Hasta la vista, hijo", y se marchó de vuelta. Ni siquiera respondí, entré al colegio, desperté al conserje, le pedí la llave, subí a la habitación, tiré la maleta y me senté.

Nada había cambiado.

Suspiré como quien se resigna a la fatalidad del destino y busqué sin ilusión algo de novedad.... ¡Qué congoja! El ambiente se presentaba igualito que en los cursos anteriores: los mismos muebles, la misma cama, la misma cortina, las mismas baldosas, las mismas paredes... Ver así la habitación, tan insulsa, me derrotó; era como sentirse encerrado en una celda de monasterio con la inútil paradoja de que debería sentirme liberado. Me tumbé sin ánimo

para deshacer las maletas, sin ánimo para pensar o hacer otra cosa que autocondolarme de la “dura” rutina que me venía. Todo tan idéntico, tan desangelado... Y mi imaginación era incapaz de romper el desencanto –lo intentaba, lo juro, no soy masoquista–. El techo se me venía encima, las estanterías vacías me atacaban como monstruos de repetición alargando y encogiendo sus barras de metal para crear rejillas de calabozo. Nada presagiaba el curso tan movido que tenía en puertas, regresaba a la mentira del universitario sin vocación, a un cuartucho como vivienda para nueve meses de embarazo extrauterino y a una docena de libros con frases aburridas.

Quizá un aire benigno...

Abrí la ventana... Aún hacía bueno, corría brisa y sentí su caricia en mi rostro como un alivio al desencanto. En un ejercicio de despiste, observé las luces de las farolas durante unos minutos mientras mi mente se perdía saltando por recuerdos de infancia, soledades adolescentes, trivialidades del hogar, asignaturas aprobadas... en unas secuencias sin orden ni concierto, como quien rememora todo el pasado al morir... ¡o al comenzar una nueva etapa!

Desde ‘mi torreón’, vi caminar a una pareja de paseantes. Los seguí hasta perderlos de vista porque se cruzaron hacia la calle de Santa Teresa y, abandonando los saltos de mi memoria, me sentí animado a imitarlos con un paseo nocturno. Quizá me sacara de la rutina... Visto el remedio a mis males, lo decidí de inmediato para evitar que la pereza me sujetara a la habitación... y dejé mi cárcel como la encontré. El conserje dormía.

Tal estado de ánimo no me resultaba extraño, ni por el hastío, ni por la depresión, ni por la pereza. Ya llevaba años de vuelo en solitario para comprender que era un desencanto más de los habituales. Muchos de mis compañeros envidiaban a los desplazados por el afán de libertad, y eran incapaces de entender el vacío de las veladas en soledad, de la impersonalidad de una casa ajena, de la búsqueda de un oído amigo dispuesto a escuchar estupideces, es decir, el vacío del desarraigo. Ya llevaba tiempo sintiendo a rachas este malestar, que superaba con algunas esperanzas en un futuro distinto. Aquel día, la solución al desencanto tardó en llegar.

Permití a mis pies que hicieran lo que les viniera en gana para que así mi mente se ocupara solamente en traer desahogos o despistes, es decir, me dediqué a planear proyectos para el nuevo curso: vencer la vergüenza para presentarme al concurso de poesía, aprobar sin esfuerzo el Griego, escribir

algún artículo para la revista de la Facultad... en fin, deseos imposibles en mí, pero cuya consecución me hacía verme encumbrado sobre el más alto pedestal. En ese estado paseé bastante tiempo –supongo, nunca llevo reloj– y mis piernas empezaron a quejarse. Atendí sus plegarias y tomé asiento en el escalón de un portal. Desde allí, me entretuve en observar los anuncios que nadie miraba, a unos juerguistas que pateaban bolsas de basura, y a dos taxistas que conversaban, ventanilla abajo, esperando el verde del semáforo. Fueron unos minutos.

De pronto, sentí una sacudida que me subió del vientre a la garganta. No fue un escalofrío ni un latigazo muscular, sino una presión suave y sostenida que avanzó lentamente en su recorrido. Pensé que era la señal para regresar y me levanté. Quizá me dormí en el escalón. El cielo iba dejando el tono oscuro y los gorriones despertaban. Caminaba con dificultad, me invadía el sopor, las piernas ganaban peso, los cuadros de las baldosas se hacían más grandes, los bordillos más altos, las calles más anchas y el colegio parecía estar a cada paso más lejos. Supuse que el cansancio y el desánimo me estaban arrastrando al sueño.

Seguí caminando por inercia y, deseando acortar el cruce de la plaza de Roma, comencé a atravesarla en diagonal. Tuve que rodear la fuente bordeándola por la acera que la circunvala. El viento sopló más fuerte y el agua de los surtidores me mojó la cara y los brazos. Me detuve para secar las gotas y al seguir andando noté que alargaba los pasos con energía. Me alegré porque me sentía ligero; como si mi cuerpo se elevara unos milímetros del suelo, los pies avanzaban con más rapidez a cada metro y los obstáculos apenas me daban trabajo extra. Interpreté que tenía el descanso más cerca y colaboré para alcanzarlo... Pero el empuje no cesaba, crecía, tal así que salté arrastrado por una fuerza extraña y me habría lanzado a la carrera... Asustado, conseguí dominarme y recuperé el paso lento, no sin esfuerzo. Anduve unas manzanas hacia el colegio de las “josefinas” con serenidad forzada, casi inclinado hacia atrás intentando contener un viento inexistente...

...Pero sujetas mis piernas, el empuje cambió de objetivo y atacó a mis fantasías. El control de mi cuerpo no pudo con el de mi mente y comenzaron a llegarme deseos de niño travieso: dar una patada a una papelera, pulsar los timbres de un portal, escalar una farola... Mi pasividad habitual se encaró con esas intenciones y tuve una discusión interna muy acalorada; el extraño

comportamiento tiraba de mí, pero las enseñanzas del padre Ángel –intransigente amante de la Educación Cívica– me obligaban a ser educado. No, no podía jugar con mis buenas maneras, debía cumplir con las obligaciones de un joven sensato. La calle Unceta seguía en silencio.

Mis modales ganaron la batalla por unos minutos gracias al reproche de mis enseñanzas y al temor a quedar en ridículo ante cualquier espectador que pasara por allí. Mientras tanto, la mente se iba dejando dominar y viajé muy atrás: a cuando fumaba celtas cortos entre los cañizos, a cuando pateaba las huertas sólo por ensuciarme de barro, a cuando robaba cerezas a la frutera de la plaza... Recuerdos tan entrañables que me animé a disfrutarlos y... perdía el control de mi cuerpo, la influencia iba conquistándome...

Mirándolo con “objetividad”, eran las horas del amanecer, todo el mundo dormía, nadie me miraba... tenía la oportunidad de recrearme en lo prohibido, podía violar las reglas impunemente... volver al placer de crear locuras sin temor a soportar “el imperio de la ley social”.

...esperé a que el peatón de la ventanita se pusiera en rojo para cruzar a la otra acera, elegí con cuidado dónde terminar una carrera a la pata coja, sorteé en zigzag los árboles en hilera, pisé de puntillas las rendijas de las baldosas... convertí la calle en un tablero de juegos y cambié de uno a otro como un chiquillo; me sentí en un reino fantástico y disfruté con ardor de una libertad extraña, como si estuviera a punto de perderla... Pudo haber ocurrido durante toda la noche, me sentía lleno de una vitalidad que me transportaba a un paraíso. El tiempo pasaba sin medida y mi cuerpo, antes pidiendo descanso, se lanzaba ahora sin quejas al ejercicio.

Metido en las travesuras, disfrutaba del momento con mayor pasión, cuando el silencio se rompió con el ruido del camión que regaba las aceras. No tuve más remedio que guardar las apariencias para evitar la llamada al orden del adulto conductor: caminé como un muchacho formal haciéndome el distraído. El intruso me robaba las diversiones, pero no perdí la esperanza de recuperarlas... convirtiéndolo en socio de mi aventura: le di el papel de monstruo que invadía mis dominios con sus alas desplegadas para amenazarme con un vuelo devastador. Me propuse combatir y expulsarle de mi territorio. Aguardé a que me sobrepasara, calculé la carrera necesaria, corrí hacia la plataforma de la trasera y salté sobre ella. El monstruo no se inmutó y eso me hizo sentirme seguro de la estrategia. Una vez tomada la posición, quedé

quieto meditando el paso siguiente: debería escalar por su lomo de tal manera que su movimiento no me desequilibrara y le asestaría un golpe mortal en la nuca.

Pero una vez tomada la posición, me quedé quieto... Con la espalda pegada al depósito, el sentido común, no el monstruo de alas transparentes, me devolvió al mundo de la realidad, donde gobernaba el padre Ángel. Sucedió como si la carroza se hubiera convertido en calabaza, como si se apagaran de súbito las luces de un escenario, como si un brujo rompiera el conjuro. Me abandonó la ingenuidad; me supo amargo; la sensatez y las clases de Educación Cívica iban ganando la guerra... y me reí de la situación, me reí de la aventura. El impulso, muy débil, me llevaba a continuar el juego, pero otra fuerza superior me decía: “Juan, no seas niño”.

Sin más dudas, entendí que viajaba sobre un camión de riego con veinte años de edad y cara de chico serio. Quizá en ese momento se produjo el inicio de mi madurez en la vida y decidí acabar con la infancia. Ensimismado, aún acompañé durante unos minutos los salpicones del agua por el cemento, pero el encanto había desaparecido, no lo pensé más y, cuando el camión estaba a punto de girar por una bocacalle, salté.

¡Excelso Ayuntamiento! La caída sobre el asfalto, ya producto de una decisión adulta, no tuvo la suerte de mis travesuras y aterricé con el pie izquierdo sobre el borde de un agujero en la calzada. Naturalmente, el tobillo se torció y... ¡qué dolor! Compuse un cuadro apañado: quedé tirado en el medio de la calle, con las piernas cruzadas, las manos sujetando el tobillo lesionado, los ojos prietos y la boca abierta hasta las orejas, ahogando el quejido para que el conductor del camión continuara ignorándome no fuera a pedirme explicaciones sobre la caída. Una vez que el monstruo desapareció por el horizonte, me arrojé sobre el banco más cercano, me descalcé y examiné la zona lesionada con el deseo de que mi mirada actuara de remedio contra lo ocurrido.

...

Y bien, el relato hasta aquí presenta una anécdota de un jovenzano con alma de infante. Nunca podré saber si existe alguna relación de esta aventura con los hechos que vienen a continuación, pero debo decir que es la primera y única vez que sentí aquella sensación de vientre a garganta y aquel empuje

interior desde la entraña más profunda que me arrastró a cometer esos actos inconscientes. Lo cierto es que los acontecimientos de esa madrugada fueron el preludio ¿imprevisto? que me llevó hasta el banco donde empezaron los nueve meses más agitados de mi vida universitaria.

Así, con la pantorrilla apoyada en el muslo contrario, el pie desnudo agarrado por las manos, el zapato bajo el banco, el calcetín sucio sobre el bordillo y en la cara una expresión de idiota, tuve una visión... Al otro lado de la calzada, junto a una señal de “prohibido aparcar”, ante mis ojos, de nadie más, y gracias que así de solitario estaba, vi una mujer.

¿Quién llamaría a esto una visión? No lo dudo, quien viera como yo, al amanecer de un domingo, a una rubia platino, en una calle vacía, completamente sola y... completamente desnuda....

Repito, completamente desnuda.

Quizá ya deba hablar del hechizo, porque alguien habrá que quiera repetir mi aventura. No soy quién para impedirlo, pero antes, por prudencia, le sugiero la lectura de la historia que sigue hasta la última página. Sirva lo siguiente como avance del misterio: aparecí en la misma calle, en el mismo banco, unas cuantas horas más tarde, al anochecer del propio domingo, sin memoria ni consciencia de lo ocurrido en ese tiempo; apenas recordaba el camión de riego escapándose por una esquina lejana y, eso sí, no podía andar.

I. Lucía

1. Cuando el cuerpo sufre de un dolor físico, es totalmente imposible que la mente haga bien su trabajo en otra cosa. El asunto de la rubia se quedó entre paréntesis, a pesar del millón de dudas que me asaltaban, porque la prioridad era evidente: dediqué toda mi atención al dolor del tobillo.

Levanté la vista del pie, vi un monstruito con una lucecita verde sobre su lomo y grité: “¡Taxi!”. El conductor, antes de decidirse a parar, me observó de arriba a abajo. No lo culpo, aún no me había calzado y supongo que mi cara no inspiraba nada de confianza. Entendí que accedía a mi petición, me calcé rápidamente y, saltando con equilibrio malabar, atravesé la acera, abrí la portezuela y me dejé caer sobre el asiento trasero.

–A urgencias, por favor.

–¿Le duele algo? –se interesó el taxista.

–El pie izquierdo. Me torcí el tobillo. Casi no puedo andar.

–Y, ¿cómo ha sido?

Me tocó el nervio del ridículo y tardé en contestar:

–Esto... este... esta madrugada. Tropecé y...

–¿De madrugada?

–Sí, hace un rato. Una alcantarilla...

–Pues ya ha tardado usted en darse cuenta.

–¿Cómo?

Lancé raudo la mirada al reloj digital... que marcaba nada menos que las 21.04... Intenté dar una excusa.

–Es que se nota cuando se enfría, ¿sabe? –le expliqué, dando un tono de entendido.

–Debía tenerlo muy caliente entonces.

El hombre no dejaba de mirarme por el retrovisor y le veía una sonrisa burlona. Me moví en el asiento para evitar que viera mi cara y me arrellané con sensación de imbécil. Pensé si aún vivía en sueños... pero el tobillo me decía que no. ¡Había transcurrido más de medio día de mi vida sin enterarme, medio día en blanco! En vista del dolor, me convencí rápidamente de que algún golpe en la caída me produjo una amnesia temporal. Y con esa suposición me desentendí del misterio por unos minutos.

Una vez instalado en el “Box N° 4” del servicio de Urgencias del Hospital Clínico, atendido por una doctora, y con el dolor ya menos agudo, la aventura dominical empezó a invadirme. Un celador me llevó en silla de ruedas hasta la sección de radiología... y sus luces semafóricas me recordaron la señal de tráfico y a la mujer rubia platino. Inmediatamente, intenté buscar respuesta a los acontecimientos recién ocurridos, y revolví mi memoria para dar con algún vestigio de las horas perdidas. Las enfermeras me atendían con especial dedicación, fueron muy cuidadosas y educadas, y hasta se disputaron la posibilidad de tomar mi pie desnudo para colocarlo bajo el aparato de rayos X. No estaba acostumbrado a semejante atención femenina.

La agradable doctora rubia, rubia también, qué casualidad, a la vez que examinaba la radiografía de mi tobillo, habló de la siguiente manera:

–Con enfermos como usted es interesante cubrir el turno de urgencias.

–¿Tengo algún mal desconocido? –pregunté, asustado.

–No, por Dios, es una distensión, un esguince vulgar.

–Y, ¿eso es interesante?

–No, no, el esguince no –la doctora me miró con expresión coqueta–... Tendremos que inmovilizar con escayola durante veinte días, y la primera semana deberá guardar reposo total. Volverá a visitarme –y me alargó la tarjeta de su consulta particular, supongo– para examinarle más cuidadosamente. Hasta entonces, espero. No falte, por favor –se despidió afectando el tono.

–Adiós y gracias, doctora.

Arrastraron la camilla hasta un lavabo, y las manos de un ayudante envolvieron mi tobillo en unas vendas blancas y pastosas.

Acorté la convalecencia unos cuantos días, no sé si por la mejoría de la

dolencia o porque el aislamiento de la habitación no me dejaba encontrar una explicación al asunto del domingo. Así imaginé mil historias, ilustré con los más rebuscados adornos la señal de tráfico y la rubia platino, recorrí cada esquina de mi cerebro, hasta la última célula, con marcha atrás y empuje hasta el hospital, para intentar llenar las horas perdidas que mediaban entre el amanecer y el anochecer. No conseguí recordar nada, como si el sueño se difuminara por los bordillos mojados y resurgiera con el alivio de la silla de ruedas.

En cuanto convencí al médico del colegio para que me dejara al aire la pierna, volví a recorrer lo andado aquella madrugada, desde San Juan de la Cruz, ¡oh! poeta místico, hasta la iglesia seudogótica de San Valero, viceversa y otra vez... pero nada, era imposible, sólo me llegaba la imagen de la rubia desnuda... sólo ella, nada más.

Decidí ocultar el episodio, ni nombrárselo a Manuel ni a Gaby, por supuesto. El comienzo de las clases me devolvió a las preocupaciones normales y cada vez eran menos las señales de “prohibido aparcar” a cuyo mástil se asía la rubia. El curso se las prometía duras y no hay mejor final que un buen comienzo. Durante algunas semanas, fui un aplicado estudiante.

2. En los cursos anteriores ni por asomo destacué en el Griego. Es más, lo odiaba –opté por él ante una lista de lenguas modernas que no me interesaban–, pero con paciencia conseguía aprobarlo y olvidarlo, o sea, que debía repasar lecciones para ponerme al tanto antes que atender a Lucía. Lucía, simpática chica, empezó a incordiarne solicitándome clases de Griego “por mi ilustrada sabiduría”.

–Necesito tus conocimientos, Juan. Apenas sé Griego.

Lucía formaba parte de un grupito de compañeras que coqueteaban por la Facultad, sin olvidarse de bedeles, alumnos, profesores y adláteres. De todas ellas, era la más atractiva con ventaja, algo que yo entonces ni deseaba ni sabía distinguir. Sí había notado su exagerado descaro y, por ello, no era mujer de mi devoción, apenas habíamos cruzado un par de frases en los dos cursos anteriores y, mutuamente, manteníamos la distancia.

Con estos antecedentes, no lograba explicarme por qué se acercaba hasta mí con tanta insistencia, y menos para solicitarme clases de la asignatura peor calificada en mi currículum. Puesto que soy un blando, y puesto que fui

educado para ser caballero con las damas, después de enviarla, con educación, a picar espliego con las uñas varias veces, ante su insistencia no tuve más remedio que ceder a sus deseos, aun a costa de fracasar. Fracasé.

Como una reina exigiendo a su lacayo, papel que seguramente yo representaba muy bien, quiso repasar en mi habitación. Supo adornar su deseo con una excusa conservadora: sus papás verían muy mal que un chico pisara el domicilio familiar para encerrarse con la hija. “¡Qué retrógrados son mis padres!”.

En la primera sesión, poco más de una hora, le noté un tonillo burlesco en el planteamiento de sus consultas, pero, como mis conocimientos alcanzaban a responder las preguntas, ambos quedamos satisfechos con el resultado.

En la segunda sesión, dos días después, comencé a intuir que inventaba sus dudas para alargar las horas y poder observarme con comodidad, es decir, para analizar con detenimiento mi rostro, mi cuerpo... qué sabía yo. Me di cuenta de que ninguna falta le hacían mis clases de Griego. “¡Qué retrógrados son mis padres!” , me repitió acompañando suspiros y miradas al techo.

Durante un mes, las sesiones fueron aumentando hasta convertirse en diarias, y en cada despedida, cada tarde más sensual, ella desaparecía con un lánguido: "Adiós, Juan", pronunciado con un parpadeo insinuante y una mirada de soslayo. Manuel y Gaby se preocupaban por mí extrañados de que les abandonara nada más terminar las clases para atender a Lucía, y no les faltaba razón, porque nunca me habían conocido inquietud por acercarme a ninguna mujer. En esta ocasión, mis antecedentes de persona cohibida y huidiza servían para que no me cargaran de bromas y chistes. En esta ocasión... porque todo se andaría.

Lucía fue aumentando sus insinuaciones; dejaba caer algún papel sobre mis piernas y lo recogía con lentitud, se acercaba exageradamente cuando le daba las explicaciones, lanzaba interpretaciones eróticas de algún texto traducido... Es decir, nada anormal para cualquier muchacho avisado, pero yo fingía no hacerle caso para ocultarle el miedo que me producía tener que enfrentarme a lo que ella esperaba de mí. Me refugiaba entre los acusativos y los ablativos, vocativos y genitivos, evitando toda conversación que me obligara a levantar la vista del libro o del papel. Aprendí más Griego que en toda la carrera.

Mientras tanto, las horas de clase se convirtieron en un tormento. Cada vez que la veía por el aula –siempre se colocaba en mi punto de mira–, me

desestabilizaba hasta el punto de hacerme perder los nervios. Practiqué todas las técnicas de evasión conocidas, pero acababa por imaginarla con su brazo sobre mi hombro consultándome cualquier duda estúpida acerca de tal o cual declinación y yo temblando de vergüenza. Debo aclarar que, al contrario que en privado, en clase mantenía conmigo una relación casi de desprecio, lo que iba carcomiéndome con una comezón inaguantable.

Supongo que se hartó y empezó su ataque a la desesperada.:

–¿No te parece erótico el Griego?

La entonación, la mirada, la postura... No había duda, claro... pero yo deseaba encontrarla para negar la evidencia, como si estuviera proponiéndome un plan para asesinar a un Jefe de Estado en lugar de insinuarse para acostarse conmigo. La eludí, me deslizaba con cualquier excusa... y maldecía mi fatal timidez.

–¿No te parece erótico el Griego? –reiteró.

Levanté los ojos y la miré.

Sonrió. Deslizó su mano hasta mi hombro y... ¡salvación!, sonó en el pasillo la hora de la cena.

–Y bien, Lucía. Mañana nos veremos otra vez –me despedí.

–No lo dudes, Juan, no lo dudes.

Salió cimbreado, volvió la cara, y percibí en sus ojos destellos de conquista asegurada.

–Hasta mañana.

Cerré la puerta con suavidad y una vez se trabó el pestillo me quedé ensimismado. Lucía. Su perfume, sus manos, sus labios... Lucía. Y como un imberbe ingenuo, intenté encontrar un atisbo sensual entre los casos, declinaciones, nominativos, ablativos y qué se yo más historias del Griego de Platón... Pues no me parecía nada erótico el Griego, caramba.

Tanto Manuel como Gaby me dejaban por imposible de rescatar y asumían mis encierros como alguna de mis antiguas manías de evasión.. Salvo alguna mamarrachada de Gaby sobre los atributos de Lucía, aguantaron un par de días más en situación de espera, algo que quizá yo no deseara del todo, porque aquella mañana sentí la tentación de apartar a Manuel –Gaby era imprevisible, burlón y superficial– para contarle las provocaciones, los sonsonetes insinuantes, la despedida... deseaba contárselo porque tenía miedo... pero...

precisamente por eso, por vergüenza, callé.

3. –Hola, Juan.

Vestía una minifalda de raso, negra, fina como el papel cebolla, y una blusa ajustada, transparente a golpes de flor en relieve. Llegó sin libros, sin carpeta, con las manos a la espalda retirando el abrigo para realzar aún más su aspecto. Volvió a susurrar:

–Hola, Juan.

Y movía sus caderas.

–No ahorráis en calefacción, ¿verdad?

Paseó sus dedos por el escote y me obligó a contemplar los senos casi enormes, redondos, que se escapaban a piezas por entre el jardín de su blusa. Estaba radiante. Sus labios rosados, sensuales, dejaban escapar una lengua caprichosa y le permitían recorrer sus perfiles; con los ojos me enviaba un ruego pícaro. La miraba embelesado y asustado... Y yo con esta facha: pantalones cortos, calzoncillos a rayas, camiseta de tirantes y zapatillas verdes. Moría de vergüenza... Y tuve una genial idea.

–Hoy no podemos repasar.

Cerré la puerta y sujeté el pomo con fuerza. Seguidamente al suspiro que exhalé, sentí en la cara una vibración generosa –Lucía aporreaba– y oí algo así como: “¡Imbécil, imbécil, imbécil!”.

Me dejé resbalar, caí sentado sin fuerzas ni deseos para reaccionar contra lo sucedido o contra mí mismo y pasé aletargado unos instantes en el suelo. Cuando pude incorporarme, tomé asiento en la silla de estudio y pensé aprovechar que los libros de Griego estaban sobre la mesa para repasar la lección de la clase anterior... Conforme digería párrafos del “Banquete”, me surgían dudas metafísicas: “¿Acaso era erótico el Griego?”, primera; “¿acaso era erótico el Griego?”, segunda; “¿acaso era erótico el Griego?”, tercera... Dieron más de las once con estas incertidumbres y, puesto a elegir entre dormitar lucubrando o dormir durmiendo, me escondí bajo las sábanas. ¡Con lo feliz que disfrutaba yo en mi timidez, sin hembras a quien suplicar, o soportar, o mantener, o conquistar!

4.Desperté muy avanzada la mañana y no podía abrir los ojos. No es que deseara seguir durmiendo: tenía los párpados pegados por las legañas. Miré el reloj, y vista la hora, decidí continuar tumbado por el resto de la mañana. Una vez eliminado el velo de mis ojos, me puse a pensar sobre el estado de ánimo que sufría. Sentí estar envuelto en una sensación de vacío, tal como si mi ángel y mi demonio de la guarda hubieran concluido la batalla más sangrienta del universo y descansaran tras el combate. Por un lado, me parecía ser un hombre casto “que rechazó los tentáculos del pecado con valentía” –palabras del padre Agustín–, pero enfrente, y ganando más territorio, se me ofrecía la alternativa de sufrir por algo que se escapaba sin final, algo así como si hubiera despreciado el pastel más delicioso porque la nata engorda.

Puesto que me inclinaba por la segunda opción, el impulso de ver a Lucía me llevó a la ducha. Sí, deseaba volver a encontrarla, deseaba regresar a las siete de la tarde anterior, ojalá hubiera dejado la puerta abierta... El agua no consiguió matar mi excitación y me sentí ridículo. ¿Cómo iba a volver a clase?, ¿qué cara pondría cuando la viera de frente a mí? Me aplané antes de enjabonarme y los miles de gotas tibias corrieron por toda la piel virgen.

Dejé deshecha la habitación del fracaso y salí a buscar el consuelo por las calles de alrededor.

A los diez pasos, ni más ni menos, de la puerta del colegio, vi a Manuel y a Gaby. Como era imposible esconderme, no tuve otra solución que pensar rápidamente en algo para salir airoso de sus preguntas:

–¿Tanto te agotaste? ¿Rendiste tanto ayer que las clases te habrían destrozado? ¿O es que acabas de terminar la faena? –saludó Gaby como una ametralladora.

–Hola –respondí.

–¡Cuenta, mal bicho, cuenta! Que toda la Facultad habla de tu hazaña...

–No le hagas caso –acudió Manuel en mi ayuda–. ¿No ves la cara que trae, Gaby?

–¿Y qué cara quieres que lleve? –le dije como excusa.

Sé que Manuel notó que mi ánimo no estaba para jugar, y no por agotamiento físico como pretendía Gaby. Se lo agradecí a Manuel con una

mirada y enseguida entendió:

–Bien, Gaby, ni una palabra más de mujeres, ¿oído? Cuéntanos la partida de anoche con pelos y señales.

Me invitaron a comer en su casa y acepté, al menos por algún tiempo olvidaría mi ridículo, y Gaby cumplió a rajatabla el ruego de Manuel, aunque con poco esfuerzo, pues nadó en la gloria cuando contó aquella mano que ganó de farol, o aquella otra en la que reventó un diecinueve a Pedro Castellot, el gilipollas, y le sacó cien duros como cien arpones. Las manos de Gaby en la cocina eran tan hábiles como su lengua para fabricar dardos envenenados, y así me solucionó dos problemas: no tuve que aguantarlo en la espera y gusté de una sabrosa comida. Manuel se portó. Intuyendo mi estado de ánimo, llenó la conversación con su humor sibilino y pasé una sobremesa agradable; además, Gaby iba y venía a la cocina o comía. Sólo intervino para decirme:

–Te veo pálido. Voy a ofrecerte una fuente estupenda de arroz con leche. Te recuperarás.

Cumplió, pero...

–Como la canela es afrodisíaca he preferido prescindir de ella, porque creo que más excitación te provocaría anemia, ¿o no?, querido Juan, terrible conquistador.

Preferí callar.

–Date prisa, Gaby, que hay clase a las cuatro –intervino oportuno Manuel.

Gaby se dio prisa, recogió los bártulos culinarios con ligereza y en unos minutos ya caminábamos hacia la Facultad. Al pasar por mi residencia:

–Seguid andando. Recojo unos libros y nos vemos en clase. No tardaré.

Ni remoto mi deseo de aparecer por el aula, y más con hora de Griego. Manuel me miró muy serio, como diciendo: “¡Reacciona!”; pero evité el reproche escapándome rápido hacia la entrada del colegio.

En la habitación, tan desordenada, tan fría, me vi como un pardillo ante un test de inteligencia, ridículo, humillado... Me entró un no sé qué de frustración y alcancé la cama de bruces. Durante algunos segundos, intenté mandar la mente a romper nueces con los dientes, Lucía, o a patear uvas con cachirulo, Lucía, o a trillar grano con esparto... Lucía, minifalda negra, blusa transparente, silueta procaz... cara ingenua, mirada trémula, lengua inquieta... y mordía la almohada, golpeaba el colchón con los pies, arañaba las sábanas y

apretaba los párpados para no rabiar... Me sentía el más grotesco esperpento de los hombres... y, sin embargo, lo cierto es que deseaba tener a Lucía... sí, sí, la deseaba... y la imaginé entre mis brazos, piel contra piel, entregada... Ya que me entendí, ya que por fin endulcé mi amargor con un traguito de lo que pudo ser una aventura aún posible, me dormí.

5. ¡Así vengan siempre las mujeres triunfadoras! A las seis en punto de la tarde, nuevo “look” taurino, sonó un toc-toc conocido al otro lado de la puerta. Lucía, lucía en mi entraña una esperanza. Abrí veloz. Sí, llegó Lucía con el pelo recogido en un moño a manera de atalaya en el cogote, gafas redondas de empollona brillante, y unos cuantos mil libros de Lengua Griega abrazados sobre el pecho.

–¿Hoy podemos repasar? –preguntó con retintín.

¿Qué hacía yo? ¿Le dejaba pasar? ¿No le dejaba pasar? Dios mío, la duda metafísica me desarbolaba. Pecado, lascivia, sexo, dulzura, amor, placer... Le dejé, le dejé la puerta abierta y me excusé.

–Voy al baño, ahora vuelvo.

Y al retrete del pasillo fui como un obús. Me planté delante del espejo e intenté reconocirme ante aquella expresión de pasmarote, y al pronto las mejillas palidieron y los esfínteres amenazaban con jugarme una broma pesada. Abrí los dos grifos, metí las manos bajo el chorro y me mojé la cara. Logré serenarme y decidí guerrear. Recuerdo que, por el pasillo, conté cincuenta y dos baldosas negras por veintiséis blancas algo más pequeñas.

La puerta seguía abierta. Me detuve, pegada la espalda a la pared y la nuca al cuadro de algún venerable ex-director del colegio, a escasos centímetros del umbral. Respiré. Respiré. Respiré. Sujeté la mano derecha al marco, di media vuelta y comencé a preguntar:

–¿Te parece que... –”...repasemos?”, quería concluir.

No vi a Lucía por ningún lado.

–¡Juan! –oí una voz.

No reaccioné.

–¡Juan! –repitió.

Y Lucía se quitó de encima las sábanas y apareció ante mí, tumbada en la cama, desnuda.

Volví la puerta enseguida por temor a que alguien pasara por allí. Y la cerré, la cerré sin darme cuenta de que la chica había bajado la persiana. Nos quedamos a oscuras, ella sonriendo –supongo–, yo con un bulto sospechoso en la garganta y una nueva amenaza en mis esfínteres.

Pero Lucía pulsó el interruptor de la cabecera y la luz azul iluminó su cabello, su rostro, su busto y su ombligo, en medio de una oscuridad espantosa. Ni Bécquer en sus Leyendas recreó un terror parecido. Quedé petrificado, ni siquiera me atrevo a recordar la expresión que ofrecí a la chica, y ella sonreía, sonreía de tal manera que no hubiera necesitado susurrar:

–Ven, Juan. Acércate. Soy real, estoy aquí.

Tomé fuerza. Aún mis pies se agarraban al suelo, pero un ligero movimiento de sus muslos accionó un imán que reaccionó no sé si contra mi mente o contra mis pantalones, y avancé hacia ella.

Lucía empezó a desabrocharme la camisa y con el tercer botón en sus dedos yo me había liberado de zapatos, calcetines y pantalones. La cama chirriaba de un modo siniestro. Me ardía el rostro, convulsionaba las piernas, nada ni nadie me habría detenido. El instinto me enseñó el sendero correcto y la poseí, la poseí de la manera más torpe y brutal... aunque, a decir verdad, me apena poco; la manera, digo.

Después de perder la virginidad con mujer tan apetitosa y de esa forma tan cutre, jadeante y envuelto en sudor, perdí el sentido y me traspuse por unos minutos. Al despertar a la realidad, Lucía, pelo recogido en un moño a manera de atalaya en el cogote, gafas redondas de empollona brillante, y unos cuantos mil libros de Lengua Griega abrazados sobre el pecho, se despidió:

–Sabes poco de Griego. Tus clases han sido un fiasco. No volveré.

Conmover. Me habría destrozado mi amor propio, propio de amante novel, a no ser por una luz que excitaba mi cerebro para llevarlo a un pasaje olvidado:

“–¡Juan! ¡Juan!

La rubia platino me llama o, al menos, pronuncia mi nombre, con una dulce sonrisa en sus labios. La madrugada reparte silencio y puedo oírla aun separado de ella por la calzada.

–Juan, debes venir conmigo.

Inicia unos pasos lentos, avanza unos metros, me mira y se detiene.

–Ven, Juan, sígueme.

Quiero ir hasta ella, pero sufro un apuro espantoso. Me magnetiza... Intento levantarme y, al apoyar el pie lesionado, lanzo un aullido. Me dejo caer en el banco. Ella permanece quieta. Aprieto con mis manos alrededor del tobillo y froto con fuerza. Me calzo. Consigo mantenerme erguido y doy unas zancadas renqueantes. Puedo soportar el dolor y cruzo la calzada. La chica, al verme caminar, avanza muy despacio, sin comprobar si le sigo. Logro llegar muy cerca de ella y, al sentirme, vuelve su rostro ligeramente y me sonríe... Quiero hablarle, pero mi lengua está paralizada. Quiero alcanzar su hombro con mi mano, pero se escabulle y mantiene la distancia. A cada paso sufro un infierno, pero la visión de aquella mujer va venciendo mi apuro y me incita a continuar hasta el fin del mundo si es preciso.

Doblamos una esquina, gira y se coloca frente a mí, tal cual, sin pudor, sin aspavientos, con una naturalidad pasmosa. Y superado el destello de su mirada, confirmo lo que intuía: un rostro bello, dulce, enmarcado por su cabello brillante; sus ojos verdes, verdes sus ojos, almendrados, se deshacen en aguas tumultuosas, me hablan, ahí nace el magnetismo; y sus labios, boca menuda, piel encarnada, sensual... sus labios se abren:

–Abre.

De dónde las saca no lo veo. En su mano cuelgan unas llaves y me señala un automóvil aparcado. Embrujado, las tomo.

–Conduce.

Entro y me sujeto al volante. La rubia, con lentitud, rodea el coche, abre la portezuela y se sienta a mi lado. Sigue completamente desnuda.

–Arranca.”

II. Marina

1.Las imágenes del primer impacto aparecieron sin aviso y se desvanecieron con el sonido tan duro de ese vocablo: “Arranca”... La rubia había hablado... y yo la miraba encogido, con las manos al volante y el estómago prieto, con el rostro de idiota alucinado y la voluntad sometida, como un auténtico papanatas que se pliega a las órdenes de cualquier desconocido...

Se apagó... incluso pudo acompañarse con un chasquido, no podría saberlo —estaba embebido—, lo cierto es que la secuencia terminó como si un proyector dejara de emitir la luz mágica.

Sorprendentemente, aquellas horas en blanco comenzaron a llenarse, el recuerdo fluyó con una cadencia natural y confié en que toda la historia surgiría a modo de río calmo... pero no, la orden de la rubia apagó las imágenes y consiguió alterar mis nervios.

Me sobresalté, me sorprendí, me irrité, me enfurecí.

Ciertamente, el episodio de la noche escondida ya lo tenía olvidado, había llegado a convencerme de que no tenía importancia, puesto que no le había encontrado explicación y en nada me afectaba. ¡Qué error tan grave! Ahí apareció, de repente, sin mi consentimiento y fuera de mi dominio. La rubia me presentaba la primera pieza del rompecabezas con ese halo de intriga tan maléfico que obliga a interesarse por el próximo capítulo con un deseo inquietante... ¿Por qué se detuvo? ¿Por qué? ¿Por qué? Ya he dicho: me enfurecí, y tal así, apreté los párpados, presioné mis sienes, estiré mis cabellos, clavé las yemas de los dedos en el cuero cabelludo, pero ni un fotograma se proyectaba de más en el recuerdo, mis esfuerzos se estrellaban contra un telón impenetrable, detrás del cual, en el escenario, se seguía

representando una escena de mi vida, y era mía, sólo mía, ¿quién o qué me impedía conocerla? Me levanté de la cama y recorrí agitado la habitación de un lado a otro, subí la persiana, encendí la luz, me volví a tumbar, estrujé la almohada, me llené del olor de las sábanas, agarré con fuerza el colchón... Nada... Repasé lo conocido, analicé cada detalle con especial atención al fin de mi recuerdo real: el banco, el calcetín, la señal de tráfico, la mujer rubia... Nada... Me retrasé hasta la fuente, las travesuras, el camión de riego, el salto... Nada... Intenté frenar el vértigo de mi pensamiento y apelé a la serenidad. Ordené las ideas una a una tal como el padre Joaquín nos enseñaba a analizar sin tablero una partida de ajedrez, jugué a ser el caballo para entrometerme en imágenes desunidas, tomé poder de alfil para conseguir visión de soslayo, me subí a las almenas de la torre y así tener vista panorámica... pero ni la reina ni el rey se movieron, la partida se detuvo en espera de una luz, y me sentí un peón ahogado... Al menos, con el juego mental rebajé las pulsaciones y reduje la ansiedad a un interés más controlado, sin abandonar el deseo de animar nuevamente la historia. Ya más calmado, pensé en encontrar un camino para saciar la curiosidad y, entre varias opciones imposibles de llevar a cabo, elegí la única que me brindó el sentido común: busqué algo de ropa –estaba desnudo, por supuesto, y ni acordarme de Lucía–, me vestí de mala traza y salí otra vez a recorrer como un alma en pena las calles del episodio. Rodeé la fuente hasta en cinco vueltas, caminé yendo y viniendo por las aceras que el monstruo regó, como un zahorí me coloqué en el borde del bache donde mi pie se torció buscando una veta de memoria, agarré a modo de lanza el mástil de la señal y acaricié el lugar de apoyo donde la mujer rubia platino descansó su hombro... Nada. Me senté en el mismo banco, recosté la espalda sobre la madera, me sujeté la nuca con las manos entrelazadas y suspiré... No había solución, el proyector se fundió con la última palabra de la mujer. Tomé camino al colegio, caí en la cama como un fardo y dormí a pierna suelta hasta la mañana siguiente.

2.Despuntaba un sábado tranquilo. Daban más de la nueve y aún sudoroso, con la ropa arrugada y los ojos hinchados, bajé al comedor. Desayuné inmerso en las preocupaciones más graves de una vida: mi rubia platino y Lucía. Las imágenes se superponían, cada una de las mujeres intentaba ganar posiciones y los hechos se intercalaban sin orden ni concierto. Mientras tanto,

mi angustia crecía con cada sorbo del café con leche. Esta situación me parecía incomprensible, pero la realidad no admitía discusiones y me sentía sumergido en un mar tranquilo en la superficie y tumultuoso en su interior. Poco a poco, la historia fantástica de la rubia se fue apagando y la aventura erótica con mi compañera ganaba la posición. Lucía, o quizá su cuerpo, o quizá mi estreno, se alzaba vencedora de la batalla y sólo una secuencia de hechos me venía con orden: desde mi entrada en la habitación, pasando por la luz azul alumbrándole el busto, por el desbaratado quehacer con mi ropa, y por el torpe manoseo que le ofrecí antes de proceder a la culminación, hasta la despedida tan afectuosa. Así, adjudiqué la causa del abatimiento a mi fracaso como amante, fracaso de hombre que desaprovecha un cuerpo majestuoso como un glotón que se engulle el plato mejor elaborado... al desencanto de haber estropeado una aventura tan apetitosa, manjar de dios, ¡qué maravilla!, si yo hubiera manejado la situación con la medida necesaria... pero no, todavía no tenía arraigado el sentido de macho y un fracaso, más o menos excusable, no podía hacerme –todavía– tanta mella... Por fin lo descubrí... Era mi rubia... ¡desaparecía! La causa era mi rubia. ¡Y desaparecía!, se difuminaba, se esfumaba, se borraba... Dispuesto a no dejarme dominar, tomé la última galleta y regresé a la habitación, me desnudé, tiré la ropa en una esquina, preparé los aparejos de aseo y me sumergí en un baño de espuma. Ahí pude centrar mi atención sobre las burbujas y conseguí escapar del agobio. Fui feliz por media hora.

Manuel y Gaby debían rendir visita a la familia y, por ello, me correspondía pasar el fin de semana sin su compañía. No me sentía frustrado, sino, en cuanto a Gaby, todo lo contrario, pues paladear a “sus novias” por unas horas le haría regresar el lunes contento y desahogado. Y Manuel... también mejor... me sentiría violento observando cómo su mirada inteligente rastreaba y adivinaba mis problemas y cómo se los arreglaba tan hábilmente para distraerme.

Preferí no buscar compañía –varones, no me apetecía, y hembras, tenía bastante con evitar a las dos protagonistas de mis andanzas–, por lo que salí del colegio y deambulé mirando sin mirar escaparates, leyendo sin leer anuncios, pensando sin pensar en locuras impensables... pero... ¡bien!, me controlaba, el devaneo mental estaba apaciguado, así que quizá la rubia y Lucía no eran tan imprescindibles en mi vida; tal como habían crecido en

ansiedad y en frustración se iban escondiendo para dejarme solamente preocupado, y como de preocupaciones ni una ni media, que para eso aún gozaba de la edad irresponsable, aparqué los problemas y me dirigí a la pista de atletismo de la Ciudad Universitaria a ver si me reía con algún/a compañero/a gordito/a que sufriera por el tartán con el deseo de diluir en sudor algo así como cien o ciento cincuenta gramos de lípidos sobrantes. Y acerté. Disfruté durante un buen rato observando los esfuerzos de Timoteo, el empollón, por soportar al trote unos metros más, y calculé que su grasiento corazón latiría con riesgo de infarto al compás de los aditamentos sebosos de su barriga, los cuales se bandeaban arriba y abajo semiocultos por la camiseta, Adidas, ¡cómo no!, que para eso papá era empresario de renombre. Tal sonaba su jadeo que cualquier paseante al otro lado del estadio imaginaría la pista de atletismo convertida en un canódromo. Tal color, rojo grana, teñía sus mejillas que desde la grada se diría que Sitting Bull se entrenaba para capturar a Búfalo Bill. Tan larga aparecía su lengua que si fuera día de circo podría pensarse que los domadores traían al elefante de trompa rosada para entrenarlo en el piso de tartán. ¡Qué facha! Y así se sacrificaba para mantener la figura, es decir, culo inmenso, cinturón de anaconda y piernas salomónicas. Pronto concluyó el espectáculo, porque el sufrido atleta tocó meta con sus morritos carnosos en el foso vacío de los tres mil metros obstáculos.

Lograba mantener en calma mis efervescencias mentales y me sentí cómodo. Me distraje con las evoluciones de los chicos del equipo de rugby, descubrí la razón de su fracaso en la temporada pasada, qué enclenques, y me extrañé de la reacción que me invadió cuando observé a dos muchachas en sus caídas sobre la colchoneta al practicar el salto de altura. Solamente me percataba de sus pantaloncitos y de cómo aterrizaban de espaldas piernas arriba, enseñando el comienzo de las nalgas. ¿De dónde me llegaba esta tendencia impúdica? De nuevo volví a mis avatares... pero me dominé, sujeté las influencias y continué en la grada, sereno, desviando mi atención hacia los saltimbanquis de longitud más o menos corta.

Allá pasaron las horas y, habiendo mantenido la tranquilidad, me convencí del triunfo ante mis enemigas y regresé al comedor... Daban más de la una. Me sentía equilibrado y decidido a no permitir que causas ajenas a mi voluntad consiguieran derrotarme. Dedicué el fin de semana a dormir, comer y devorar televisión, esperando el programa deportivo del domingo por la noche. Quizá comentaran las peripecias de Timoteo.

3.Me sobresaltó el chillido del despertador. Tardé en apagarlo y, mientras lo intentaba, creció una punzada en mi cabeza que se añadió al aturdimiento clásico de los lunes. Y en esa debilidad, renació el acoso de Lucía, no el acoso sexual –a esas horas, imposible– sino la frustración del fracaso. ¿Qué cara le pondría?

Y al llegar a clase, Gaby, como siempre:

–¿Qué tal el fin de semana?... Oye, yo vengo fresco, saturado, liberado... pero, ¿qué tal tu fin de semana?.. Oye, yo estoy como una rosa, como una rosa.

–Tus mujeres, ¿bien? –me interesé.

–En flor, todas en flor.

–¿Qué tal el fin de semana? –me preguntó Manuel con sus ojos fijos en los míos.

–El viernes algo flojo, pero el sábado y el domingo, de relax absoluto.

–Te creo –sentenció Manuel.

–¡Hombre, Juan! ¿Y tu chica Lucía? No es de relax, ¿eh?

Entró el profesor.

Lucía se había sentado unas filas más adelante, rodeada de varias amigas que le hablaban por lo bajo con una alteración poco usual. Preguntaban y abrían los ojos con ansia esperando una respuesta que apagara sus fuegos de cotilleo.

Al término de la clase, formaron un corro de cabezas en torno al cogote de Lucía, y ella debió, por fin, relatar con desparpajo, amplitud y aderezos su irrepetible aventura conmigo, porque todas al unísono miraron hacia arriba buscándome... mirada y risitas... mirada y risitas... mirada y risitas... Escondí la nariz entre los folios y tapé el sonrojo enseñándoles mi coronilla. Mientras me sentía expuesto a la desnudez de mi experiencia como amante, decidí no volver a interesarme más por Lucía. Al cabo de los meses, descubrí su verdadera intención y me hirió tanto el orgullo que prefiero contarlo con anticipación: Lucía me conquistó por una apuesta. Por las noches festivas, se convertía en una prostituta –sus compañeras no lo sabían– que se anunciaba en la sección de contactos de varios periódicos con el nombre de Crystal para ofrecer su compañía los fines de semana a “señores solventes”. Buen

comienzo tuve, vive Dios.

4.El desenlace de mi primera incursión sexual me parece hoy una solemne tontería, tanto desde el punto de vista moral como del estético. En cierto modo, ¡cuántos muchachos más jóvenes son empujados a demostrar su masculinidad frente a mujeres públicas! Y además, yo no pagué. Pero Lucía se quedó en mi recuerdo como una aguja de acupuntura mal colocada. Podrá decirse, si quien habla no cree en la casualidad, que este episodio, como el de la rubia y los que siguen, estaba preparado para engranar varias ruedas dentadas que movieran al fin un artefacto especial. No voy a ser yo el que lo afirme o niegue, puesto que pretendo, al dejar la historia en el papel, el desahogo que me haga olvidar, pero quizá Lucía y las siguientes formaran parte de un complot organizado... Y si esto es verdad, una profesional en la primera experiencia debería suponer un comienzo en la mejor academia, entiendo. Pero las risitas en clase... la mirada sarcástica de la chica... ¡Qué mal me sentí! Durante varios días me invadió ese ridículo sentido del ridículo que nos enseñan a los hombres desde la primera comunión: la gran machada, estar hechos para demostrar que somos capaces de satisfacer ampliamente todos los apetitos carnales de cualquier hembra que se insinúe ante nosotros... y yo fracasé... y ellas lo sabían... De cualquier manera, previo a que la rubia platino regresara ante mí en la culminación de esta extraña historia, tuve la oportunidad machista de lanzarme un farol de desquite. Lucía no se quedó sin prenda, y este relato sí queda para su lugar exacto, en el último capítulo.

5.Entre mis polémicas, cada vez más débiles, y las miradas burlonas de las chicas, cada vez menos frecuentes, los días corrieron normalmente y al cabo de dos semanas se celebraba juerga en el piso de Dativo, el chico del latín sobresaliente. ¡Cómo lo tenía montado! El chaval era huérfano único de unos padres previsores que le habían dejado una posición económica envidiable, gracias al seguro de vida que recibió como beneficiario. Su tutor, un tío, supo invertir convenientemente la prima, y ya Dativo, con veintiún años, era legalmente capaz para administrar su herencia. Precisamente por ello, había vuelto a su ciudad natal después de dos años en Madrid, adonde su tío lo reclamó para vigilar la llegada de su madurez. ¿Se suponía que ya estaba maduro? Dativo y yo habíamos formado equipo en COU para ayudarnos en los exámenes: mi habilidad en Filosofía se complementaba con su facilidad

para las Matemáticas. Cultivamos una amistad entonces bastante estrecha y ahora contaba conmigo para su presentación en la sociedad estudiantil de nuestra Facultad. Manuel y Gaby repitieron pleitesía a sus orígenes (todos los principios de curso eran reiteradores en sus visitas a mamá), así que acudí solo.

Llegué ni pronto ni tarde –la cita fue a las siete– y ya varios compañeros atacaban a los sandwiches, canapés y bocaditos. Dativo me recibió efusivo y me mostró su casa con entusiasmo. El piso constaba de un casi campo de fútbol para bailar, un salón inmenso para beber y siete camas para amar.. Después de unas frases referentes y obligadas a nuestros tiempos de camaradas en COU, continuó su labor de anfitrión con nuevos invitados, así que me vi de improviso en un ambiente que ni de lejos me agradaba. Enseguida la música subió de tono, el alcohol corrió por todos los rincones y comenzaron a volar confettis y serpentinas. Como apenas conocía al resto de compañeros, tomé asiento en una silla esquinada para entreterme observando los bailes extravagantes. El casi campo de fútbol se quedaba pequeño con las evoluciones de los bailones y se armó una fiesta alborotada. Al cabo de un rato de soportar zumbidos por los aledaños de mi cabeza –estaba sentado bajo un altavoz–, había probado más de cien posturas en la silla. Visto que mis nalgas ya habían perdido sus formas redondeadas y comenzaban a protestar con el cosquilleo por la falta de riego, me levanté, atravesé con empujones la pista de baile y llegué hasta la terraza. Como el piso era un ático en el barrio más alto de la ciudad, podían verse luces, calles y edificios a la derecha y un inmenso pinar a la izquierda. Corría una brisa agradable y... pareciendo que los energúmenos esperaban mi huida, los ruidos rockeros habían cedido su lugar a notas melódicas. Respiré tranquilidad.

6.–Buenas noches.

Me sobresalté porque no esperaba que entre aquellos amantes del heavy alguien quisiera compartir el encanto de la terraza.

–Hola –respondí al saludo.

Y lo recibía una muchacha de mirada triste que forzaba una sonrisa. Al oírse correspondida, avanzó unos pasos y tomó asiento en el balancín.

–Es agradable la vista desde aquí.

–Sí, es cierto.

–Yo ya la conocía, ¿sabes? Mi novio es amigo de Dativo –y tal como pronunciaba “novio” escondió el mentón junto al pecho y cerró con fuerza los ojos.

–Yo... es la primera vez que vengo.

Mi instinto de buen chico me llevó hacia el sillón de mimbre colocado enfrente del balancín, me senté en el borde, apoyé los codos sobre las rodillas y le pregunté:

–¿Te ocurre algo?

Soltó un hipido.

–Mi novio me ha dejado.

¡Qué desgracia! Desgracia la mía, que con el trampolín de mi aspecto comprensivo la chica tomó impulso y me contó la historia completa con fervor y detalles inverosímiles... (me voy a permitir jugar a romántico porque así me inspiró la escena). Una sola vez me miró a los ojos, y sus ojos estaban vacíos, eran dos lagunillas, quizá dos brazos de mar que se perdieron en una cordillera emergida del océano, dos brazos de mar varados en la nostalgia de pertenecer a un mundo más grande. Marina, ojos azules, ojos tristes, no quería llorar.

Buen papel me tocó representar: amigo confidente repleto de paciencia o sacerdote benévolo en improvisado confesionario. Bastante original me pareció la historia. El novio dijo sufrir un tumor cerebral maligno, y la operación, además de inútil, no entraba en el seguro, y dada su afición a las ciencias ocultas, se coló de polizón en un carguero para llegar a Brasil, a la selva amazónica, donde un afamado brujo podía influir para modificar la incidencia de los astros. Si los conjuros daban resultado y el tumor desaparecía, no pensaba regresar, pues era obligado que ingresara en cualquier congregación religiosa practicante de las virtudes cardinales de prudencia, justicia, fortaleza y, sobre todo, templanza. Si aun con el poder del brujo, el tumor avanzaba, prefería morir lejos de su tierra y sin dar cuenta para que nadie sufriera el óbito. Es decir, Marina se había quedado tirada por su novio. El chico se llamaba Servando.

En algún pasaje de la historia, la música se había consumido y el silencio

apenas se cortaba con jadeos, gemidos y susurros. Ciertamente, poca atención presté a las palabras de la chica; más me centré en la pasión de sus expresiones y de su estilo de contar.

–¿Entramos? Se ha levantado frío.

–Como quieras –accedí.

El salón había quedado sin bailones, con algunos canapés aplastados en el suelo, los vasos de papel rotos o volcados y el aire viciado con olor a humanidad. Marina se acomodó sobre el suelo, sentada contra los bajos de una librería. La imité y quedamos uno al lado del otro.

–Y tú, de mujeres, ¿qué tal vas? – me lanzó.

Me dejó perplejo. ¿Cómo podía esperar una pregunta de este talante en una persona que hacía unos segundos se debatía entre las lágrimas o el suicidio?... porque habló de un modo directo, con derecho a saber, irrespetuosa.

–¿Qué tal vas de mujeres? –insistía.

El salón y mi vergüenza se hundían en la penumbra.

–Juan, quiero saber de ti –rogó ahora, más suave, casi dulce.

–Y, ¿quién soy yo para esta atención?

El terrazo supuraba y el calor del ambiente me ahogaba.

–¿Tan poco crees que te estimo? –dijo simulando enfado.

–Te he visto por primera vez hace unas horas. No entiendo tu interés.

–Tantas razones... Primera, por educación: estamos solos y la cortesía es necesaria, de algo tenemos que hablar. Segunda: has conocido mi secreto, estoy desarmada y quiero tenerte en la misma situación. Tercera, por curiosidad: hasta ahora has sido un misterio, siempre parapetado con tus amigos, y te conviertes en un reto. Cuarta, quinta y siguientes, porque me apetece, porque me da la gana, etcétera, etcétera, etcétera.

Punzó mi amor propio. Su osadía me molestaba. Tragué todas las razones, las organicé con esmero y pasé a la acción. No tenía intención de rendirme.

–Por educación: tu pregunta es indiscreta. Por correspondencia: no acordamos ningún intercambio de intimidades. Por curiosidad: puedes preguntar lo que quieras, pero yo elegiré a qué voy a responder.

–Brillante dialéctica. No podía esperar menos de ti. Intuía gran inteligencia detrás de esa imagen alegremente atractiva.

–Gracias, generosa. Tu lucidez también es proverbial. Casi me engañas con tu interpretación de novia abandonada. Conseguiste una escena sin igual.

–¡Más brillantez, imposible!

Animado, profundicé en el descubrimiento.

–No existe tu novio, no existe la historia...

–¡Oh!, me has defraudado. A punto estaba de creer en tu perfección. Claro que existe mi novio. Está en Guadalajara, de ejercicios espirituales.

¿Y quién se lo creía? Pues era verdad. El novio de esta chica se ejercitaba espiritualmente con asiduidad.

–Vamos a ver –quise centrar la conversación–. ¿Qué haces aquí?

–Sobrevivo.

–Ni que esto fuera una isla.

–Lo es para mí. Estoy asistiendo a la primera fiesta de mi vida.

El tono de esta muchacha me exasperaba. Y enfadado podía ser la mar de irónico... aunque no hasta el extremo de:

–Y ahora me dirás que eres virgen.

–¡Qué bruto eres! No te cuadra esta grosería. Pero voy a contestarte. No, no soy virgen, mi novio no es tan casto como sus ejercicios puedan indicar.

–Perdona, no debí hablar así. Y no conozco a tu novio.

–Es mayor, ¿sabes?

–¡Aaaah! Y eso es importante, claro.

–Para mí sí. Necesito hombres expertos, curtidos, maduros.

–Entonces, ¿a qué se debe tu interés por mí? –pregunté molesto, porque cada afirmación suya me desarbolaba; no la entendía.

Marina guardó silencio, un silencio largo, provocado. En la penumbra, le suponía la mirada perdida y la mente buscando una excusa para intentar embaucarme otra vez.

Surgió una voz humilde:

–Estoy loca por ti.

¿Se burlaba?, ¿quería jugar conmigo? El contenido de la conversación no la hacía creíble, pero la voz profunda, las palabras en un susurro...

–Estoy loca por ti, Juan. ¿Cómo podría explicártelo? Desde hace una semana verte me estremece, me excito con oírte. Se ha despertado en mí deseo por caer en tus brazos, quiero tenerte dentro...

La humedad de las baldosas atravesaba mis pantalones y acariciaba mis muslos, mi perineo, mis nalgas...

–...Acercarme a ti se convertía en un imposible. Te deslizabas, huías, te veía lejano, me atraías con tu mirada dulce, me sentía inferior, muy pequeña...

¿Y dónde estaba yo mientras tanto? Si acababa de conocerme...

–...Por fin, recibí la invitación a esta fiesta. He pasado tres horas buscando la manera de acercarme hasta ti, pero imaginaba a todas las chicas aguardando la oportunidad para conquistarte. ¡Estabas tan libre, tan radiante! Me acurruqué en una esquina y esperaba con inquietud una palabra tuya.

Originalidad me honra:

–A pesar de tu novio.

–¡Qué vulgar eres, Juan!

No había reproche, al contrario. Estas palabras nacieron con igual susurro que la declaración. Me habría perdonado cualquier grosería.

7. Marina se deslizó suavemente hasta colocarse frente a mí con las rodillas flexionadas para enviar los pies a su izquierda, y apoyó su mano al otro lado sobrepasando mis piernas. Clavó sus ojos en los míos, entornó los párpados, me besó con delicadeza y retiró el rostro escondiéndolo entre su melena. Eso creí... Indagaba en mi cintura, buscaba el cinturón. Comenzó su quehacer. Me desabrochó la hebilla, me desabrochó el botón, me desabrochó la cremallera... Yo intentaba aparentar calma, pero si mis manos se hubieran convertido en palas de excavadora, Dativo habríase visto necesitado de albañiles para reponer unas cuantas baldosas. Después de unos eternos instantes de roce continuo, Marina tomó acción directa sobre su objetivo

Al menos colaboré en algo. Ya no era novato en la situación y pude evitar la torpeza de la primera vez, aunque sin grandes alardes. Con su iniciativa, la excitación y el asombro libraban en mí una agridulce batalla; me encontraba entre los dos bandos... pero su ritmo en las caricias me obligó a participar en el jugueteo. Le alcancé las mejillas con el dorso de mi mano y comencé unas zalamerías torpes y temblorosas, pero conforme la chica se esforzaba por allá

abajo, me animé a descubrir sus hombros, a desabotonarle la blusa... Marina abandonó los asuntos que llevaba entre manos y agarró mis muñecas para enseñarme el camino a seguir. Estallé en un deseo feroz y seguí el dictado del instinto. Nos desparramamos por el salón y cada cual se afanaba por conquistar su meta. A cada cambio de posición, nos quitábamos una prenda. Me asombré de cómo la excitación da luces para encontrar broches escondidos... ¡tan hábil en mi bisoñez! Y Marina apenas pudo soportar el cuerpo a cuerpo. Inundó la habitación de jadeos que ahora nacían estridentes, volteó sus caderas y se unió a mí en un desenfreno imparable.

8. Intenté amarla, intenté que sus movimientos, que sus gemidos, que su entrega me dieran una sensación más cálida que placentera. Y casi lo conseguí, porque en esa entrega llegué a percibir un algo de paz en medio de tanto placer... pero tras unos minutos de silencio, todavía con sobrealiento, Marina me soltó:

–¿Sabes que no te quiero?

Tristeza post-coitum, hombre.

–No, no te quiero, Juan.

Y lo sentenciaba como si le hubiera preguntado. Ambos nos encontrábamos tumbados mirando al techo; al menos Marina no vio mi rostro, porque el resplandor que se colaba por la terraza le habría mostrado mi perplejidad. Había creído en sus palabras apasionadas... Aún así, reaccioné:

–Nadie te obliga... ni te ha obligado.

–Por eso, que tengo novio y le quiero mucho.

–Y, ¿qué tal le sentaría verte aquí, desnuda, charlando conmigo?

–Te mataría –aseguró.

–Muy interesante.

–Acércame la ropa, Juan. Tengo que irme.

Aproveché para acercar mi pantalón y me cubrí lo que ya hacía rato que cubría con las manos.

Mientras se vestía, Marina me hablaba:

–Olvídate de esta noche. No puedo negar que me atraes y que he disfrutado contigo, pero sólo volverás a acercarte a mí si mi novio deja de darme lo que

necesito. Hasta entonces, ni siquiera me saludes.

Tocó algo en mí esta presuntuosa.

–Gracias por tu ofrecimiento, pero mi turno ha concluido. Desde ahora mismo no nos conocemos... para siempre.

Y se fue.

Compuse la ropa y me vestí, y con el chirrido de algún que otro jergón, abandoné la lujuria en casa de Dativo.

Aún no daba la medianoche, pero preferí dar el viernes por concluido y volví hacia el colegio. Entre las imágenes de Lucía y Marina, parpadeaba la bombilla de una farola:

“Busco el contacto por algún lado. Tardo en encontrarlo, y al tratar de introducir la llave, resbala de mis dedos y cae sobre la alfombrilla. ‘Perdón, perdón’, susurro. La rubia sonrío impasible. Al estirarme para recogerla, me golpeo con la nariz en el claxon: ¡mooc! Noto un ligero calor en las mejillas. Me ayudo con las dos manos y acierto con la ranura. Giro la llave y el motor ruge. Trato de serenarme. La rubia me mira y sonrío impasible. Con acelerones, saco el coche de la fila de aparcamiento y oigo: ‘Recto’. Obedezco sumiso y, con exquisito cuidado, encauzo la ruta indicada. La ciudad está vacía. Tras unos metros de marcha, consigo sentirme calmado. Fijo los ojos por el parabrisas, vigilando las aceras por temor a que algún conocido me vea en esas circunstancias. Por una travesía, salen unos borrachos canturreando, y ella dice: ‘Nosotros sabremos divertirnos mejor, ¿no crees?’ Quiere ayudarme, habla para intentar que me distienda, pero continúo apretando el volante y con la vista al frente. Ante mi silencio, la rubia sonrío impasible. Parece comprender mi estado. Se arrellana y se acaricia el muslo, chasquea los labios. Juega a provocarme y lo consigue. Me excito. Ya no siento el dolor del pie dañado, me puede la ansiedad, y vuelve el rubor a mi rostro. Estiro los brazos, presiono el respaldo con el dorso y apoyo la nuca en el cabezal. Suspiro con fuerza. La rubia sonrío impasible. ‘Gira a la derecha’. ‘Tuerce por esta calle’. ‘Da vuelta a la plaza’. ‘Sigue recto hasta el camino de tierra’. ‘Toma la senda estrecha’. ‘Continúa hasta los pinos’.

‘Antes de la siguiente curva, verás el cartel. Entra en ese desvío’. No leo

nada en la madera blanca, pero al enfilar el camino veo a lo lejos las luces de una casa aislada. La rubia alarga el brazo y acaricia mi mejilla. 'Allí es. Hemos llegado pronto. No ha sido tan largo el viaje, ¿verdad?'. Me estremezco. Su piel me ha tocado dulcemente.

Detengo el coche frente a una verja enorme. Baja y me abre la portezuela. Se adelanta unos pasos, empuja el enrejado y espera a que me acerque. Caminamos casi juntos. Atravesamos un enorme jardín. En la oscuridad se adivinan olivos vetustos y setos moldeados. Unas farolas de poca altura iluminan un sendero. Sobre el dintel refulgen dos destellos que alumbran en haz triangulado la fachada de piedra, construida en sillares grandes, con aspecto clásico, aunque las ventanas se ribetean con algún adorno barroco. La puerta, altísima, lisa, tallada en sus lados con un relieve de media columna, no necesita llave. 'Pasa, por favor...'. 'Sígueme'. Cruzamos un sobrio vestíbulo, cruzamos un salón casi oscuro, ascendemos por unos escalones casi ocultos y abre una puerta. 'Es el dormitorio de invitados'. La rubia sonríe impasible."

III. Beatriz

1.O fue casualidad... o un espíritu (quizá diablillo) jugaba conmigo y mi tormento: la farola se apagó y con ella las imágenes. Esta vez, el recuerdo volvió durante mi regreso al colegio y de nuevo aparecía sin mi consentimiento, quizá me acompañó por tres manzanas... y otra vez concluía sin mi permiso. A lo largo del camino, busqué explicación a este inicio y final impuestos, después de dos o tres intentos para reactivar la película.

No logré encontrar respuesta a mis dudas, así que no tuve más remedio que llevar mis sospechas a brujas, magos, hechiceros...

Lo que me ocurría era sobrenatural, debía provenir de ciencia oculta, de magia negra. ¿Sufría algún conjuro?

Así como andaba, fruncí las cejas, apreté los dientes y murmuré una serie de insultos contra mi única contestación posible. ¿Cómo podía darme crédito pensando en un hechizo? Al doblar cada esquina, golpeaba las paredes; al cruzar cada calle, pateaba los bordillos. Llegué enfurruñado hasta el colegio y estuve a punto de romper la luna de la puerta. El esfuerzo al subir por las escaleras me ayudó a salir del enfado... y me preocupó que la mujer rubia gozara de influencia hasta lograr enfurecerme. Dormí hasta la media mañana del sábado.

Desperté lentamente, aturdido, y me escondí de la luz con la almohada. Intenté recuperarme, pero un dolor de cansancio me ataba entre las sábanas. Cuando conseguí poner en marcha el cerebro, tuve que esforzarme para cuadrar el día y la hora reales. Me incorporé y, sentado en la cama, doblé las rodillas, oculté la cabeza entre ellas y la nuca con mis manos...

¡Marina! Para vanagloria de un hombre, habría resultado la hazaña ideal. Pues bien, la historia con Marina me corroía. No, no me iban los trotes con señoritas, a pesar de la libido, a pesar de la lógica machista. Y seguro que Gaby me habría inmortalizado en altorrelieve junto al Gran Capitán, el Cid Campeador, Roldán o Supermán, ¿quién sabe?

Logré llegar al baño y me quedé pegado al espejo, escrutando mi rostro, mis brazos, mi torso. Me alarmaba el mal aspecto de la visión. Coloqué cada mano en el hombro contrario, pegué los brazos al pecho y acerqué la cara hasta un palmo del cristal. Las fuerzas me fallaban y los dedos no agarraban las clavículas, se deslizaban. Entornaba los párpados y, en la distorsión de la imagen, veía el cuerpo desnudo de Marina. Abrí lentamente los ojos; me despejaba... y, sin embargo, Marina permanecía. Hacía unos minutos despotricaba contra las mujeres y, en especial contra ella, y ahora, ya consciente, exaltaba su habilidad manual, sus pechos saltarines, su quehacer amoroso... y el estremecimiento me invadía hasta más allá de la entrepierna. E incluso con Marina quedé mejor; la chica, al menos, demostró satisfacción. Además, ¿por qué sentía deseos de reiterarme entre sus piernas? Y Marina declaró estar loca por mí, se entregó sin condiciones porque “moría por mí”. Por mí, por mí, sólo yo era su deseo.

2.El catedrático de Historia filosofaba sobre el Neolítico, nos trajo unas piedras feísimas y estuvo a punto de arrodillarse ante ellas para rendirles adoración. Lo más grave fue que les otorgó calidad de examen y durante la exaltación Gaby comenzó sus chistes.

–¿Qué es eso de que has “mojado” otra vez? Y con chica estupenda. No será que te transmito galanura. ¿O es que me la robas?

–¿Quieres callarte? –le exigí.

–No, si me saldrás con alguna estupidez. Y amigo, las estás llevando locas. No hace más que hablar de ti.

A pesar de sus habituales exageraciones, Gaby tenía razón. Empezaba yo a ser popular entre las mujeres, adquiría condición de galán. Al principio, al verlas interesadas mirándome con cara de atención, revisaba mi indumentaria, quizá una mancha en la camisa, quizá una mechón rebelde levantado, quizá la bragueta abierta... Todo correcto y nada adivinaba. Y en la clase de Historia, con los pedruscos sublimados, Gaby me dio la pista para descubrir el motivo

de tal atención. No puedo decir que rechazara a las mujeres, me atraían, pero esta popularidad no hacía sino fastidiarme, no la entendía, no la deseaba. Recuerdo las primeras vacaciones en el mar, en Lloret. Gozaba de la linda edad de trece años, con incipiente bigote y puntos negros en la nariz. Supongo que fui algo precoz, porque mi objetivo se dirigía a las de dieciséis, y cuanto más pecho, mejor. Tenía obsesión por las tetas, ¡qué manía! Ahora bien, despreciaba dichos atributos si la chica era rubia; y si con ojos verdes, ya la debacle. Las miraba con timidez, sobre todo a las suecas; vamos, que suecas eran para mí todas las rubias con tez láctea. Aclaro: no las observaba con ojos de lascivia —¡a esa edad, pobrecito!—... en realidad, ¿por qué las miraba? El instinto, sería el instinto. Por supuesto que nadie supo de esta afición. Mi padre se interesaba. “¿Qué te parece esta chica? ¿Te gusta? ¿Está buena?”, me hostigó durante años. Pero me avergonzaba contestarle. Mi padre siempre se las dio de conquistador, aun con mi madre escuchando, y no sé si me dolía más por ella o por la imagen idiota de él. En fin, gracias que a los dieciocho salí para el colegio mayor y, en mis visitas, cada vez más esporádicas, le insinuaba alguna aventura amorosa. De todos modos, nunca le conté mis “affaires” con Lucía y Marina. Pero, volviendo a lo que me ocupa: si amigos, compañeros, conocidos y faroleros presumían de conquistas femeninas, yo no había llevado todavía a una chica de la mano. Pero como por tantas cosas y de tanta gente me oía a menudo: “Tú eres un chico muy especial”, asigné también este calificativo a esta materia.

Así, mis dos experiencias eróticas tuvieron valor de hallazgo y aunque con Lucía apenas me di cuenta —duró tan poco—, con Marina conocí el placer carnal. Y entendí que como aderezo del amor romántico resultaría bien. Nada más. No, yo no encajaba con el placer experimentado en un momento de pasión, al menos analizándolo con frialdad. En cualquier caso, era un chico apático para casi todo, nada visceral, más bien retraído y bastante indolente, por lo tanto me convertía en caldo de cultivo para el análisis racional de un escaqueo amoroso.

Lo que no soportaba era la popularidad. De verdad, lo llevaba muy mal; tanto, que desaparecían mis acostumbrados buenos modales y me convertía en un ser puntilloso e irascible. Siempre había intentado pasar desapercibido, porque me avergonzaba ser objeto de atención, y más entre las mujeres. Era un suplicio. Pero ahora bien, no era éste el motivo de mi estado. Aunque me

negaba a reconocer la causa de mi fama, Manuel y Gaby no se inhibían de informarme y relataban los halagos que las chicas hacían de mí. Pues bien, mi fastidio estaba en tener que sufrir una notoriedad debida a unas cualidades que yo no asumía. Me resultaba incomprensible calificar mi persona con apelativos de “tío bueno”, “elegante”, “qué apostura”, “eso es un cuerpo”, “me comería tus labios”, “¿dónde vas, belleza del Olimpo”, y barbaridades semejantes. No aceptaba ser materia de adulación sexista, y menos sin que yo aceptara el motivo. Aunque... bueno, como estímulo...

3.El deber y el ocio no se detenían con mis ejercicios mentales. Las horas matutinas pasaban entre folios, pizarra y verborrea, y las tardes libres, las ocupábamos en visitar la biblioteca, unas veces para estudiar, otras para leer, casi siempre como lugar de encuentro para escaparnos a otro lugar. Manuel, y a Gaby no le importaba, prefería pasar las horas frente a una cerveza en el bar de la Facultad de Derecho porque en el fondo tenía alma de leguleyo. El ambiente no era muy diferente del de nuestros dominios, gente que iba y venía, grupos que discutían, o reían, o conversaban, nunca de leyes. Beatriz estaba sola.

La chica se apoyaba en la pared, junto al cartel de la barra que decía “exclusivo camareros”, y sostenía un vaso largo. Miraba a su alrededor interesadamente, como si hubiera agotado los momentos de soledad y buscara un rostro conocido. Varias veces, su rastreo se detuvo en nuestra mesa durante unos segundos, en cada ocasión más largos, y siempre a continuación buscaba con los labios un sorbo de su bebida. Vestía con sencillez un jersey ligeramente ceñido y un pantalón vaquero que marcaba unas piernas esbeltas. Mi silla estaba frente a ella, Manuel de espaldas y Gaby de costado. Nada me impedía observarla con detenimiento, excepto sus ojos; cuando su ojos se clavaban en los míos con dulzura y ansia de atención, me escondía entre cualquier excusa del local.

–¿Tercer ligue, Manuel? –insinuó Gaby.

Me hizo despertar.

Manuel se volvió hacia donde Gaby le indicaba.

–Buen objetivo, Juan –contestó.

–Dejadme en paz, ¿queréis? –me molesté.

Y continué la conversación interrumpida como si la chica hubiera

desaparecido.

A las nueve cerraban y me levanté a pagar. Ella se acercó; casi la había olvidado.

–Está pagado –y me sujetó por la muñeca cuando iba a depositar las monedas sobre la barra.

–Gracias –contesté casi tartamudeando–. ¿Por qué este detalle?

–Si invito a los tres, tú estás entre ellos.

–No entiendo.

–Quiero estar contigo, Juan.

Hombre, quedó algo ridícula, creo yo, pero pronunciaba con tal sensualidad que me incitaba a seguir hablando con ella.

–Conoces mi nombre.

–Tengo amigas que suspiran por ti. Despiertas emociones, ¿sabes? Ya estábamos de nuevo, y yo colorado de arriba a abajo, supongo.

–No entiendo.

–Eso ya lo has dicho. Te repites demasiado.

–Pues sigo sin entender –dije, bastante timorato.

–Un hombre como tú es carne de cañón entre las mujeres. Y de vez en cuando, juego a ser mujer. Suelo ganar.

Lo de hombre me sonó gratificante, y gracias a mis dos chicas empezaba a comprender. Tenía ante mí una muchacha atractiva, no alcanzaba a ver más entonces, pero ahora puedo contar, confirmado por lo que sigue y con la experiencia de aquel curso, que desprendía musicalidad, eso es, ritmo y melodía en cada palabra y en cada gesto, tanto así que su presencia me sujetaba con un imán especial.

Manuel y Gaby reían desde la mesa. Además de los dos camareros, sólo nosotros cuatro seguíamos en el local. Me sentí incómodo y decidí romper con la situación.

–Van a cerrar. Tengo que irme. Me esperan.

–Puedes elegir.

–¿Elegir? ¿Entre qué?

–Volver con tus amigos o salir conmigo quién sabe dónde.

–No me gusta lo desconocido. Adiós.

–Adiós, Juan. Mañana volveré y tú estarás.

La abandoné con alivio y desencanto.

Manuel me martirizó con su ironía.

–Desprecias un bocado exquisito por acompañar a tus amigos. Eres leal, Juan. Te apreciamos.

Callé. Gaby también se pronunció.

–¡Chico, eres genial! Con un plan tan fácil y te vas a dormir. ¿Quién pudiera?

–Nos ha invitado. Nada más –me excusé.

–¿Acaso no es señal de intenciones? –habló Gaby.

–¿Y si hubieras ido tú a pagar?

–Ojalá, ojalá, pero no te preocupes, ya volveremos, y si la encuentro, seguro que no desperdicio la oportunidad.

Me pinchó; algo así como celos, supongo.

–No, no volveremos.

–¿Y una extraña decide adónde debes ir? –intervino Manuel—. Mañana estaremos aquí, y pasado, y al otro, siempre que queramos, ¿o no, Juan? ¿Algo te da miedo?

Este chico me exasperaba. Ni mi madre me conocía como él. De tan inteligente resultaba irrespetuoso. ¡Qué cruz!, nada se le escapaba, y entonces tampoco, claro. Como ni remotos eran mis deseos de hablar del asunto, y menos aún, contarles mis intimidades...

–Está bien, volveremos. Y Gaby tendrá su oportunidad. ¿Te parece, Gaby?

–Uy, uy, uy, éste no es don Juan –cantó Gaby.

–Bien, muchachos, mañana nos vemos en clase –y me despedí sin más.

Me marchaba con una rabieta extraña. Debía responder ante dos actitudes arrogantes, la de la chica y la de Manuel, las dos con el mismo fin: volver al bar de Derecho. Pero en medio, Gaby deseaba suplantarme en la posición favorable ante ella, y no quería permitírselo. Por amor propio prefería no acudir, ¿qué se creía la chica?; por amor propio, Gaby no debía intervenir.

Al día siguiente, Manuel ni nombró el asunto, en su papel de observador.

Con sus dotes intuitivas adivinaba mi revolución mental y prefería mantenerse al margen. El simpático Gaby me lanzaba punzadas intermitentes como: “Hoy tenemos clase a las cuatro. Llegaremos un poco más tarde al bar”; o como: “Tardan las cinco y media. Me relamo con la chica morena”. Me molestaba, no podía evitarlo, pero si contestaba, ya estaba la broma en mis espaldas, y vencía mi orgullo, es decir, callaba y simulaba atender al profesor.

Y a las cinco y cinco, propuse:

–Deberíamos preparar el trabajo de Latín. Dativo va a la biblioteca y ha comentado que este lunes ya había más diccionarios.

Al unísono, como si una ráfaga hubiera impulsado sus pupilas, me fundieron con una mirada que no necesitaba palabras. Cedí en silencio, tragándome la preocupación, y tomamos camino hacia la Facultad de Derecho.

Dejé que ambos descendieran por las escaleras delante de mí. Sinceramente, sentía miedo, de verdad, pero no sabría explicar por qué.

Atravesé la entrada con prevención, dos pasos por detrás de Manuel, seis o siete por detrás de Gaby, que iba acelerado y miraba a todas partes. Inspeccioné también los mismos lugares, aunque con más discreción, y suspiré. La chica no aparecía por ningún lado. Pues digamos que tampoco di un vuelco de alegría... Buscamos una mesa libre, algo apartada de la barra y, como siempre, pedimos unas cervezas. Comenzamos una conversación intrascendente y Gaby no podía parar en la silla, le comían los nervios, y, a los dos minutos, se levantó y se escapó por algún lugar del bar.

–Buenas tardes... y muchas gracias.

Si la voz nacía melodiosa, ¿quién saludaba? Apareció por mi espalda y tomó asiento en la silla que Gaby dejó libre.

–Buenas tardes –murmuré.

–Adiós –se despidió Manuel.

–¡Manuel! –casi grité pidiéndole auxilio; y me contestó con una pícaro sonrisa que la chica le agradeció con complicidad.

–¿Tanto necesitas a tu amigo? ¿Es tu ángel de la guarda?

–Teníamos cosas de qué hablar –me defendí.

–Que pueden esperar hasta mañana, supongo.

–No habrá más remedio. Me han abandonado.

–En una buena compañía.

–¿Debo dudarlo?

–Es pronto para averiguarlo. Soy Beatriz –me tendió la mano y correspondí al saludo.

–Y yo Juan, aunque ayer demostraste estar muy bien informada. ¿Qué más sabes de mí?

–Tu nombre y lo que veo. Es suficiente.

–¿Sólo suficiente? ¿Para qué?

–Si pretendes calificaciones, te diré que sobresaliente.

–No entiendo.

–Te has aprendido la canción, ¿eh? Muy bien. Te diré que es suficiente para lo que pretendo, y sobresaliente adivino el resultado... No, por favor, no digas otra vez “no entiendo”. Si con esta presencia tuya no entiendes de verdad, todavía haces más interesante mi atrevimiento. Lo desconocido me atrae. Y ahora que noto; de cerca, tu mirada es inocente. ¿Eres así de verdad?, tan limpio como esas pupilas negras. No, no puedes ser todavía tan ingenuo como dicen tus ojos, porque tu cuerpo rebosa hombría y tantas mujeres habrán caído a tus pies...

Cautivaba con la canción que creaba a cada frase, con la envoltura de una voz profunda...

–Pretendes conquistarme.

–Ciertamente, eres cándido. Qué maravilloso.

–Debo tomarlo como un insulto o como un halago.

–No podría insultarte, Juan.

Colocó su mano sobre la mía y sentí algo especial, algo más allá de la excitación física, y esperé que su sonrisa significara lo mismo.

Pensé en Gaby y en su probable desilusión cuando Manuel lo hubiera capturado. Y pensé si él en mi lugar sería capaz de sentir igual, si cualquiera en mi lugar, ante una mujer como Beatriz, podía imaginarse una sensación tan gratificante. Necesitaba creerme que ella correspondía.

–Eres muy atractiva.

–¿Debo entender que te atraigo?

–¿No estabas tan segura?

–Con tu mirada, ninguna mujer se sabrá segura y, sin embargo, toda mujer querrá llevarte hasta el final.

–Realmente me atraes.

–¡Qué halago! Me sientes atractiva. Nunca me he parado a pensar si lo soy o no, pero lo cierto es que tu conclusión me gusta porque facilita mi camino para conquistarte.

–¿Por qué ese empeño en conquistarme?

–No quieras saberlo. Simplemente, accede, y entonces te diré... ¿Sirve el negocio?

–¿Buscas amor? –pregunté, sin pensar; y con la última sílaba tragué saliva.

–No debes tener más dudas. Vámonos.

4.Salimos de la Facultad. Ninguno pronunciamos palabra, caminábamos. Dejamos el campus y paró un taxi. Dio una dirección que he decidido olvidar y se acurrucó bajo mi brazo. El taxista sonreía y me guiñó un ojo por el retrovisor. No sé si nos creyó un lígüe y evocó sus tiempos juveniles o si le parecimos una pareja de novios y le recordamos su luna de miel. Por una o por otra conclusión, o quizá por el taxímetro, condujo muy despacio y se detuvo en cada paso de peatones, lo que aprovechaba Beatriz para esconderse cada vez más entre mi cuerpo. En el último cruce, sin previo aviso, me besó.

Entramos en un edificio blanco, parecía hotel, con la pared de la entrada cubierta de placas de oficinas. Pidió al conserje la llave y me llevó hasta el ascensor. Compartimos viaje con una ancianita que nos dio la espalda, algo enfurruñada, y Beatriz me tomó de la mano y se separó. Sonrió hasta el noveno piso y me señalaba con la cabeza a nuestra compañía, pero no le entendí, como fue normal en toda la historia. La viejecita continuó viaje y nosotros nos dirigimos por un elegante pasillo hasta el cartel 909.

El apartamento era pequeño, pero muy lujoso. Las paredes se vestían de madera o mármol, y el salón al que accedimos desde la entrada se iluminaba por un ventanal enorme que dejaba caer los rayos del atardecer sobre un diván blanco, repujado en piel y repleto de cojines.

–Siéntate –me rogó Beatriz.

Ella se acercó al mueble–bar y preparó dos vasos largos, whisky con ginger–ale. Volvió con ellos a mi lado, se sentó y brindó:

–Por nosotros.

Levanté el vaso y correspondí.

–¿Vives aquí?

–Qué más da. Estamos aquí.

Sonaba música de violín por algunos altavoces ocultos, tan suave que rimaba con la melodía de Beatriz.

–¿Vives sola?

–Estamos solos. Es lo importante.

No acertaba a iniciar una conversación apropiada. Beatriz no quería hablar, y yo tampoco, pero el silencio entre los dos me parecía irritante. Opté por callar y acerté. Bebimos largos tragos y como era poco aficionado al alcohol, conforme el whisky se agotaba, unos efluvios se apoderaban de mi consciencia. No voy a decir que me invadiera la alegría, pero veía las cosas de otra manera, algo así como más optimista, es decir, que sentía a Beatriz mucho más cerca de mí.

Seguía el violín sonando y la melodía se colaba por cada lugar de la habitación. Los rayos tenues cedían y la penumbra buscaba el dominio de la situación. Cerré los ojos y las imágenes distorsionadas se sucedían una tras otra en mi cerebro. Beatriz guardaba las palabras y supongo que me habría dormido, pero el roce sensual de sus labios me hizo recuperar el ser:

–¿Estás cómodo, Juan? –susurró.

Abrí los ojos y allí estaba, sonriente como una luna de verano, mirándome desde lo alto, con las dos manos en mis hombros y jugueteando con los pulgares en los lados de mi cuello. Asentí.

–Es bueno que te sientas bien.

Se levantó y desapareció por una puerta del fondo. Mantuve la posición porque ciertamente estaba cómodo y, aun con la penumbra, rastree la decoración de la sala. Nada indicaba originalidad; el lujo reinaba desde la alfombra al techo, pero acusaba la falta del toque personal. Desde luego que la mano de Beatriz no había intervenido; ella era mucho más encantadora que aquel fatuo y suntuoso apartamento; ella era felizmente creativa; en sí, era

creación, creación de una obra artística, música de cámara, para público reducido, pintura de Da Vinci, para una biblioteca como estancia de silencio, capilla gótica, como símbolo de recogimiento y elevación hacia la paz del cielo.

Sin desearlo, dejando que la decoración me sirviera de contrapunto, descubriría mi admiración por Beatriz. Y no me asombraba, parecía que me estuviera acercando a ella desde mucho tiempo atrás...

Y Beatriz no estaba. Tuve un sobresalto y me erguí en el diván.

–¿Beatriz? –la llamé con suavidad.

No respondía. La puerta del fondo por donde se perdió estaba entreabierta. Evité imaginar que había escapado y me dirigí hacia allí.

–Juan. Has tardado.

5.Hablaba recostada sobre la cama entre cojines de raso, apenas cubierta por un body negro que dibujaba su silueta sobre la sábana. Me detuve en la puerta. Dudé. Beatriz, con su extraño lenguaje corporal, me llamaba, pero no quería entenderlo. Esta mujer no estaba hecha para disfrutarla en la cama. Mi mente dibujaba un desenlace romántico, sin contar el tiempo, viviendo cada instante a su lado con un poco de su armonía. Y acostarme con ella rompería la paz, como me destruyó a Lucía y a Marina. Sentía recientes el son de su voz y el calor de su cuerpo. Y me bastaba y quería retenerlos tal cual los disfrutaba, con una pureza que hoy podría añorar. Beatriz se deslizó por la sábana, giró, abrazó la almohada y apoyó la mejilla sobre el bordado, dobló una pierna y se acurrucó dulcemente; había cerrado los ojos y parecía soñar un cuento de deseo.

Recordé los momentos lascivos con Lucía y Marina, y la imagen de sus cuerpos de mujer hacía despertar mi instinto. Volví a dudar y pensé en Gaby. Si me viera en esta situación... Juzgué idiota el ideal de pureza y me acerqué hasta ella.

Tomé asiento en la cama con premeditada delicadeza para no interrumpir el encanto. Posé mis dedos sobre su espalda y comencé una caricia sutil, aun con el temor a que el instinto destruyera la belleza del instante. No eludí ni un centímetro de la piel de su dorso, me centré en el jugueteo digital, y Beatriz se estremecía, cualquier movimiento de su cuerpo me contagiaba, pero no quería ir más allá de las caricias suaves. Apoyé las manos en sus hombros y dejé

caer mi mejilla sobre los caminos que mis dedos habían explorado, cerraba los párpados para contener los impulsos, sólo deseaba ver aquello que creía gozar. Abrí y cerré los labios, tomando entre ellos un poco de su piel, y Beatriz volvió, giró su tronco al mismo ritmo melódico que componían sus jadeos y, con sus ojos entreabiertos, sonreía para mirarme con deleite, con el placer que siente quien ama sin cesar, y así abandoné el temor a quebrar el poema romántico, deslicé los tirantes hasta descubrir el vientre y lo besé como si tomara posesión de su entraña, y a cada gemido suyo mis manos iban convirtiéndose en firmes tenazas de amor... Cuando alcancé sus labios, habría desobedecido cualquier orden consciente, y nacieron besos comprometidos, sutilezas de pasión, entrega sin condiciones, deseo de amar. Y Beatriz lanzó sus dedos hacia mi cabello, aprisionó con fuerza, devoró cada latido de mi cuello y consiguió alojar en mí un aroma que aún hoy recuerdo como estigma de una mujer enamorada. Y la fragancia acompañaba su melodía, y al unirse a mí entendí la locura de sus compases como un dulce camino al placer de saber amar.

6. Beatriz se sumió en el silencio con una sonrisa perdida. Mi cuerpo yacía a su lado, exhausto, pero satisfecho con la sensación de haber aprendido la unión de los cuerpos al servicio del amor. También sonreí feliz porque ella seguía a mi lado, con su mano en la mía, disfrutando en el descanso de la pasión. Me habló en un susurro, sin quebrar la composición de sus rasgos:

–¿Has comprendido lo fácil que es jugar al amor?

Me ofendí.

–No tiene por qué ser un juego, ¿no crees?

–No seas romántico, Juan. Estos minutos han servido para gozar de un juego. ¿Qué pretendías?

–Parece que todo lo contrario a tu intención –contesté dolido.

Comenzó el fraude. ¿Por qué habló? Habría sido una gran aventura... Los pentagramas saltaron hechos pedazos y volví a la sensación de vacío.

–¿Acaso no has sido feliz?

–He sido, por supuesto, he sido –confirmé.

–Entonces, ¿pides más?

–Creo que no tengo derecho, pero no veo al amor como tu juego, y has hecho desaparecer todo lo que hemos tenido hace un momento. Es cruel.

–No, no es cruel, es así. Se esfuma, escapa y no vuelve. Ocurre de esta manera sólo la primera vez y siempre que la elección sea acertada. Es un juego atractivo y placentero, no hay que desear otra cosa que poder encontrar la compañía ideal y buscar una buena partida. Has practicado muy poco, ¿verdad?

–Sí, y me siento en un fracaso. No he encontrado lo que esperaba.

–Realmente eres un romántico. Escucha, Juan. Hoy es simplemente una ocasión especial y así debes entenderlo.

–No quieras hacerme creer en tu juego. El amor es otra cosa, no un juego para gozar y perder. Al menos, no sólo eso.

–Bien, nos hemos amado por unas horas, por el presente. Fabricarnos un mundo de falsas esperanzas es ridículo. Recordaremos esta tarde y no habrá más, porque en cada repetición el sabor de lo desconocido desaparece poco a poco y entonces el amor se convierte en rutina. Entonces sí muere.

–¡Ah!, el amor es placer.

–¿Qué si no?

–Más que sexo.

–Ya lo creo, hemos tenido más que sexo, ¿o no? ¿No has sentido cómo tu alma gozaba?

–¿Ha sido mi alma? ¿Tengo el alma en la entrepierna?

–¡Eh, Juan!, no seas grosero –dijo con su melodía—. Has oído los latidos de mi corazón, has traspasado mi piel y has llenado mi cuerpo de parte de ti. Te he conocido como hombre y rey único en esta cama. Hemos sido uno.

–Ya. Y eso no es sexo, es amor puro y fantástico, eterno, magnífico, sublime... unión del alma. Ja.

–Será mejor que nos despedamos. Tú quieres un amor forzado para toda la vida. Yo quiero un amor como el tuyo cada noche, y tu fuente se ha agotado... Comprenderás con el tiempo que buscas un imposible. Voy a quedarme con tu recuerdo. Es suficiente, porque te he amado.

–Gracias, Beatriz. Sigues siendo extremadamente atractiva.

Me vestí en silencio, sin volver la mirada y sintiendo cómo ella sonreía con la melodía en su rostro, con su latido hueco, con su alma escondida.

¿Qué habría pensado Gaby de este desenlace? “Imbécil, imbécil”, creía oír hasta la saciedad. Y unas carcajadas estrepitosas acompañarían sus descaros. ¿Cómo iba a contarle la aventura?... Y con el vacío, con la desilusión, ni sentí que volvía aquella mujer rubia platino:

“No enciende ninguna luz. Con el reflejo de una ventana alta, sólo puedo ver una habitación con muebles antiguos: una cama con dosel, un armario de cuatro puertas y algo más por la izquierda que la oscuridad me impide precisar. Entra a la habitación, se acerca a la cama y acaricia la cubierta. Apenas distingo su silueta desnuda. Se apoya en una columna del dosel y susurra: ‘Oh, Juan, Juan’. Baja la vista al suelo por un momento y vuelve hasta mí. Cierra la puerta suavemente y se dirige a los escalones. La sigo hasta el salón. Siento su seguridad y me obligo a caminar detrás de ella como un lacayo fiel. Rodeamos la estancia dos veces. Ella delante, yo detrás. Pienso que se ha olvidado de mí o que juega a burlarse. Anda pausada y se va deteniendo frente a algún cuadro, frente a algunos muebles, frente a pequeñas figuras en madera que representan damas y caballeros antiguos, y todo ello lo va deshaciendo con una mirada concentrada, lo acaricia una y cien veces y después de tocar cada objeto de adoración besa las yemas de sus dedos.

Al cabo de unos largos instantes de éxtasis, por fin, me mira. Frente al último cuadro de una hilera en la pared, parece comparar mi rostro con un hombre barbado. Reparte su mirada entre ambos y vuelve a caer en el embelesamiento mientras observa el cuadro. Parece desear transmitirle algo de vitalidad para que se funda con ella. Le caen dos lágrimas. Vuelve a mirarme, repite la caricia de su mano en mi mejilla, y con sus dedos rozando mi rostro, reenvía la mirada al hombre barbado y susurra con tono entre melancólico y esperanzado: ‘Tú serás él, mi Juan. Tú serás él’.

Me empuja dulcemente hasta el sofá y desaparece.

Quedo asombrado, tardo en reaccionar y ni siquiera me atrevo a cambiar de postura. El silencio es brutal y me sobrecoge. Imagino mil brujerías y para despistar la mente recorro con la vista la habitación. Los cuadros que antes ella ha observado son retratos, todos retratos, bustos de mujeres

vestidas con ropajes de hace trescientos o cuatrocientos años, rostros bellos, excepto dos, uno el del hombre barbado, y otro el de un caballero calvo, mejillas sonrosadas y bigote puntiagudo. Me doy cuenta de que las efigies y el mobiliario que ella adoró en su paseo pueden ser de la misma época de aquellos personajes; en cambio, lo demás, aunque con diseño antiguo, da aspecto de fabricación actual.

Como la rubia tarda en regresar, voy dejando la rigidez y me acomodo en el sofá. Sigo paseando la mirada por cada uno de los objetos, pero inevitablemente voy a parar a la hilera de los cuadros. Intento escudriñar los rostros, pero la penumbra –sólo está encendida una lámpara de mesa cerca de los escalones que llevan al dormitorio– no me permite distinguir con precisión. Decido acercarme a ellos. Miro a un lado y a otro y me levanto. Repaso cada uno de los bustos. Todas las mujeres sonríen, diríase que como la rubia. Casi oculto por un jarrón, justo al final de la hilera, junto al retrato del hombre barbado, descubro un texto enmarcado, escrito en letra antigua y sobre pergamino. Leo:

**No; el amor que hoy se atesora
en mi corazón mortal
no es un amor terrenal
como el que sentí hasta ahora;
es incendio que se traga
cuanto ve, inmenso, voraz.**

**Y, ¿qué he de hacer, ¡ay de mí!
sino caer en vuestros brazos,
si el corazón en pedazos
me vais robando de aquí?
¡Señor!, ¡señor!, yo lo imploro
de tu hidalga compasión:
o arráncame el corazón,
o ámame, porque te adoro.”**

IV. Anais

1. La sucesión de imágenes regresó con la misma soberbia que en las dos ocasiones anteriores, y llegó quizá más suave, pero más intensa. Los nuevos acontecimientos que fui recordando me provocaron más interés, como si algo me atara fuertemente a esa mujer, y esta vez casi sufrí daño. La rubia se clavaba en mi subconsciente como una lombriz intestinal, que nunca sabes cómo llega, pero que en las circunstancias más inoportunas delata su presencia. Me hería el orgullo, no estaba dispuesto a que un ser desconocido alterara mi habitual paz interior. ¿Con qué derecho se inmiscuía en mi vida? ¿Quién se creía para ocupar mi recuerdo?... Y así, después de que las otras dos secuencias me ofuscaron o me irritaron, con esta tercera me vi obligado a reflexionar con serenidad.

Pensé que se trataba de un sueño porque nacía sin mi consentimiento... No encajaba; primero, nunca había tenido sueños tan meticulosos; segundo, vagar despierto entre una idea o unas imágenes no lo daba como posible... No obstante, intenté forzar esta hipótesis porque me convenía: un sueño no causa mayores problemas; generalmente, acaba y desaparece...

No podía engañarme; los hechos habían ocurrido, al menos los que pertenecían a mi propia realidad, es decir, la noche de juerga, el jugueteo infantil, la caída, el banco solitario, la rubia desnuda al otro lado de la acera y las horas vacías entre la visión y la tarde siguiente... Consideré entonces la posibilidad de una amnesia que desaparecía paulatinamente. Analicé con más detenimiento el hecho de que el recuerdo me llegara por entregas... y me sorprendí con una evidencia pasmosa: la película se ponía en marcha con cada relación amorosa, es decir, como tres sesiones amoratorias tuve, tres fascículos obraban en mi memoria... ¿Dónde estaba la explicación? ¿El sexo excita el cerebro? ¿Y con dosis estudiadas?... Imaginé mil conclusiones dispares y mi fantasía voló... Pues bien, me detuve ante una extraña suposición ya

vislumbrada: era víctima de un embrujo.

Así como suena: un embrujo.

Y en esta ocasión no consideraba la excusa de una alteración de mi estado de ánimo. Jamás había recurrido a un absurdo para dar justificación a un hecho, pero si no, ¿cómo entonces explicar lo inexplicable? Di vueltas y vueltas para poder evitar esta conclusión, pero no encontraba otra respuesta. Quise suponer que un psicoanalista podría descubrir otra causa. Y lo quise suponer como consuelo, pues no aceptaba la idea de crearme envuelto en prácticas ocultas. De todas formas, no pensaba ir a consulta, porque a fin de cuentas... me halagaba ser protagonista de un misterio... aunque si yo hubiera sido el creador, habría modificado la obra, pues me disgustaba el antecedente erótico como motor de arranque, y me disgustaba por dos razones: nunca admití depender de nadie que yo no quisiera y, aún esto permitido, amar con lascivia para obtener el recuerdo como pago a tanto alzado me hacía sentir prostituido, por lo que era capaz de mantener la amnesia antes de caer en la necesidad de alimentar el sexo para poner en marcha la película... En fin, ¡qué jarana mental tenía montada! Y no se puede jugar a general y soldado en la misma batalla. Las cosas desde fuera se ven de otra manera. Estaba suponiéndome como un hombre dogmático y nada más lejos de mi carácter. En realidad, me convencía fácilmente de que yo siempre llevaba las riendas de mi comportamiento, aunque actuara por influencias ajenas. Era la forma de justificar mi pretendida autonomía... Y el sexo. Ja, el sexo. ¿Que no estaba dispuesto a...? Dios mío, qué duda... los cuerpos desnudos de Lucía, de Marina, de Beatriz...

Como los problemas de difícil solución, y más los metafísicos, no solían ser de mi incumbencia, dejé a un lado las reflexiones sobre el origen de la rubia y me ocupé del tercer bloque de recuerdo. Los versos enmarcados podrían ser útiles para descubrir el origen de la bella desnuda. Pero no sólo ellos la descubrían... los muebles, la música, los cuadros... En fin. Verifiqué cada eslabón del argumento comenzando como debe ser, desde el principio. ¿Por qué me enseñó el dormitorio de invitados? ¿Quizá pretendió que la acosara hasta hacerle el amor? Deseaba y rechazaba la posibilidad de haberme acostado con ella. Lo deseaba porque la chica no sólo desprendía belleza, sino también atracción; no era de aquéllas que de extremadamente guapas se hacían insulsas; en toda ella se unían delicadeza y vitalidad para ofrecer un interés hacia la entrega. Y lo rechazaba... por principios, de la

misma manera que odiaba mis aventuras eróticas anteriores. ¿Por qué placer sin amor? ¿Por qué placer sin la unión mística ideal?... aunque algo dentro de mí me hacía pensar que esta rubia platino podría trasladarme a ese éxtasis del sentimiento, al orgasmo espiritual (ja, ja). Desde el primer momento, cada orden suya me ató. “Abre”. “Arranca”. “Sube”. Y cada roce o insinuación –qué bien prodigaba el ensueño de la coquetería– me habría empujado hasta cualquier acto impensado. ¿Por qué ejercía ese influjo? Traté de hallar explicación a la pregunta en alguno de los cuadros pegados uno al otro en la hilera de la pared. La respuesta estaba en el hombre barbado.

Como casi siempre, la reflexión ocurría en el sopor de la noche y me venció el sueño.

2. Beatriz me despertó. No, no volvió junto a mí. He querido decir que desperté con el rostro de Beatriz en mi sueño. Y había soñado la historia que yo quise crear: una pasión romántica, una velada en un restaurante al cielo libre, una declaración de amor a los postres y un beso frugal en la despedida. Y en esas imágenes, un ser igual a mí –podía ser yo– se reía como creí que Gaby se reiría al conocer mis disquisiciones en el post-coitum. Y cuando desperté, con el rostro de Beatriz solicitándome, con el rostro de Beatriz que nació de un plano de su cuerpo desnudo como una maniobra de zoom cinematográfico, sentía la misma desazón que sufrí cuando rechazaba a Lucía en sus primeros intentos. ¡Alguien se apoderaba de mí!

La clase aún estaba vacía. Había salido sin hacer la cama, sin desayunar, y caminé con paso rápido para que el palpar de mi corazón a causa del desconcierto se confundiera con los acelerones del esfuerzo físico. Esta terapia siempre me dio tan buen resultado como irme a dormir. Llegué cansado y tuve más de un cuarto de hora para recuperar el aliento y para leer en la pizarra los trazos de la última clase del día anterior. Manuel y Gaby llegaron puntuales.

Gaby se apresuró para ocupar el sitio contiguo al mío. Con su proverbial, y a veces pesado, donaire, desde el primer escalón, ya empezó a disparar:

–¡Ligón maldito!, dime, habla, pronúnciate, desembucha, alíviate, casanova, donjuán, bradomín. ¡¡Cuéntame!!

Con la última palabra en los labios, ya se había colocado frente a mí, una mano en cada brazo del butacón y su boca a un palmo de mi nariz.

–Pero no creas que todo fue mérito tuyo. Mira, mira, ves aquel trotaconventos –señalaba a Manuel–. Si no fuera por su habilidad, la chica habría sido mía. Aunque no me importa, eres un buen amigo, así que larga extensamente por tu boquita. ¿Te la beneficiaste?

Calló, expectante. No habría aceptado un no.

–Sí.

–¡Oh! ¡Oh, casanova, valentino! Y... ¿cómo, cómo trabaja la chica? ¿Es buena? ¿Tiene morbo?

–Hola, Juan –Manuel siempre a punto–. ¿Qué tal anoche?

–Bien, bien. La chica era especial.

–¡Especial?! ¡Especial?! –tronó Gaby–. ¿No lo hace como las demás? Anda, bujarrón, que tú no sabes distinguir una amazona de una vestal griega.

Me picó.

–Pero, dime, Gaby, dime. ¿Con quién se fue? ¿Qué tal has pasado la noche? ¿Has mojado las sábanas tú solito?

–Haya paz –intervino Manuel.

–Este chico, este chico, tan memo que parecía... –dijo Gaby por mí.

–No todos somos tan espabilados como tú, sobre todo en cuestiones de bragueta, ¿o no es así? –le interpelé.

–Calma, chicos –repitió Manuel.

–Atiende, rey del harén. La chica que te llevaste ayer es un cardo borriquero con dientes de sierra roñosa y tetas de cabra vieja –volvió Gaby a la carga.

Iban pasando compañeras y compañeros, sobre todo compañeras, a nuestro lado, y algunas de ellas, sin detenerse, saludaban:

–Buenos días, Juan.

–¿Qué tal tu cuerpo, tesoro?

–Adivina con quién he soñado esta noche.

–¿También son cardos borriqueros? – espeté a Gaby.

–No te las des, eh, no te las des.

–Te ha vencido, Gaby. Venga, siéntate y calla –dijo Manuel mientras lo empujaba dos asientos más a la derecha del que yo ocupaba–. Atiende, que entra don Picapiedra –Picapiedra era el profesor de Griego.

De no ser por que me sirvieron para hacer callar a Gaby, los piropos de las chicas me habrían llenado de vergüenza. Pero así era, mi popularidad aumentaba como si le arrojaban levadura, aumentaba entre mujeres y hombres y según los días. Según los días, moverme por los pasillos suponía convertirme en la comidilla de las mujeres. Y digo según los días, porque a jornadas tranquilas sucedían peonadas de revuelo, ya intermitentes, ya continuadas. O pasaba desapercibido o casi toda la Facultad se preocupaba de mis movimientos. Odiaba los días de revuelo, no estaba hecho para la fama. Y a más inri, como ya he dicho, los varones también participaban en el festival, aunque en ellos su posición era más constante, sobre todo en los envidiosos. Dichos participantes se polarizaban; a saber: unos se carcomían al adjudicarme facultades de atracción para con las chicas, y me despellejaban; otros pretendían alcanzar mi amistad con el deseo de recibir alguna pajarita rechazada, y me admiraban. He de reconocer que, fiel a mis principios de lealtad, ni éstos ni aquéllos conseguían impresionarme o enojarme. Y yo estaba más a gusto entre los que ni una cosa ni otra, es decir, entre los que no se enteraban o no le daban importancia a mi cualidad.

Ahora bien, si la popularidad me irritaba, no me pasaba lo mismo con mis dotes de atracción. Les empezaba a tomar cierto regustillo agradable. Sentirme objeto del deseo femenino adulaba mi ego. Es paradójico. En realidad, quería ser admirado, pero sin ser popular. Me sonrojaban los corros y, en cambio, disfrutaba sabiendo que yo era la causa. Esto nacía de mi timidez. Incluso ya admitiendo mi cualidad de ‘tío bueno’, no dirigía a las mujeres ni una sola palabra de acercamiento, pues creía quedar mal, esperaba una contestación cortante y temía sufrir el ridículo. En esos momentos, cuando la duda me asaltaba, cuando tardaba en reconocermé, echaba mano de Manuel, sin Gaby, y gracias que me respondía, porque entonces necesitaba palabras de aliento.

3. Pero vamos, no sólo coloreaba el gris. Me convencía de que la situación no era terminal y arrojaba genio a la vida. Si no, que se lo pregunten a Virginia, doña Virginia al principio, Vicky después. Profesora novata, comenzó su

labor docente con nosotros en la asignatura de Crítica Literaria. En los primeros meses, nos agredió con un aspecto de recia solterona, a modo de rata bibliotecaria, peinada con moño y escondida tras unas gafas de pasta marrón realmente feas. Pretendía desorientarnos y amparaba su bisoñez con una imagen de profesora curtida que coló a lo primero, pero los graciosos de turno la dejaron en entredicho más de una vez. Así, poco a poco, acabó nuestro respeto con la chica, porque chica era, no más de veinticinco, y se le ocurrió un cambio brutal: dio a la clase un aire participativo, preparó debates... y aumentó la asistencia. Para poder presentarnos al examen parcial exigió un trabajo de investigación a elegir entre cuatro títulos: “Milagros de Nuestra Señora”, de Gonzalo de Berceo, “La Celestina”, “El Lazarillo de Tormes” y “El Burlador de Sevilla”. Ganas tenía yo de ponerme a leer con mis trajines. Por herencia del bachillerato habría elegido “El Lazarillo de Tormes”, pues por un comentario de texto sobre esta obra gané la máxima nota del curso, pero me inclinaba por “El Burlador de Sevilla”. Y así elegí. Me atreví a leerlo atentamente, con ansiedad, como nunca leí libro alguno a pesar de la jerga arcaizante, y me complací en don Juan, tomé partido por él y disfruté, sobre todas, con la conquista de Tisbea, fresca y lozana. No me gustó el final, ¿por qué condenar al Burlador, y de esa forma tan desagradable? Me dio compasión... y me volvió el asombro por este pensamiento mío. Según mi ideal acerca del amor y del placer, incluso debía participar con don Gonzalo en la terrible venganza de la condenación. Por cuestión del asombro, releí la obra. Esta vez me enfadé por ese poder estúpido de la estatua del Comendador. Y por no enfadarme de más, por no entender el enfado, escondí el libro por el estante alto y me olvidé del trabajo hasta una semana antes de su fecha de entrega.

Hacía unos días que Virginia se preocupaba en clase de que yo atendiera y comprendiera sus explicaciones. Me preguntaba asiduamente y osaba la impertinencia de interesarse ante todos los compañeros por mis opiniones. No me agradaba, por supuesto, aunque siempre salía más o menos airoso en mis contestaciones. Pero en cierta clase, su insistencia le llevó a increparme con dureza por charlar y reír con Gaby durante su disertación. Y, raro en mí, lejos de sentir vergüenza y acatar la reprimenda, me erguí en el asiento y le lancé una mirada retadora, fría, apabullante, que me salió desde dentro, incontrolada, como si se tratara de la amenaza de un asesino. De inmediato, cesó en su reprimenda y quiso continuar con la explicación interrumpida...

pero la voz se le fue quebrando y enmudeció con sus ojos en los míos. Me observaba perpleja, asustada y sonrojada, mientras yo mantenía mi gesto desafiante. La clase se hundió en un silencio clamoroso. Nadie se atrevía a mover la cabeza para buscarme como causante de la escena del estrado. Al poco, con voz entrecortada, Virginia habló:

–La clase ha terminado.

Y con ademanes torpes, recogió sus libros y salió al pasillo.

Me sentí culpable, pero no reaccioné. Los ojos de toda la clase, ahora sí, me buscaron, y sentí vergüenza, no tanto por haber dejado en ridículo a la profesora como por ser centro de atención a causa de una acción semejante... pero en un instante se olvidó el suceso, los compañeros agradecieron los minutos añadidos al descanso y comenzaron a desfilarse hacia la puerta. Me quedé pegado a la butaca y Manuel tuvo que sacarme del ensimismamiento.

–¡Eh!, Juan, vamos afuera.

Pasé mal el día, porque me dolió hacerla llorar y, además, Virginia caía bien a la clase, a mí también, por su aire desenfadado y alegre, y me sentí culpable. Nunca había actuado tan agresivo y mucho menos con una profesora. El desafío no cuadraba con mi carácter y no era ésa la imagen que deseaba mostrar. Anduve muy preocupado por Virginia y decidí reparar el incidente acudiendo al día siguiente, a primera hora, a pedirle perdón a su despacho.

–Lozano, ¡qué sorpresa!

–Buenos días, Virginia. Vengo a disculparme.

–¿De qué? –se asombró de verdad.

–Por lo de ayer.

–Fui estúpida, lo sé. Pero reírse en clase no es un delito. No debía usted pedir disculpas por ello.

–No, si es por...

–Olvídelo. Una falta de comportamiento no reduce la nota.

Empezó a ponerse nerviosa.

–En fin, esta tarde nos veremos.

Se levantó y se acercó a la puerta.

–Adiós, señor Lozano. Adiós, señor Lozano.

Salí del despacho, claro.

Tenía por impensable deslumbrar a una profesora, pero resultó la única conclusión a su comportamiento para poder explicar su excesivo interés por mí en las clases. Amparada en el grupo, mostraba su preferencia abiertamente; ahora bien, en el primer cara a cara se echó para atrás. Que nadie piense que esta conclusión nació producto de la pedantería, tampoco yo quería creérmela. Ya sufría bastante con las jovencitas como para complicarme la vida con una profesora que tenía en sus manos el destino de una nota final. Me alarmó.

4.Desde el episodio del despacho, Virginia cambió la insistencia de sus preguntas y alusiones por miradas furtivas que intentaba disimular. Y se insinuaba. Nunca quise seguirle el juego, pero no tuve más remedio... puesto que se acercaba la fecha de entrega del trabajo, yo ni había escrito un folio, era obligatorio presentarlo, y la asignatura tenía tantos temas, que convenía aprobarla por parciales. Así que, sin una gota de pudor, me presenté otra vez en el despacho al finalizar las clases.

–¡Hola, Lozano!

–Buenas tardes, Virginia.

–Y bien, mi querido alumno, ¿necesitas de nuevo solicitar disculpas? Pero siéntate, siéntate.

Quizá fuera autodefensa, pero el tono era de lo más irónico y me tuteaba. Me armé de valor, tomé conciencia de mi ascendiente sobre ella y me la jugué.

–Quiero pedirte un favor.

–¡Oh!, quieres pedirme un favor.

Se levantó de su silla, rodeó la mesa y se sentó sobre ella. Vestía minifalda y medias negras. Casi tenía sus rodillas al lado de mi nariz.

–Dime, dime –rogó.

–No he tenido tiempo de preparar el trabajo. Elegí y leí “El Burlador de Sevilla”, pero ponerme a escribir...

–¡Cómo no!, “El Burlador de Sevilla”. Supongo que no necesitarías leerlo para elaborar un excelente trabajo, ¿o me equivoco?

Dejó caer sus zapatos sobre el suelo de madera y alargó la punta de un pie para acariciar con los dedos el lado exterior de mi muslo.

Nada más lejos de mi intención que conquistar a una profesora. ¡Si se enteraba el decano ya podía darme por suspendido y expulsado!... pero probé a seguir el juego.

–No, no te equivocas. Puedo contarte muchas cosas sobre “El Burlador de Sevilla”.

–Entonces, quizá no necesites entregar el trabajo para presentarte al parcial. ¿Puedo examinarte?

–No es éste el momento oportuno.

Me había arriesgado y, a pesar de estar a punto de conseguir mi deseo, me arrepentía cien veces del método elegido. Y no podía moverme.

–Interpretemos. ¿Qué papel prefieres darme? ¿Doña Ana? ¿Tisbea? ¿Isabela?

Su pie ya buscaba otros objetivos más centrados. Lo tomé entre mis manos y comencé a acariciarlo.

–¿Es ésta una acción de Tenorio?

–Tenorio era verbo.

–Y traición.

Comenzó a quitarse las medias. Me temblaban los dedos.

–¿Puedo pasar? –oí detrás de mí.

–¡Oh!, Anais. Adelante, adelante. Este alumno es un experto masajista y ya conoces mis problemas de circulación.

–¡Ah!, ¿pero tienes carnet de conducir?

–Graciosa, graciosa.

–Creo que te he provocado un atasco. Tendrás que poner el punto muerto, aunque el coche esté caliente.

–Siéntate, aguafiestas.

Virginia volvió a su silla.

–Anais, te presento a Juan Lozano, un alumno.

Me levanté y le estreché la mano.

–¡Qué caballero! –dijo con sorna Anais.

–Señor Lozano, esta señorita es compañera de carrera y asesora de la Consejería de Cultura desde...

–¡Querida Vicky! –le interrumpió la asesora–. Enhorabuena, mil veces enhorabuena. No sabes cómo me alegro de que dejes este trabajo insulso y barato. Te has lucido, amiga. Has salido la número uno.

–¿Dejas las clases, Virginia? –me interesé.

–¡Uy, Virginia! –Anais rió–. Virginia, qué mal suena. Llámala Vicky, por favor, Juan.

–¿Dejas las clases, Vicky? –corregí.

Escondió la cara, avergonzada, y contestó.

–Sí, a final de mes.

–¿Antes del parcial?

–Sí, antes de parcial.

–Entonces...

–Bueno, chica, y ¿cómo consigues meter en tu despacho hombres de este calibre? ¡Qué ejemplar!

–Juan me pedía consejo sobre “El Burlador de Sevilla”.

–¿Cómo consejo? Ya me explico, pues, lo que le estabas enseñando.

–Por favor, Anais.

–Necesitaba información sobre un trabajo acerca de esa obra –aclaré.

–Con lo que yo sé de burladores y burlados. Esto es cosa mía. Tú, Vicky, quédate a desalojar este despacho, piensa más en tu Jefatura de Ediciones y déjame la información sobre el Tenorio para este chico tan estupendo. Vámonos, señor Lozano, y deja a tu profesora.

Me agarró de la mano y me expulsó al pasillo. Antes de cerrar la puerta, asomó la cabeza, y soltó:

–Hoy me toca a mí, Vicky.

5. ¡Qué torbellino! Sin tiempo a pronunciar palabra, me arrojó por las escaleras y me metió en un coche.

–Tengo excelente bibliografía para ti –dijo, ya al volante.

Quise hablar, pero...

–No te voy a comer. Tranquilo, chaval. Conmigo estás más seguro que con

tu madre. Y como ya te he dicho, nadie sabe más sobre “El Burlador de Sevilla” que ésta que te habla. Además, vamos muy cerca y te robaré poco tiempo. Mejor dicho, el que tú quieras, o el que tú aguantes. Esta Vicky es genial.. Vaya, está rojo... Ése de delante parece una tortuga. ¡Mira esta Vicky, enredando con un alumno! Ya le decía yo que esto de la Universidad no le iba. Dar clase es morir de asco y de hambre. Casi va a ganar el doble y conseguirá relaciones para poder montar nuestra editora. Porque yo escribo poesía, ¿sabes? Hombre, también aprovecharé y te leeré mis poemas. Después, por supuesto, para que no te duermas. Me molesta que se duerman.

Aquello era la guerra. Me ametralló por todas partes, no paró de hablar hasta la puerta de su casa, cuando, suavemente, me preguntó:

–¿Quieres subir?

Yo daba por supuesto que sí, pero el cambio de actitud me hizo dudar. ¿Qué pretendía? Hasta entonces, ella había llevado la iniciativa y ahora, en el momento crucial, me delegaba la responsabilidad. ¡Vaya con la parlanchina! Desconocía sus intenciones, de verdad, no me había dado tiempo a imaginar nada. Pasé tal “congoja” en el despacho que con su avasalladora aparición me sentí liberado y podría haberme dejado llevar a cualquier lugar. Estábamos a la puerta de su casa y yo sólo deseaba rodar con los acontecimientos, lo más fácil, lo más cómodo.

Debía contestarle.

–Sí.

–Fantástico. No te arrepentirás. Te esperan sorpresas... Esta puerta siempre se atasca. He dado aviso mil veces al portero y ya ves el caso que hace. En la próxima reunión de vecinos lo pondré de vuelta y media. Y el presidente también me oirá... Este piso es de mi padre, ¿sabes?... Pero no te preocupes, vivo sola. Estaremos solos, muy solos, nadie nos molestará. Prepárate a subir escaleras. Es en el ático...

Habló, habló, habló sin parar. En el primer rellano, dejé de escucharle. Me acordaba de Virginia, o sea Vicky. Su maniobra me había hecho sentirme un estúpido. Tan recatada al principio y resultó ser una comehombres dispuesta a conquistarme. Después de conocer su verdadera situación, me fastidiaba no haber terminado la aventura. Me invadió el ego conquistador, y perder aquella oportunidad... Vicky era de esas mujeres que se hacen querer fácilmente. Desprendía fragilidad, deseo de protección, a pesar de su frívola

interpretación. Fue una pena que no se descubriera desde el principio de la entrevista, porque todo habría sido distinto. Habría cerrado con llave la puerta para evitar la llegada impetuosa de Anais o de cualquier inoportuno, le habría ayudado a quitarse las medias, habría jugueteado con mis dedos en sus pies, en sus tobillos, en sus pantorrillas, en sus muslos, y habríamos retozado por la alfombra y la tarima...

–¿Qué te parece?

Estábamos en el ático y Anais me enseñaba la iluminación del “hall”, bastante escandalosa, por cierto.

–Sugereente.

–Y ahora. ¡Tachán!

Corrió una cortina a la izquierda y descubrió un enorme falo tallado en mármol negro.

–El signo supremo del placer –explicó entusiasmada.

–¿Es copia de tamaño real?

Carcajeó estrepitosamente.

–¿Qué más quisiera? –exclamó mientras lo acariciaba—. ¿O acaso tú calzas ese número?

–Te conformas con menos, creo yo.

Empezaba a enojarme. Soporté estoicamente su verborrea; soporté en el “hall” el mal gusto de las luces, pero había llegado al colmo con ese falo inmenso. Se dio cuenta de mi desagrado y cambió su estrategia.

–Quieres documentación sobre “El Burlador de Sevilla”, ¿no es eso?

–Por eso me has traído, ¿no?

–No, precisamente. ¿Aún pasas por ingenuo o pretendes hacerte el duro?

Me dispuse a jugar.

–Enséñame tu documentación.

–Al instante, mon chéri.

En un abrir y cerrar de ojos se desabrochó la blusa y delante de mí aparecieron dos senos exuberantes, pletóricos, bronceados, turgentes... Sujeté como pude los ojos a mis órbitas y pensé en lo que me esperaba. Me resistí a terminar el juego.

–Amplia documentación –juzgué.

–Te conformas con menos, creo yo.

Ya lo creo que sí.

–A más documentación, mejor trabajo.

–No lo dudes. Pero ¿y tu aportación?

–Hacemos un buen equipo, no te preocupes.

A la par que cruzábamos las palabras, Anais se deslizaba hacia la sala. La seguí a distancia. En una esquina, brillaban unas llamas. El ambiente despertaba el erotismo. Los destellos de la chimenea alargaban y encogían las sombras y el rostro de Anais se iluminó radiante cuando se tumbó sobre la alfombra repleta de cojines. Se había desecho de la blusa y, con su torso desnudo, quería atraerme con una mirada lasciva. Ahora me fijé en ella como objeto de mi deseo. Había conseguido excitarme. Sabía manejar sus expresiones para arrastrar al juego erótico; abría y cerraba los párpados con lentitud estudiada, recorría sus labios gruesos y pequeños con la lengua unas veces, con la yema de sus dedos, otras; doblaba una rodilla para rozarse muslo contra muslo; acariciaba su vientre, llegaba hasta el pubis y lamía después su dedo pulgar.

Y, a través de la provocación, solamente se escuchaba el crepitar de los troncos.

Me había sentado en el brazo del sofá. Por un momento, agradecí la tranquilidad, aunque si antes sufrieron mis oídos, ahora castigaba mi libido con el espectáculo erótico. Me excitaba sobremanera, pero el orgullo me impedía ceder. En cierta manera, lo tuve fácil, porque Anais, durante largos minutos, parecía ignorarme, se sumergió en su locura sensual y escuchaba sus propios gemidos, proporcionándose placer. No puedo negar que mis entrañas ardían, pero, no quería caer... todavía. Poco a poco, me liberaba, sucumbía, me impregnaba del deseo, quería participar.

–¿No conoces este juego, bambino?

–Lo acepto según la compañera.

–¿No te gusto?

6. Se levantó. Por fin, vino a buscarme, y se lo agradecí. Tomó asiento en mis rodillas, me rodeó con sus brazos y sorbió dulcemente la piel de mi cuello,

mordió mis lóbulos casi con rabia, asió mis labios con sus labios y, al besarme, me derribó sobre el sofá. Ya no podía pararla, se convirtió en un volcán, arrojaba calor por cada poro, ardía de pasión. Me desnudó con habilidad y gemía, gemía. No pedía nada de mí, lo tomaba. Una vez piel contra piel, me pareció formar parte de su cuerpo. Su lengua como cola de lagarto no dejó de rozar un centímetro de mi cuerpo en una carrera feroz. Los continuos abrazos nos arrojaron del sofá y caímos sobre los cojines. Se colocó sobre mí y comenzó a susurrar chillidos ahogados. Me obligó a rodar hasta dejarme de espaldas y empezó un movimiento frenético. El delirio nos dominaba, pero yo casi no tenía tiempo de participar. Llevé mis manos a su cintura y quise sujetarla. Los susurros se convirtieron en palabras inteligibles: “Así, Juan. Aprieta fuerte. Soy tuya, ¿lo entiendes?, tuya hasta la muerte.” Pude acompañar el ritmo y los dos jadeábamos a cada golpe de amor. “Eres mi dios, Juan”. Creí oírla reír. “Mi señor, mi dueño, mi dios. ¡Ámame! Tienes el don del placer”. Gemía a cada frase. Multiplicó el quehacer de sus caderas, las contoneaba, subía y bajaba, y clavaba las uñas en mi pecho. No pude más.

—No termines, Juan, no termines. Hasta la eternidad.

Y se lanzó a besarme, casi mordirme. Sus dedos asieron con fuerza mis muslos, movía los hombros para que su cuerpo acariciara mi cuerpo.

—Otra vez. Es necesario. Nunca debe acabar. Toma fuerza de mí, Juan.

Se movió a un lado y recorrió con sus labios todo mi torso. Y comenzó a besarme intensamente. Le agarré los cabellos porque recuperaba el placer y me consumía. Como un rayo, me tomó por los costados para darme la vuelta y gritó:

—¡Ámame otra vez! ¡Como un dios, por tu alma!

Cumplí su ruego porque más lo deseaba yo. No fue un suplicio, lo juro.

—Gracias, Juan. Así, Juan.

Rodamos por la alfombra, me arrastraba a cada movimiento y pedía: “¡Más, más!”. Perdí la noción del espacio, del tiempo. El placer me absorbía y yo también exigí la eternidad del instante: gemía, jadeaba, quería pronunciar palabras, pero se perdían en ahogos. Sentí el fin entre alivio y congoja.

—¡Mon dieu! —exclamó Anais—. ¡Mon dieu! ¡Mon amour! Todo perfecto.

Me dejó descansar. El corazón me latía agitado y, semiinconsciente,

buscaba aire. Apenas podía mover los brazos para retirarme el sudor de la cara.

Pero ella se mantenía vital. Tarareaba una melodía triunfante y seguía acariciándome.

–Descansa, Juan. Descansa quedito. Yo te arrullo.

No recuerdo si dormí o perdí el sentido. Al abrir los ojos, Anais había vuelto a sus juegos eróticos. Nada puedo contar de los nuevos preparativos, pero sí conocí el resultado. Consiguió excitarme, y lo sentí por acto reflejo, porque mi cuerpo no respondía a ninguna orden de mi cerebro. Le entregué todo cuanto podía dar, sin exclusiones, sin reservas, y lo tomó con igual ardor que antes, sólo que esta vez amó en silencio, para sí misma, y nunca como entonces me sentí utilizado y ultrajado, como un simple objeto de placer que también gozaba, por inercia, por instinto. Ahora su juego era mental, de estrategia, buscando las posiciones ideales para conseguir el mejor resultado. Y en el frenesí por la preparación del triunfo, exprimí hasta la última secreción de mi cuerpo. Y se sintió feliz. Me debatí entre el placer y el dolor, dolor físico, que el instinto me pedía más, pero las imágenes ya se me pierden.

He oído hablar de viajes astrales. Pudo ser. Mi cuerpo quedaba allá abajo y mi mente, o mi alma, vagaba fuera de él, intentando tomar fuerza de algún manantial de vida. Anais irradiaba alegría, se sentía dichosa y colmada. No era para menos, pienso yo. Y cumplió su promesa. Antes de reunir mi mente o mi alma con mi cuerpo para entregarme al sueño, recuerdo verla con unos folios, declamando supongo que algunos versos más de los que aquí recuerdo y transcribo:

“Los ángeles del deseo han conquistado mi razón
y vagan, caprichosos, a la linde de mi alma.
Quiero y no quiero su cobijo,
rompo y amparo sus alas,
hago y deshago votos al dios del placer
para tomar con mi cuerpo
tu cielo, mi amor, un poco de paz... “

La chimenea albergaba un montón de cenizas. Sentí un escalofrío. Me despertaba en posición fetal y tuve que hacer esfuerzos para desentumecerme y

para centrarme. ¿Era lunes, o viernes, o quizá domingo? ¿Qué habitación era aquella? El orden de prioridades me llevó a buscar algo para cubrirme... por el frío. Se me rompía el cuerpo. Anais. Por fin. La llamé. Silencio. Busqué el aseo de la mejor manera que me permitían los párpados semicerrados y las piernas doloridas. De camino, encontré mi camisa y me la puse por encima. Sólo vi el espejo y bajo él, un lavabo. ¡Dios mío, qué aspecto! Hinchazón, ojeras, palidez... A la izquierda, bajo la ventana, estaba la bañera. Abrí el grifo del agua caliente y esperé... El ambiente se llenaba de vapor y me confortaba. Templé el chorro de agua, tapé el desagüe y me senté sobre el borde blanco. Arrojé la camisa sobre el inodoro y escondí la cabeza entre las manos y las rodillas. Anais, qué mujer, qué mujer... Su mera imagen me agotaba. Qué mujer. Pero el agotamiento se convertía en recuerdo de placer. Logré desviar la mente. El agua burbujeaba y me lancé a su refugio.

*“Mientras leo el último verso, reaparece. ‘¿Te gustan esas estrofas?’.
La sorpresa de su presencia me ahoga cualquier contestación. Pulsa un interruptor y se iluminan en la pared unos símiles de antorcha. La habitación toma un tono seductor. Se acerca hasta mí y continúa hablando de los versos:*

–Están elegidos muy especialmente. Los sé de memoria.

–¿Son tuyos?

*–En cierto modo, sí. No los he escrito, pero me pertenecen.
Su voz me da confianza.*

–¿Los escribió tu amante?

–No, no he tenido amante...

Da la vuelta y camina hacia el sofá. Aún de pie, me indica:

–Ven, siéntate. Prepararé unas bebidas. Quiero que te sientas cómodo, que te relajes, que hablemos. Debo revelarte cosas muy importantes. Eres importante, Juan.

Accedo a su ruego. Se dirige a una esquina de la habitación, maniobra de espaldas a mí y surge una música que envuelve el ambiente. Me sonrío. Se desliza por delante de los cuadros y pierde su mirada nuevamente en el último de ellos. Toma de un armario dos copas de cristal tallado, las llena de un licor verdoso y me ofrece:

–Es licor añejo, muy dulce. No lo has probado nunca. Como tantas cosas...

‘Como tantas cosas...’ lo dice a modo de futura profesora. Se sienta frente a mí, al otro lado de una mesa maciza, en un escabel. Alarga el brazo y brinda:

–Por tus próximos meses.

–Por ti –ofrezco.

Tomo un sorbo y noto un sabor agradable, denso. Repito otra vez.

–¿Te ha gustado, Juan?

–Sí, es... especial.

–Como tú lo vas a ser.

Ella apenas se moja los labios, incluso creo que ni el licor los roza. El gesto me excita y vuelvo a sentirme incómodo. Reviso de soslayo sus hombros redondos, sus senos anchos y firmes, su vientre sutil, sus piernas esbeltas. Se siente observada y sonrío impasible.

–Sé de tu vida, Juan.

Regreso al asombro. No comprendo cómo sabe de mi vida. Pienso que nunca antes la he visto y creo que miente, que utiliza una táctica para lograr algún propósito.

–¿Por qué sabes de mí?

–Me interesas. Y vas a ser importante.

–Y, ¿qué sabes de mí?

–Más de lo que imaginas. Te sonrojan las mujeres. Te domina la timidez. No te atreves a insinuar, a iniciar una conquista.

–¿Y eso es importante para ti?

–Seductor. Sin experiencia se aprende mucho mejor la lección, porque los acontecimientos surgen con espontaneidad. El proceso se cumple a rajatabla, sin interferencias, cada paso se agota y el siguiente comienza en el momento adecuado. De tener cierta experiencia, siempre aparece el convencimiento de estar en condiciones de aprender más rápido y el resultado no es tan puro.

–¿Qué debo aprender? ¿Por qué debo aprender?

–Aprenderás, simplemente. No te adelantes a los acontecimientos.

Descubro que me causa admiración. Juega a dominarme y lo acepto. Aun en mi desconcierto, puedo analizar mi estado y comprendo que me atrae, que hay algo en ella subyugante.

–¿Por qué prefieres un inexperto?

–No es imprescindible, pero resulta curioso el contraste. Eres un hombre tremendamente atractivo que no lo sabe. Y tampoco conoces lo que hay y puede haber dentro de ti, tus ojos son profundos, de brillo intenso, y demuestran hondura de alma. En tus expresiones, se adivina una sensibilidad enternecedora. Tus ademanes parecen cultivados de nobleza. Y, sin embargo, los pómulos marcados, la nariz recia y recta, la barba cerrada y tu cuerpo anguloso da impresión de dureza y virilidad. Eres el prototipo de hombre para destrozar corazones de mujeres ardientes.

Quedo apabilado. Los halagos me avergüenzan y quiero esconderme. Ella siente mi rubor y se levanta.

–Ven.

Me toma de la mano. Siento un estremecimiento inédito en mi vida y camino hipnotizado. Nos dirigimos a la esquina contraria de la hilera de cuadros, retira una cortina y aparece una escalera amplia que, a través de ventanas a la fachada, se ilumina en cada descansillo por los faroles exteriores. Subimos dos alturas de la casa y el último peldaño desemboca directamente en una estancia amplia, abuhardillada, con dos aberturas laterales abocinadas. El suelo se recubre de tarima y las paredes de cortinajes en gasa. Contrasta con el salón por la decoración moderna. Una librería corta, hueca, perpendicular a la pared separa una antesala que contiene una mesa irregular y dos módulos enormes. Al fondo, veo una cama repleta de muñecos de peluche...”

V. Dulce

1. ¿Por qué iba a ser importante? ¿En qué se basaba la rubia para aventurar esa profecía?...

A lo largo de cada uno de mis lances amorosos, no era consciente de que la mujer rubia existía, me olvidaba pronto de ella, pero creo que, incluso fuera de mi memoria, deambulaba por algún rincón de mi cerebro.

Y de ahí vendría el embrujo.

Comencé a percibir esta presencia en las horas siguientes a la batalla con Anais. Y en esas horas, con ese pensamiento, no tuve más remedio que confirmar el hechizo. “Debo revelarte cosas muy importantes”. “Como tú lo vas a ser (especial)”. “Sé de tu vida”. “Aprenderás”. Estas frases llevaban carga mágica, desprendían un poder de adivinación, de sugestión y de futuro, que me colocaba en sus manos con una naturalidad terrible. Jamás me entrometí en asuntos ajenos y, por eso mismo, odiaba que alguien pretendiera influir en mi existencia sin mi consentimiento. Y la rubia se había metido sin permiso en mi vida y, perdón por la expresión, ni a mi padre se lo había consentido. Si en alguna materia no tenía opinión o no me apetecía decidir, cualquiera estaba autorizado para arrastrarme, pero en estos asuntos de mujeres lo tenía muy claro. Estaba en juego mi carácter, mi comportamiento, en una palabra, mi destino, y entendía que yo solito debía definirlo. En cambio, a pesar de esto, nada podía hacer por evitar el influjo. ¿Qué escondía esa mujer rubia?

Desde su aparición, el amor nació ante mí, el amor con reflejo en lo lascivo, que no era ésta mi opinión sobre él. De ser un muchacho tímido y que pasaba desapercibido, ahora despertaba admiración; de tener una existencia pacífica, sufría continuos episodios que me desequilibraban. ¿Qué quería esta maldita rubia? ¿Me estaba manejando para alcanzar su objetivo? Y jugaba a conquistarme. ¿Lo consiguió?... Estaba decidido a tomarlo como un pasaje

cómico. Sin embargo, la trascendencia de la situación iba dominándome.

2. Siento haber utilizado este tono para contar mi desasosiego. ¿Así de mal me dejó Anais? Prefiero creer que fue por ella, puesto que la preocupación por mi embrujo se borró enseguida, gracias a Manuel por la aportación que ahora se verá.

–¿Dónde vas, alma en pena?

–Hola, Manuel.

Manuel me miraba con cara de susto. Unas horas para recuperarme no hicieron efecto tras un descalabro físico con una mujer llamada Anais, y el buen amigo se encontró con mi aspecto patético: ojeras, iris vidrioso, piernas acalambradas, labios morados...

–¡Chico, qué imagen! ¿Tienes colitis?

–Con líquido tiene que ver el asunto, sí.

–¿Piensas entrar así en clase?

–Hombre...

–Anda, vámonos a mi casa. Me siento ridículo con un tipo así a mi lado durante cinco horas. Vamos.

¡Cómo se lo agradecí!

–¿Y Gaby?

–Tranquilo, no está en casa. Ha preferido irse con don Picapiedra y otros miembros del Departamento a buscar piedras, valga la redundancia, en una excavación de Botorrita. El profe tiene nueva secretaria y Gaby busca plan cerca de la Edad de Bronce. Por cierto, lo tienes mosqueado. Ya ves, se ha marchado sin decir ni pío, y menos a ti. Teme que le pises los ligues. ¡Qué obsesión!

Un alivio: la casa de Manuel gozaba de ascensor, vetusto, pero ascensor que funcionaba. Me desparramé sobre el sofá y Manuel, siempre Manuel, apareció a los minutos con un enorme vaso de leche con cacao.

–Necesitas energía, chaval. Tómatelo sin rechistar.

Le obedecí.

–Por cierto –dijo–, he conseguido los apuntes del año pasado y, por lo que he leído, son igualitos a los que tenemos hasta ahora. Podremos ir más

desahogados.

Ni maldita la gana que tenía yo de hablar de apuntes o similares.

–Bien, bien, nos vendrán bien –asentí por compromiso.

–Me he comprado unos libros, de Cela y Torrente. No están mal. Y a final de curso, los necesitaremos.

–Sí, claro, los necesitaremos.

–Eco, eco, eco, eco.

–No tengo ganas de hablar, Manuel.

–¿Otro desengaño amoroso?

–Esta vez no. No hay desengaño, y de amoroso tuvo poco.

–Entonces, ¿pasión y sexo?

–¡Joder contigo, tío! Si adivinaras igual las quinielas...

–Si los partidos fueran tan evidentes como tú.

–Ha sido agotador, Manuel. Me ha destrozado. No he tenido tiempo ni para averiguar dónde estaba.

–Pues tumbate y cuenta, cuenta.

Le conté. Y soltar por primera vez una historia de las mías a un oyente ajeno a mi cerebro o a mi espejo me desahogó. Manuel escuchó sereno y silencioso. Es decir, sabía escuchar. Y no quería morbo, quería oírme a mí. Supongo que lo conté con desencanto, lo que nada tenía que ver con mi cansancio.

–Pero lo pasaste bien.

–Sí, ¿no te lo he dicho? –más me interrogué yo que a Manuel.

–No, no me lo has dicho.

–Fue bestial. El paraíso del placer. Pero ¿y qué?

–Deja, deja, no me frustres... Para ser el pardillo que pretendes ya van cuatro historias que te conozco por encima. Deberías sentirte exultante.

–No.

–¡Ay, don Juan! Tú desvarías.

Lo solté. Imposible callar más tiempo. De golpe, lo solté.

–Estoy embrujado, Manuel.

–¿Qué?

–Soy víctima de algún conjuro.

–¡Tomá! ¡Qué importante te crees!

–Es verdad, es verdad. Escucha.

En una larga perorata, le describí con pelos rubios y señales de tráfico mi episodio esotérico.

Aun conociendo la seriedad con que Manuel tomaba en consideración los asuntos vitales que en ocasiones le confesaba, supuse que estallaría en una carcajada... o, al menos en una risita.

Tornó su aspecto severo, y:

–¿Así es? ¿Como me lo has contado?

En la narración, busqué la mayor objetividad. Se lo solté simple y llanamente como había ocurrido.

–Exactamente –le confirmé.

–Estás embrujado.

–¡Toma!, eso pienso yo también.

–Oye, oye, que lo he dicho en broma. Faltaba que lo tomaras en serio.

–Es la única explicación que encuentro.

–Eh, eh. Sé racional.

–¿Es que no lo soy? Han pasado cinco meses y si no te lo he contado antes es porque no le daba importancia. Pero ahora y precisamente hoy, la historia está preocupándome muchísimo. Quizá mañana olvide todo otra vez, o quizá no.

–Bien, bien, bien. Llegados a esta conclusión, debemos averiguar si tratamos con un hada madrina o con una bruja malvada.

–Ya estás con tus burlas –le reproché.

–Las brujas son feas, llevan sayas negras hasta los pies, se mueven sobre una escoba y suelen ser morenas. Las hadas despliegan una cabellera rubia, aparecen y desaparecen sin hacer ruido, aconsejan y resuelven, conceden deseos. Por consiguiente, debemos concluir que tu mujer rubia platino es tu hada madrina.

–Las hadas no aparecen desnudas.

–Depende de la edad del protegido. Está siendo tu madrina de guerra, ¿no? Te has beneficiado a unas cuantas señoritas gracias a su influjo. Su cuerpo es su enseñanza.

–¿Quieres hablar en serio? –le exigí con tono de enfado.

–No creo en magias, Juan. Tiene difícil explicación, pero la encontrarás. Nada de lo que te ha sucedido es malo, o si no, me lo traspasas. De un montoncito de grava estás haciendo una pared del Aconcagua. Vive la aventura mientras puedas, chico.

–Yo no quiero sexo, espero algo más.

–Has tardado cientocincuenta años en nacer. ¡Qué material tendría Bécquer con tus principios!

–Pero, ¿qué es el sexo más que instinto?

–Unión en el placer, amigo mío. Y qué maravilloso...

–Y después, ¿qué queda?

–Eres imposible. ¿No lo pasas bien?

–Sí –reconocí.

–Pues suficiente. Y cuantas más veces, mejor. De la cantidad sale la calidad. Encontrarás lo que buscas. Quizá sea tu rubia la meta final. ¿No te gustaría?

Cavilé unos segundos. No me lo había planteado.

–Hombre... y ¿por qué no?

–Arreglado. ¿Sabes lo que te digo?.. Que me voy a clase y tú te quedas durmiendo... Adiós, embrujado.

Y fue la solución, como siempre.

3. Igual que otras veces, después de soñar aquel día y algunos más con disparates que nada tenían que ver con mi rubia, las preocupaciones se desvanecían y cualquier otro problema ocupaba el lugar del embrujo. Pero después de hablar con Manuel, me vino un ansia por algo impreciso, un deseo de que me llegara... ¿qué me debía llegar? Y en los ratos de meditación, mi mente se lanzaba a buscarlo... porque el deseo era cálido... quizá tanto así que parecía felicidad o culminación.

Poca meditación disfruté, porque a la par de los parciales se fraguaba la fiesta “Paso de Ecuador”, y con el buen ánimo recuperado hasta me decidí a colaborar en la preparación. Manuel y yo –Gaby seguía su tiempo libre y no libre detrás de la ayudante de don Picapiedra– buscamos, elegimos y negociamos con una casa de alquiler de prendas el préstamo de trajes de etiqueta. De algo nos sirvió: nos hicieron un descuento –no lo pedimos– y nos dejaron los más elegantes del vestuario.

La fiesta se celebraba en un lujoso restaurante y, tras la cena, teníamos reservada la discoteca más elegante de la ciudad. Las horas de espera se me alargaron más de lo debido, porque, cosa rara en mí, estaba ansioso de que llegara el momento de salir. Conseguí calmarme con un exagerado escrúpulo en el acicalamiento. Alargué la sesión de ducha con prolongados frotamientos de esponja, di perfume a cada rincón de mi cuerpo, rasuré mi cara con cuidado, me corté los pelillos de la nariz, acondicioné mi cabello con la velocidad lenta del secador, me apliqué gomina, cepillé el traje hasta en las costuras, elegí la ropa interior más atractiva, lustré los zapatos con minuciosidad, me embutí cada prenda con cuidado de no castigarla con una arruga, atusé la pajarita cien veces, di tres vueltas frente al espejo, recompuse la caída de la torera, estiré y doblé el cuello de la camisa, miré el reloj... y todavía quedaba una hora... Sentí vergüenza de salir con esas pintas a la calle... Manuel tardaría en llegar. Tomé de la estantería el “Manual de Etiqueta” comprado al efecto y ya repasado varias veces, coloqué la silla de estudio en el centro de la habitación, me senté con finura, espalda recta, nuca estirada, ojos entornados, brazos pegados al costado, antebrazos a cuarenta y cinco grados, manos abiertas para rozar el libro con delicadeza, y me dispuse a afrontar la espera.

¡Gracias que Manuel se adelantó casi media hora a lo previsto! ¡Qué desahogo! Unos minutos más y habríamos tenido que avisar al mayor experto en aplicación del potro de tortura para lograr desentumecerme los músculos paravertebrales, el deltoides, el bíceps, el cuádriceps y compañía.

–Oh, là, là, mon ami! –saludó Manuel.

Mi amigo tampoco desentonaba.

–Creo atisbar una pelusilla sobre tu hombro derecho –continuó–. Déjame colaborar a tu perfección –y rozó ligeramente el lugar indicado–. Ça y est!

Tendremos velada de glamour.

–¿Nos vamos? –sugerí.

–Excelente propuesta.

Gaby no nos honraba con su presencia porque en el intento por conquistar a Sonja, léase ayudante de don Picapiedra, había conseguido un cochazo para pasearla desde la casa de ella al restaurante, desde el restaurante a la discoteca y desde la discoteca a...

Junto a Manuel era menos difícil soportar la curiosidad de los transeúntes, a esa hora numerosos, que nos escrutaban, algunos centímetro a centímetro y con pomposos ademanes. Además, según el “Manual de Etiqueta”, la llegada a la cita debía producirse con ciertos minutos de retraso, excepto si es con una dama, al objeto de no demostrar desmedido interés, sobre todo, si la invitación consta de condumio, sea frugal o abundante, por todo lo cual, y visto el adelanto ocasionado en nuestra salida, alargamos el paseo deambulando por las calles cercanas al restaurante.

El susodicho manual debió tener poca difusión, porque nuestros tres minutos de retraso con la hora acordada nos relegaron a una esquina del salón, a una mesita de dos, en posición tan apartada que la mejor visión constaba del ojo de buey horadado en la puerta de la cocina. Las otras mesas ya rebosaban jolgorio.

No me importó demasiado. Así, medio escondido, no sería objeto de los piropos que las chicas solían regalarme, y seguro que ese día estarían descontroladas.

La cena cubrió sobradamente nuestras expectativas. De postre, el menú ofrecía sorbete de champán, y con él empezó la fiesta. Se formó un jurado con nueve estudiantes masculinos, nueve estudiantes femeninos, Presidente y Secretaria, a la sazón don Picapiedra, que disfrutaba como un cosaco ante un barril de vodka, y su ayudante, linda Sonja. Asumían la misión de elegir Miss y Mister “Paso de Ecuador”, cuya unión daba como resultado “La Pareja Ideal del Paso de Ecuador”. Tras la presentación del nombre y catadura de cada miembro, la Secretaria informó de los candidatos. ¡Sorpresa! Soné el último, y la sala irrumpió en un estruendo de aplausos y silbidos. Gracias a nuestra posición junto al ojo de buey y al camarero que me tapaba nadie posó su vista en mí. Apenas oí a Manuel:

–La que te espera, amigo.

–¿Por qué?

–Porque vas a ganar.

Me atraganté con el sorbete de champán.

Puedo anticiparlo: gané. Y esto ya habría sido lo más señalado de la fiesta, de no ser porque la elección tenía que ir acompañada de razones poderosas. La portavoz del Jurado de Lo Masculino comunicó al auditorio los argumentos antes de dar a conocer el nombre del agraciado. ¡Qué párrafos tan asombrosos! Transcribo lo que recuerdo de lo que oí entre alientos, aplausos, pitidos y aporreos de mesas y sillas. Atentos a la exageración:

“... su porte y elegancia revelan un aire aristocrático, como nacido de la más rancia nobleza. Suscita sensación de caballero andante, dispuesto a morir ante un dragón por rescatar a la dama encarcelada. Desprende energía, virilidad y, a la vez, es dulce y delicado, contraste que le aporta un magnetismo irresistible para cualquier mujer con deseos de enarbolar su feminidad...”.

“... y esa mirada sugerente provoca estragos, obliga ineludiblemente a interesarse por el misterio que guardan sus pupilas negras. Soportar su destello es sucumbir. Irradia protección y fuerza suficiente para desplegarla en torno al cuerpo de la mujer que ama. Con su sonrisa comunica el deseo de conquista, sonrisa que abate la defensa mejor planeada...”.

Digno discurso de una chica aspirante a ganar un concurso de composición barroca.

A cada frase, Manuel me escudriñaba y se carcajeaba. Pretendía que fuera yo el hombre definido con tales palabras... y tenía razón, claro. Mientras sonaba el panegírico, unos morían de envidia, otros de risa, casi todas de admiración. A mí, tanta ponderación me dio ganas de orinar, deseo inexcusable, y, en el camino al mingitorio, oí:

–Naturalmente, hablamos de... ¡¡Juan Lozano!!

Horror, sonrojo, afectación, vergüenza... Un amasijo de manos femeninas aplaudieron a rabiar; se agrandaron los chillidos agudos; ciertas chicas consiguieron desmayarse; en la otra punta del salón, cantaron con aliento enfervorizado: “¡¡Juan, Juan, Juan!!... ¡¡Juan, Juan, Juan!!”. Y en un abrir y cerrar de ojos, las féminas que me descubrieron en el pasillo se abalanzaron contra mí cual marabunta desarbolada, y me besaron, me achucharon, me metieron mano... antes de agarrarme por todos los asideros posibles y, así,

arrastrarme hasta el estrado de la presidencia. En el lento desfile, si no las manos, se me acercaban las voces:

–¡Guapo, guapísimo!

–¡Amor de medianoche!

–¡Tócame, tócame, por favor!

–¡Tío bueno, carne exquisita, alimento voraz!

Una vez junto al Jurado, me soltaron, no sin cierta colaboración mía, las secuestradoras. Don Picapiedra me abrazó efusivamente con exagerados apretones. Tosí. A continuación, Sonja me tendió la mano, pero una fuerza extraña me arrastró a besarla por dos veces en sendas mejillas y... una vez en los labios. Recorrí la hilera del Jurado de Lo Femenino y estreché las manos de mis compañeros. Donde no pude avanzar fue en el saludo a la primera chica de las nueve del Jurado de Lo Masculino. Cuando me liberé del besuqueo, la segunda repitió acción y, a partir de la tercera, opté por tomarles el dorso de la mano y levantarlo hasta mis labios para no agachar la espalda y así controlar el posible ataque. Me colocaron junto a Sonja y el portavoz masculino comenzó a glosar las excelencias de la elegida Miss “Paso de Ecuador”. Tras nombrarla con dimes y diretes entre el público, la chica se acercó al estrado, cumplió los saludos y se colocó junto a mí. No la conocía. Según oí, pertenecía al curso nocturno. Me miró coqueta, tendió los brazos a mi cuello y me besó con un énfasis desmedido. Sonja me tomó de la mano. Todos los demás o chillaban, o pitaban, o aplaudían, incluido don Picapiedra. Ambos galardonados recibimos sendas tallas de Venus y Apolo que enseguida nos arrebataron de las manos para empujarnos hacia la salida. En la puerta nos esperaba un Mercedes flamante y, en él, don Picapiedra nos condujo a la discoteca. Si dentro del coche cesaron los aplausos, berridos y arrumacos violentos, no me libré de otro par de besos de mi pareja.

Nada más llegar, salté raudo y me escabullí. Busqué los urinarios y miccionar é apoyando la frente sobre las baldosas. Desahogado, mientras mojaba mis manos en el lavabo, me miré de soslayo en el espejo. Mientras me secaba bajo el aire caliente, me miré de soslayo en el espejo. Una vez seco, me miré de frente en el espejo. Me miré fijamente a los ojos. Sonreí. Analicé mi sonrisa. Examiné mi rostro, mis hombros, mi cuerpo de arriba a abajo. Todo, todo en mí estaba como siempre, tan vulgar. Y conforme observaba mi imagen, me iba entrando una sensación de fraude. ¿Quién era yo para

despertar tantos halagos? Habría permanecido allí ante el espejo horas sin fin si no hubiera aparecido Manuel.

–¡Al fin te encuentro! Han llegado todos y la discoteca está a rebosar, pero no comienza el baile hasta que suene el vals y la Pareja Ideal salte a la pista.

Me agarró de la muñeca, me arrastró por las escaleras, luchó contra la marabunta y me arrojó contra mi “partenaire”, sonriente imbécil. Encendieron las luces del rectángulo enmaderado, sonó el vals y comencé el baile. Desde una esquina de la pista, una mujer sombría me miraba. La chica, Almudena, se apretaba a cada paso y emitía una especie de mueca, supuestamente con intención de atraerme. Tensé los brazos y me separé tanto que un gracioso se coló entre nosotros y nos hizo tropezar. Sostuvimos el equilibrio y Almudena intentaba sonreír. Desde una esquina de la pista, la mujer sombría me observaba. La chica era la más bella del curso, sin lugar a dudas, irrepitiblemente perfecta: ojos grandes, redondos y acastañados, cabello lacio con mechones en el flequillo como único adorno simpático, silueta estirada, ligeramente curvilínea, senos acordes a su anatomía, cintura estrecha... es decir, de una insipidez cargante, sin un atisbo de atracción. Acabó pronto la pieza, todos aplaudieron y sonó la canción de moda, tan movida, tan pegajosa, tan pegadiza, que fuimos avasallados, para mi bien, porque con la muchedumbre me despegué educadamente de Almudena Frutos... y busqué con la mirada a la mujer sombría.

4.La mujer sombría se apoyaba en una columna. El “pirata” la alumbraba con sus paseos intermitentes y en cada fogonazo veía sus ojos en mí. A la luz de los focos blancos, por unos segundos, toda ella se iluminó radiante. La intensa claridad nos hizo coincidir en el cruce de miradas. Así, al saberse observada, entornó los ojos y encogió los labios. Me llamaba y nunca como entonces querría haber sentido la seguridad de ser un irresistible conquistador. La mujer sombría daba mucha edad, una atracción madura, más de treinta, y yo me semejaba un imberbe tratando de ligar con Matahari. Su expresión, su postura, su arrogancia, su vestir discreto y elegante, muy personal, desprendían un aplomo suficiente para espantar a cualquier play-boy barato, y yo debía parecerlo.

Por mi condición de “Rey de la Fiesta” tenía barra libre. Abandoné a mi musa con sensación de inferioridad y fui a consolarme con un whisky. Me

senté en un aparte sobre una silla alta y llamé al camarero.

La mujer sombría apareció junto a mí, a menos de un metro, apoyada contra la barra, de espaldas al camarero y mirando sin mirar hacia la pista. Me giré hacia ella.

–¿Puedo invitarte?

La pregunta fue mía, mía, de verdad. Y con la última sílaba, me ruboricé de rojo tomate. Volvió el rostro con lentitud, seria, misteriosa. Esperé un descaro fulminante. Se giró y apoyó su mano sobre la mía.

–Aquí no hay nada para nosotros.

El camarero sonreía pícaro mientras dejaba de preparar el whisky.

La mujer sombría me tomó suavemente y me arrastró por entre la multitud. Caminó con paso lento y firme sin soltarme la mano y se abrió sitio con energía. Cruzamos la discoteca. Se detuvo frente a una puerta donde un cartel informaba: “Privé”. Llamó al conserje y el hombre acudió muy servicial con un manajo de llaves. Abrió y, mientras nos cedía el paso con una reverencia, me sonrió pícaro.

La seguí embelesado. Desde que sus dedos tocaron los míos, dejé de oír el estruendo de la sala, olvidé el consuelo del whisky, y me entregué a sus órdenes silenciosas. Estaba entregado y la puerta se cerró tras de mí.

Bajamos varios peldaños bajo un techo cubierto de forja a modo de yedra, entre cuyas hojas se escondían bombillas salpicadas. Llegamos a un vestíbulo enmoquetado hasta medio metro sobre el suelo. En las esquinas, sobre pedestales de granito, reposaban cuatro reproducciones en alabastro con figuras clásicas: la Venus de Milo, el Discóbolo de Mirón, Zeus de Fidias y Apolo. Recibían una luz indirecta desde alguna parte oculta detrás del apoyo. Al frente, a la derecha y a la izquierda, tres puertas se incrustaban en los espejos que cubrían las paredes. Ella se detuvo ante la central, giró con suavidad y apoyó las manos sobre mis hombros. Durante unos segundos, mantuvimos las miradas uno contra el otro. Su rostro continuaba hierático. Deslizó los dedos hasta acariciarme el cabello y acercó sus labios a los míos para rozarlos con un beso breve. Aún frente a frente, abrió la puerta y entró. Nada hizo para indicarme que fuera tras ella, pero el beso furtivo, el tacto de terciopelo, la mirada de pasión, eran suficientes para haberla seguido en la aventura más peligrosa. Entré.

La oscuridad me cegó. Oía deslizarse a la mujer sombría unos pasos más

adelante. Al fondo, se encendieron progresivamente unas luces de pared que dejaron entrever su apoyo en unas antorchas sujetas en un muro de piedras asimétricas. Esa zona daba cariz de castillo medieval, pues entre las antorchas y pegado al muro, se erigía un trono en madera, sobrio, de respaldo apuntado. Me había detenido a pocos metros del dintel y me costó encontrar a mi musa, pero de pronto, bajo una mesa de cristal, surgieron dos ráfagas blancas que fueron a morir en un espejo del techo y, tras ellas, la mujer sombría se recostaba en un diván. La miré, la miré intensamente... y en el silencio, recibí su llamada. Dudé si responder porque no salieron palabras de sus labios. Era una emisión, un gesto, el ambiente... algo me arrastraba a su lado. Dudé si responder... pero acaté el mandato.

Anduve cuidadoso, temiendo que a cualquier paso el encanto se quebrara. Nada interrumpió el desfile, rodeé la mesa y me senté junto a ella, muy asustado, lo confieso: presagiaba un ritual mágico. Volvió a tomar mi mano, tacto de terciopelo, entre las suyas, y se incorporó. Apareció de frente a mi hombro y la sentí extremadamente cerca, como si hurgara en mis entrañas. Me obligó a caer en el diván –yo estaba recto, educado, sentado al borde– y sonrió. Mientras con una mano aprisionaba mis dedos, con la otra compuso una caricia a lo largo de mi brazo. Horadaba mis ojos con sus pupilas. Recorrió mi torso, mi cuello, mis labios, mi mejilla. Una de las ráfagas, reflejada en el espejo, se expandía sobre sus cabellos y le creaba un aura extrañamente blanca. Por fin, me besó.

Me besó con pasión. El beso tenía pasión, ella mantenía la frialdad. Cerré los ojos y dejé sentir en mi piel el juego de sus dedos que resbalaban sin apenas rozarme... pero sus labios daban calor.

Comencé a participar en la ceremonia. Tímidamente, la rodeé con mis brazos sin atreverme a traer su cuerpo hacia mí. Temía romper con un error la cadencia del ritual, y calculé mis acciones, aun a pesar del pánico. Bajé las manos hasta su cintura y recorrí los ribetes del pantalón. Con cada caricia, aumenté la presión de los dedos. La mujer continuaba el beso. Me lancé a sus caderas y las tomé con cuidado. Deslicé las manos por sus costados y llegué hasta los hombros. Me acerqué a la nuca a través del cuello y mesé sus cabellos. La mujer continuaba el beso. Descendí por la espalda, nuevamente hasta la cintura, tomé su torso, encogí los brazos. Aumentaba mi poder y se hacía mía. Llevé las manos hacia sus pechos... y, apenas rozados, terminó el

beso y se incorporó. No cambió su expresión, miraba dulce, pero yo creí haberme equivocado. Ella simplemente se levantó y susurró algo así como: “Sígueme”.

5.Obedecí. Volví a sentirme entregado, habría acatado cualquier deseo nacido de aquellos labios cuyo calor borboteaba en los míos. Al otro extremo de las antorchas, se había iluminado otra habitación, y su puerta, en forma de herradura, se cubría con un velo transparente de color rosa. Sin mirar atrás, la musa me tendió su mano y la tomé. Al separar el velo, me soltó, sin mirar atrás, y lentamente se dirigió a una cama inmensa. Se recostó sobre la almohada y la cabecera, y el ambiente se impregnó de la misma llamada que oí al entrar en el salón. Quise reiniciar la ceremonia y caminé sereno y firme. Conseguía mayor seguridad con cada pisada. Mientras, la mujer sombría, seria y misteriosa, pero cálida ahora, entornaba los ojos y contraía los labios.

Deseé besarla, osadía precipitada. Me esquivó y caí sobre la cama. Ella, dulce y cadenciosa, enigmática, comenzó a desabrochase la blusa. Tumbado sobre el edredón, sin arriesgar un movimiento, y no a causa de su cuerpo, sino por la actitud tan bella y exclusiva para mí, la excitación me invadía de pies a cabeza, todo mi ser, toda mi piel se estremecía mientras la musa jugaba con los botones rebeldes, y, con cada ojal descubierto, se creaba un atisbo de su escote. Dejó la blusa abierta. Se destapó ligeramente los muslos, recogió las medias, las izó sobre la alfombra y las dejó caer desde donde más alto le daban los brazos. Se desabrochaba la falda...

Yo no sabía qué hacer. Con el beso negado, sufrí un ridículo descomunal y, después de aterrizar sobre la cama, cualquier intención que pasara por mi mente la creía condenada al esperpento. Supuse que lo procedente era adoptar una postura acorde con el entorno. Quise mostrar una expresión de dureza. No me atrevo a recordar qué cara compuse... Pero a la par que yo buscaba el gesto apropiado, ella lanzó una sonrisa de complicidad. ¡Qué bien lo supo hacer! Consiguió darme confianza y me sentí incluido en el ritual. La sangre me quemaba como lava de un volcán, pero contuve la erupción. Nada indicaba que llegara el instante de las explosiones.

Cuando arrojó la última prenda, se arrodilló sobre la cama. Yo estaba cual largo daba, el codo apoyado sobre la almohada y la mano sosteniendo la cabeza. Me empujó suavemente para acostarme, le dejé hacer, y quedó unos segundos observándome. El silencio era irremediabilmente mágico... y la

visión, sublime. La mujer dobló las piernas y, sentada en los talones, irguió la espalda. La semipenumbra me ofrecía su silueta perfecta. Apoyaba las manos sobre las rodillas separadas y el juego de luz traspasaba los arcos creados para sombrear el nacimiento de los senos. Su cabello, lacio, caoba brillante, le caía por los hombros. Levantó ligeramente el mentón y, desde la altura, repitió la sonrisa de complicidad. Así, habría parado el mundo. Comenzó a desnudarme y algo mío participó en el ritual. Desabrochó la torera con arte de matador, lanzó la pajarita encima de las medias, soltó el velcro de la camisa hasta mi ombligo y me acarició el pecho... Cerré los ojos, apreté los puños, clavé las uñas en las palmas, sudaba, quería soportar el proceso para culminar el encanto cuando mi musa lo solicitara. Se acostó junto a mí y, mientras continuaba la tarea con sus dedos hábiles, me acariciaba el cabello, la frente, los labios. Con todos los cierres de mis prendas usurpados, solicitó colaboración. Y dentro del compás, quedé desnudo. Me sentí indefenso ante aquella presencia exquisita; yo continuaba ocupando el lugar del imberbe que la observaba desde la pista. Como un velo de tul, se dejó caer sobre mí. Su cuerpo me cubría. Entrelazó las piernas a las mías y comenzó a besarme donde antes me acarició. Cada roce de sus labios me encendía dulcemente.

Con una inusitada tranquilidad, pasé a la acción. Mis temores se habían difuminado al contacto de su cuerpo. Le obligué a soltar mi piel y accedió. Quedó de costado. Ahora, yo me arrodillé y, a modo de reverencia, me incliné para besar su hombro, su brazo, su mano, su cadera. La giré, tomé su espalda y primero con caricias, después con leves toques de mis labios, invadí cada poro, cada vértebra, cada músculo. Me recosté a su lado y le retiré el cabello de la nuca y del cuello, saboreé su piel y, en mi mejilla, sentí el aliento de una mujer entregada. Tenía los párpados cerrados y sonreía con humildad. Me había cedido el mando de la liturgia.

Fui dueño de la ceremonia hasta el culmen. En la unión, se hundió el tiempo y me sumergí en la sensación de amar con ansia de conseguir lo interminable. La tomé con su delicadeza, con su sensualidad, con su pasión, con su paz. Me convertí en su lacayo y ella me daba el imperio. Lo que pude dar fue suyo, porque de ella nació.

–Eres el cielo –susurró al recuperar el aliento.

Me besó en la mano. Miraba las sombras del techo y jugueteaba con sus dedos entre los míos. Aun no me había centrado en el espacio real. Volvió el

rostro.

–Eres el cielo.

Y trajo un beso a mi mejilla. Continuó acariciándome como en un deseo de entender mi cuerpo. Parecía buscar estigmas ocultos en todos los rincones de mi piel. Sonreí feliz. Intentaba descubrirme, entrar en mi intimidad y tomar como suyo mi corazón. Deseaba que hiciera así, porque suyo fue.

–Locura de infante, ¿quién eres tú?

Mientras preguntaba, se había sentado cruzando las piernas casi por encima de su vientre.

–Soy Juan –contesté, extrañado.

–¿Sólo Juan?

–Juan Lozano, si lo prefieres. Juan, simplemente.

–No, no puede ser simplemente. Tienes que ser alguien más.

La mujer sombría hablaba con énfasis y con preocupación, con ansia de saber, con deseo de que le contestara algo que estaba esperando oír.

–Quizá sí. Lo habrás visto. Soy el “Rey de la Fiesta”.

–No, no puede ser. Tú eres alguien especial, extraño... alguien que supera la mediocridad.

Lo dijo con tono de exigencia y un tanto de desesperación.

–¿Tan bien me he portado? –ironicé, vanidoso.

–Yo me he portado bien, niño –replicó enfadada... aunque al instante se calmó—. Me has transmitido una sensación irresistible. En cualquier lugar, en cualquier momento habría sucumbido ante ti. ¿Quién eres? ¿Qué tienes?

¡Otra vez con los piropos! ¿Podría alguna mujer renovar el argumento? Me halagaban, cierto, pero me irritaba que las alabanzas no tuvieran fundamento, al menos que yo no conociera. ¿Quién era yo? ¿Qué tenía?

–No sé decirte.

–Imposible. Hay una fuerza en ti que no es de ser humano. Y tú no puedes ignorarlo, porque has hecho uso de ella.

Me presionaba para que le contara alguna historia fantástica sobre mí, quizá de un rey o un dios. La mujer ya no emitía desesperación, sino desconsuelo.

–Te repito. Soy Juan, simplemente.

Pretendía decírselo con dulzura, pero también con la enorme sinceridad que encerraba la afirmación. Habría sido fácil mentirle porque se hubiera creído cualquier artificio.

–No puede ser.

–Sí, sí. Soy Juan, sin más –recalqué, ahora con firmeza.

Le dolió. Su rostro se hizo de piedra y me calcinó con su mirada. Ordenó:

–Vístete y sal. La aventura termina aquí.

Se esfumó por algún lugar oculto. Me abandonó sobre la cama, desnudo, perplejo... Dudaba qué hacer, si seguirla y suplantar a un profesor del arte amatorio, si seguirla y decirle que venía de las estrellas, o si seguirla y declararle la verdad –me sentía enamorado–... Pero el entorno, el encanto, el imperio se derrumbaron con su escapada y obedecí.

Salí al mundo ruidoso y me dirigí a la barra, al mismo rincón, a la misma silla de donde me tomó. Llamé al mismo camarero y repetí:

–Un whisky, por favor.

Mientras lo servía, sonreía pícaro. Le pregunté:

–¿Quién es ella?

Alargó la sonrisa.

–Has sido elegido. Eres un privilegiado. Ella es Dulce, la diosa del amor.

–¿Qué dices?

–Causa furor. Nadie la conquista.

–Entonces, ¿yo?

–¿La has conquistado? No me hagas reír.

–Eso me dijo... vamos, eso entendí.

–Sí, claro, estás solo. ¿Por qué?

Realmente, solo me había quedado. Apenas pululaban por la sala seis o siete compañeros con bastantes tragos de más y sin ganas de moverse con la música. Iban cayendo sobre los sofás. Tomé el vaso, di la espalda a la barra y...

“La estancia se ilumina gradualmente de color amarillo pálido. La rubia me invita a tomar asiento en el sillón que se apoya contra la pared. Separa su mano de la mía deslizando sus yemas por mis dedos. Sonríe acogedora. Camina por el entarimado que cruje ligeramente a cada pisada. Llega hasta la cama y coloca dos cojines contra la pared del fondo a modo de sobrealmohada. Mueve cuidadosamente los muñecos de peluche y deja un hueco en el centro de ellos. Se mezcla con los osos, gatos y demás monerío. Abraza una especie de monstruito y se arrebujá. Por encima de los muñecos, sobresalen sus senos, hombros y rostro. La tela oscura de los cojines le resalta la cabellera.

–¿Puedes entender tu atractivo? –me pregunta.

Me cuesta articular palabra. No sé qué responder. Guardo silencio largo rato y ella insiste:

–¿Puedes entender tu atractivo, Juan?

–Nunca me lo he planteado.

–Decir nunca por tu pasado es una constante.

–¿Tengo pasado con veinte años?

–No son veinte años. Quizá hayas tenido siglos.

–¿Siglos? –me extraño.

Calla. Acerca el monstruito hasta su rostro y se acaricia con él la mejilla. Deposita besos sonoros en su pelaje. Vuelvo a sentir la provocación. Dobla una rodilla y su pierna surge esbelta en un movimiento suave. Arquea el cuerpo con delectación. Casi imperceptible, jadea.

Una fuerza extraña me ata al sillón. Tampoco tengo claro si ella me llama, o si debo ir, pero aunque lo hubiera intentado, no habría podido. Alarga sus jadeos por unos segundos, guarda silencio y se sienta con las piernas cruzadas.

–¿Qué sientes cuando amas?

Enrojeczo, porque ha tocado mi inexperiencia.

–Contesta, Juan. Conozco tu vida, no tus sentimientos. ¿Qué sientes cuando amas?

–No sé, nunca he amado a una mujer.

–No, no hablo de mujer, hablo de amor, amor por cualquier persona, por cualquier objeto, por cualquier acción; amor por tu madre, por un amigo, por una prenda...

–Soy fiel, y me gusta ser correspondido...

–Continúa, continúa.

Apuro el último sorbo de mi copa. Pienso un instante. Sin intención, me sincero.

–...aunque quizá... Sí, he amado sin esperanza de encontrar reciprocidad. Sí, también puedo amar solo. Y soy constante. Tardo en amar, pero cuando amo, no vuelvo atrás. Además, he querido odiar y ha sido imposible.

–Fantástico, Juan.

Se ha levantado y regresa a la antesala. Toma asiento en el módulo de al lado mío.

–Fantástico, Juan. Tienes sentimiento de alma noble. No me he equivocado... pero, ¿cuánta pasión has derrochado?

–¿Pasión?... Ninguna.

–¿Cómo ninguna? –me reprocha.

–Pienso que lo que se logra con constancia no proporciona pasión. Además, la pasión, tal como llega, consume y se escapa. El vacío es más grande.

–Peligroso, eres peligroso. Un hombre sin pasiones siempre se convierte en dominador... vence, conquista y huye fríamente.

–Todavía no he huido... Nunca.

–Otra vez vuelve nunca a tu pasado. Bien, nunca has tenido mujer... ¿Cómo amarás a la mujer que te elija?

–Amaré con dulzura.

–Uy, uy, uy, eso no basta.

Mueve la cabeza con reproche. Medita unos instantes y habla:

–Necesitarás experiencias. No basta la dulzura. Y debes conocer la pasión y la entrega. Debes al menos sufrir una vez por amor y saber lo que es perder un objeto de tu deseo ferviente.

–¿Por qué debo sufrir?

–Mi Juan. Valorarás lo conseguido cuando lo pierdas y te duela tanto que llores con tu corazón. Has vivido fácil. Algo que se va sin que tú quieras te enseña a comprender que no eres infalible. Y tú puedes llegar a creer en tu perfección. No te conviene. Además, la perfección, si existiera, sería aburrida.

Por el hueco de la escalera, sube el solo de un barítono. Canta en italiano. Vuelvo la cara hacia el sonido.

–Es Leporello, maldito truhán –me informa.

La miro sin comprender.

–¿Quién es Leporello?

–Un mal bicho simpático. Lo conocerás a su tiempo.

–¿Lo conoceré?–pregunto perplejo.

–Así es.

Me siento manejado, pero no me atrevo a replicar. Se acerca a la ventana. Se coloca adrede de espaldas a mí. Apoya los codos sobre el alféizar y el mentón sobre sus manos.

–¿Quién eres, mujer?”

VI. Nuria

¿Quién era? ¿Quién era la mujer sombría? Estaba enamorado.

1.Las imágenes de la nueva secuencia habían fluido con suavidad, pero a la silla de la barra no me ataba una historia tan lejana. Pensaba en Dulce. Tal como la película se agotó, volví con mi musa... mi musa... me fascinaba mucho más la pelirroja misteriosa que la rubia platino... me sentía enamorado y la había perdido... ahora me embrujaba la mujer sombría... y corrí a buscarla. Salté a la sala con ansiedad y examiné minuciosamente cada rostro, cada figura, incluso fijé la mirada con descaro en las parejas tumbadas sobre sofás, recorrí los pasillos, volví a la barra, fisgué en la trastienda, pregunté a todo el que llevaba chaleco rojo y corbata negra, repetí indagación varias veces, me aprendí la discoteca palmo a palmo... Quise abrir la puerta que sostenía el cartel “Privé” y me gané un empujón de un morlaquete con porra al cinto. Entré a los servicios de señoras y revisé una a una todas las cabinas... hasta palpé las paredes con ingenuo deseo de hallar alguna puerta secreta. Desesperaba. Subí a la cabina del disk-jockey y pregunté:

–¿Has visto a Dulce?

–¡Oh, Dulce! ¿Eres amigo suyo?

–Sí.

–¡Qué privilegio! –dijo con sorna.

–Dime, por favor, ¿la has visto?

–Se ha ido... y suele tardar en volver.

El chico me dio la espalda y se colocó los auriculares.

¡Dios, qué desencanto! La había tenido en mis manos, habría sido mía con una mentira... y voló. ¡Cuántas veces me he arrepentido de no contarle que yo era un héroe de Alejandro Dumas, o el prototipo elegido para representar al

hombre ideal, o un espía secreto americano, o un dios descendido del Olimpo para llevarla a probar el néctar de los poderosos! Con unas palabras de fantasía el mundo del amor estaría entregado a mis pies, con un engaño piadoso habría tenido por siempre en mis brazos a la mujer más bella jamás soñada, con una fábula elegida Dulce sería mi cielo. Vagué hasta el colegio con sabor a derrota, frustrado, descorazonado, vacío. Había sentido huir a mi alma en pos de la mujer sombría. Estaba enamorado. Lloré amargamente contra la almohada. Lloré como un niño perdido, porque la única compañía para consolarme la creía en Dulce, y ella no estaba por mi maldita ingenuidad de no saber convertirme en sueño, en cualquier quimera que me hubiera dado el porte de gran héroe que conquista a la princesa.

2. Sonja me miraba con ternura. Se explica su compasión por el aspecto que le regalaba. Y qué diferencia al del día después de Anais. No, entonces no necesitaba descanso, necesitaba consuelo, y supongo que mi rostro lo estaba solicitando a gritos. La chica me observaba desde el rellano de la escalera mientras yo ascendía por los peldaños con lentitud. Me detuve en un descansillo, la miré, aún desde abajo, susurré un saludo y escondí la mirada. Se acercó hasta mí:

–¡Buenos días, rey de la fiesta!

–¿Qué hay, Sonja?

–No parece que te haya sentado muy bien el nombramiento. Traes cara de pena. ¿Acaso pretendías llegar a emperador en una sola noche?

–No, no. Organizasteis todo muy bien. Enhorabuena.

–Pero dílo con alegría, hombre. Así no engañas a nadie. Anda, vamos, lanza una sonrisa.

Me tomó por el brazo y subimos hasta el primer piso.

Gaby apareció por el pasillo... y se llevó un chasco de muerte. Nos lanzó un mirada de fuego, frunció el ceño, se repeinó con toda la mano por encima de la oreja y esperó a que llegáramos hasta él.

–¡Hola, Sonja!

–Buenos días, Gaby.

–Pero Juan, ¡qué excelente pinta! Y digo lo de excelente por la causa que imagino. Ser rey de la fiesta proporciona mucho gancho.

–Sí –respondí con desgana.

–¿A quién conquistaste esta vez? De miedo debía estar para despreciar a Almudena, pobre chica. ¿A quién conquistaste? ¿Cómo, cómo se portó?... Por lo que veo, es mujer arrolladora. No te conviene repetir, aunque, en fin, eso es lo habitual en ti. ¿Sabes, Sonja? El bueno de Juan, ahí donde lo ves, rompe corazones con un parpadeo. Es peor que el Marqués de Bradomín. Y nadie lo conquista, ¿sabes? Ni la Niña Chole que lo intente.

Sonja soltó mi brazo.

–Gaby, ¿me escuchas?, ¿vas bien de oído?

–De todo, muñeca, voy bien de todo.

–Tírate a un pozo de mierda.

Sonja se marchó, enfadada, con pasos rápidos.

Gaby tiró a matar.

–Estimadísimo Juan. Me honro infinitamente con tu amistad, soy fiel y leal amigo. Te aprecio como Rinconete a Cortadillo... pero... Sonja es mía, ¿entiendes? Ni un pelo de la ropa te atrevas a rozarle.

–No es mi intención –respondí sinceramente.

–Gracias, no esperaba menos de ti.

Pensando en Dulce, podría renunciar a cualquier cosa. Y ante Gaby renuncié... a partirle la cara. No lo permitían ni mi estado de ánimo ni mi estado físico, pero qué a gusto le habría soltado un buen puñetazo. Ni me importaba Sonja ni me importaban los pelos de su ropa; era esa insolencia, esa exigencia y ese deseo de humillarme ante ella con su ironía hiriente. En aquel momento renuncié y fui con él a Secretaría. Habían salido las notas de los primeros parciales.

–¿Y Manuel? –le interrogué.

–Duerme. Ayer ligó.

–¡Ah!

–Por cierto, esta tarde nos vamos al pabellón. He conseguido cuatro entradas para el baloncesto. Podemos ir los tres y Sonja.

–¿No te vas al pueblo?

–No... Sonja.

–¡Ah, claro, Sonja! Me quedaré en casa, gracias.

–Oye, no lo hagas por lo de antes.

–No, no es por eso. No me apetece.

–¡Chico!, cómo estás. Te pueden las mujeres.

–No, no es eso –le rebatí a lo que él entendía como "mujeres".

Suspendí Critica Literaria. Lo entendí. Pidieron a Vicky una prórroga hasta finales del segundo trimestre, aceptó, y corrigió el examen, así que, sin entregar el trabajo sobre “El Burlador de Sevilla” y con el quiebro de Anais, se vengó.

Regresé a la residencia en compañía de Gaby, y de loores hacia Sonja. ¡Qué cruz! Gaby también estaba enamorado, pero rebosaba felicidad. Aún no había fracasado. Me despedí en la puerta sin mirarle, y entrando, oí:

–Chico, cómo estás.

Pasé de largo por el comedor, subí por las escaleras, pegué un portazo y cerré con llave la habitación. Quería estar solo. Sentado en la cama, volví a llorar, desesperado, con ese amargor sucio que rodea lo querido y a la vez inaprensible. Dulce. Entre hipidos, un impulso me llevó a la estantería. Revisé los libros de poesía y acaparé unos cuantos que me parecieron hechos de amor: Neruda, Salinas, Bécquer, Lorca, Tagore... y elegí al azar:

“¿Serás, amor,
un largo adiós que no se acaba?”

“No te busco
porque sé que es imposible
encontrarte así, buscándote”.

Copié estos versos, aparté los libros y leí. Leí incluso en voz alta hasta que los aprendí de memoria. Aparté el papel y recité. Me calmaba. Al menos, el desencanto escapaba a golpe de poesía.

Repetí los últimos versos. Repetí, porque me consolaban, porque me daban la única esperanza: que Dulce apareciera como desapareció. Y como un soplo, la sentí en la habitación, olí su olor, saboreé su sabor, oí su voz...

3. –¡Despierta, dormilón! Ya está bien de vaguitar.

Manuel aporreaba la puerta. Le abrí.

–¿Sabes que son las doce de la mañana?

–Como si fueran las tres. Pasa.

–¡Qué cara llevas!

–Sí.

–¡Eh, eh! ¿Qué te pasa?

–Nada. Estoy dormido.

–Pues yo, feliz como un bufón.

–Ya me contó Gaby.

–Una chica preciosa... y he aprobado todo.

–Me di cuenta. Tres sobresalientes.

Le hablaba a golpes. No tenía ganas de compañía. Me tiré boca abajo sobre la cama.

–¡Uy, uy, uy!, querido Juan. Hay que despejarse. Tenemos un gran día por delante. El rey tiene que aprovecharlo, no lo desperdicias. Vamos, una buena ducha te arreglará. ¡Vamos, vamos!

Me llevó hasta el baño.

Mientras me vestía, Manuel curioseó sobre la mesa y leyó de reojo las poesías. Calló.

–¿Qué tal va Gaby con Sonja? –me interesé.

–Desahuciado.

–Si ayer me pareció...

–No quiere reconocerlo. La chica está agobiada, no hace más que darle esquinazos y Gaby erre que erre. Es buen aragonés.

–Lo vi tan entusiasmado.

–Está, está, pero... En fin, ya está el señor con otra pinta. Vámonos.

–Prefiero quedarme en el colegio, Manuel.

–Y yo ir de vacaciones a Honolulu. Los dos buscamos un imposible, así

que navegamos en el mismo barco –sonrió irónico.

Manuel hacía de padrazo. Y yo seguía pensando en ella.

Al cabo de las horas, después de patear unos cuantos bares de tapeo, después de mirar cómo comía Manuel, soltó la parrafada:

–¿Qué te ocurre, Juan? Estás tan desangelado que pareces un reo de muerte. Miras al suelo a cada paso, te hablo y no me escuchas, te pregunto y me contestas con monosílabos, te pierdes en las musarañas cada cinco minutos... Estás en otro lugar... Estás enamorado.

–Sí.

–¡Bien, hombre! Larga respuesta me ofreces. ¿Quieres contármelo, Juan? Fue en la fiesta, ¿verdad?

–No tiene importancia, Manuel.

–¡Leches! –se enfadó–. No tengo ni malditas las ganas de aguantarte con esta facha. No lo quiero por ti, lo quiero por mí. O me lo cuentas o te lo arranco.

Se lo conté.

–Además del embrujo esotérico, conquistas a la musa del amor. Te estás convirtiendo en animal de exposición, amigo.

¡La rubia!, también estaba la rubia. Manuel me la recordó por primera vez desde las caricias de Dulce. ¿Tendría algo que ver con ella? ¡Y qué más daba! Dulce no era rubia.

–Pues bien, muchacho –continuó Manuel–. Te has enamorado de una mujer inaccesible. Olvídala.

–No es olvidarla... no es haberme enamorado. Es lo que dijo. Es haberla perdido.

–Siempre ocurre una vez.

–Oye, Manuel, que también he leído, ¿sabes?

–Está bien, está bien. ¿Qué hora es?... Nos da tiempo. Anda, mueve, vamos al cine. No estoy dispuesto a empaparme de Dulce.

Me llevó a ver una película de acción, pero me aburrí.

4. Corrieron los días, y la mujer sombría no salía de mi recuerdo. A mis sentimientos, se unía, cada vez más intensa, la duda que me dejó. ¿Quién era

yo? ¿Por qué la defraudé? ¿Qué esperaba de mí? No sabía si deseaba encontrarla para amarla o para avasallarla a preguntas. Cada tarde abandonaba a mis amigos con cualquier excusa y regresaba a la discoteca. Esperaba ansioso horas y horas que todo ocurriera igual que aquel viernes. El camarero, al reconocerme, sonreía burlón, como diciendo: “Hay una sola oportunidad”. ¿Dónde estaba Dulce? ¿Acaso ella no se enamoró también?

–Me voy a estudiar. Hasta mañana –me excusé como tantos días ante Manuel y Gaby.

–No, Juan. Hoy no. Vendrás conmigo aunque sea a la fuerza.

–¿A dónde?

–A la discoteca. Tengo una sorpresa.

–Lo siento –dijo Gaby–. Veo a Sonja esta tarde. Os dejo.

–Vámonos, Juan.

Me entusiasmé. Manuel podía haber preparado lo imposible. Lo crucifiqué a preguntas por el camino, pero el muy ladino me hablaba del tiempo. Entró delante de mí, y se sentó en unos butacones que dominaban casi todo el local. Me ofreció un cigarrillo y fumamos en silencio, un largo silencio, con Manuel excesivamente serio y moviendo sus pupilas hacia todos los rincones. Por fin, lo encontró:

–¡Iván! ¡Iván!

–¿Quién es Iván?

–Paciencia.

El tal Iván se acercó hasta nosotros y saludó a Manuel con efusividad. Me presentó de esta manera:

–Es Juan. Quiere saber algo sobre Dulce.

–¿Dulce?

–Sí –pronuncié, tímido.

–Ay, amigo. ¡Tantos quieren saber de Dulce...!

"¿Tantos?", pensé preguntar.

–¿Por qué quieres saber de ella? –me lanzó a la defensiva.

–Es una amiga.

–¿Una amiga? ¡Qué privilegio!... Sé que no es amiga tuya, ¿verdad?

Intenté excusarme.

–No, no digas nada –me cortó–. Dulce es tu pasión, ¿verdad? La has conocido por un momento y te ha fascinado, ¿no es eso?

Me sonrojé.

–No eres el único... –continuó–. En fin, algo puedo contarte. Dulce es... ¿cómo te diría?... No sé por dónde empezar... La conocí hace tiempo. Yo trabajaba de camarero en una discoteca, en la costa, en Sitges. Anunciaban una plaza de relaciones públicas y acudí. Ella me hizo la entrevista. El puesto era para una sala de fiestas de su propiedad. También es la dueña de todo esto, de unos cuantos restaurantes, de otras discotecas... en fin, de un imperio de la hostelería. Le caí bien. Según me contó más tarde el jefe de barra, la deslumbré, aunque no tanto como ella a mí.

Iván hablaba como si hiciera tiempo que deseara contar la historia. La narraba para sí, y disfrutaba. Emitía un tono de nostalgia.

–Aquella era su primera incursión como empresaria del espectáculo y nos tocó trabajar muchas horas juntos para planificar la temporada... Me enamoré perdidamente... Creí que ella me correspondía, pero nunca me atreví a decirle nada. La sentía... ¿cómo decir?... se me escapaba a cada mirada. Un día desapareció. Me volví loco. Pregunté por todas partes, busqué contactos de costa a costa, investigué después en los lugares más inverosímiles. Nada, nadie supo nada en un año. En mi búsqueda, un socio de ella en un "pub", me reveló algo especial: era conocida como "la musa del amor", así la llamaban en el mundo noctámbulo. Cientos de hombres habían suspirado por conquistarla, algunos habían derrochado fortunas, otros estuvieron al borde de la locura... pero nadie consiguió su propósito. Sufrí mucho hasta poder olvidarla. Volvió, y mientras supe que andaba por la sala, evité su presencia cuanto pude, pero el día en que se fue por enésima vez se acercó un momento a mí y me dijo: “No sufras por amor. Serás feliz, lo mereces... Adiós”. Al irse, dejó escrito mi nombramiento como jefe de sala en esta discoteca. Desde entonces, apenas he cruzado con ella palabras siquiera profesionales. Viene de vez en cuando, de cuando en vez transita por sus negocios, sin rumbo fijo, apareciendo y desapareciendo, dejando en cada lugar algún nuevo admirador perdidamente enamorado. Hoy, todavía nadie le conoce aventura alguna...

–¿Y a nadie conoces que se haya acostado con ella? –pregunté sin dejarle terminar el relato.

–¿Quién lo sabe? Pero si así ha ocurrido, nadie lo ha contado. Y en este mundo, esas cosas se saben.

–Vámonos –ordené a Manuel–. Gracias, Iván.

Salí casi sin respirar.

Manuel me alcanzó.

–Tú te has querido reír de mí –le solté.

–No digas sandeces, Juan.

–Tú has preparado todo esto para... yo que sé... para confundirme... para reírte de mí... yo que sé –dije, jadeante.

–¿De verdad me crees así?

–Desde luego, no me lo explico. Pero esta historia es una novela preparada por ti y por el tal Iván en estos días. Me habéis querido tomar el pelo.

–Te juro que nada estaba pensado. Déjame explicarte. ¿Puedo?

–Adelante, y con muy buenas razones.

–Llevas unas semanas insoportable y no sabía cómo hacerte reaccionar. Por fin, se me encendió una luz, y recordé que el día de la fiesta vi a Iván en la discoteca. Sus padres son de mi pueblo y hemos pasado algunos veranos juntos. Lo conozco desde niño. Así, esta mañana decidí traerte aquí conmigo y preguntarle por Dulce. Supuse que una chica tan especial no pasa desapercibida y que Iván, siendo jefe de sala, como supe aquel día, algo podría conocer de ella. Eso es todo. ¿La historia? No sé si la ha inventado. Parecía sincero, y creo que todavía enamorado.

Me quedé perplejo. Manuel no mentía nunca, y menos en asuntos tan serios.

–Si todo es verdad...

–Si todo es verdad, entonces has sido elegido –sentenció Manuel.

–Elegido, ¿para qué?

–Está claro. Para romperle el hechizo a esta chica, ¿no lo entiendes? Has sido su amante, quizá el único, y ahora será capaz de encontrar otro hombre.

–No me seas novelero.

–Tómalo como quieras. Lo cierto es que te acostaste con ella, logro

reservado a un dios, según parece, pero ella desapareció.

–Ella dijo que yo era especial. ¿Por qué se fue?

–¿Y qué más da? Se fue, no está, es lo que importa.

–¿Qué puedo hacer?

–Vámonos de copas.

Me dejé arrastrar.

A pesar de todo, la mujer sombría nunca dejó de ser mi Dulce. Hoy todavía lo es. Volví a llorar por ella, pero ya no amargo, sino suave, con nostalgia, sabiendo que la aventura acabó cuando ella quiso y que, al fin y al cabo, gocé del privilegio de ser un elegido. Fui creándola en mi recuerdo como una aventura feliz que me hizo aprender la sugestión del amor. Pero Dulce no regresó.

5. Sufrí por mal de amores la temporada requerida y la salvé con un apego por los libros más allá de lo habitual. A fin de curso, lo agradecí, porque como iré contando, la salsa continuaba y la popularidad no me abandonó. Comprobé que la vuelta a la normalidad también suponía quejarme de la fama, ahora con más sensatez, es decir, soportando sus punzadas como un mártir. Con el título de la fiestecita, mi nombre sobrepasaba barreras y llegaba hasta los lugares más insospechados. A días, tenía la sensación de que era objeto de todas las miradas, y ¡qué molestia!; a días, el influjo se apagaba y parecía que nadie se fijaba en mí, y ¡qué molestia! La fama es como una madre pesada: cuando te hostiga, la mandarías a la India, pero si a la hora de la cena se ha quedado a charlar con las amigas, refunfuñas porque no hay quien se preocupe de ti. Ahora bien, como desatender los halagos de Dulce cuando me creyó un hombre especial me había ocasionado una pérdida tan importante, me obligué desde entonces a responder a los piropos con una sonrisa. Resumiendo, que ya me creía un poco más guapo, un poco más alto y un poco más elegante.

Habíamos regresado a la rutina de las tardes en el bar de Derecho y, durante tres días, la chica me regalaba sonrisas y miradas de provocación. Gaby la observaba con atención, pero yo no estaba con ánimo para disfrutar de su belleza.

Y a la cuarta tarde, no apareció.

No, no me libré de ella tan fácilmente. A la mañana siguiente apareció en mi clase en la butaca de arriba a la mía, y allí repitió ubicación varias

jornadas, interesándose por mí.

No le hice caso. La chica se hartó y no volvió.

¡Genial! Otra vez ni yo mismo me entendía. Por una semana, Nuria ocupó mis pensamientos; al principio, por pesadez; después, por su belleza; luego, por su ausencia; y el domingo, por comparación. Digo bien, por comparación. A Dulce ni mentarla, residía en un altar, pero qué diferencia con Lucía, Marina, Anais y Beatriz. Qué diferencia. Nuria se asomaba a la Matrícula de Honor. Cuerpo delineado con medidas atinadas, senos erectos, cintura delicada, nalgas salientes, cabello ondulado, largo y brillante, moreno fiero, labios abundantes... conjunto bestial. Me asustaba de la imagen, y no por el diseño, que de por sí derrumbaba, sino por su existencia y su insistencia en mi cerebro.

Pasaban las clases y quería verla. ¿Por qué? ¿Qué representaba esa chica para mí? Fui indiferente a las mujeres con la ignorancia, las odié con la experiencia, las olvidé con Dulce... y Nuria me atraía. La reflexión me llevó de nuevo a una respuesta esotérica: tenía que estar poseído por un espíritu diabólico —o burlón—... Ya me reía de mis tribulaciones, ¿qué otra cosa podía hacer? Tomármelo con seriedad me desesperaba y reírse de sí mismo es una buena terapia.

6.Resultó fácil dar con ella. Me lancé a su búsqueda en secreto por todos los rincones de la Universidad, con cierta dosis de sangre fría y pensando en una posible conquista. ¿En una posible conquista? Sus características le hacían destacar y paso a paso, paciente, la descubrí: trabajaba como primera actriz en el grupo universitario de teatro. Estaban representando “Yerma” y Nuria qué bien cumplía su papel. Con el pelo tirado para atrás y recogido en un moño bajo, con ropas discretas, oscuras, de tejido vasto, sin una pincelada de maquillaje, surgía de una pureza insultante. Busqué una butaca apartada, en la última fila, bajo la sombra del anfiteatro, en la esquina...

Me dio envidia verla tan entregada a su marido, me dio pena verla tan enamorada de su amante y no quise entenderla casta. Los chicos habían logrado un montaje impresionante. Me di el papel de Víctor, el amante, y quería dar mi semilla a Nuria. Cuando mató a su marido, me alegré.

Salí del teatro y fui a la trasera del edificio, hacia los camerinos. Pregunté por Nuria. “¿Yerma?”, me preguntaron. El vestuario era colectivo y no me

atreví a entrar. La vi desde fuera, en ropa interior, y un pudor extraño me apartó la vista de ella. Salió sola.

–¿Nuria?

–¿Sí? –se volvió hacia mí—. Hola. ¿Qué quieres?

–Eres una actriz estupenda.

–Gracias.

–¿No me conoces?

–Sí, claro. Eres Juan, ¿y?

–Quería saludarte.

–Es tarde... tengo que irme.

–Quiero pedirte...

...disculpas por mi comportamiento”, iba a decirle. Cogió un paso rápido y se fue. Quedé como un pasmarote. Había acudido al encuentro convencido de que iba a caer en mis brazos. Tanta insistencia me hizo sentirme seguro... Tardé en reaccionar. Quise que me diera igual y volví a la residencia. Cené. Cada bocado me traía escenas de Yerma, la protagonista, no la obra.

Repetí en la sesión de noche, en la misma butaca, para disfrutar de la misma perspectiva de los actores, del decorado, de Nuria. En esta representación, supo matar con mayor realismo. Cuando cayó el telón, seguí mirando al escenario. El público prolongó el aplauso y al apagarse los focos, las butacas iban quedando vacías. Seguí mirando el escenario. Y el acomodador...

–Tenemos que cerrar.

...me devolvió al mundo.

Dejé atrás el teatro y, ensimismado, regresé al colegio.

¿Quién me atraía? ¿Nuria? ¿Yerma? No era tanto su cuerpo o sus ojos como el rechazo de la tarde. Y esa expresión de mujer poderosa y entregada que odia al marido bueno... me ancló al asiento. No pude reaccionar. Me oculté en Dulce. Ella logró paralizarme y la amaba. ¿Quién era Nuria para romper el hechizo?, ¿quién?

“Te desnudaré
casada y romera

cuando en lo oscuro
las doce den”.

Pasaron las clases como horas dobles y a la tarde siguiente volví al teatro.

A las siete se alzaba el telón. Había llegado con tiempo y ocupaba una butaca central en la primera fila. Nuria me vio y quebró la cara triste de Yerma para sonreírme. Mientras sus manos asían el cuello del marido seco, yo caminaba hacia el camerino.

–¿Me esperas, Juan?

–Sí.

–No tardaré.

Había llegado dispuesto a utilizar cien argumentos convincentes para que se acercara a mí unos instantes... y tal facilidad me desorientó y quise marcharme.

Iba a echar el primer paso de la escapada y...

–Ya estoy. ¿Me invitas a cenar?

Su mirada...

–Sí, sí, desde luego.

–Vamos cerca, eh. Tengo una hora.

–¿Una hora?

–Tenemos sesión especial para el profesorado.

–Pero entre semana sólo dais una función.

–Ya te digo que es especial. Comienza a las diez.

Me llevó del brazo y en un santiamén estábamos sentados en una pizzería, enfrente del teatro. Ella pidió lo mismo para mí.

–Perdona por lo de ayer, pero lo merecías –se disculpó.

–¿Que merecía qué?

–Un plantón.

–Oye, oye, ¿no te parece que te pasas? –le reproché.

–Ni un pelo. Y el trabajo que me diste... ¿O no recuerdas el calvario en tu clase de Filosofía? Me cansaste, ¿sabes? Y encima te escabulliste. No, rollos de arrogancia no admito. Me rebajé más de lo necesario, y más no.

–Eres orgullosa.

–¿Por qué has venido? –cambió de conversación.

–A ver Yerma.

–¿Tres veces? No me hagas la puñeta. Serás aspirante a filólogo, pero amante del teatro ni por asomo. Di, ¿por qué has venido?

–Fácil –pronuncié muy seguro–. Quería hablar contigo para saber por qué me diste tanto la lata.

–¡Ah!, pillo. Te escurres bien. Voy a contestarte. Estaba loca por ligarte. Compañeras de Derecho me habían hablado de ti. Te conocí y me llamaste la atención. Así que me lancé. Y qué arrogante eres, chico.

–Estoy en mala racha. No soy tan arisco, ya ves.

–Ya. Son las nueve y media. Tengo que irme. Adiós.

Agarró el bolso y salió sin más palabras.

Dejé a medias la pizza.

Me atraía Nuria y decidí conquistarla.

Regresé al teatro, saqué entrada de palco –el patio de butacas estaba reservado a los profesores–, y coloqué la silla entre unas cortinas para evitar ser visto desde el escenario. No vi a Yerma, la protagonista, sino Yerma, la obra, y esta vez acepté que Juan se llamaba el marido, casualidad nada agradable. En la primera fila, un joven trajeado seguía a Nuria en todos sus movimientos y, cuando ella no estaba en el escenario, lo notaba tenso. Al caer el telón por última vez, tronó la sala, los actores saludaron y el hombre de la primera fila se acercó hasta el escenario y entregó a Nuria un enorme ramo de rosas rojas. Me quemó algo en el vientre, y más cuando ella las tomó con una sonrisa y las apretó contra su pecho.

Me levanté, descorrí la cortina con tal ímpetu que la saqué del riel y salí del palco, camino al colegio. Nuria estaba jugando conmigo, entendí. Bajando las escaleras, pensé si no me equivocaba. Di la vuelta al edificio y busqué la puerta de actores. Quería verla.

Apareció la primera, con el ramo en la mano y, detrás, el acompañante trajeado. Nuria lo tomó del brazo, como hizo conmigo tras la sesión de tarde, y él sonreía. Me vio y reaccionó rápida.

–¡Hombre, Juan! No te esperaba hasta mañana. Te llevaré los apuntes al

bar de Derecho a la hora de siempre. Bye, bye.

Continuaron su camino y me sobrepasaron. No me atreví a volverme.

Pues no me rendí. Cosa rara –por lo del embrujo, supongo–, estaba dispuesto a presentar batalla. Decidí luchar por Nuria y, de regreso al colegio, diseñé un plan.

A las nueve menos cuarto de la mañana, planté tienda en un banco frente a la Facultad de Derecho y, a las nueve menos cinco, la chica apareció. Me dispuse a seguirla. La dejé a varios metros de distancia. Subió por las escaleras, esperé a que llegara al primer piso y salvé los escalones de tres en tres. Vi que Nuria entraba en una clase. Anduve hasta la puerta. El cartel decía “Cuarto A”. El plan trazado indicaba que debía entrar tras ella y sentarme cerca, pero no llevaba apuntes, no llevaba libros, no llevaba carpeta... ¿qué papel iba a interpretar en cuarto de Derecho? Me apuré y salí del edificio reprochándome mi cobardía... Lo arreglé con un añadido al plan: en el cambio de clase, ella saldría, me acercaría y le diría lo previsto. Durante casi una hora, paseé por el campus preparando el encuentro. Dio la hora menos diez minutos y entré a la Facultad. Sonó el timbre y me coloqué frente a la puerta. Salieron dos, diez, veinte, cuarenta... Nuria no aparecía. Abrí, entré y la busqué. Era un grupo numeroso, reían al oír la voz de ella, se arremolinaban en torno suyo... así que me mordí el labio y abandoné.

Tenía que hablarle. Vagué nuevamente por el campus y mi memoria funcionó. ¿No había dicho Nuria: “Te llevaré los apuntes al bar de Derecho a la hora de siempre”? Quería verme. Volví a la Facultad de Derecho, miré el horario de cuarto, busqué la última clase y vi que el martes terminaba a las cinco. Fui al colegio, recogí los bártulos y acudí a clase, a mi clase.

–¡Juan, eres tú, Juan! ¿O acaso tengo una visión? –saludó Gaby.

–No me ha sonado el despertador –mentí.

–Otra aventura nocturna, ¿eh?

–No, no, fui al teatro y me entretuve después.

–¿Al teatro? ¡Tiembla, Margarita Xirgú! ¡Tiembla, Isadora Duncan!
¡Temblad, mujeres de la farándula!

–Déjate de sandeces.

–Sonja quiere verte. Me ha dicho que Picapiedra tiene un trabajo para ti. Estoy celosísimo.

–¿Sonja?

–Sí, Sonja, la beldad suprema del Orbe entero.

–Bien.

–Hombre, me da garantía que no lo tomes con alborozo. Pero por si acaso estaré al acecho.

–De acuerdo, Gaby –dije, aburrido.

Sonó el timbre de fin de clase. Daban las cinco menos cinco. Los martes todavía teníamos clase a las seis, pero Manuel y Gaby recogieron a la vez que yo.

–Muchachos, me voy a estudiar. Que os sea leve el rollo del Latín.

–No, no hay clase. Y no seas plomo. Vente con nosotros –me ofreció Manuel.

–¿Dónde vais?

–¿No lo recuerdas?

No, ¡horror!, no lo recordaba. Las sesiones de teatro, Nuria, me hicieron olvidar por completo la habitual visita vespertina al bar de Derecho. Y ella estaba allí. Y yo no quería la compañía de nadie, necesitaba intimidad para hablar con Nuria. Terrible dilema: si les daba esquinazo, me los encontraría en mi destino; si me iba con ellos a otro lugar, perdía la oportunidad de verla; si acudíamos los tres, no me atrevería a hablarle. La mejor solución, decirles la verdad.

–Tengo una cita.

–La de anoche, ¿no es eso? –intentó adivinar Gaby.

–Sí.

–Ya lo sabía yo. Lo sabía, lo sabía.

–Bien, bien, puedes marcharte. No somos la Inquisición –intervino Manuel.

–Es que...

–¿Necesitas ayuda? –dijo, rápido, Gaby.

–Deja de ser pesado –me protegió Manuel.

–He quedado en el bar de Derecho.

–Entonces es Beatriz. Repites ¿eh?, bala rasa. ¿Trabaja bien la muchacha? Quiero verla otra vez, hombre –exigió Gaby.

–No es Beatriz. Y prefiero que no vengáis.

–¡Ni lo sueñes! Como me llamo Gaby que no te abandono.

–No seas pelma, deja a Juan en paz.

–Insisto. Me voy con Juan.

–Por favor, Gaby –rogué.

–No. Voy contigo.

Gaby era capaz de agarrarse a mi brazo y acompañarme hasta la cama con la chica si se lo proponía. Si cedía, me chafaba el plan. Si me negaba, era imposible que llegara al bar de Derecho. Cedí. Al menos, tendría la oportunidad de darle esquinazo.

–Está bien. Vente.

–¿Sabes lo que haces, Juan? –me reprochó Manuel.

–¡Qué remedio!

–Pues por mí no quedará. Ahí os quedáis. Que os sea leve.

–Bravo, Manuel. Menos gente a repartir –aplaudí Gaby.

Manuel nos dejó y emprendimos rumbo al bar. A su manera, la compañía me animaba, aunque Gaby, en su faceta pelma, era capaz de ablandar el acero a salivazos y, en asuntos de mujeres, su testarudez aragonesa se elevaba al cubo.

–¿Qué tal te va con Sonja? –le pregunté.

–Es dura, dura como el granito, pero el amor escala paredes inaccesibles. La conquistaré como García Hurtado de Mendoza venció a Caupolicán.

–Qué erudito es tu amor.

–Sonja es erudita, Sonja es maravillosa, Sonja es divina.

–Bien, Gaby, bien... Y ¿qué es eso del trabajo?

–Te considera un buen alumno y el ínclito Picapiedra le ha pedido que seleccione un colaborador para ayudarle en unos estudios encargados por la Consejería de Cultura. Naturalmente, primero pensó en mí...

–Naturalmente.

–Pero no aguanto al plumazo de Picapiedra.

–Claro, polos del mismo signo se repelen.

–¡Juan!

–Perdona, se me ha escapado.

–O sea, que lo piensas.

¡Buena oportunidad para perderlo de vista!

–Siendo sincero, sí, lo pienso, y más en este momento.

–Bueno, la perseverancia es una virtud.

–¿Llamas perseverancia a tu cargante pesadez? –pretendí enfadarle.

–Es su lado positivo –se escabulló.

Llegamos al bar. Y entrando...

–Ardo en deseo de conocer a tu amiguita. ¿Será guapa? ¿Será alta? ¿Será rubia?

Desde luego, Gaby estaba en posesión de una virtud: la de exasperarme como un moscón inteligente al que nunca puedes cazar. Lástima no tener a mano una tonelada de insecticida.

–Y bien, ¿dónde está?

No estaba. Desde el antepenúltimo escalón no veía a Nuria. ¿Fallaban mis deducciones?

–Se retrasará, supongo.

–Como todas las mujeres. Págate una cerveza.

–Gracias por la invitación, generoso.

–De nada, mi compañía merece un premio.

Lo mereció. ¡Cuánto agradecí su ayuda! Y entiéndase sin ironías. Gaby se portó.

7. Nos sentamos en una mesa que dominaba la entrada y bebimos las cervezas obligadas y algunas más, porque durante casi hora y media tuve que soportar las ponderaciones de Gaby hacia cualquier cosa que le interesara, aunque, al menos, disfruté de los comentarios jocosos sobre cualquier cosa que repudiara. ¡Qué suplicio! Con sus monólogos, desconecté mi oído y dejé correr mi dialéctica interior. Si Nuria no aparecía, a cada minuto lo más

probable, la burla de Gaby se haría inaguantable durante varias semanas; si Nuria no aparecía, estaba dispuesto a olvidarla y perder para siempre la historia de Yerma. Si Nuria aparecía, gran ilusión por otra parte, Gaby metería su pataza como de costumbre y desharía mi plan; si Nuria aparecía... probablemente no sabría qué decirle.

–¡Chicoooo! ¡Qué diosa alumbra mis pupilas! –exclamó Gaby.
¡Nuria!

–Afrodita desciende del Olimpo...

–Calla de una vez, ¿quieres? –le exigí a la vez que me agachaba.
Gaby acercó su rostro al mío y dijo en voz baja:

–No me digas que... Esa chica es... Juan, Juan, habla, por favor. Dime, ¿es ella?, ¿es ella?... Pero no, no puede ser.

–Sí, es ella.

Se echó atrás, abrió los brazos, extendió las manos y, mirando al techo, exclamó:

–¡Jajajá!

Los diez o doce concurrentes nos obsequiaron con sus miradas. Nuria también. Desde la barra, me vio.

–¡Eh, Juan! –me llamó.

Jugué al despistado. Repitió la llamada y jugué otra vez al despistado. Gaby desesperaba. Me miraba, la miraba. Me miraba, la miraba. Me miraba, la miraba.

–¿Estás idiota? Te llama, te llama.

Nuria vino a la mesa.

–Buenas tardes tengan los señores.

–Buena está, afirmo –contestó Gaby.

–¡Hola, Juan! Llevamos unos días que somos inseparables.

–Te esperaba.

–Hombre, arrogante ya eres.

–Ayer me lo dijiste, ¿no? En el bar de siempre.

Nuria lanzó una carcajada.

–En fin, sea. Mi representante no quiere que vaya con muchachos y tuve

que inventar algo para contentaros a los dos. Pero, en fin, sea.

–El de las flores, ¿era tu representante? –me interesé.

–Exacto.

–Vamos a ver, vamos a ver. Este amigo mío –decía Gaby a Nuria–, ¿no había...?

Conforme la iba mirando de cerca al hablarle, se le iban abriendo los ojos y la boca.

–Tú eres... tú eres...

Nuria se ahuecaba.

–La primera actriz del grupo universitario –le informó.

–¡Qué coño primera actriz! Tú eres la chica que nos dio la lata en clase. Tú eres la enamorada de Juan. ¡Qué mejoría!

“Este chico lo estropea, este chico lo estropea”, pensé al ver cómo la muchacha se sonrojaba de oreja a oreja.

Pero Nuria reaccionó.

–Ensayaba un papel. ¿Qué es eso de enamorada de Juan? Ni soñarlo. ¿Qué te has creído?

–Entonces... tengo mi oportunidad. ¡Ja, ja, camino libre!

–¿De verdad es amigo tuyo? –me preguntó Nuria.

–Sí, se supone.

–Atento, muchacho –se dirigió a Gaby–. Si alguien en esta mesa tuvo su oportunidad fue Juan. Tú, calladito y la lengua en el bolsillo. El asunto es cosa de Juan y mía.

Me dio esperanza Nuria. Desplazaba a Gaby con unas frases y una mirada de fuego. Pero entrarle a esta chica por algún resquicio se me hacía imposible. Dejé a los dos en su guerra particular, que fue un divertido espectáculo, y me hice un ovillo entre la silla y la mesa.

Nuria jugó bien con la impulsividad de Gaby, pero mi amigo no quedaba atrás en los envites y contestaba con socarronería. La cosa se amenizaba. Nuria se sentó.

–¿Tú crees que alguno de vosotros me merece? –decía ella.

–¡Oh, valga pedantería, niña guapa! Si alguien te supera en atributos es

este perfecto ejemplar de caballero –y Gaby me echó la mano al hombro.

Me defendía, me halagaba, me promocionaba. ¡Desconcertante Gaby!

–Como sabrás –continuó el publicista– y si no, te informo, el señor aquí presente –por mí, claro– representa al homo sapiens ideal de tercero de Filología –chauvinista el chico–. Sus cualidades han quedado demostradas y lo convierten en prototipo de la especie humana en su género masculino, tal es la calidad de sus oponentes para lograr esta distinción, entre los cuales me incluyo –¡faltaría más!–. En distintos aspectos de comportamiento, te notifico que ha satisfecho las mayores pruebas y ha concluido sus experiencias con una brillantez sobresaliente –exageración le honra–. Es poeta romántico y apasionado –¿cómo lo sabía?–, fresco y dulce –¡hombre!–, tierno y blanco –¡maldito Gaby!–. Sabe tratar con mujeres de cualquier índole y su magnetismo las conquista sin remisión, con espontaneidad, haciéndoles sentir la locura de reinar en su alma noble y fuerte –se pasó–. Ama con pasión, transmite felicidad y colma placeres insospechados. Simplemente, es único e irrepetible a lo largo de los siglos. ¿Qué valores presentas tú ante tal condición? ¿Eres capaz de ofrecer siquiera un pedazo de tanta sublimidad? Huye, mujer, o deberás postrarte ante la perfección.

Semejante discurso me dio enfado y sonrisas, enfado por orgullo, sonrisas por la afectación y el grado de convencimiento expresado por Gaby. Si Nuria, con las primeras frases, puso gesto de mofa, la seriedad, el aplomo y la prestancia de las alabanzas le provocaron una atención especial a mi persona. Así, mientras Gaby habló, su mirada me analizaba. Parecía querer confirmar lo que mi amigo le relataba.

Nuria miró el reloj.

–Es tardísimo, tengo que irme.

Gaby sonrió al verla escapar.

–Soy genial. Retórico en el Congreso, apabullante en los mítines, convincente en televisión. La política es lo mío.

–Has conseguido que se vaya.

–Pero con un pozo de duda. Esta chica es tuya.

–¿No la querías para ti?

–Sonja es para mí. Y esta amiga se muere por ti.

–¿Sonja?

–No, la actriz.

–¡Ah!

–Ni ah ni leches. Se muere por tu cuerpo, tío. Si no lo creyera así, para luego te hago el panegírico. Necesitabas un empujón. Y la chica vale un potosí, exquisita, subyugante...

–Ahí tienes razón. Ven, lo comprobarás.

Me di cuenta de la hora. Nuria tenía representación y, sin decir palabra, llevé a Gaby al teatro. Otra vez Yerma.

–Calla –ordenaba a Gaby en el camino.

–Chist –ordenaba a Gaby en el teatro.

Y después del primer acto:

–Esta chica es fabulosa –la elogió mi amigo.

Y así en cada chirrido de la tramoya:

–Esta chica es fabulosa.

Cuando concluyó la función, dije a Gaby:

–Vamos, vamos a verla, vamos a los camerinos.

Se frenó en seco.

–¡Quieto en tu sitio! ¿Qué vas a hacer?

–Te lo digo. Ir a buscarla.

–Ni loco. Tú no entiendes. ¿Quieres ser siempre un patán? ¿Cómo quedo yo con mi apología? Si acudes al camerino es postrarte a sus pies. Levantará su zapato y frotará la suela por tu boca. No te acerques a ella al menos en dos días. Que no te vea. Que sufra, que imagine tu desdén. ¡Novato! Y yo que te creía un playboy. A las mujeres, mano dura y beberán en tu mano. Te llevo al colegio. Adelante, camina. Y te controlaré. Hasta el viernes no te mueves de mi vera.

Lo cumplió con rigor. No se separó de mí. Se despedía a la puerta del colegio y lo encontraba sentado en los escalones a la hora de las salidas. Le dejé hacer porque me divertía... y porque Nuria me había desestabilizado. No, no era como el amor de Dulce, tampoco podía llamarlo pasión. Me atraía y

podía compartirla con mi musa... ¡Ah!, la mujer sombría seguía conmigo, en un aparte, pero ocupando su lugar. Durante la historia con Nuria, jugó el papel de contrapunto. Me siento algo forzado escribiendo de dos mujeres a la vez, pero sirvan estas líneas para contar que Dulce, ¡pobre, la había excluido!, permaneció en recuerdo firme y pausado como ideal de amor, ese bendito sentimiento que me regaló. Nuria animaba en mí un deseo de conquista. Quizá actuara mi amor propio, quizá actuara mi ya costumbre de cautivar a las mujeres con facilidad, quizá actuara esa belleza excesiva... Realmente, pasé muy mal los dos días de castigo, tan mal que soñaba con escaparme de las garras de Gaby para colarme en el teatro y disfrutar de Yerma. De todas formas, acaté el plan, porque lo entendía acertado aunque fuera un sufrimiento cumplir las instrucciones.

Gaby se portó y, en su celo por ayudarme, fue o fui sombra mía o suya, hasta tal punto que me llevó de carabina en sus acercamientos a Sonja. Sonja había recibido la licenciatura el año anterior con calificaciones brillantes y el decano la contrató para evitar la pérdida de su talento, pues su vocación no estaba definida e igual podía terminar de rata de biblioteca que de cajera en unos grandes almacenes. Era bastante ‘pasota’. En su rostro no destacaba nada especial ni por bello ni por mal encarado, ahora bien, su cabello, exageradamente liso, enmarcaba, con dos mechones ondulados hacia el cuello, un perfil sugerente. Destacaba su ritmo de movimientos. Cada gesto parecía un paso de ballet y la silueta estirada le daba un aire de bailarina. Se mordía el labio inferior por cualquier excusa, y cuando acompañaba ese gesto con su sonrisa, obligaba a sentir admiración de la limpieza expresiva... porque Sonja era transparente, era de esas personas que al momento de conocerla ya te irradian cariño. Nadie debe imaginarse un símbolo de perfección. Como casi todas las mujeres, sabiamente ejercía su doble misión de coqueta e ingenua, por lo que a su alrededor se creaba ambigüedad.

Gaby dijo que Sonja quería verme para ofrecerme la participación en un estudio histórico. Sonja se alegró cuando aparecí a la puerta de su despacho —con el común amigo, por supuesto—, pero no acudí como respuesta a su petición. No quise notar en ella la dosis de coquetería hacia mí. No quise notarla por respeto a Gaby, pero existió. No quise entenderla porque Sonja me sorprendió con su actitud de conquista. Al segundo de iniciar la conversación sobre el estudio histórico, comprendí que era una invención,

aunque la rebozó tan bien... Decidí no atender su ruego y Gaby se enfadó. Me excusé ante él diciéndole que necesitaba ese tiempo para buscar mujeres como Nuria, y la comparación no daba lugar a dudas.

Por fin, llegó el viernes. Ya quise ir por la mañana a la Facultad de Derecho, pero Gaby me esperaba a la salida del colegio, y me obligó a cambiar de idea:

–No, así no. Debes buscar un encuentro sin gente y, a poder ser, espontáneamente preparado. Piensa.

–En el camerino.

–No, eso ya lo has intentado. Veamos... Envíale un anónimo con una rosa blanca.

–¿Un anónimo?

–Sí, hay que crearle expectación, tío listo. Lo entregas al acomodador, le das una buena propina y le dices que se lo dé cuando vuelva de la escena final a los camerinos.

Le hice caso.

No hubo clase de tarde y, con el postre en la mesa, subí a la habitación para redactar el escrito. Ya con el encabezamiento rompí varios folios: “Querida Nuria”, “Amada Nuria”, “Estimada amiga”, “Suprema beldad”, “Ninfa de Garcilaso”, “Venus de las candilejas”...; los primeros, tan vulgares, los siguientes, a cual más cursi... Tres horas en blanco, tres horas con sudores fríos, la papelería a rebosar, el bolígrafo caliente... y tropecé en la tentación. Lo copiaría. Elegí varios libros de poesía, de novela romántica y, tal como los hojeaba, los arrojaba al suelo. Me asomé a la ventana y vi atardecer. De pronto, me vino una sensación de paz, volví a la mesa y escribí:

He querido encarcelar tus labios con una palabra de mi alma,
y tú no querías cárcel, sino volar hacia una estrella
y jugar a lo desconocido con metal de caramelo.
Te ofrezco una rosa como un barrote quebrado
para tu risa, para tu sueño,
porque quiero encontrar tu camino
y pisar en él con tus pies y en tu belleza,

besar en ti, amar.

Lo escribí con fluidez, guiado por un empuje extraño al que llamé inspiración. Releí las ocho líneas y me gustaron, me agradó ser el autor del poema, pero ¿servía? No. Parecía declaración de amor, hería mi orgullo y lo juzgué empalagoso. Además, ¿cómo me citaba con ella en el escrito? Y la verdad es que el halo escapó y no sería capaz de añadir una palabra. Estaba bien así, y así lo copié en una cuartilla, la introduje en un sobre, lo cerré a golpe de lengua, lo dejé apoyado sobre el flexo, y suspiré.

Elegí cuidadosamente el vestuario para la ocasión: camisa blanca y pantalones vaqueros, en rima con lo habitual de Nuria. Me coloqué la cazadora, metí el sobre en el bolsillo interior y salí a la calle.

Ahora debía buscar la forma de encontrarme con ella. Gaby recomendó “espontáneamente preparada”. Tenía prohibido ir a los camerinos, pero nada me impedía repetir visión de la obra. El portero ya me saludaba con efusividad, pero tuve que sacar entrada. ¡La rosa! Aún tenía tiempo. Sosegado como nunca, anduve unas manzanas hasta el puesto de flores y pedí una rosa blanca. La mujer me sonrió:

–¿Enamorado?

–Es arma de conquista.

–Entonces quedará mejor con una roja.

–No, no, tiene que ser blanca.

–Como usted quiera.

Tomó un capullo precioso de tallo largo, lo rodeó de unos helechos y envolvió el presente en papel plateado.

–Las flores hablan –dijo la florista.

–Y ésta, ¿qué dice?

–Que será flor de un día.

–No creo –y dudé.

Por el camino de regreso, decidí el modo del encuentro. A la salida de la función, me apostaría a unos metros de la puerta trasera, dejaría que Nuria recorriera la calle y la llamaría desde la esquina del teatro. Parecería un encuentro casual, pero todo estaría “espontáneamente preparado”. Corría un

riesgo: que fuera acompañada. Me sentí fuerte para salvar cualquier obstáculo.

Entregué la entrada al portero, que otra vez sonrió. Mientras cortaba el boleto, miró la rosa y adivinó:

–Es para Nuria Gisbert, ¿no?

Me encogí de hombros. Era necesario guardar el secreto.

Busqué al acomodador. Estaba sentado junto a la puerta dos. Tendría poca edad más que yo y ojos de pícaro. Le llamé.

–Por favor, ¿podrías entregar el sobre y la rosa a la señorita Nuria?

–¡Vaya!, otro admirador. Está el cupo lleno.

Pedía propina. Saqué del bolsillo un billete de mil.

–Si así hablaran los hombres a las actrices, el puesto de acomodador no necesitaría sueldo.

Tomó el sobre y la rosa con una mano y el billete supongo que con la otra, porque deslizó el brazo con tanta rapidez que sólo percibí un roce en los dedos.

–Le ruego que se lo entregue nada más terminar el primer acto –cambié las instrucciones de Gaby por intuición–, cuando acuda a los camerinos.

–Así lo haré.

–Muchas gracias –le dije de corazón, sin acordarme del billete.

La función ya cumplía el cuadro segundo. Yerma hablaba con Víctor. Se miraban y él desvió la cara al suelo lentamente, como con miedo. Entra Juan y sale Víctor. Dialogan los esposos. Yerma le pide amor con una expresión de fuego y Juan la esquivó. Ella sale furiosa. Juan ni la mira. Cae el telón.

Si el acomodador respondía en ese precioso instante...

En la última escena, con Nuria reprochando al marido: “Me buscas como cuando te quieres comer una paloma”, plegué la butaca con cuidado. Desde la puerta, aún vi por enésima vez el asesinato. Salí del teatro y caminé hasta la calle trasera.

8. Paseé de esquina a esquina durante una larga media hora, aguantando la inquietud y buscando las palabras adecuadas para el saludo. Chirrió la puerta por primera vez y apareció Nuria. Me oculté en la sombra y vi cómo llevaba la rosa y el escrito, éste en la mano, aquélla en el cabello, junto a la sien.

Caminaba tranquila y leía.

Reí para mis adentros al ver que la primera fase del plan salía perfecta, me hinché de confianza y habría abierto la cola de ser pavo real. Crucé y anduve hacia ella. La miraba cargado de deseo, con la seguridad que me daba verla embebida en el poema, ajena a su entorno, sola. Apenas a un metro, frente a frente, alargué la mano y le sujeté el hombro.

–Juan, ¡qué susto!

Escondió el papel tras la espalda.

–Buenas noches –saludé–. Pasaba por aquí –¡qué original!

Nuria estaba sonrojada. En otra ocasión, habría descubierto mi excusa y la habría usado como objeto de burla. Tardó en hablar.

–¡Qué casualidad! ¿Hacia dónde vas?

–Sin rumbo. Paseaba.

–Yo... voy a cenar... ¡Por cierto! Te debo una invitación. ¿Vienes?

Al plan le crecían ruedas.

–Gracias. Acepto. ¿En la pizzería?

–No, mejor busquemos un restaurante.

–Bien, bien. Tú eliges.

–Ya sé. “La casa oculta”. Es misterioso, ¿sabes? Se alumbra con velas y tiene el fogón a la vista. El dueño dice que es la hoguera de un aquelarre.

–Como quieras.

Nos colamos por entre las calles estrechas del casco viejo. Andaba distraída, sumida en pensamientos lejanos. ¿Sería el poema? Preferí guardar silencio y caminar a su lado como fiel compañero.

La entrada a “La casa oculta” parecía la boca del infierno. Nos recibió el maître, vestido de rojo y, aun con la poca luz, pude ver sus párpados tiznados de algún maquillaje brillante. Retirada una cortina en tela de saco que caía a jirones, entramos al salón. Las mesas tenían forma oval y las sillas, con el respaldo puntiagudo, se ribeteaban en madera de negro mate, y asiento y tablero estaban en blanco. Las paredes se forraban en piedra oscura y el techo se revestía de un estucado grueso y afilado de tal manera que parecía una plancha de dagas colgantes. En cada mesa, un candelabro de bronce viejo sostenía una vela encendida. El fogón, en el centro de la sala, acogía las

parrillas, y de los vértices de su cubierta piramidal se alzaban cuatro cabezas de áspid con el cuello abultado. Con la más pequeña corriente de aire, las llamas de las velas –no había otra fuente de luz– se bandeaban y daban un aspecto siniestro. El suelo se cubría de baldosa roja. Espeluznante.

El maître nos acompañó hasta una mesa esquinada, trajo la carta, leí los menús demoníacos, Nuria pidió y yo dije: “Lo mismo”, aunque sonaba a piel de lagarto y muslo de ogro. Amenizamos la espera con unas jarras de líquido burbujeante.

–¿Cuándo termináis las representaciones? –inicié la conversación.

–Mañana. Después montamos “Mariana Pineda”.

Siguió silencio.

–¿Por qué has venido, Juan? –dijo, incisiva, al fin.

–Por nada especial.

–Ya. Justo al terminar la sesión, justo cuando yo salía, tú pasabas por la calleja del teatro en un paseo sin rumbo. ¿No seas ingenuo?

–Lo admito –no tuve más remedio.

–Te he esperado estos dos días.

Gaby tenía razón.

–Estuve ocupado.

–¿Qué te parece la obra?

–Estás radiante. Brilla por ti.

–Gracias, pero hoy he estado nerviosa, incluso olvidé algunas frases. Después del primer acto me encontré ausente.

Dio resultado, dio resultado el poema.

–Pero eres una excelente actriz... y muy bella.

–... Gracias otra vez. Me halagas.

–¿Qué haces después de cenar? –me lancé a la conquista demasiado impetuoso.

–¡Qué veloz!... Dormir, descansar de la tensión, aunque tú pretendas lo contrario. No me acostaré contigo.

Tragué saliva y escondí la cara.

Vino el primer plato. No sé lo que contenía, pero comí.

–¿Sabes?, eres un chico extraño. Tan pronto me atraes como te desprecio.
Unos días te deseo, otros te odio.

Era el momento justo.

Tomé la rosa de su cabello, la puse en mi palma abierta y se la ofrecí.

–¿Qué haces?

–He querido encarcelar tus labios con una palabra de mi alma...

–¿Has sido tú!

–¿Quién?

–Quien ha escrito el poema.

–Sí.

Soltó una carcajada.

Vino el segundo plato y la presencia del camarero cortó el estampido.

–¡Oye, qué genio eres! Estuvo acertado tu amigo. Eres poeta. ¿Qué hago?
¿Te amo o te odio?

Mastiqué con lentitud. Me asombraba de mi serenidad. La miré frío.

–Ahora es tu cara un poema de terror. No me das miedo. Soy dura de conquistar.

–¿Me desafías?

–Quizá.

Entramos en un largo silencio. Las brasas crepitaban bajo la parrilla y, de vez en cuando, chasqueaba la leña. El camarero pasó por nuestro lado y le brillaban los párpados. Nos sirvió un vino rojo intenso, de aroma fuerte. Nuria bebió.

–¿Puedes ser tan cálido como pareces?

–No suelo hablar de mis cualidades. Lo comprobarás.

–¿Qué seguro lo tienes!

–Lo comprobarás. Estáte segura. No suelo fallar en mis predicciones, y con más acierto si se refieren a mujeres como tú.

–¡Aaaaáh! Si se refieren a mujeres como yo... Y, ¿cómo soy yo?

Con este pie tan oportuno para lucirme, la seducción comenzaba a marchar por el camino más adecuado. La miré fijamente —recordaba las palabras que

Dulce pronunció sobre mis ojos, esa mirada dulce, esos rasgos duros— con la idea de crearle un algo de inestabilidad y atacarle su punto vulnerable

—Eres... como la sombra de un sauce. Con la luz del amanecer te alargas, sales fuera de ti, buscando el día, el calor que otros te prestan y que tú les robas sin perdón y sin agradecimiento. Cuando el sol sube, te repliegas en torno al tronco y las ramas caídas absorben los rayos, oscureces tu entraña, se está gestando la vida. En el ocaso, conforme la luz se escapa, dejas que tu brío se extienda poco a poco, quieres acercarte a tu mundo. Y con el encanto de la noche, sin luz, sin abrigo, abandonas las lágrimas de las hojas y viertes sobre la vida la energía que has robado.

Cada frase me pareció un suspiro. Ni por asomo lo había preparado. Le di una voz profunda y suave, como una bruma que se eriza alrededor del sauce, como una melodía que envuelve y fascina. Los ojos de Nuria iluminaban el discurso, tomaron el brillo de la satisfacción y lo contagiaron a su rostro. Deslicé la mano por el mantel y uní mis dedos con los suyos, acariciándolos con un movimiento delicado.

—Conmueves, Juan.

—Sería incapaz de hablar así a otra mujer, porque eres única.

—Siempre me han gustado los sauces. Recuerdo, de niña, en un lugar donde me llevaba mi hermano, un sauce enorme, muy viejo, en la orilla de un remanso. El primer día que lo vi me dio pena y realmente creí que sus hojas eran lágrimas. En otra ocasión, tuve miedo de su aspecto. Cada rama me parecía un tentáculo que pretendía atraparme. Y un verano, mientras los muchachos jugaban, me escabullí y fui a parar delante del sauce. Me senté y lo observé. Quise creer que me hablaba dándome su confianza, oí su llanto, sus secretos y sentí que me llamaba con un gemido. Aparté las ramas que llegaban hasta el suelo y penetré en su seno. Estaba casi oscuro, apenas pasaba la luz y me recosté sobre el tronco inclinado, lo abracé y lo besé. Oía al agua golpear las ramas al otro lado. Me pareció estar allí un tiempo eterno, tranquila, amparada. Cerré los ojos y soñé. Volví a la realidad con las voces de mi hermano y su grupo que andaban buscándome. Salí cuando ya los sentí lejos; no quería enseñar mi descubrimiento. Con algunos años más, volví sola al sauce tantas veces que lo hice mi mejor amigo.

—Por eso eres como la sombra del sauce.

–Nadie conoce esta historia. Es tan íntima... y tú la has arrancado del secreto.

El camarero de los ojos brillantes se había acercado a la mesa y, agachado casi hasta cortarnos la mirada, recogió los platos. Anduvo tan silencioso, estábamos tan absortos, que pudo haber oído toda la conversación. Nos ofreció los postres. Nuria había retirado su mano y la escondió bajo la mesa, sorprendida.

–No, no tomaremos postre. Traiga la cuenta, por favor –dijo.

La miré interrogante.

–Quiero salir de aquí. Siento como un hechizo.

–Y, ¿lo crees del restaurante?

–O del camarero, ¿quién sabe?

–¿Quién sabe?

La cuenta también pareció del diablo, pero, como prometió, pagó ella. El camarero se despidió:

–Satán os brinda sus respetos.

Salimos por la puerta del infierno y Nuria respiró hondo.

–Estoy a salvo.

–¿Tú crees?

–Este maldito restaurante me ha puesto nerviosa.

Me coloqué frente a ella, con las manos acariciándole el cuello, los pulgares sobre los lóbulos, y, a pesar de que escondió la vista, la besé. Nuria respondió con un abrazo tímido, pero:

–Adiós, Juan. Te dije que no me acostaría contigo.

–¿Y significa para ti este beso una petición semejante?

–No seas cínico. Tu táctica es muy buena, pero no puede conmigo.

Le acaricié la mejilla.

–He querido encarcelar tus labios con una palabra de mi alma...

–No, Juan, Hasta la vista...

Y me dejó frente a la puerta del restaurante con cara de gilipollas y la entrepierna abultada. Me tiraba el calzoncillo. El camarero de los ojos brillantes sonreía estúpidamente. ¡La llevaba buena con los camareros!

Estaba tan seguro de haberla rendido a mis pies que habría apostado mi vida porque acababa la noche en su cama. Y se largaba tan fresca. ¿En qué fallé?

9. Imposible darme por vencido, no soportaba que afirmara con decisión: “No me acostaré contigo” por orgullo, por amor propio, por... Las demás chicas, entre otras, habrían dado su honor y su fortuna por disfrutar una velada conmigo, y esta actriz creidilla se escapaba a la medianoche como una cenicienta cualquiera... Pero yo tenía el zapatito de cristal.

Paseé un rato. Tenía que digerir el menú del infierno. ¡Pobres diablos si comen de esa exquisita bazofia! Sufirán bastante del estómago.

–Juan, buenas noches, ¿cómo tan solo en una noche excepcional?

Me saludaba Sonja.

–¡Hola! Sólo paseo.

–Estoy con unos amigos de la Facultad. ¿Quieres venir?

–No, gracias.

–Serán profesores tuyos. ¿No te interesa hacer relaciones?

–Para relaciones estoy ahora.

–¿De veras? –dijo con su coquetería–. Cuando ellos se vayan, podemos tomar una copa.

Y Gaby, ¿dónde estaba Gaby?

–No, no. Seguiré mi paseo. Hasta el lunes.

–Lejos está el lunes.

Di media vuelta y la dejé. Dos razones: era prioritario pensar en Nuria, y Gaby estaba enamorado de Sonja, por lo cual tomé dirección a la residencia con paso rápido. Llegué, me acosté y llamé al sueño. Y el sueño no venía, Nuria se encargaba de apartarlo. Deshice en mil vueltas la ropa de la cama, me sobraba el almohadón y lo tiré sobre la alfombra. Lo agarré, me cubrí con él la cabeza. Conté ovejitas, me imaginé en Hawái tumbado en una playa desierta. El sueño no venía... venía la inspiración. Yerma. Lorca. La mirada de Nuria. Y escribí, escribí para ella. Su mirada, sus ojos...

Una fase del plan estaba preparada. Me quedaba una representación de la obra. Iría a verla otra vez, Nuria lo merecía, Lorca también, entraría hasta los camerinos antes de finalizar la función, la detendría en el pasillo y le diría:

“Te espero aquí. Hoy invito yo”. Solucionado todo, vino el sueño. Y qué bien dormí.

La mañana fue sosegada. Llegué tarde al desayuno, como casi cualquier sábado y tuve que salir al bar de enfrente. Bueno sonaba el bolsillo como para gastar; tanta discoteca –¡Dulce!–, tanto teatro, –ni recordaba el número de funciones–, había desequilibrado mi balanza de pagos. En fin, un café con leche y un bollo eran imprescindibles. El refrigerio me dejó en mejor forma y, al salir, guiado por una intuición, me dirigí hasta la calle trasera del teatro. Nada tenía que hacer allí, nada especial sentí recorriendo la calle... pero, al lado de la esquina, en el lugar del “espontáneamente preparado” encuentro, sobre una alcantarilla, vi un papel blanco. Era un sobre con una cuartilla asomando por la solapa. Lo recogí, lo abrí y leí mi poema... Nuria, al verme, lo tiró, tal fue su sobresalto, tal le afectó lo escrito, o tal intentó ocultarme a su admirador. Resultaría un buen regalo. Lo plegué y lo guardé en la cazadora.

Dejé correr las horas. Extrañamente, aguardé sin ansia a que dieran las diez. Algo iba cambiando en mí. La indiferencia hacia las mujeres había dado paso a ciertas aventuras, ante las que me encontraba pasivo, incluso en la culminación. En esta situación, de la incomodidad iba pasando al disfrute. Amé a Dulce, dulce amor, dolor por el abandono, vacío en el alma. Y con Nuria se cumplían fases: desdén, interés, nerviosismo, frialdad, estrategia y tranquilidad. La voz del chico formal me rechazaba el deseo de conquista, no me cuadraba el quehacer frívolo, pero luchaba contra él ya derrotado. ¿Era yo Juan Lozano? ¿Era lógico bandearme de uno a otro extremo a lo largo de unos meses? Me sentía preso de un dominio ajeno que me dirigía a un fin dudoso.

A las diez se abrió el telón. Acudió más gente que de costumbre, casi había lleno, y ocupé la butaca discreta del primer día para repetir perspectiva del escenario. Los actores transmitieron sensación de nostalgia y todavía desgarraron más la tragedia. Nuria anduvo extraviada y, en la última escena, no quiso matar, dudó, y fue su antagonista quien la tomó por las muñecas y le llevó las manos a su cuello, como en un gesto de suicidio. Me levanté con el trueno de los aplausos para ir al camerino, el público se puso en pie, unos cuantos corrieron a saludar a los actores, desde los pasillos se oía el clamor... Me estremecí porque Nuria triunfaba, y sentí a Nuria parte de mí.

Aún sonaban gritos de admiración y Nuria entró. Dio un portazo, dio media vuelta, levantó el antebrazo a la altura de la cabeza, lo apoyó sobre la puerta

agredida, agachó la frente y lloró por unos largos segundos. Cuando se giró rápida, como queriendo abandonar su amargura sobre la madera, me vio.

La miré en silencio.

–¿Llevas mucho tiempo ahí?

–Sí.

–Eres oportuno, maldito.

–Te espero. Traigo algo para ti.

Pasó delante de mí, mientras decía:

–Enseguida estoy lista.

Cumplió a rajatabla su promesa, enseguida estuvo lista, pero salió radiante, como si hubiera tardado horas en prepararse.

–Vámonos de aquí. No puedo soportar estas paredes. ¡Vámonos, por favor!

Le caía el pelo suelto sobre los hombros desnudos; vestía de negro, cinturón acordonado con destellos dorados, tela sujeta a la piel, tacón fino y alto. Parecía que no deseaba llevar ropa.

–Nuria... –susurré

–¡Nuria! –la llamé.

Tuve que correr para alcanzarla. Salimos al callejón y continuó rápida hasta la esquina. A la vuelta, se detuvo, apoyó la espalda contra la pared, elevó la frente a las estrellas, cerró los ojos y lloró... lloró en silencio, con desconsuelo. Cuando cesó, entreabrió los párpados y la última lágrima se deslizó hacia su mejilla. Me miraba a través de las pestañas. Con el dorso de la mano, enjuagué su desencanto y la besé en los labios con ternura. Nuria me abrazó, separó su boca y dejó caer la cabeza sobre mi hombro. Mientras su abrazo crecía, susurró:

–No quería matarte, Juan. No quería matarte.

Me sobrecogió, pero pronto entendí: Juan fue el marido de Yerma.

Se alejó de mis brazos y ordenó con tono alegre:

–Hoy cenamos hamburguesa.

Me tomó del brazo e iniciamos el paseo hacia el centro de la ciudad. Entramos en el Centro Independencia, pasaje construido en rampa de espiral, descendimos por la cuesta, acompañados del rumor de un riachuelo cuyo

cauce salvaba las alturas con pequeñas cascadas, y Nuria eligió un local decorado en colores cálidos. Nos sentamos en unas sillas altas, frente a frente, separados por una repisa a modo de mesa.

–Se acabó Yerma – suspiró Nuria.

–Pero comienza Mariana Pineda –la consolé.

–Mariana Pineda es épica. No me gusta.

–Pero sabe a Lorca, ¿no?

–Sí, al menos el autor me anima.

La respuesta dio justificación a mi regalo. Comenzaba el plan.

–Lorca es amor fresco.

–Lorca es desgarró, Juan, desgarró continuo.

–Insisto, Lorca es amor fresco. Nace de la hierba, de las aguas de los torrentes, del vuelo de los pájaros.

–Romántico Juan, eres un encanto –y apoyó su mano en la mía–. ¿Sabes? Podría enamorarme locamente de ti, hasta saciarme.

–Pero...

Entornó los ojos, escondió la mirada y retiró las manos a su regazo.

–Quizá no tenga 'pero', quizá no tenga excusa.

Llegó el momento oportuno. Saqué el sobre alargado del bolsillo interior de la cazadora –había escrito: “Para Nuria”– y sujetado dulcemente por los extremos, se lo ofrecí. Tardó en recogerlo y, en la espera, dio un toque risueño a su rostro.

–¿Otra vez juegas a poeta?

–Descúbrelo.

Abrió y leyó mis versos:

“TU MIRADA, NIÑA, TUS OJOS

Brilla un lucero en el alba
que en tus ojos se refleja;
tus ojos, niña del alma,
me miran y me desnudan.

Revienta el sol en cascada
mientras la luna se quiebra;
por el monte un caballo anda,
reluce el rayo amarillo,
y tus ojos, niña amada,
me miran y me desnudan.

Tus labios quietos me hablan,
tu pelo negro me dice
acércate, ven y ama,
pero allá en el río, a lo lejos,
tus ojos, niña del alma,
me miran y me desnudan.

Cae tu enagua en la rama
y el sauce se despereza;
tus labios quietos me llaman,
la luz del alba me ciega
y tus ojos negros de hada
me miran y me desnudan.

El viento me arrastra y canta,
desliza un carro de luces
y allí me pide que vaya;
quiero besarte, mi niña,
pero tus ojos de amada
me miran y me desnudan

Me lleva el carro a tu entraña
sorteando el sol amarillo,
y en la orilla, en la rama,

no estás, te has ido, pequeña.

Tus ojos, niña del alba,
me miran y me desnudan.”

Su cara se convertía en asombro y sonrisa. Dobló el papel y se quedó unos instantes mirándome. Sus ojos negros de hada... Leyó nuevamente, ahora en voz alta, declamando quedito, para que su recital permaneciera exclusivamente para los dos.

Recogió el papel en el sobre, lo guardó en el bolso, se levantó, vino hasta mí y me besó en los labios.

–Eres un encanto... Ven.

Salimos al pasaje, me tomó de la mano, ascendimos por la rampa, caminamos bajo los porches, cruzamos el paseo y entramos en un hotel de la esquina de la plaza de España.

–Una habitación, por favor –dijo al recepcionista.

El hombre nos examinó cada arruga de la ropa, cada rasgo de la cara.

–Pago por anticipado. Son cuatro mil ochocientas por noche.

–Con una bastará –contestó Nuria con descaro, mientras le extendía un billete de cinco mil.

–Ponga su nombre y firme aquí.

Lo hizo con seguridad.

–Habitación ciento nueve. Primer piso.

El recepcionista le entregó la llave y los cambios.

–Gracias. Hasta mañana –se despidió Nuria.

Me arrastró hacia las escaleras y en el primer rellano se detuvo:

–¿Has visto qué cara de imbécil?

–Se ha escandalizado.

–Allá él. Te quiero –y me besó.

Así de fácil, así de ligero. Nuria dijo que me quería. Y me asustó. No, no me lo esperaba. Tanto trabajo para conquistarla y en el primer rellano... me abandonó con un empujón:

–¡Vamos, corre! Me tienes que alcanzar.

Para juegos estaba yo. Subió unos escalones, se giró, apoyó el brazo sobre la barandilla y agachándose me lanzó el desafío:

–¡Corre, corre!

El hueco del escote me mostró el nacimiento de sus senos y recordé: pechos erectos, nalgas salientes, cabello moreno fiero, cintura delicada, labios abundantes... Caí en el deseo y participé en la carrera. Conseguí agarrar su falda.

–¡Maldito! Me has despistado. Tan quieto estabas y ese arranque...

–Busquemos la habitación.

–La ciento nueve. Vamos, vamos.

Era una mujer exuberante. Resultó sencillo desnudarla. Su piel pasaba por un tapiz de fieltro, suave, sabrosa, tersa. Nos amamos como si fuera la enésima vez, compenetrados, enamorados, ardientes... Habría dado lo mismo sobre la alfombra, contra la pared, en un automóvil, en un palacio, en un sótano... Me hizo saberme amado e importante, casi necesario... con esa sencillez que sólo puede dar el sentimiento ingenuo... Porque descubrí que esa luz de Nuria nacía de una inocencia suprema y, sin embargo, la vestía de un desparpajo... Comprobé que su silueta no sólo escondía belleza; daba calor. No sólo sus ojos sabían mirar; quiso fundirse en mí, me amó como aman los ángeles, con un susurro, con un suspiro, sin nada a cambio.

Cuando respires, respira tan suave
como si tuvieras una rosa entre los dientes.

“Noto como si un ligero latigazo golpeará su espalda. Parece que esperaba esta pregunta con temor. Guarda silencio.

–¿Quién eres, mujer? –repito.

Se vuelve hacia mí lentamente. Apoya los codos y se arquea. Veo su silueta sobre el resplandor de la ventana. Está desnuda.

–No es tiempo de saberlo. Te extrañaría, y seguro que serías incapaz de entenderlo. Llegará el momento y todo saldrá fácil, como debe ser.

No quiero ceder a su misterio.

–Dices conocerme bien, ¿no? Tengo derecho al menos a saber tu nombre. Cuestión de reciprocidad.

–Juan, Juan, Juan... No seas desconfiado. Te aseguro que todo el secreto que ahora ves se irá desvaneciendo en poco tiempo. Cuando descubras quién eres, yo seré para ti una eterna conocida.

–Sé quién soy. Nadie debe recordármelo –le replico irritado.

–¿De verdad sabes quién eres?

Adopta una expresión de superioridad. Su tono de voz surge provocativo. Desde abajo, llega la ópera con un trío de voces desgarradas.

–Tu identidad tiene que aflorar –continúa ella–. Debes cumplir una misión importante.

Diciendo esto, se acerca hasta mí. Siento como un deseo de lanzarme a besar sus pies. La veo como un gigante inmenso que me domina. De pronto, se aleja y cesa la sensación. Soy incapaz de articular palabra. Hago esfuerzos para hablarle. Me pide silencio con un gesto. Vuelve al dormitorio, abre un armario, saca una bata larga, de gasa semitransparente, y se viste con ella. Se desliza varias veces desde la cama a la antesala. Me invade el ridículo. Pienso ¿qué hago aquí?, y deseo buscar la oportunidad de marcharme. Intento levantarme, pero una fuerza me sujeta al sillón. Regresa a pocos metros de mí y se sienta sobre la mesa. La luz tenue de la escalera me permite observar sus ojos fijos en los míos. Sonríe.

–Tú fuiste el dios de mi corazón. De tus labios nacieron versos de amor y

pasión, encendiste mi sentimiento con promesas y lo que empezó siendo un juego nos atrapó en sus redes. Asesinaste por mí. ¡Qué galán! Apuesto, valiente, seguro de ti, poeta... Te seguí hasta las mismas puertas del infierno y no pude entrar. Has escapado por siglos, te he buscado, te he buscado, he buscado tu cuerpo, he vagado por ti...

Habla como mujer enamorada. Su rostro se ilumina en el recuerdo. Y sigue mirándome. Creo entender que soy el objeto de su amor.

—Miles de líneas se han escrito por nosotros. Han querido esclavizarnos, han osado crear nuestra perdición, pero todo perdura y por fin te he encontrado.

Me contagia su angustia. Habría sido fácil amarla, pero sus pretendidos siglos apenas son para mí un par de horas. No entiendo su historia. Sonríe.

—No estás preparado para comprenderme, por eso ha sido necesario acercarme hasta ti de esta manera.

Tiende su mano a mi mejilla.

—No temas, Juan. Puedo esperar.

—¿Esperar a qué? —le pregunto con suavidad.

—A que seas valiente, seguro de ti, poeta...

—Debería depender de mí, ¿no crees?

—No, no creo. Me resulta imprescindible gozar de esta oportunidad, y voy a hacerte a mi modo.

Habla en imperativo, en tal tono que me asusta.

—No temas, Juan.

Se alza. La luz del sol ya entra por la ventana. La estancia va perdiendo el cariz de misterio. Camina nuevamente en silencio, pensativa. Suena un solo en voz de mujer.

—Volverás a ser capaz de asesinar por mí.

La afirmación nace severa, pero más como deseo que como imposición. Sigue en sus paseos durante unos minutos, y cuando asciende la siguiente pieza, desaparece a mi vista por la escalera.

Quedo solo, con temor y aturdido. Tarda en regresar. Intento levantarme y lo consigo. Cesa la música. Tomo el vaso y apuro la bebida. Me acerco a la ventana. Solamente veo pinos, delante de un jardín descuidado.

–¡Juan! Ven.

Obedezco. Desciendo por las escaleras con inquietud por verla.

–Ven. Acércate.

Me toma de la mano y me lleva hasta el diván. Se separa de mí y recorre de cerca la hilera de cuadros. Regresa. Se arrodilla y coloca sus manos en mis pies. Mira al suelo mientras habla.

–Serás conquistador, un galán eficiente que no hallará mujer con resistencia a sus encantos. Irás tomando fuerza de hombre en tus aventuras. Te irá desbordando el deseo de poseer, porque conocerás el placer. Evolucionarás para lograr convertirte en experto amante que deslumbra con una mirada.

–No es ésa mi meta.

Levanta sus ojos. Sonríe. Me estremezco. La abertura de su bata deja al descubierto un muslo perfecto. Quiero acariciarla.

–Cuando conozcas tu destino, mi alma será tuya, tu alma será mía. Estás obligado a seducir y a seducirme.”

VII. Raquel

1. Como en las cinco veces anteriores –no hubo excepción–, tras hacer el amor con Nuria apareció la rubia platino. Surgió por sorpresa porque no la tenía presente, pero la película discurrió con fluidez y, al terminar la proyección, solamente sonreí.

Nuria continuaba siendo importante.

De la mujer rubia me llegaba cierto encanto y le adjudiqué un misterio parecido a Dulce, ese halo de intriga que, al principio era pura inquietud, y ahora nacía sólo como una acotación. Desde el momento que ahora cuento, quizá el más tranquilo de estas aventuras, comencé a pensar en la rubia platino como una mujer real, no como el sueño o el embrujo que me cautivó con las primeras secuencias. El cambio en mi postura respondía a igual cambio en mi personalidad. Analicé fríamente cada episodio desde la aparición de la mujer rubia, y la perspectiva me pareció interesante. Yo estaba dejando de ser yo...

De mi temperamento anterior –chico huidizo, brillante en los estudios, pero parco en el arranque, irónico para los asuntos serios y, sobre todo, apocado con las mujeres–, había evolucionado hacia una actitud más sensata. Ya no me reía ni de mí mismo, disfrutaba de aplomo en las decisiones y, lo más flagrante, me acercaba y triunfaba en la conquista de féminas, conseguía ser experto en artes amatorias y aprendía a utilizar mis cualidades. Contar esto supone un avance de lo que narraré, pero debo hacerlo, porque justo en este momento, al responder con sosiego a las últimas imágenes del recuerdo de la rubia, comienza mi comprensión (?) sobre lo que me estaba ocurriendo.

Hacía tiempo que sentía algo así como un empuje interno que se convertía en convicción. Muchas sensaciones me arrastraban a pensar que estaba señalado para ser alguien importante, un hombre marcado para triunfar. Desechaba por engreídas estas pretensiones y me las reprochaba. No había base para que pensara eso, es más, siempre me consideré un muchacho

mediocre, a pesar de los buenos resultados académicos. La rubia no quiso decirme quién era, pero me atrapó la idea de que pretendiera darse repercusión histórica y, a su vez, otorgarla también a mi desconocida identidad. Es decir, ella me hacía importante, incluso objeto de “líneas”, libros o estudios, afirmación que enlazaba con mi intuición de futuro individuo notable... Y la rubia aparecía como superior a mí, al menos, me dominaba con una seguridad tajante. Lo que no me cuadraba era la búsqueda eterna e infructuosa. Y me aparecía como una mujer bella y distinta a todas las conocidas por mí, por lo que su declaración de amor y pasión me hizo caer en admiración hacia ella. ¿Hasta qué punto me amó? ¿Hasta que punto la amé?...

Volvió la aventura a hipnotizarme, incluso en la reflexión serena. Inconscientemente, acepté su idea de tiempo transcurrido a través de los siglos, y de mi deambular por ellos separado de ella. Hasta quedé convencido de haber matado en un arrebato de celos, de haber matado en su presencia a un adulator empalagoso. Me voló la imaginación y la recordé entregada a mí. Me agradó. “Estás obligado a seducirme”.

2.—¿Dio resultado? —fue el saludo de Gaby el lunes.

—Dio resultado, maldito zorro.

—Entonces, ¿la has conquistado?

—Exactamente —confirmé.

—Manuel, no sabes el bombón de que hablamos —informó Gaby—. Bocata di cardinale.

—¿Es Nuria? —preguntó Manuel.

—Exacto, Nostradamus —habló Gaby—. ¿Fallarás alguna vez?

—¿Recordáis? Yo también soporté los días de agobio en la fila de atrás.

—Bien, bien —se dirigió a mí Gaby—. Hemos formado el equipo perfecto. Desde ahora trabajaremos juntos, querido Juan. Esta misma tarde prepararé el próximo plan de ataque.

—No, gracias. Seguiré viendo a Nuria.

Con ella había pasado el domingo, con ella estaba citado esa tarde. Así lo decidí tras la última función, en el hotel, mientras estaba oyendo de sus labios: “Cuando respire, respira tan suave como si tuvieras una rosa entre los

dientes”.

–¡Oh, oh!, estás enamorado otra vez –sentenció Manuel.

–He quedado con ella esta tarde. Sin más.

–Me defraudas –reprochó Gaby–. Te creía don Juan.

–Nuria lo merece, ¿no crees?– le reté.

Calló.

Nuria amaba con naturalidad, con la frescura de Lorca, con la pasión de Yerma, con la lealtad de Mariana Pineda. En ningún momento volvió a repetir “te quiero”, pero se leía en sus ojos, como se leían tantas cosas... Pero su naturalidad, su frescura y su pasión no venían a mí, estaban creadas para ella y no las compartía. Nuria no quiso aferrarse a mí, sólo se entregaba en un ejercicio de autodeterminación, como las mujeres lorquianas, que siempre deciden enfrentarse en solitario a su destino. Nos amamos en hoteles, en habitaciones impersonales, en camas incómodas... Y siempre luego, en el descanso de la pasión, una veces con amargura, otras con simpatía, las más con desgarró, jugaba a poner cara de madre impotente y yo podía ser su marido estéril, su amante platónico o su hijo figurado. Y siempre luego, en el descanso de la pasión, leía en sus ojos un saludo y un adiós, un cambiante destello de gozo y tristeza.

“En el arroyo frío
lavo tu cinta,
como un jazmín caliente
tienes la risa”.

A Nuria le quemó el tono épico de Mariana Pineda. Conforme avanzaban los días, se sintió atada a nuestra relación y perdía su brillo. Agotamos los recursos y desaparecía el juego alegre, consumimos los momentos de libertad y nos alejábamos el uno del otro. Hacer el amor se convirtió en rutina casi obligada. Sólo existía placer y desencanto. Ella añoraba sus gentes de la farándula, yo quería escapar del fracaso.

El último día, repetimos habitación en el primer hotel, sin hacer caso a la cara del recepcionista y tomando el ascensor. Sin mirarnos, desnudamos los cuerpos con pudor en el alma. Solamente nos besamos. Sin mirarnos, vestimos los cuerpos y tapamos el alma. Venció el silencio, y en la esquina de

la despedida:

–Esto es tuyo. Lo perdiste –y le ofrecí un sobre.

–¿Qué es?

–¿No lo recuerdas? Aún tiene olor a rosas.

Lo abrió y leyó: “He querido encarcelar tus labios con una palabra de mi alma...”

–No es lo mismo una mujer mirando unas rosas que una mujer mirando los muslos de un hombre. Recuérdalo, Juan. Nunca serás un conquistador. Eres demasiado romántico. Adiós.

Me besó en la mejilla y, radiante, derramando belleza por el paseo, se alejó de mí.

No volvimos a vernos. Acabó con dulzura, contrapunto desde el principio y paradoja en toda la historia. Me sentí colmado teniendo su recuerdo porque Nuria me había regalado su aura de mujer, la fuerza para desear algo, la conquista, la pasión, las brasas y la sensatez. ¡Mi buena Nuria! ¡Mi sentida Yerma!

3.–¿Qué hacéis esta tarde? –pregunté a Manuel.

–¿Dónde se ha ido tu actriz?

Llegó Gaby con la misma cuestión.

–¿Qué tal anda tu chica, maremagnum de grandeza conquistadora?

–Conteste usted, caballero, por favor – me pidió Manuel.

–Ha terminado. Ayer nos despedimos y no volveremos a salir juntos.

Manuel escuchó con atención el tono de mis palabras y fijó su mirada en mi rostro mientras les informaba. ¡Siempre ejerciendo la curatela!

–¿Cómo? ¿Nuria se fue? ¿Vuelves al hogar, hermano? –habló Gaby.

–Así es. ¿Qué hacemos esta tarde?

–Celebrarlo –apuntó Manuel.

–Eso es. Por todo lo alto. Con tambores, tubas y cornetas –propuso Gaby.

–Bien, bien. Pero, ¿por qué tanto revuelo? –me extrañé.

–Lógico –explicó Manuel–. Las cualidades de Nuria hacían prever una aventura duradera. Apostábamos por la boda. Y siendo la encarnación de

Yerma, hasta pensábamos que tu semilla podía tomar tierra en desagravio a las vicisitudes de la madre frustrada. En fin, celebraremos haberte recuperado para el mundo de los solteros.

–Para festejarlo por todo lo alto tendréis que esperar a que reponga fondos. Estoy desplumado. Si acaso unas cervezas...

–No hay inconveniente. Esperaremos. Pero la debes –habló Gaby–. Lo importante no es la invitación, sino que el regreso supone poder atacar de nuevo. Expugnaremos otras fortalezas y de mayor entidad. Ya sabes, Juan. Mantengo la propuesta. Formemos un equipo, que con tu gancho y con mi labia conseguiremos botines dignos de Barba Azul.

–¿Y Sonja? –le interrogué.

Gaby apagó su alegría y escondió la mirada.

–Sonja se desvanece como una bruma al mediodía –me informó Manuel–. La pretendida labia está fracasando. Es un punto que debes tener en cuenta a la hora de negociar la sociedad, Juan.

–Haremos equipo entonces –accedí con ánimo de consolar a Gaby–. ¿Te parece?

Se recobró.

–¡Temblad, vestales de los templos! –exclamó.

Gaby me importaba y me dolió verle apagado. Nunca me había transmitido esa sensación de tristeza, y lo apreciaba lo suficiente como para preocuparme. Lejos estaba de dedicarme al papel de conquistador, y menos después de las últimas palabras de Nuria, pero deseaba levantarle el ánimo, y lo conseguí con mi promesa.

4. Como ya he contado, mi economía marcaba bajo cero. Con las tardes de discoteca, las sesiones de teatro, las invitaciones a cenar y demás colaciones, los hoteles del amor y los regalos, la aventura de Nuria me dejó esquilmado y todavía estaba lejos el fin de curso. No había otro remedio, debía pedir fondos. Con la excusa del estudio y de la distancia a casa, las comunicaciones con la familia se habían quedado en esporádicas llamadas de teléfono. Tampoco me daba aliciente visitar el hogar. Echaba en falta el ambiente, pero las ocupaciones de papá y mamá me hubieran proporcionado escasos momentos de compañía. Además, en cierto modo, era un lobo solitario

arrastrado a la convivencia. A pesar de Gaby, de Manuel y de las chicas, a pesar de la popularidad, buscaba continuamente ratos de soledad que no siempre encontraba cuando los deseaba. En fin, que necesitaba aprovisionamiento y no me sentía justificado para solicitarlo. Rogar por teléfono sería un trauma y no estaba dispuesto a soportar reprimendas, así que pensé enviar una carta de la siguiente guisa:

“Queridos papás:

Me decido a escribiros porque de esta manera las palabras se pueden guardar. El teléfono no me gusta y prefiero contaros mis cosas en este papel, puesto que así podéis encontrar el momento más oportuno para leerlo. Deseo ir por casa, pero la carrera es dura y necesito horas para trabajarla. Lo entendéis, ¿verdad?

En el colegio vivo a gusto. Mamá, mi habitación es una leonera, pero todo está localizado, en serio, y la ventilo siempre por la mañana. Duermo bien y como lo suficiente.

Las notas de los primeros parciales no son lo que debieran. Sé que estáis acostumbrados a recibir buenas noticias en este punto, pero no quiero mentiros, he suspendido Crítica Literaria y he aprobado muy justito Griego. Lo demás, todo Notables. No, no os puedo contar ningún Sobresaliente. Papá, no grites. Tiene su explicación: me he enamorado.

Ella es ahora una compañera de carrera, aunque hace unos meses fue una estudiante de Derecho, pero, vamos, la cuestión es que, ya sabéis lo que son las cosas de los amoríos, mi mente se ocupa en motivos distintos a los obligados. No, mamá, no la llames novia todavía. Eso pensé yo con la estudiante de Derecho y sólo nos aguantamos una semana. Se llama Dulce, es guapa y simpática y nos compenentramos perfectamente. Forma parte de un grupo teatral, es la primera actriz y, por ello, me estoy aficionando al arte escénico. Nos conocimos en una discoteca hace dos meses. Sus padres son propietarios de un importante negocio de hostelería. En resumen, que todo está bien, aunque mis relaciones con esa otra chica coincidieron con el examen de Crítica Literaria y rompimos precisamente antes del día del examen. Era de prever el resultado, ¿no? Conoceréis todo con más detalle cuando vaya por casa, pronto, tengo pensado ir muy pronto.

Mamá, no te preocupes, estoy bien. Papá, ya sabes, soy un caballero y las damas pecan de caprichosas. He necesitado gastar algo más de lo habitual y estoy descapitalizado. Tus buenos conocimientos en economía te harán entenderlo y me sacarán del apuro, ¿verdad?. Gracias.

Os quiere,

Juan.”

Mientras les llegaba la carta, me abstuve de comentar el envío en las dos llamadas telefónicas que hice a casa. Fueron dos porque había que avalar la rogativa, aún sin descubrirla. Tuve suerte en ambas: hablé en la primera con papá y en la segunda con mamá. Y fue mamá quien llamó al colegio el día que recibieron la carta. No me localizó, y tampoco yo colaboré para que lo consiguiera. Prefería reservar las explicaciones a un lejano cara a cara. A la semana siguiente, recogí y leí lo siguiente:

“Querido hijo:

Espero que te encuentres bien al recibo de ésta. Me alegra que una chica haya entrado en tu vida, pero ten cuidado, hay que ser prudente y eres aún joven para saber lo que hay que hacer. Sé cariñoso, pero no te dejes engañar, y llámame pronto.

Un beso,

MAMÁ”.

Juan:

Eres ya un hombre. Soy feliz porque ya sabes lo que es una mujer y ya era hora. Yo a tu edad estaba muy bregado, aunque nunca es tarde. Aprovecha ahora, los años pasan, así que sigue, conoce mujeres y disfrútalas, no hagas caso a tu madre, que es muy sentida. Para que te conviertas en un donjuán necesitarás dinero y buen aspecto. Te mando un anticipo. Apúralo sin miedo, que pronto habrá más. Estoy muy contento.

Un abrazo,

Papá.”

Objetivo cumplido, el plan resultó; papá, con sus dosis de machismo, quería apoyar mis conquistas. Lo de mamá lo esperaba; me daba vergüenza haberle mentado, especialmente a ella...

Cobré el cheque sin remordimiento y abandoné el recuerdo de mis

progenitores con mal sabor de boca por mi carta ladina, por sus letras escuetas. Me sentí un poco desamparado.

5. Sonja me buscaba, seguía insistiendo para integrarme en el equipo de Picapiedra, pero, sinceramente, ni me iban ni me venían las investigaciones arqueológicas, y más siendo actividad del Departamento y no de la asignatura. Me encontró camino a clase en un día de fuerte cierzo.

–Buenos días, Juan –saludó.

–¿Qué hay, Sonja?

–Nada en especial. Oye, es difícil dar contigo.

–Pues no me escapo. Ya ves.

–Ya veo, ya veo, y me gusta lo que veo. Sabes que continúo queriendo tu colaboración. Me haces falta, Juan.

El viento la abalanzó sobre mí y tuve que abrazarla para sostenernos en pie.

–Abrazas con cuidado –me dijo–. Es una cualidad importante en arqueología, ¿sabes? Al excavar y desenterrar, cada pieza extraída debe ser tratada con delicadeza.

–No he abrazado una pieza arqueológica, creo, sino todo lo contrario. ¿O tienes acaso dos mil trescientos años?

Nos azotó otra ráfaga y Sonja se agarró a mi brazo.

–Vamos, vamos hacia clase por nuestro propio pie o llegaremos rodando –propuso.

Entramos en la Facultad y Sonja seguía sujeta a mi brazo. Me agradaba su contacto. Por el camino, con el viento empujándonos, pegó su costado al mío, cogía con las dos manos la manga de mi cazadora y escondía la cara tras de mi hombro. Cuando se soltó, ya por las escaleras, eché en falta su peso.

–Bien, Juan. Tenemos que hablar. ¿Cuándo te parece?

–Si es por lo del trabajo...

–Por lo que sea... por ejemplo... puedo enseñarte mis cuadros.

–¿Pintas?

–Ensucio lienzos.

–De acuerdo. Mañana por la tarde, a las seis, a la salida de clase.

–De acuerdo. Hasta mañana, Juan.

–Adiós, Sonja.

Bonita Sonja. Me agradaba... pero ¿Gaby? ¿Cómo le sentaría? Ni remotamente deseaba hacerle daño, y si yo saliera con ella le dolería.

6. Por la tarde, con dinero fresco en el bolsillo, invité a mis dos amigos. Salimos del ambiente universitario y nos acercamos a una zona más elegante. Elegí un "pub" con aspecto sobrio, pero con cierto toque de distinción. Al fondo, relucía una pantalla gigante de vídeo. Nos sentamos en unos sofás comodísimos.

–¡Guau! –exclamó Gaby–. Esta elección te honra. ¿Tus dotes de conquistador te arrastran al sibaritismo?

–Es bueno un cambio. ¿Qué queréis tomar?

–Procede una bebida fuerte –indicó Manuel.

–Eso es. Tres whiskys – reafirmó Gaby.

Fui generoso y acepté.

–Gaby, ¿qué me dices de Sonja? –me interesé–. ¿Aún suspiras por ella?

–¡Ja! –exclamó Manuel con tono sarcástico.

–Se me escapa, chaval. Me evita cuanto puede, pone excusas cuando le propongo salir. Si me ve de lejos, huye. Esa chica no sabe lo que se pierde. Con lo buen partido que soy. Pero insistiré, no cedo tan fácilmente.

Le percibí un tono de fracaso y de temor a la vez. Ciertamente, a Gaby le importaba Sonja, y entrar en medio de ellos iba a causar problemas. No, no debía inmiscuirme en su relación, aunque la chica quisiera.

–Bien, bien, mi don Juan. Hay objetivo a la vista. Observa detenidamente. Son preciosas.

Tres muchachas se habían acercado a la barra.

–Lo son, Gaby, lo son. Buen tino, amigo –confirmó Manuel.

–Pues está hecho. Quien invita a los amigos puede ampliar su generosidad. ¡Camarero! –gritó Gaby.

Se acercó el camarero.

–Diga, señor.

–Aquellas tres señoritas, ve –y señaló a las tres preciosas– están invitadas por este caballero –y me señaló–. Hágaselo saber, por favor.

El camarero hizo el favor y, conforme les informaba, las tres nos miraron extrañadas. Gaby sonrió con amplitud, se irguió y con una mano me palmeó la espalda mientras colocaba el índice de la otra sobre mi cabeza. Las chicas respondieron con unas sonrisas y una de ellas levantó el vaso hacia nosotros en señal de agradecimiento.

–Esto funciona, chavales. Tenemos plan.

En otro momento, me habría enfadado que Gaby, o cualquiera, hubiera dispuesto alegremente de mi bolsillo, pero siendo él y recordando el peso de Sonja y la nostalgia de Gaby cuando contó su fracaso, le admití ese descaro.

–Ahora esperaremos –continuó–. Va a marchar sobre ruedas. Hemos ligado, chicos, hemos ligado.

Me alegró verle tan entusiasmado y le apoyé.

–Si no se acercan, iremos a por ellas.

–¡Juan! ¡Tú no eres mi Juan! –dijo Manuel–. ¿De dónde nace ese ímpetu?

–Es el alma de conquistador –respondió Gaby–. Así me gusta, que los hombres con gancho participen. Acabamos de formar equipo, Juan.

–Estupendo. La tarde acaba de comenzar –hablé con entusiasmo.

–Allá os arregléis –se escabulló Manuel.

–¡Eh, eh! ¡No, no! Son tres, somos tres. No quieras recoger fruto del trabajo de los demás, parásito. Aporta o aparta.

–Tiene razón Gaby –intervine–. Si hay beneficio, quien invierte, cobra, ¿entiendes?

–Acepto, acepto. ¡Basta! Estoy en el juego.

–De juego nada, que esto es arte –corrigió Gaby.

Las tres chicas preciosas hablaban entre ellas como si se revelaran unos secretos, y nos señalaban. Pareció que dudaban sobre la conveniencia de acercarse hasta nosotros o esperar a que fuéramos hasta ellas. Gaby las observó y, como empujado por un resorte, saltó del sofá directo a la barra. Tomó actitud galante y a los segundos traía a las tres hasta la mesa.

–Estimados amigos, os presento a Miss Mundo, Miss Vía Láctea y Miss

Universo. Tengo el gran honor de propiciaros este acercamiento de semejantes personalidades, conseguido gracias a las fructíferas negociaciones llevadas a cabo por los representantes diplomáticos de la Facultad de Letras en Filipinas. Sus Majestades, reinas de la belleza, han valorado las cualidades de los aquí presentes y han decidido elegiros como destinatarios de su agradable compañía.

–Hola, soy Manuel. Sentaos, por favor. Este es Juan y el embajador responde cuando le llaman Gaby.

Habló la más rubia de las tres.

–Soy Elena, y mis amigas son Paola y Raquel.

Elena y Paola nos tendieron la mano. Raquel saludó primero a Manuel, después a Gaby, y cuando tocaba mi turno, detuvo el gesto y me miró fijamente, como sorprendida. Era Raquel de cabello castaño brillante, melena corta y lisa, ojos rasgados, verde transparente, labios perfilados en boca de corazón, frágil nariz, cuello de cisne... Me besó en las dos mejillas. Cuando nos sentamos, ya los cuatro departían amigablemente. Raquel quedó a mi lado, casi tan cerca que su pierna rozaba la mía.

–...celebramos el reencuentro con la libertad del buen amigo Juan –hablaba, ¡cómo no!, Gaby–. Luego de aventurarse en el mundo atrayente, superficial y tenebroso de las candilejas, ha conseguido regresar a la cruel realidad. Por ti, Juan –y levantó el vaso para brindar.

Paola, discreta chica, me preguntó:

–¿Eres actor?

–Podría serlo, ¿verdad? –contestó, ¡cómo no!, Gaby–. Un atractivo galán de la Columbia Pictures, por ejemplo.

–Ya lo creo –dijo Raquel casi boquiabierta.

–No, no soy actor. Siento desilusionaros. Estudio Filología, como ellos dos.

Manuel se había arrellanado en el sofá con actitud de espectador. Dibujaba una sonrisa complaciente, pero a la vez de ausencia.

–Y bien, Raquel –continuó Gaby–, ojos de mar embravecido. Has dotado a Juan de carisma de actor –saltó del asiento, se puso en cuclillas delante de ella y apoyó las manos en sus rodillas–. ¿Cuál es tu calificación para mí?

La chica se sintió violenta con el atrevimiento de Gaby, le subió el rubor y me miró solicitando ayuda. Desde los dos besos del saludo, Raquel me causó una impresión agradable, por lo que asumí el papel de caballero andante en tono diplomático.

–Sea Gaby sentado en su trono –y lo agarré por las muñecas– que yo informaré a estas beldades de su principal condición –le obligué a tomar asiento–. Nuestro mentado amigo es motorista y gusta de la velocidad, de las mujeres y de las bellas máquinas. Y cuando una de éstas aparece, o tres, como es el caso, sucumbe ante la tentación de amarrarse al manillar. Es frágil ante sus debilidades, pero esconde un corazón tierno.

Una vez que lo acomodé, Gaby se dio cuenta de su error y cambió el tema de la conversación. Estaba imparable y hasta genial. Dominó casi toda la reunión con gracia y alegría. Digo casi toda porque Manuel y Elena se aislaron en un aparte. Reímos como descosidos y quise que cada movimiento de Raquel fuera un intento de acercarse a mí. Me gustaba Raquel. Paola miró el reloj.

–¡Chicas, chicas! Tenemos que irnos. ¡Cómo ha pasado el tiempo!

–Los buenos momentos pasan pronto, pero ¿nos vemos mañana? –sugirió Gaby.

Cruzaron las tres una mirada, y Elena respondió:

–Bien, ¿aquí mismo? ¿A qué hora?

–Sobre las seis –contestó Manuel en un alarde de reflejos.

–Ya era hora de que participaras –le reprochó Gaby.

–Nos vemos mañana entonces –habló Paola–. Adiós.

–Cuidad esos lindos cuerpos –las despidió Gaby.

–Adiós, Raquel –pronuncié mientras rozaba su mano.

Y cuando desaparecieron camino a la salida, Gaby sentenció.

–Hay plan, compañeros, hay plan.

–Cálmate, Gaby –pidió Manuel.

–¡Cómo están las chicas! Elena, Manuel. Raquel, Juan. Paola, Gaby. Todo resuelto, Mañana será un gran día.

¡Mañana! ¡Sonja!

–Pero, ¿en serio que pensáis venir mañana? –insinué.

Los dos me lanzaron una mirada fulminante.

–Claro que sí –respondió Manuel.

–No acudirán. Os lo aseguro –quise desmoralizarlos.

–¡Tú estás ciego! Están entregadas –afirmó Gaby.

–Pues no contéis conmigo.

Hacía oposiciones para ganarme un par de sopapos.

–¡Ni lo sueñes! Tres a tres, ¿sabes contar? –habló Gaby muy enfadado–.

Creí entrever que Raquel te interesaba. ¿Qué pretendes? ¿Abandonarla de carabina? No, muchacho, no.

–Está bien. Me lo pensaré –cedí.

–¡¡Ni hostias!! ¡¡Vendrás y punto!!

Cuando Gaby gritaba de ese modo, contradecirle era provocar un terremoto. No tuve más remedio.

–Contad conmigo.

–Eso está mejor. ¡Hala!, vámonos, que me has sofocado y necesito aire fresco. ¡Qué personaje!

–¿Quién es la otra, Juan? –preguntó Manuel.

–No, no hay otra.

–¡Ah!

7.Intenté localizar a Sonja durante toda la mañana. No la vi. Gaby podría haberme dado alguna pista para encontrarla, pero realicé la búsqueda más discreta posible, a fin de que ninguno de mis amigos descubriera mi cita o intuyera mi interés por la chica. Hasta simulé una duda en la lección de Griego para preguntar al catedrático. Nada, nadie conocía su paradero.

Iba acercándose la hora y Gaby vertía excelencias sobre los atributos de su conquista. Manuel le dejaba hablar porque se prendó de Elena. Yo callaba. Callaba, pues me rondaba la idea de huir con Sonja... si aparecía. A las seis menos diez concluyó la clase.

–Rápido, muchachos, vámonos a la aventura –tronó Gaby.

–Un momento –rogué.

Y me acerqué al estrado de la profesora con una duda inventada. Debía ganar diez minutos. Recuperé seis o siete haciendo el ridículo con mi pregunta y volví al asiento. Los dos me esperaban de brazos cruzados, Gaby con la cara hasta el suelo, Manuel con una sonrisa autosuficiente. Recogí con parsimonia y en punto salíamos al pasillo. Sonja no estaba. Bajamos al “hall” y Sonja no estaba. Dejé caer los apuntes en la puerta de salida.

–¡Estás imbécil! ¡Date prisa, date prisa! –gritó enfadado Gaby.

Coloqué los folios en la carpeta oteando alrededor. Nada. Sonja no aparecía. Y me enfadé. A pesar de que el problema ya no existía, me enfadé. Sonja me había plantado. Tanto interés ayer, y hoy... la pintora coqueta no apareció.

8.–Chicos, caminemos rápido no se vayan a escapar –propuse.

–Así se habla, hombre.

Anduvimos hacia el "pub" con loores hacia Paola. “Chiquita de rostro frágil con caderas prominentes, asas del amor, pecho exuberante como par de colinas encendidas”, la describió un apasionado Gaby. “La tomaré de la mano y deslizaré mis labios por su piel blanca, miraré fijamente a sus ojos y... será mía”.

–Gaby, la conociste ayer –le advirtió Manuel.

–No me seas muermo. En estos asuntos hay que ser lanzado. Un momento de duda y pierdes terreno. Pisar seguro es el arma.

Aguardaban en la barra, sentadas en silla alta, esplendorosas. Raquel traía el cabello recogido y dos mechones rizados le caían por los lados.

–Buenas tardes, bellas mujeres... No, no, no, aquí no. Por favor, acompañadme, vuestro lugar no está en el séquito, sino en el trono. Por aquí, por favor.

Gaby nos llevó a una esquina de la sala, en semipenumbra y ofreció los sofás como si de su casa se tratara.

–Tomad asiento, elegid el lugar... No, no, no. Vuestros lindos cuerpos deben sentirse reyes de su espacio. Separaos, mujeres, por favor.

Las chicas le obedecían divertidas. Al concluir su ruego, se escabulló con ligereza y se sentó junto a Paola.

–Cubrid huecos con selección, amigos míos.

Raquel se movió con timidez para solicitarme con un gesto que ocupara el lugar libre junto a ella. Tardé en reaccionar, Manuel buscó a Elena y no tuve otra elección. Por arte de encantamiento, Gaby había formado las tres parejas con habilidad y sencillez. Ellas aceptaron sin remilgos y empezamos a charlar. Naturalmente, Gaby marcó el compás y Manuel lanzaba sus guindas de ironía. Yo callaba y Raquel me miraba.

Raquel vestía con recato, pero su rostro destacaba. Perdió la rigidez inicial y, al verme tan callado, en un silencio del grupo, les increpó:

–Sois apabullantes. No dejáis intervenir.

–Juan está triste –dijo Manuel–. Algo tiene por ahí dentro que le carcome. Quizá sea el momento de contarlo, ¿no?

No, no deseaba hablar, y menos de mí. Pareció que la presencia de Elena motivaba a Manuel a provocarme.

–No me ocurre nada interesante –eludí la pregunta–. En saber escuchar está el secreto del aprendizaje. Prefiero callar y observar.

–Filósofo tú, hombre –me clasificó Elena–. Entonces, tendrás conclusiones, digo yo. Descúbrelas. Estoy impaciente.

–Sois encantadoras.

–¡Buena sentencia! –exclamó Paola.

–¿Por qué no nos dices qué te parecemos cada una? –propuso Elena.

–Eso es. Expláyate. Adórnalas con tu poesía, Federico. Porque Juan es poeta –informó Gaby al auditorio–. Lanza tus versos.

Me animé. Gaby me tocó el amor propio. Erguí el tronco sobre el sofá, tomé ademán de recitador, y hablé:

–Poco tiempo ha que os conozco, bellas damas, mas no es ello óbice para que mi corazón perciba vuestra nobleza y condición principal. Soy honrado por gozar de tal compañía y, estando al alcance de tan sensibles oídos, me complace ofreceros estas palabras.

–¡Bravo, don Quijote! –interrumpió Gaby.

–¡Silencio! –le exigió Manuel.

–Vos, Elena, con la sin par elocuencia que vuestro verbo arroja sois capaz de abrir los calabozos de la Inquisición y liberar mil presos condenados a

galeras. En esos labios carnosos escondéis dulzura y pasión que la mirada brillante acompasa. Sois el verbo, señora... Y vos, gentil Paola, con ese leve guiño de la ceja izquierda demostráis la inteligencia sutil de quien comprende sin palabras. Vuestra discreción sugiere la necesidad de un hombre vital a vuestro lado que sepa aportar el genio del que carecéis. Sois la sutileza, gentil damisela...

Raquel estaba tensa y agachaba la cabeza queriendo huir de aquel instante. Todos guardaron silencio, pero nada dije.

–¿Te olvidas de Raquel? –insinuó Elena.

–No puede ser que tu prenda escape a tus palabras. Continúa, caballero. El público aguarda –rogó Manuel.

Seguí callado. Noté que Raquel lo agradecía.

–Resulta descortés, querido amigo –habló Gaby–. Debes culminar tu obra con el apoteosis final. Continúa.

Me venían halagos para Raquel y se iban agolpando con deseos de salir, pero lanzarlos era castigarla en su timidez.

–Ella es Dulcinea, simplemente Dulcinea.

–¡Cuánto has dicho en una palabra! Es suficiente –intervino Manuel con acierto.

–¡Que se pronuncie, que diga, que hable! –pidió Gaby–. Sus palabras de conquistador son imprescindibles en este momento.

Me defendí:

–Estimadísimo e inoportunísimo Gaby. Dos puntos. Te rogaría que ya que hablamos de ponderar, relates en esta reunión el parecer expuesto en nuestro camino hasta aquí sobre la atractiva señorita Paola: “Chiquita de rostro frágil...”

–¡Bravo, amigo, bravo! Has ganado –reconoció Gaby–. Voy a pagar y podéis ir pensando dónde vamos.

Y huyó hacia la barra.

Dimos un paseo y tomamos unas copas en otro "pub". En la despedida, Gaby, apresurado, pero seguro, ofreció:

–Mañana quedamos en el mismo lugar, pero a continuación os invito a conocer mi colección de sellos, patrimonio de veinte años atrás con un valor

incalculable en el mercado filatélico.

La proposición era clara. Nada original, pero clara. Paola, Elena y Raquel se miraron. Habló Elena:

–De acuerdo, pero con una objeción.

–Di, di –exigió Gaby con nerviosismo.

–Danos tu dirección y acudiremos allí.

–Estupendo. Os la anoto.

–¿Por qué? –preguntó Manuel.

–¿Por qué qué? –rebató desafiante Elena.

–¿Que por qué prefieres la dirección a un pub?

–Es cuestión práctica, ¿no te parece?

–Aquí tenéis –y Gaby tendió los datos–. No os equivoquéis. Escalera izquierda. Os esperamos. Merecen la pena mis sellos.

–Hasta mañana entonces. A las siete.

–Bien, a las siete –dijo, seco, Manuel.

Las chicas se marcharon risueñas.

–Me huele mal, Gaby. No vendrán.

–Manuel, Manuel. Te equivocas. Nos tienen unas ganas terribles. De filología entenderás un rato, pero de mujeres estás pez. ¿Qué opinas, Juan?

Pensaba como Gaby, aunque en otra situación habría dado la razón a Manuel. Si Raquel era la más apocada y sus ojos verdes presagiaban el reencuentro...

–Vendrán. Yo también lo creo.

–Mañana lo veremos. No estéis tan seguros –dudó Manuel.

9. Esa noche dejé los libros sobre el escritorio y me acosté sin estudiar. Sonja... y Raquel tenían la culpa. Me resultó curioso analizar cómo Sonja había inspirado en mí el deseo de charlar con ella y ver sus pinturas. Sinceramente, sólo eso. Y, sin embargo, me enfadó el plantón. Por entonces, cualquier mujer que me rondaba se convertía en posible conquista erótica, pero Sonja me despertó el enojo no como un botín perdido sino como si un deudor hubiera faltado a la cita para pagarme, tanto había creído su promesa, y

como si dudara de recuperar lo debido. En cambio, Raquel... eran sus ojos verdes, su cuello de cisne, la timidez. Me halagó que se fijara en mí, me halagó que me hiciera su caballero defensor. Y con su mirada clara y su apocamiento sincero me incitaba a tomarla entre mis brazos... pero un... no sé qué... me detenía. Llegó a mi mente su silueta y, sobre todo, su recato, sus ademanes tímidos que contrastaban con la expresión de sus ojos. No habría osado tocarle un milímetro de su piel, pero su cuerpo escondido, con el silencio y en la oscuridad de la habitación, me animaba a conquistarla. Deseaba poseerla, desabrocharle la blusa y acariciar su escote, besar sus labios y romper su intimidad.

Prescindo de relatar los pronunciamientos de Gaby sobre sus conquistas, porque suyas asumía a las tres, durante las cinco horas de clase y los correspondientes intermedios. Sencillamente inaguantable. Pero lo curioso era la actitud de Manuel. Rebosaba alegría e interés, apoyaba los loores de Gaby y le alentaba en sus discursos. No me cuadraba en él. Tan apartado siempre de cualquier expresión sentimental, tan por encima de las alabanzas a cualquier cosa, con Elena se deshacía, sutilmente, eso sí, en elogios hacia su figura y personalidad. ¿Dónde dejaba su prudencia acostumbrada? No imaginaba yo a la chica con suficiente gancho para fascinar a Manuel, pero mi amigo sucumbía a sus encantos con demasiada facilidad. Me desconcertó.

10. Asistí de corresponsal a la única clase de la tarde y quedamos en vernos en su piso. Tomé pulcramente los apuntes para no pasarlos a limpio y a las cinco pulsaba el timbre.

–No te has hecho esperar. Tienes agobio, ¿eh? –saludó Manuel.

–Te siento nervioso –contesté.

No respondió. Apareció Gaby.

–¿Dónde vas con esas pintas? Pareces un mequetrefe. La ocasión requiere un aspecto inmejorable. No te permito entrar si no exhalas perfume caro y vistes al menos como un príncipe. ¡Vuela a cambiarte!

–¡Déjate de pamplinas! –y le aparté.

El cuarto de estar rebosaba orden y limpieza.

–¡Os habéis pasado! –exclamé—. ¿Recibís a las reinas de Oriente?

–Es necesario el buen gusto, ¿no? –apuntó Manuel.

–Todavía faltan dos horas...

–¿De verdad que piensas seguir aquí con ese aspecto? –insistió Gaby.

–Sí, Gaby, sí, no caigo en sandeces.

–Entonces no te quejes si no consigues plan.

–¿Qué plan?

–Acostarte con Raquel.

–¿Y por qué no con Paola? ¿O con Elena?

–Oye, oye, no te sobres –me cortó Manuel—. Ayer quedó todo claro.

–Pero ¿cómo vais tan lanzados?

–¿Nosotros? –habló Gaby?—. Si ellas lo están pidiendo a gritos. Juan, sigues siendo un ingenuo. ¡Cuánto tengo que enseñarte!

–Bien, bien, adelante con los faroles –me conformé—. Dejadme pasar a peinarme un poco... ¡pero no me cambio de ropa, ¿entendido?!

–Tranquilo, tranquilo. De acuerdo. El baño es tuyo.

Asumí la idea. Pretendíamos acostarnos con las chicas. Bien. Acepté. Raquel sería buena compañera. Intenté imaginar su cuerpo desnudo junto al mío... pero no, no podía: si es que no había insinuado nada... su recato, su timidez... aunque...

A las siete, sonó el timbre.

–¡Todos quietos! –tronó Gaby—. Que toque al menos tres veces. Juan, acércame las cerillas. Manuel, baja la persiana.

Gaby iba a encender unas velas en el cuarto de estar.

–Oye, que esto va a parecer una sesión de espiritismo –le reproché.

–Calla, y enciende la luz del aplique –ordenó Gaby.

–Así está mejor.

Manuel abrió la puerta.

–Creímos que no estabais –habló Elena.

Raquel apareció si cabe más pudorosa, con jersey de cuello alto y falda hasta la rodilla... pero su cabello brillaba, y sus ojos, entornados, como con vergüenza de ser tan lindos, eludían mi presencia.

–¿De dónde habéis sacado estos ropajes? ¿Vais de fiesta? –preguntó Paola.

Debo decirlo. Me había resistido, pero... Manuel y Gaby vestían igual que el día de la fiesta de paso de Ecuador. Manuel se aderezó el cabello con tupé y Gaby se engominó hasta las orejas para recordar a Rodolfo Valentino. Raquel me miró interrogante. Yo vestía pantalón vaquero y camisa a cuadros.

–Estamos de fiesta. Y vosotras también, supongo.

–No estaría mal –sugirió Elena.

–Al tiempo –dijo Gaby–. Pasad, por favor.

Entramos al cuarto de estar y Manuel preparó unas bebidas. El bar estaba bien servido, al gusto de Gaby, previendo cualquier petición especial que no se produjo. Raquel pidió un refresco.

Gaby dio música al ambiente –enchufó el tocadiscos– y sonó una melodía suave. Ante el cuadro, me encontraba a la expectativa. Vigilaba el rostro de Raquel y esperaba cualquier reacción de sus dos amigas. Lo más probable era que alguna de ellas se levantara enfadada y gritara ¡basta!. Raquel parecía asustada o, al menos, extrañada, pero Elena y Paola disfrutaban, saboreaban la bebida y charlaban con entusiasmo. Habían aceptado el ofrecimiento de Gaby con naturalidad. ¡Qué camino tan fácil!

Fácil se le presentó a Manuel, que volvió a hacer un aparte con Elena, y tras unos minutos de charla salieron de la sala con supuesta dirección al dormitorio. A Paola le brillaba el rostro viendo levantarse a su amiga, pero Gaby me guiñó un ojo como diciendo: “Tendrá que esperar”. Raquel se escondía cada vez más, callaba, y yo no encontraba motivos para darle conversación. Estaba tan apurado como ella.

Cuando dejó de sonar el disco, Gaby se acercó a cambiarlo. Paola fue tras él, le rodeó la cintura con sus brazos, susurró algo y, sin comenzar la primera pieza, se escapaban por el pasillo. Cantaba Frank Sinatra “Extraños en la noche”. Ridículo.

–Hace calor aquí, ¿no crees? –intenté hablar del tiempo con Raquel.

–No, está bien –respondió exageradamente tímida.

Le caían gotas de sudor por las sienes. Estaba sentada en el borde del sofá, recogía las manos entre las rodillas y movía ligeramente las piernas. Miraba al suelo.

–Déjame ver tus ojos –y llevé mi mano con suavidad hacia el mentón–. No debes esconderlos, son dignos de admiración.

Me dejó hacer, pero mantuvo la mirada entornada.

–¿Por qué te comportas tan tímida?

–No sé.

Acerqué mis dedos a su mejilla y los deslicé acariciando su piel. Y sentir ese tacto, observar de cerca sus facciones, me excitó. Me arrodillé ante ella, le tomé las manos y la miré fijamente en silencio. Sus ojos huyeron...

–¿No quieres beber? –preguntó.

–No. Quiero besarte.

Me incorporé para alcanzar sus labios y me aproximé lentamente. Notaba su respiración agitada y entreabrió la boca. La besé... y respondió con timidez, siempre con timidez, pero sentir sus labios en los míos me hizo suponer que aceptaba mi petición de conquista.

La casa tenía tan sólo dos camas. Gaby con Paola y Manuel con Elena las ocupaban, así que la única solución era utilizar el sofá. En cierto modo, aparte la incomodidad, lo agradecí, porque mover a Raquel de la habitación habría enfriado el momento.

Sin separar los labios de su piel, prolongué el beso por su mejilla y por el cuello. Me desprendí de sus manos temblorosas y acaricié su talle, levanté su jersey y, al contacto con la cintura:

–No, por favor, Juan, no sigas.

Desatendí su ruego y continué hasta rozar el sostén.

–Déjalo, Juan.

Extendí las palmas y busqué el broche.

–¡Basta! –gritó con genio—. Es suficiente.

Me lanzó un empujón que casi me hizo perder el equilibrio. No pude reaccionar. Se levantó y mi cabeza quedó enfrente de sus caderas. Le agarré de las manos y tiré hacia abajo.

–Siéntate, por favor. No renuncies a este momento. Es bueno para los dos.

Se sentó, soltó las manos y esta vez sí, me miró con toda la rabia que unos ojos verdes pueden disparar.

–Me marcho, Juan. No puedo seguir aquí contigo, solos, con esta música, con esta luz. Me voy.

Volvió a levantarse, me esquivó y se dirigió con energía hacia la salida. El

jergón de Gaby chirriaba con escándalo. Fui detrás de ella.

–¡Eh, eh! Te dejas el bolso. Espera, voy contigo.
Se detuvo, pero me dio la espalda y alargó el brazo.

–¿Dónde quieres ir? Te acompaño.

– Fuera de aquí. Dame el bolso si no te importa.

Salimos a la calle por las escaleras, ella delante sin mirar atrás. Bajó con rapidez, como si huyera de un delincuente. En el portal:

–Lo siento, Raquel. Yo entendí...

–Calla, Juan, hablemos de otra cosa, ¿quieres?

–Oye, que yo...

–¿No me has oído? Me voy a casa.

–Raquel, escúchame. Por mí está olvidado, ¿de acuerdo?

–Eso quiero.

Anduvimos un buen trecho en silencio. La miraba y continuaba seria. Preferí callar a quedar como un imbécil. Además, enfadada, desprendía aún más belleza que con su recato. Caminaba con los brazos cruzados, como sujetando el ardor en su vientre y haciendo esfuerzos para castigarse.

–Aquí para mi autobús. Aquí nos despedimos.

–Puedo acompañarte.

–No.

–Bien, bien... ¿nos veremos?

–Claro, ¿por qué no?

–¿Cuándo?

–Mañana, supongo. Pregúntale a tus amigos –me indicó con tono de reproche, o quizá de envidia.

–Entonces, adiós.

–Adiós, Juan. Hasta pronto.

Regresé sobre mis pasos sin atreverme a dirigirle una mirada. ¡Qué mujer tan complicada! Todo parecía tan fácil...

Gaby y Manuel, ¿con qué sarcasmo me recibirían? No, no iba a regresar. Además, ellos todavía seguirían con su tarea, les interrumpiría y lo que

faltaba.

11. ¡Qué mujer tan complicada! La conozco en un "pub", accede a mi invitación, disfruta con mi compañía, se me insinúa desde el primer momento, repite cita, calla, luego otorga, a la propuesta de visitar el piso de Gaby, responde a mis caricias... me atrae desde su primera aparición, quedo prendado de su mirada, esos ojos verdes, me excita su recato y su timidez, me acerco a ella con delicadeza... pero, ¿qué falló? Todo debería llevar a un desenlace muy diferente, sus dos amigas se entregaban en las habitaciones de al lado, nada tenía que esconder ante nadie... ¿qué falló? Pero es que no ponía objeciones a una próxima cita... y con interés: "Claro, ¿por qué no?" Me rechaza y accede a volver a verme. ¿Cómo se explica? Si hoy no sirvo, mañana o al año que viene tampoco. Si le agrado, ¿por qué ahora no? ¿Quién lo entiende?

Aquella noche estudié. Por amor propio, estudié hasta la madrugada y logré la concentración suficiente para olvidar el acontecimiento. Pudo ser cualquier mujer con unos ojos verdes. Pudo ser cualquier mujer con recato. Pudo ser cualquier mujer complicada. Reconocía el morbo de entrepierna. Reconocía el deseo de conquistarla. Reconocía el placer de poseerla.

12.—Don Juan, don Juan, ¡qué noche!, ¡qué noche!, ¡¡cómo ama Paola!!

—¿Hasta la noche aguantaste?

—Anda, Manuel, cuéntale, cuéntale. A las tres de la mañana ahuecaron el ala. Por cierto, ¿dónde te metiste?

—Nos marchamos muy pronto.

—Pero, ¿qué tal?, ¿qué tal? —se interesó Manuel.

—Bien —respondí con timidez contagiada.

—¿Sólo bien? No seas modesto —dijo Gaby.

—¿Habéis quedado para esta tarde?

—Sí.

—Entonces bien, todo bien.

—Me da la sensación de que te quedaste sin faena —adivinó Manuel—. ¿No es cierto?

Entró el profesor.

El atinador Manuel permitió que en cada cambio de clase, Gaby nos contara su admiración por Paola. Resumo en breves líneas:

–Su cuerpo parece esculpido en roca, es duro y suave, suave por su piel, por su piel sabrosa. Y ¡qué pechos! Y besa, ¡cómo besa!. Es un huracán, pedía más y más, me abrazaba, me apretaba, jadeaba sin control. Me exprimió, chicos, ¡qué placer!

Manuel no le escuchaba, pero a mí me llenaba de envidia, esos detalles querría haberlos conocido de Raquel. Aún saboreaba sus labios y me excitaba recordando el beso ligero. He dicho que Manuel no le escuchaba. No, observaba mis reacciones a cada parrafada de Gaby... Y camino a casa:

–Juan, tú no te acostaste con Raquel.

–¿Es verdad, Juan? ¿No me digas? –intervino Gaby.

–Siendo sincero, no. Ella no quiso –reconocí.

–Pero si la tenías loca – dijo Gaby–. Si suspiraba por ti desde el primer día. Nada más verte se fijó en tu cuerpo. ¡Cómo te miraba! No me lo creo, Juan, no me lo creo. Y menos en ti. ¿Qué mujer se te resiste? Y Raquel no es distinta.

–Pues sí, Gaby –y les conté la historia.

–Esa chica no es virgen y pura –afirmó Manuel categóricamente.

–No lo tengo tan claro –le rebatió Gaby–. Raquel es una romántica. Es la clásica chica de amores platónicos y a ti te ve un descarado conquistador. Lo que no comprendo es cómo sale con las otras dos. No encaja.

–Pero me ha tocado a mí. Y quiero acostarme con ella.

–Esta tarde lo conseguirás –preconizó Gaby–. Lo tienes muy fácil. En primer lugar, te presto la cama. Creo que a ella no le seduce tumbarse en el suelo o en el sofá. Estoy seguro de que prefiere unas sábanas, de raso a ser posible, aunque te resbale todo el cuerpo y a cada impulso te partas las narices contra la cabecera, pero de raso y muy perfumadas.

–Y ¿cómo la llevo hasta allí?

–Tienes que cambiar la táctica. La chica está enamorada de ti, por supuesto, si no, no se explica su reacción. Juega el papel de Tenorio. Conquistala con elocuencia.

–Una poesía no le hago, ¡eh! –advertí.

–Si es tu mejor arma –dijo Manuel.

–No te va a hacer falta, hombre –prosiguió Gaby –. Adórnala, no tengas prisa, deja que ella te desee, pero tú dale largas. Prepárale una copa y háblale de amor, muy cerca de ella, pero sin tocarle ni un pelo de la ropa. Pronuncia las palabras con calor, con interés, pero no le nombres ni su belleza, ni su cuerpo, ni sus ojos, porque ella es espiritual. Endúlzala con frases de amor y cuando la sientas vibrar, acércate a su oído y dile quedamente: “Te quiero”.

–Te has pasado –le interrumpió Manuel.

Gaby lo miró con furor.

–No he dicho nada –se disculpó el objetante.

–Con esas dos palabras es tuya, te lo aseguro.

–Pero, ¿cómo le voy a mentir? No puedo hacerlo.

–Oye, ¿quieres tirártela o no? Déjate de remilgos.

–¿A qué hora habéis quedado?

–Como ayer, a las siete en casa –informó Manuel.

–Seguiré tus consejos, Gaby. Puede que tengas razón.

–Ya lo creo que la tengo. No fallarás.

13. El plan de Gaby partía de una presunción, aunque, según él, muy cierta: que Raquel estaba enamorada de mí. Y yo no pretendía despertar ese sentimiento porque todavía me quedaba un poso de conciencia. La chica incitaba mi deseo de poseerla por el mero hecho en sí. Que ella viera en Juan Lozano el eterno compañero de su vida se convertía en un obstáculo preocupante. Utilizar el engaño en el amor para conseguir el placer de conquistarla me parecía inmoral, y dudé por unas horas si llevar a cabo el plan de Gaby... pero los ojos verdes, el cuerpo oculto, la timidez, me arrastraban a romper su intimidad. Demasiado trabajaba mi fantasía para imaginar qué se tapaba bajo la vestimenta; demasiado, sin lograr adivinar la silueta de sus muslos, la tersura de su piel, el perfil de sus caderas... Eludí a Raquel como mujer enamorada y me fijé la meta en descubrir el objeto de mi deseo. Vibré por obedecer a mis impulsos, aun en contra del sentido ético, temblaba sólo con enlazar secuencias de un episodio erótico para adueñarme de ese

cuerpo... Y esperé con paciencia que dieran las siete de la tarde.

No la conquistaría a través de mi aspecto, seguro. Empezaba a comprender que mi atractivo residía en un influjo especial que nada tenía que ver con tal o cual vestimenta, con tal o cual remiendo, con tal o cual peinado, pero incluso con ese convencimiento cuidé mi presencia hasta el punto de elegir cuidadosamente todas y cada una de las prendas con que acompañar mi estrategia. Disfruté con la ceremonia. Una vez los ornamentos estaban sobre la cama, perdí tiempo ante el espejo y, conforme las piezas iban ocupando su lugar, ilustré una historia del siglo XV, donde un apuesto hidalgo calzaba con esmero sus mejores galas, espada, sombrero y capa, para tomar por sorpresa a la mujer de su ansia. A las seis y media, hora informada por el reloj de algún campanario siniestro, salté hacia la conquista.

14.—Sígame usted, don Juan —solicitó Gaby.

Me condujo a su dormitorio.

—¿Resulta la estancia digna de su aprobación?

Surgió de pronto una tenue luz roja que iluminó desde la mesilla un lecho casi nupcial. La cubierta blanca, bordada con flores diminutas, escondía su término bajo el pliegue de una sábana en satén rosa. La almohada vestía lo mismo y, sobre ella, sujetas a la cabecera de la cama, se cruzaban dos rosas blancas de tallo largo. En la mesa redonda, a la derecha, unas flores silvestres enviaban una fragancia pastoril...

Observé con detenimiento cada detalle, paseé por la habitación lentamente, me detuve junto a la ventana y miré a Gaby con escepticismo.

—¿Preparado para el triunfo? —habló haciéndome un guiño.

—Con este escenario imposible.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. La luz roja es inaguantable. Nos veremos el uno al otro como el negativo de una mala fotografía. El olor atonta. Y tanta flor da impresión de velatorio.

—Vete a paseo —gruñó Gaby.

—Cambia la bombilla, por favor —dije con tono exigente.

—Están en el primer cajón del armario —indicó con desdén—, debajo de las

toallas. ¿Algo más?

–Sí, claro. Voy a quitar este ramo –lo hice mientras hablaba–, y las dos rosas vendrán muy bien aquí. No, mejor sólo una, sí, sólo una.

Tomé la bombilla blanca y desenrosqué la roja. Colocada aquélla, el ambiente ganó en naturalidad. Despegué las rosas de la cabecera y deposité una en el jarrón vacío.

–Correcto, muy bien. Así está mejor.

–¿Y dónde está el romanticismo? –preguntó irónico Gaby.

–Entre las sábanas.

–Vamos fuera, tío listo, anda, vamos –dijo ya desenfadado.

–Sí, sí, pero llévate esto –y le di las flores silvestres y la rosa.

–En la bañera no se notará el olor –soltó una carcajada–. Apestan demasiado y las dejaré en agua antes de tirarlas a la basura.

–No, no, la rosa no. Regalásela a Paola.

–Buena idea. Será un detalle.

–Por cierto. ¿Y Manuel?

–No tardará. Por nada del mundo deja de ver a Elena.

Gaby tomó la rosa y entramos al salón. La dejó con cuidado sobre la mesa y conectó el tocadiscos.

–¿Sabes, Gaby? Vi a Sonja.

–¿Y?

–Nada especial. Charlamos y me contó que le gustaba pintar. Quiere enseñarme sus cuadros y he aceptado la invitación.

Tensó el rostro por un instante, pero habló de inmediato.

–Es buena pintora. Trabaja las marinas con tonos suaves. Especialmente, tiene arte para conseguir los efectos de las brumas.

–Gaby, ¿qué sientes por ella?

Guardó silencio y buscó la respuesta.

–Sentí, Juan, sentí. Me deslumbró esa chica, pero creo que jugó conmigo. Coqueteó un poco, me dio pie... y se escapó un buen día –se sinceró–. Fui detrás de ella como un idiota.– Me miró al rostro.– No tengo nada con ella si

es lo que preguntas. Tómate vía libre.

–No, no –me noté incómodo–. Simplemente hemos hablado un par de veces. No hay nada más.

Sonó el timbre.

–Ya están aquí –dijo Gaby–. Prepárate para amar –y acudió a la puerta. Aparecieron Paola y Raquel.

–¿Y Elena? –me interesé.

–Se ha quedado con Manuel en el patio –me informó Paola.

–¡Ah, sí! –habló Gaby con la gabardina bajo el brazo–. Nos esperan, Paola. Adiós, Raquel. Adiós, Juan –se acercó a mí y al oído... – No nos esperéis levantados, por favor, llegaremos tarde –y rió pícaro.

Hizo pasar a Raquel y arrastró a Paola hasta la escalera cerrando la puerta tras de sí.

15.–Hola, Raquel.

–Hola, Juan.

–Pasa, pasa. Déjame el abrigo.

Una falda gris, ajustada a las caderas, y una blusa blanca, abotonada hasta el cuello, dejaban adivinar algo más sus atributos: nalgas prominentes, senos generosos y piernas delgadas... cabello alisado, flequillo informal con puntas levantadas, labios pequeños, a modo de corazón...

Pasamos al cuarto de estar. Raquel tomó asiento en el sofá. Moví un sillón hasta colocarlo perpendicular a su lado y me senté erguido.

–¿Por qué se han ido? –preguntó.

–No lo sé. Estoy tan sorprendido como tú. Ni Gaby ni Manuel me habían dicho nada.

–Bueno, no importa.

La falda, esta vez, era más corta y terminaba algo más arriba de la rodilla, dejando un hueco tremendamente erótico desde el comienzo de los muslos. La blusa marcaba los pechos redondeados y se adivinaban los pezones. Miré a sus ojos verdes.

–Acertaste ayer. Nos hemos visto.

–Sí, claro, ¿por qué no?

–No sé, podías haberte enfadado. No quise herirte.
Comencé la estrategia.

–No quiero parecerte un descarado. Creí que no te molestaba y me apeteció estar más cerca de ti. Quizá debí intentarlo de otra manera. Lo siento. Nunca he actuado así.

–Realmente, no me molestaste, pero...

–Pero, ¿qué?

–No sé. Es pronto... No sé... ¿No te parece?

–Todo tiene su instante adecuado. La expresión del amor no necesita esperas inútiles, nace siempre por un impulso desconocido que arrastra.

–Pero hay que saber controlarlo, Juan – dijo dulcemente.

–Amar es fácil; ser amado, agradable; pero lo difícil es que ambas cosas coincidan entre dos personas... Quiero decir que dos no pueden amarse si uno no quiere... No sé si me explico... El amor es un sentimiento que nace por encanto, y su expresión nunca debe buscarse a la fuerza. Dos deben ser los enamorados, dos deben ser los amantes... ¿Quieres una copa?

¡Cuánto me estaba costando!

–Sí, por favor, algo fuerte.

–Enseguida. ¿Prefieres dulce?

–Sí, dulce mejor.

El deseo de tomar sabor dulce indica, según Manuel, anhelo de ser amado. El plan funcionaba. Preparé menta con zumo de piña. Lo serví con galantería.

–Gracias –susurró—. No suelo beber.

–Es una ocasión especial, ¿no crees?

–Sí, creo que sí –y tomó un trago largo.

–¿Has leído “La voz a ti debida”, de Pedro Salinas?

–No.

–Es poesía de amor. Cortázar dijo de Salinas que en su tiempo y en su lengua fue el más grande poeta del amor.

–Mi poeta del amor es Bécquer.

–Bécquer es etéreo, Salinas es real. Habla a la mujer de verdad, no a un fantasma platónico de amor idealista. Salinas funde el cuerpo con el amor y Bécquer no tiene piel, ni rostro, ama a la mujer universal, sin meta donde agotar su sentimiento.

–Pero Bécquer es romántico.

–Y Salinas, ¿no lo es? ¿Qué es romántico? Una etiqueta. Cualquier amor es romántico si nace en el alma, ¿no te parece? Dos seres, hombre y mujer, deben amarse y demostrárselo con la unión, deben decírselo continuamente y disfrutar con su pasión.

Raquel escuchaba ensimismada. Había humedecido sus labios varias veces y me miraba con la claridad de sus ojos diáfanos. Las palabras me nacían fluidas. Había encontrado el resquicio para conmovérsela. Dejé pasar un largo silencio y Raquel se escondió en la bebida. La observé. Temblaba.

–Salinas escribió: “Yo no necesito tiempo para saber cómo eres: conocerse es el relámpago”. Y tú has sido mi relámpago... esa luz que ilumina la noche oscura con su fulgor blanco y desgarrado...

Volvió a beber y sujetó los labios al vaso por unos segundos.

–Tu Dulcinea, dijiste.

¡Vaya chasco! ¿Cómo rompía el idealismo de don Quijote?

–Sí, Aldonza Lorenzo, la mujer de sus sueños y de sus deseos, alguien a quien dirigir en la realidad su amor universal. Es la cúspide de su inquietud por hacer el bien. Don Quijote se habría casado con ella. Es necesario hacer descender el amor a nuestra vida cotidiana y encontrar la realización de nuestro deseo.

La aguja del tocadiscos golpeaba el último surco con un ruido molesto.

–¿Qué música prefieres?

–Cualquiera. Que sea suave.

Eché un vistazo a los discos y elegí uno de boleros. Supuse a la chica tan clásica que suspiraría con esas canciones blandas.

–Hay que saber amar –proseguí–. Amar con entrega, darse el uno al otro, dejarse llevar por los caminos de la pasión y expresar a cada paso la verdad del sentimiento. Y para mí, el amor comienza en el momento en que una mujer inscribe su primera palabra en mi memoria poética. Cuando una mujer queda

grabada en mi mente como un poema bello, entonces comprendo que la amo. Porque un poema es inaprensible, lo conoces, lo recuerdas, pero pertenece al mundo. Y la mujer nunca es poseída del todo, siempre los demás ayudan al hombre a descubrir en ella cauces nuevos. Así lo creo. Creo que la mujer amada es el mejor poema.

Raquel había descuidado la posición de sus piernas y a través del hueco entre la falda y los muslos adivinaba un sendero sugerente. Respiraba con fuerza y sus pechos movían la blusa. Estaba recostada sobre el respaldo del sofá –cayó sobre él con suavidad cuando sonó el primer bolero–. Aguantaba el parpadeo manteniendo los ojos cerrados unas décimas de segundo. Enviaba la vista fuera de mí.

–El amor debe cultivarse –me dijo–. No se debe sucumbir al primer impulso. Es metódico y pausado.

–¿Qué entiendes por sucumbir?

–Hombre, no sé... –dudó en decir lo que pensaba–. Sucumbir es caer en el placer por exclusiva.

–¿Hay placer sin amor?

–Sí, ¿por qué no? El cuerpo goza.

–Yo no busco el placer, busco la felicidad, y el placer sin felicidad no es placer. Y el amor es imprescindible para ser feliz.

Estaba rayado el disco. ¡Qué oportuno! Fui a mover la aguja y, al sentarme de nuevo, Raquel me miraba con fijeza, con ardor, con esos ojos verdes... Deseé besarla, pero me contuve.

–Te has alojado en mi memoria poética –sentencié–... Y no puedes negar que tu corazón se abrió a mí el primer día que nos encontramos.

–Es cierto –contestó manteniendo la mirada en mí.

–Nada debe impedir que nos amemos. Ven.

Le tendí las manos abiertas y ella las tomó. Se levantó muy tensa, como deseando decir ‘no’, pero aguantando con esfuerzo el lanzamiento de la negativa. Llevé mis manos a su cintura... y Raquel respondió, llevó los brazos a mis hombros y ocultó el rostro. Los Panchos cantaban “Solamente una vez”. Bailamos abrazados en único compás, porque la chica ya era mía, se había entregado sin condiciones. Extendió los dedos y me acarició el cuello, la

nuca, el cabello... pero aún aguanté el deseo de la posesión casi toda la pieza. Cuando sus manos presionaron con más pasión, deslicé las mías por su espalda y comencé a sentir el calor de la excitación, sus pechos oprimían mi pecho, sus latidos nacían apresurados. Giró la cabeza y me miró con los párpados entornados, como si quisiera escudriñar mi cerebro para entender mi actitud. Quería besarme.

La besé en la frente, la besé en las mejillas y busqué con mi boca el lugar justo donde susurrar:

–Te quiero.

Y atrapó mis labios. Atrapó mis labios con un beso cálido, con el que quiso darme amor, y yo tomé un cuerpo indefenso.

El golpe final cumplió el objetivo. Sin palabras, la tomé de la mano y caminé hacia el dormitorio. Aún permanecía el olor a flores silvestres. Antes de llegar a la cama, le ofrecí un beso y Raquel quiso entregarme todo su ser a través de sus labios.

Le hice sentar sobre la cama y desabroché el primer botón de su blusa. Romper el recato me supo como descubrir la piedra filosofal, pero, a pesar de la seguridad en mis dedos, temía su reacción. Agachó la cabeza, separó mis manos y continuó ella desabotonando el segundo, tercero y siguientes. El camino estaba libre. Introduje los brazos rodeando los costados y la tumbé sobre la cama, buscando nuevamente su sabor. Ella, fue ella quien se levantó y buscó la posición lógica sobre la cama. Antes, se deshizo de la blusa, se deshizo del sostén y me pedía con sus ojos que me desnudara. Lo hice, y mientras tanto se inclinó sobre mi torso y me abrazó con ímpetu. Se esfumó el pudor. Raquel se mostraba como una amante apasionada y tomaba la iniciativa como experta.

–Te amo, te amo, te amo –susurraba.

Ella se quitó la falda, ella me liberó de los pantalones.

–Ámame, Juan, ámame –suplicaba.

El conjunto de su cuerpo era impresionante, pero más me excitaba la pasión que desprendía. Sus acciones no fueron atropelladas y a cada gesto surgía una fuente de energía que iba envolviendo mi cuerpo. El contraste de Raquel tímida con la mujer ardiente me incitaba a ir descubriendo nuevas emociones junto a ella y, con mis dedos como instrumento, jugué a darle placer por los rincones de su piel. Solicitaba mis labios, pero se los negaba. “Bésame”,

gemía. Le acariciaba los muslos, el vientre, los brazos, y Raquel se arqueaba.

–Ámame, ámame.

Tensó su cuerpo y me tiró sobre ella. Consiguió alcanzar mis labios, y su frenesí pudo dar a entender que quería entrar en mi alma a través de su cuerpo.

–Te amo, Juan, te amo.

Yo pretendí disfrutarla con mesura, pero ella no lo permitió, y se convertía en un volcán, sus manos eran tenazas, sus piernas, tentáculos. No perdí el sentido, deseaba dar tiempo al placer de la posesión... y cuando mi mente se nubló, sentí que Raquel había ganado la batalla.

–Te quiero, te amo, Juan. Eres mío.

–Te quiero –respondí.

“ –No entiendo. ¿A quién debo seducir?

–A nadie en particular. A la mujer. Cualquiera que se cruce en tu camino y llame tu atención, cualquier mujer que abra su alma para que la poseas.

–¿Y a ti?

–¡Claro!, debes seducirme...

Lo dice muy coqueta y como afirmación severa. Me siento torpe para iniciar la conquista, porque deseo besarla, deseo tomarla entre mis brazos. La excitación me domina. En su posición, la bata está abierta desde la cintura y deja al descubierto sus piernas y el final de su vientre. El escote permite adivinar la hechura de sus senos. Coloca sus manos sobre mis rodillas.

–...Yo soy tu vasalla, mi señor. He vagado hasta encontrar el cuerpo adecuado para depositar mi tesoro. Tendrás que hacer conmigo lo que desees. Es decir, poseerme.

Sus ojos brillan con un fulgor extraño, sus labios se abren, húmedos, habla con mesura, como si lo hiciera ante un público selecto. Su dicción es perfecta; su tono, sugerente. Acaricia la parte externa de mis piernas y observa cómo se deslizan sus manos.

Se levanta con rapidez y se acerca nuevamente al mueble de las bebidas. El silencio estremece. Por las ventanas van entrando los rayos del sol incipiente. La estancia pierde el misterio, porque iluminada toda, parece que los muebles se rinden a la luz y se esconden. Regresa junto a mí con dos vasos largos, rebosantes ahora de un líquido rojo intenso y espumoso. Me ofrece.

–Gracias –le digo.

Pruebo con los labios casi cerrados.

–Ten confianza en mí. Nunca te haría daño.

El sabor no es tan dulce, pero me agrada.

–No quieres contestar a mi pregunta. Creo que juegas conmigo. ¿Por

qué? –pregunto.

–Conocerás quién soy en su momento. Y lejos está de mi deseo jugar contigo.

Se sienta en el escabel y cubre sus piernas con la bata.

–Mi cuerpo es para ti. Mi alma ya la conquistaste. Pero no me has poseído y te necesito, te necesito para siempre dentro de mí. Debes convencerte de que eres un hombre excepcional y cuando lo creas, volverás aquí porque entenderás dónde está tu lugar eterno. Me amarás.

Deja el vaso sobre la mesa y acude a abrir una ventana. Se oyen gorjeos de pájaros. A su regreso, me sonrío con suficiencia y se desvía hacia la hilera de cuadros. Se detiene junto al hombre barbado y besa el lienzo. Me mira de nuevo y vuelve a besar el lienzo. Lo besa con energía, como queriendo dar vida al rostro y esperando respuesta de los labios del personaje.

–¿Quién es ese hombre?

–Tú eres él, mi Juan, tu eres él.

–No te entiendo.

–Me entenderás, Juan, me entenderás.

Camina lentamente, siguiendo la hilera de rostros, ahora seria, muy seria, manteniendo la vista en los ojos de cada mujer. Gira y vuelve al escabel.

–Vas a tener grandes mujeres en tu vida y todas te adorarán. En cambio, amarás exclusivamente a una de ellas que se escapará. Unas te poseerán y te enseñarán el arte del amor. Otras te reafirmarán como conquistador, y en tus últimas aventuras sentirás el placer de poseer. Pero una sola vez ocuparás el lecho de cada una de ellas, porque la pasión repetida no aporta experiencia.

Toma actitud de sacerdotisa en un altar.

–Deseo que poseas mi cuerpo, deseo que tomes de mí el espíritu que quiero darte, deseo ser la luz de tu alma.

–¿Cómo puedes fijar mi destino? ¿Por qué te incluyes en él? –le interrogo.

–Eres impaciente. No quieras saberlo todavía.

El líquido rojizo me provoca una sensación de atrevimiento. Veo a la rubia como un hada que maneja mi ser, me siento atado a ella y a sus palabras, creo que debo seguir sus instrucciones y acatar su deseo: poseerla. Apuro la bebida y la miro con descaro, examino su cuerpo, cada uno de sus poros, imagino su piel sobre la mía. Ella sonríe impasible y me deja hacer. Sonríe y responde a mi mirada, entorna los ojos, aprieta los labios, me provoca.

Cuando la excitación me arrastra a seguir el instinto, se pone en pie. Continúa sonriendo impasible. Cruza los brazos, llevando las manos a sus hombros y desliza los dedos hasta el codo. Se estremece. Desata el cinturón de la bata, se vuelve de costado y deja caer la prenda al suelo. Aguarda unos segundos y envía un beso al aire. Avanza hacia mí. Está radiantemente desnuda.”

VIII. Teresa

1. ¿Por qué se desnudó?

Sobre la cama de Gaby, con Raquel recostada sobre mi pecho acariciándome el vientre, regresó la rubia platino.

Raquel se había enamorado, sin duda, pero yo, una vez poseída, sufrí de indiferencia hacia su cuerpo, a pesar de que sentía sus mejillas contra mi piel, a pesar de que la rubia me provocó una excitación gratificante, y a pesar del ‘te quiero’ que pronuncié con la mente nublada. No obstante, ejercí de caballero, disfruté un buen rato de sus caricias, le ayudé a buscar su ropa cuando dijo “tengo que irme”, y la acompañé hasta la parada del autobús. Raquel caminó a mi lado orgullosa, repleta de amor, satisfecha de haber superado sus prejuicios y de haberse entregado sin trabas al hombre de sus sueños. Puedo decirlo porque ella me lo contó, se sinceró con tal naturalidad que por un momento me apenó. Habría sido una gran amante y una perfecta compañera. Me apené por las consecuencias de mi desamor –Raquel iba a sufrir–, pero fue sólo por un instante; de inmediato me consolé con cierta dosis de egolatría; al fin y al cabo, le hice disfrutar de un episodio de amor: Raquel no olvidaría las sábanas de satén ni el ligero aroma a flores silvestres. Despedirla desde la acera fue el último gesto que le ofrecí. No volví a verla.

La rubia debió esperar a que cumpliera mi obligación con Raquel, pero había guardado nítidamente cada uno de los fotogramas de la secuencia. La verdad es que el recuerdo de la rubia me acudió con fuerza y con deseo ya no de entenderlo, sino de disfrutarlo. Me envolvía esa mujer... y su misterio. La aparición estaba ya libre de traumas, la esperaba con tranquilidad, ya se había convertido en premio por haber superado un examen del amor. Pero en esta

etapa, el contenido de la asignatura me atraía con diferente motivo, con algo que en ese momento me extrañaba que no hubiera surgido antes: el deseo de poseer a la rubia. Si aquello sucediera ahora... ¡Qué ingenuo fui! Ella se insinuaba en cada ocasión, propicia o no, buscaba una excusa para incitarme con acciones o con palabras y yo me justificaba con lo que tenía a mano para quedarme quieto –siempre iba a parar a mi timidez–. Debo reconocer que aquel Juan ante aquella mujer no podía tener otra reacción, incluso el Juan conquistador de Raquel. Esa rubia interpretaba el papel de un personaje esotérico con poderes de influencia. Hoy dudo si fue papel de reparto o realidad, pero lo cierto es que mi personalidad cambiaba desde su aparición. En fin, había logrado despertar en mí el apetito de poseerla considerándola como la encarnación de un sueño erótico... Todavía no tenía nada claro... ¿de dónde venía esa mujer?, ¿por qué me buscó?, ¿quién era?, ¿qué pretendía?...

Aquella noche, mi reflexión se prolongó hasta analizar cada una de las frases pronunciadas en la última escena. Ahora me divertía que pretendiera dirigir mis pasos. Ser su dueño podía halagarme, pero señor con vasalla imaginaria no recoge frutos, por lo que abandoné el nombramiento con una sonrisa. Me interesaba su intención de ser seducida por mí. Ante tal oferta no podía negarme, pero ¿por qué no entonces?, ¿y por qué debía volver?, ¿a caer en sus brazos? No, todavía no andaba tan lleno de necesidad. Antes he escrito sobre mi duda acerca de su realidad o de su ficción. Si entonces ya me surgió el recelo, después de Raquel se agrandó por ciertos errores en su vaticinio. Había poseído, ya no amado, a mujeres, no todas grandes mujeres, pero a la rubia se le escapó Nuria, y por dos razones –¡querida Nuria!–. Sí, amé a Dulce, con pasión y dolor, y la perdí... y también amé a Nuria, amé a la extraordinaria mujer, quizá Yerma, quizá Mariana, tanto, de distinta manera, como amé a Dulce. Pero Dulce me desgarró, y Nuria me confortó... Y además, acostarme con ella, no una como dijo la rubia, sino varias veces, me hace comprender, ahora cuando escribo, que el placer no se transforma en frustración si existe el amor. Es cierto que el instinto arrastra, como me llevaba hacia la rubia, pero el instinto se sacia y basta, no aporta sino desilusión y, si a la continuación del placer no se le salpica de una unión más allá de lo carnal, sucede como cuando quieres adelgazar y te hartas de pasteles después de un día a dieta, es decir, te sientes como una piltrafa escuálida. Pero entonces no lo entendí... la rubia, su cuerpo, sus muslos... me atraían...

Con paciencia, permití el juego de la película intermitente, tiempo tendría de provocar la escena siguiente.

2.—Dejaste las sábanas arrugadas. Signo de éxito.

—Exactamente, Gaby, seguí tu plan a rajatabla y resultó. No sin trabajo, pero resultó.

—Era de prever —habló Manuel—. Cada día, tu dotes persuasivas crecen y Raquel debía entregarse. Elena lo anticipó. Si es que la llevabas loca...

—¿A Elena? —pregunté.

—Ni pensarlo, amigo —contestó, Manuel, cazando el juego—. Ella sabe lo que hace.

—Raquel también —afirmé.

—Dejaos de competiciones idiotas, ¿queréis? Habéis triunfado los dos gracias a mí y no os paso factura —rugió Gaby—, por lo tanto, a callar y a obedecer.

—¿Qué hicisteis ayer? —me interesé.

—Abonar el campo, ¿verdad, Manuel? Nuestra simpatía y buen hacer sirvieron para fertilizar el cultivo y para garantizar una buena cosecha. Las invitamos a cenar.

—Pues Raquel se marchó a casa enseguida.

—¡Claro! Ella vive con sus papás, pero nuestras amigas tienen un pisito muy coqueto.

—¿Lo conocisteis ayer?

—No, no, ya llegará. Por lo pronto, hemos quedado esta tarde otra vez.

—No contéis conmigo.

—Ni lo sueñes —dijo Gaby.

—No te atrevas —amenazó muy serio Manuel.

Lo tenía decidido desde que hablé a Raquel con la mente nublada. Nada tenía que ver con el vaticinio de la rubia, podía repetir mujer en el lecho, pero un sentimiento de honestidad me arrastró a no ser cruel. Sé que no concordaba con mi reciente imagen de conquistador impenitente, lo sé. Quizá fuera la

vena romántica, quizá algo quedara del Juan anterior a Lucía, quizá. Había poseído a Raquel una vez mediante engaño... no era capaz de insistir en él... y ella no accedería al placer por el placer... Tampoco yo habría pretendido continuar a causa de ese placer. Ya profanado su recato, ¿qué restaba por conseguir?

–Lo siento, chicos. Es decisión meditada y firme.

–Ja. Me río de tus decisiones firmes y meditadas, ¿entiendes? Esta tarde vendrás, ¿oído?, vendrás –exigió Gaby.

–No, no, Gaby. No iré.

–¿Por qué, Juan? –me interrogó Manuel.

–Para eso te he enseñado mis artimañas –continuó Gaby– para eso he puesto a tu servicio mi inteligencia, maldito descastado –creo que habló con un enfado fingido–. O es que la chica no sabe trabajar, ¿eh? Te ha defraudado, ¿no es eso? Pues enseñar a la que no sabe es una obra de misericordia... y es tan bonito ser caritativo.

–Simplemente, Gaby, no quiero volver a verla.

–¿Por qué, Juan? –insistió Manuel.

Le miré a los ojos. Fui sincero.

–Soy incapaz de engañarla.

–¿Que tienes otra? Ya lo imaginaba yo, ya –habló Gaby.
¡Sonja!

–No, no quiero volver a verla porque está enamorada de mí.
Manuel sonrió.

–Pues más fácil –siguió Gaby–. Más ardor en el combate.

–¡Qué bruto eres! –le reproché.

–Oye, ¿qué pretendes? Lo difícil es convencer a la chica la primera vez. Tú lo has conseguido, no importa cómo, y ahora el camino está libre.

–Atiéndeme, Gaby. Raquel me agradó nada más verla, está bien, bastante bien, trabaja en la cama como experta, he disfrutado y tenía deseos de hacerlo... pero escucha una vez y basta, ¿comprendido? Ella es enamoradiza y muy sensible. He jugado al amor para conquistarla y no quiero seguir el

engaño.

–Me parece justo –dijo Manuel.

–¡Ni justo ni leches! –gruñó Gaby–. Quisiste fallar el primer día, ¿recuerdas? –¡Sonja!–. Pues te convencí y no ha ido tal mal, ¿no? Lo que pasa es que te las das de donjuán y ya estás pensando en otra aventura. Es eso, ya lo creo. No me parece mal, eh, no me parece mal, ojalá pudiera hacer lo mismo, pero no lo reboces con falso romanticismo. Tú querías tirártela, ya lo has hecho y no te motiva repetir. No, no me pongas esa cara de niño bueno. ¿Quién te ha visto y quién te ve?

¿No tenía razón Gaby? ¿Era el placer de la posesión? ¿Actuaba mi alma compasiva? ¿Estaba Sonja de por medio? ¿O era la rubia? No acertaba a comprenderme, lo único claro era que no deseaba volver a salir con Raquel, ni siquiera volver a verla. Y después de ella, la conquista se dirigía hacia la rubia... ¿Había cambiado un objetivo por otro? También a mi rubia quería poseerla... y me avergonzaba pensar en encontrarme con Raquel. ¿A qué hacía caso?

–Bien, no merece la pena enredar la conversación –intervino Manuel–. Yo quiero seguir con Elena. ¿Y tú, Gaby?

– Sí, yo también. Con Paola, naturalmente.

–Naturalmente. Juan, tú has decidido olvidar a Raquel. No se cae el mundo ni para ella ni para nosotros, pero debes dar la cara con la chica, ¿no crees?

¡Maldito Manuel! No, no me atrevía. Y debía hacerlo. Era cuestión de honestidad.

–¿Para qué? –esquivé la proposición–. No he quedado con ella, no me he comprometido. ¿Qué ocurrirá si hablo con ella? Le haré más daño y no estoy por la labor. Dejarlo pasar es lo mejor para los dos, ¿no crees?

–No, no creo. Pienso que actuar así es signo de cobardía, pero no voy a ser yo quien te lo reproche.

Salvé el problema. Sé que Manuel se enfadó conmigo, le defraudé, aunque no lo demostró, se comportó igual que siempre. Gaby siguió enfurruñado hasta el día siguiente, me recriminó no haber aprovechado su trabajo y abandonarlos con tres chicas para dos. Una vez que acudió a su cita y comprobó que Raquel no acompañaba a sus amigas, olvidó su enfado y mi

espantada.

3. Aquel fin de semana me entretuve en estudiar. Sentía escozor por Manuel y por la chica, porque entendía que había defraudado a los dos, y uno contra otra me castigaban la conciencia... Pero no hice propósito de la enmienda ni acto de contrición. Conforme las horas pasaban ante los libros, recordaba a Raquel entregada gracias a mis dotes retóricas, evoqué la batalla en las sábanas de satén y gocé de la sensación de conquista. Me supe poderoso... y con fuerzas para seducir a la mujer rubia, para poseer su cuerpo. Era cuestión de averiguar dónde se encontraba.

El domingo, con el libro de Griego entre las manos, sonó un toque en la puerta. Abrí y apareció el bedel.

–Preguntan por usted al teléfono, señor Lozano.

–Y ¿quién es?

–No puedo decirle. Era voz de mujer.

–Bien, bajo con usted.

Quizá mi rubia platino encontraba el momento... Quizá una amante me solicitaba... Quizá Raquel me pedía explicaciones...

–¿Sí?, dígame.

–Hola, Juan, ¿cómo estás?

–¡Mamá!, ¡qué sorpresa! Estaba estudiando.

Desde luego fue una sorpresa, no tanto por la llamada, sino por su motivo. Claro, que antes de comunicármelo se explayó en las consabidas preguntas de todas las madres. En fin, así terminó la monoconversación.

–Bueno, bueno, que te llamo para decirte que voy a ir a Zaragoza para asistir a una conferencia. Es un rato, ¿sabes?, ir y volver, pero te veré, ¿me oyes?

–Sí, sí, te oigo. ¿Viene papá?

–No, estará muy ocupado. Pero sobre todo quiero que me presentes a tu novia, ¿me oyes?

¡Horror! ¿Qué novia?

–¿Cómo dices?

–Que quiero que me presentes a tu novia. Quiero conocerla, y seguro que

ella también quiere conocernos a nosotros, ¿verdad?

– ...

–¿Me oyes, Juan? ¿Me oyes?

–Sí, sí... y ¿cuándo vienes?

–Mañana.

–¡¿Mañana?!

–Sí, por la tarde, ¡qué bien!, ¿verdad?

–Sí, claro, qué bien.

–Oye, que cuelgo. Iré al colegio a las siete. Espérame. Un beso. Adiós, hasta mañana.

Me daba buen resultado la estrategia para resolver los asuntos pecuniarios, bien me resultó. ¿De dónde sacaba una novia? Y para mañana mismo. Si no lo conseguía, adiós cuartos, se esfumaba la excusa, y desilusión para mi madre y planchazo para mi padre. Inmediatamente, pensé en Raquel, la novia ideal, guapa, discreta, agradable. No, honestamente. Ya la había utilizado, no tenía valor para repetir engaño. ¿Nuria? No se prestaría al juego... Podía pedir prestadas a Paola o a Elena... ¡No, se acabó! ¿Dónde quedaban mis principios? Nunca jamás conspiré por cuestiones de bolsillo. ¿Qué me solucionaban unas pesetas de más? Me asusté de mis pretensiones. Dios mío, ¿qué me ocurría? Asumiría el problema con una mentira piadosa, diría que ya no existía la novia, que habíamos terminado, que la dejé. Y si elegía la opción de contarle que yo había tomado la iniciativa de la separación era porque no podría soportar a mamá apiadándose de mí y dándome besitos y arrumacos cuando menos los necesitaba. Si yo me presentaba como culpable, recibiría una grave reprimenda, pero lo prefería. Mamá cuestionaría mi decisión y la supuesta chica quedaría alzada en un pedestal de simpatía. Pensé en Raquel. Al menos, alguien le haría justicia.

El lunes, al terminar las clases, continuaba con el síndrome del estudio y me enclaustré en la biblioteca para recuperar las horas robadas al Griego con mis disquisiciones de la noche anterior. Logré concentrarme adecuadamente durante más de dos horas. Y cuando ya se me atragantaban las betas y las epsilones, noté una mano suave sobre mi cabello.

–Buenas tardes, Juan.

–¡Sonja!

Debí mirarla con cara de asombro.

–Soy real, eh. Dame la mano. ¿Lo ves?

–¿Qué hay, Sonja? –acerté a saludar.

–Ya me marchaba y te he visto. Por cierto, perdona por el plantón del otro día. Me llamó Picapiedra y no pude acudir a la cita. Lo siento de verdad.

–No te preocupes.

–Y estos días he estado ocupadísima preparando material para el profe. Me habría gustado disculparme antes.

Hablaba despacito, muy tenue, con una mano sobre mi hombro, apoyada la otra en la mesa y mirándome de costado. Solamente me fijé en sus labios y la escuché, a la vez que notaba el peso de su brazo sobre mi cuerpo.

–¡Oh!, estudias Griego. ¿Tan mal te tratamos?

–No, no, es culpa mía. Se me atraganta.

–Quizá pueda ayudarte.

Miré el reloj. ¡Las siete! Y Sonja estaba allí. Como un fogonazo me vino la idea. Sonja podía convertirse en un prototipo genial de novia. Debía llevarla hasta mamá. ¿Y si le contaba la estrategia? ¿Accedería? No, no podía arriesgarme.

–¿Tienes tiempo?

–Sí, por hoy he decidido tomarme descanso. Iba al bar de la Facultad.

–¿Sabes? Se me ha trabado esta traducción. Si quisieras venir al colegio y ayudarme a terminarla...

–¡Ummm! ¡Qué propuesta! Acepto encantada, querido Juan. Es mi tarea enseñar. Estoy a tu disposición –se ofreció coqueta, muy coqueta.

En el camino al colegio, me arrepentí varias veces de llevarla hacia el engaño. Volvía a utilizar una mujer para mis propósitos, pero no fui capaz de sincerarme. En cierto modo, me agradaba presentar a Sonja como mi novia, como novia formal, ¡qué curioso!

Mamá estaba sentada en un butacón del “hall”. Al verme entrar, saltó hecha una furia. Pasaban de las siete e idolatraba la puntualidad. Tenía tantos compromisos... Pero vio a Sonja y cambió el enfado por una amplia sonrisa.

Ni siquiera saludó:

–Así que tú eres ella.

–Sonja, te presento a mi madre.

–Buenas tardes, señora –y le tendió la mano.

–¡Hija mía!

Mamá le marcó dos sonoros besos en las mejillas.

–¿Cómo has dicho que se llama? –me preguntó mamá.

–Sonja.

–¡Qué nombre tan curioso! Ven, ven, Sonja, tenemos mucho de qué hablar. Juan es muy escueto y no cuenta nada. Va por el mundo de misterioso y ya es un logro que te haya traído. Por cierto, tu padre iba a venir, pero no ha podido. ¡Ah!, y yo tengo la conferencia a las ocho. Sonja, tienes que venir a casa. Debemos conocernos mejor. Este fin de semana... No, no estaré... al siguiente, eso es, al siguiente... Pero bueno, vamos a sentarnos, hay tiempo para hablar...

–Mamá, por favor, tranquilízate.

–Calla, hijo, que estoy con tu novia.

–¿Novia? –se extrañó Sonja.

Mamá no la oyó, por supuesto, bastante tenía con empalmar frases y frases, pero mis ojos se dirigieron hacia Sonja... Ella sonrió divertida. ¿Novia?, parecía seguir preguntando. Suspiré con alivio. Seguía el juego.

Nos acomodamos en el tresillo, yo en un sillón, ellas dos en el sofá, muy apretaditas, como si pretendieran confabular, y mamá preguntó, preguntó sin esperar respuestas, contó y contó desde mi sufrido parto hasta mi dolorosa partida hacia la Universidad. Tomó el nido de ametralladoras y agotó la munición cuando vio la hora en el reloj de pared.

–¡Eh!, que tengo que irme. ¡Cómo pasa el tiempo!, ¿verdad, Sonja? Oye Juan, me cae muy bien esta chica, me cae muy bien... Pero esperad, esperad –se levantó–. Ven aquí, acércate a Sonja. muy juntito, eh, muy juntito –me llevó junto a ella–. Así, un momento.

Sacó del bolso una cámara fotográfica y disparó.

–Muy bien, muy bien. Esperad, esperad... Un beso, besaos, besaos. No

seas tímida, Sonja, que sé como sois las jóvenes de hoy en día. Soy una mujer moderna. Y tú, Juan, no tengas vergüenza. Vamos, besaos, besaos, un beso de amantes, eh, a ver.

Sonja reía y yo no sabía cómo reaccionar. Buena ocurrencia la de mi madre. Y ¡qué más deseaba que besar a Sonja!, pero no así, con espectadora y además con cámara incorporada, no así.

Sonja apoyó su mano en la mía, las dos sobre mi rodilla, me tomó por la nuca y me besó, un beso limpio, cálido, comprometido. La foto no salió movida porque ahogué la respiración. Fue un beso de amor.

–Estupendo, chicos. Os mandaré una copia. Papá se sentirá orgulloso de ti, Juan. En fin, me voy. Me alegro mucho de conocerte, Sonja. Estoy encantada. Hacéis una pareja excelente. No dejes de visitarnos. Llama pronto, Juan. Adiós.

Me dio un beso fugaz en la mejilla, abrazó a Sonja y salió rauda. Desde la puerta:

–Tienes que venir a casa, ¿eh, Sonja? Tienes que venir.

Sonja sonreía.

–¡Tu madre es un encanto!

–Perdona.

–Pero, ¿por qué? Es simpática.

–Todo lo he preparado yo –le descubrí.

Esperaba una reacción fulminante.

–¿Cómo que lo has preparado?

–Ya sabía que mi madre iba a estar aquí, y ella quería conocer a mi novia. Le había mentado diciéndole que salía con una chica y ha venido a verme para conocerla. Iba a deshacer el engaño, pero te encontré en la biblioteca y...

–Buena clase de Griego has aprobado.

–Lo siento. Perdona.

–Nada, amigo, nada. El enredo ha resultado fabuloso y no me ha disgustado mi papel en la comedia. ¡Oye!, ¿cuándo me invitas a tu casa?

–¿A mi casa? ¿En el pueblo?

–No sé dónde vives, chico. Donde ha dicho tu madre. ¿Qué me dices?

–Pero entonces... pensarán que eres mi novia.

–Y ahora, ¿qué piensan?

–Sí, claro.

–¿Sabes lo que te digo? Que necesitas estudiar Griego... y sin profesora. Sube a tu habitación... y a hincar los codos. Nos veremos. Hasta pronto.

Me dejó como un pasmarote, perplejo de admiración, de pudor, de encanto, recordando mi engaño, la perorata de mi madre, la invitación a casa, y el beso, el beso de Sonja...

Si redonda me salió la representación con “mi novia” –papá estaría satisfecho y mandaría un cheque abultado–, resultado superior logré con Sonja. Guardé durante toda la noche el sabor de sus labios, el calor del beso. Cada frase traducida bajo la luz del flexo me traía su voz... su tacto, su mano en la mía. Y a pesar de todo, estudié, terminé la traducción y repasé dos lecciones. Me daba paz, me sentía relajado...

4. Manuel y Gaby estaban ilusionados con las chicas. Manuel, más sensato, hablaba de Elena con mesura, nombrando con insistencia su simpatía y su belleza. Quien no lo conociera pensaría que la chica le era casi indiferente, pero yo podía intuir que tras esa careta de hombre cabal se escondía un sentimiento en ebullición. En cambio, Gaby exaltaba con pesadez las cualidades de Paola: que si se excita con un roce, que si prefiere caricias en los pies, que toma la iniciativa cuando la besa en el cuello... En fin, que se veía casado con ella.

No les conté el asunto con mamá y Sonja. Aunque si lo hubiera hecho, al menos sé que a Gaby no le habría supuesto volver a recordar a Sonja como su antiguo amor. Paola le absorbía. Así, me extrañó que no hubiera quedado con ella.

–Necesito relax, Juan –me informó.

Yo, con mi vena hacia el estudio del Griego, había decidido enclaustrarme con el Banquete de Platón, enclaustrarme muy, muy en solitario, pues no me atreví a buscar a Sonja para solicitarle las clases ofrecidas, pero Gaby me tentó con un recorrido por el ambiente del ocio universitario, y pequé.

–Déjate de casos y declinaciones y resérvate una tarde de jubileo.

–¿Y Manuel?

–¡Ooooh! Manuel y Elena. Elena y Manuel.

–Comprendido. Acepto, Gaby. Vámonos de copas.

–Muy atinada tu decisión. No te arrepentirás.

No me arrepentí, al contrario.

5. Caminábamos distraídamente por una acera estrecha, charlando y bromeando sobre el enamoramiento de Manuel, cuando una mujer salía del supermercado con un carrito repleto y un gran paquete. La señora iba a bajar por el escalón de salida, con tan mala fortuna que Gaby dio un traspies, quiso sujetarse en mi hombro y me lanzó contra la señora, incluidos paquete y carrito. El zapatiesto fue integral. A la mujer se le escapó el asa del carro, se abrió el cierre y la acera quedó cubierta de macarrones y arroz. Pero además, el paquete, se volcó sobre mí y resulté acicalado con harina. Me agaché rápidamente para recoger los bártulos del carro y la salsa de tomate de un bote roto me pringó los pantalones.

–¡Perdón, señora! ¡Cuánto lo siento! –me disculpé.

–¡Qué va! ¡Qué va! Si es culpa mía, siempre voy despistada. Pero cómo te has puesto, hijo.

Gaby emitía un color rojo de oreja a oreja. Hacía extravagantes muecas para contener la risa. Para ayudar en su disimulo, se agachó de espaldas y comenzó a recoger el desaguisado. En vista de que habíamos tapado el paso, la mujer y yo nos dispusimos también a tomar cartas contra el zapatiesto.

–Pero cómo te has puesto los pantalones, hijo –repitió la señora.

–No es nada, no es nada. Con llevarlos a la tintorería, arreglado. No se preocupe.

Gaby me miraba e hinchaba los mofletes, se volvía de espaldas y seguía recogiendo. Entre los tres, retiramos enseguida lo desechable y devolvimos al carro lo que cabía, pero la bolsa de papel marrón estaba inservible y la señora no podía con las provisiones restantes.

–Yo le ayudo, señora, si no le importa –me ofrecí, generoso.

–Te lo agradezco, muchacho... Tengo una idea –habló la mujer–. Podéis acercarme esto hasta mi casa, vivo aquí cerca, y así puedo limpiarte los

pantalones. ¿Qué os parece?

Interrogué a Gaby con la mirada, pero no estaba en condiciones de responder.

–De acuerdo –accedí–. Gaby, por favor, llévale algo a la señora.

–A la orden –abrió por fin la boca Gaby.

–Gracias. Sois muy amables.

Apenas anduvimos dos manzanas, las suficientes para que la mezcla pastosa atravesara la tela y me pringara las piernas. Nos detuvimos ante un amplio portal con adornos en bronce y cristales biselados.

–Es aquí. Pasad, por favor y esperad un momento. Tengo que hablar con el conserje.

La señora dejó el carrito en el patio y bajó por unas escaleras llamando: “¡Silvestre! ¡Silvestre!”.

Gaby estalló en una sonora carcajada.

–Tienes un aspecto edificante –acertó a decir.

No le hice caso.

–Oye, Gaby. ¿Te has dado cuenta de que la señora no está nada mal?

La susodicha señora me había impactado. A pesar de lo ridículo de la situación, mantuvo una compostura digna y reaccionó con sencillez, e igualmente sencilla, pero en extremo elegante, era su presencia. Vestía con pantalón ancho por encima de los tobillos, pero ajustado a las caderas, cazadora de cuero, cerrada en su totalidad, negra. Su rostro se teñía de un moreno artificial, aunque sugerente, y sus cabellos, alisados, caían en melena que casi rozaba los hombros. Miraba con un brillo de simpatía a través de unas pupilas castañas. Arrugas bajo los párpados descubrían su edad.

–Una cuarentona te llama la atención –me reprochó Gaby.

–¿Y qué si es atractiva?

–¿Quién te entiende, Juan? ¿No pretenderás llevártela a la cama?

–Hombre, pues, ¿por qué no?

–Seguro que está casada.

–Más morbo.

Me atraía la idea. Probablemente, la mujer llegaba a los cuarenta que precedía Gaby, pero dejaba entrever un cuerpo cuidado y un aspecto juvenil...

Es decir, que me invadía el ángel (o demonio) de la seducción. Nada iba a impedir el sendero hacia la conquista. Sentía como un empuje interno, de más allá de mi cerebro, que ocultaba cualquier razonamiento y me lanzaba con descaro a caer en la tentación amorosa.

–Tú estás loco... pero, en fin, ¿quién pudiera...?

–Échame una mano –rogué.

–¿Qué?!

–Que me ayudes, hombre.

–¿No te sabes bajar los pantalones? ¿O me necesitas de mamporrero?

–A veces eres grosero, eh... pero debo reconocer que no hay nadie que te supere en tus dotes de retórico galán, eres único, y como amigo te pido que me prestes tu arte para ayudarme en la conquista.

Utilicé la táctica del halago. Gaby era muy sensible a ellos, y más en asuntos de mujeres. Dio resultado.

–Eres cínico. Yo te la preparo y tú te la beneficias. No te digo que voy a hacer de mamporrero... o de celestino si lo prefieres, tío fino.

–En fin, que ahí viene.

–¿Os importa subir todo esto a casa?

–No, no, será un placer –contesté.

–Sí, sí, un placer –confirmó Gaby pícaramente.

–Subiremos por el ascensor de servicio. La puerta está más cerca de la cocina. Seguidme, es por aquí.

En el ascensor comenzó el juego.

–Te conservas muy bien –intenté dar tono sensual.

–Muchacho, esas palabras quieren insinuar que me otorgas edad avanzada.

Y ¿no crees que es de poca educación? –dijo sin volverse.

Gaby me miró con sorna.

–No he pretendido ser maleducado. Pido disculpas.

–Las acepto porque sé que has pretendido ser amable.

–Juan es hombre refinado –intervino Gaby–. Además, presume de que sabe apreciar el atractivo de las mujeres maduras. Dicen que tiene un influjo

especial.

–¡Aaaah! ¿Tu amigo piensa eso?

–Sí –salí al paso–. Siempre he admirado a las mujeres que sobrepasan los treinta con figura de veinte y espíritu de dieciséis.

–Muy agradable, hijo. Y, ¿por qué supones que yo lo tengo?

–A la vista está.

El ascensor paró en el quinto. Mientras ella buscaba las llaves, dijo:

–No sé si dejaros pasar. Es fácil que mi marido sospechara...

–¿Está tu marido en casa? –pregunté, raudo.

Gaby me dio un pellizco.

–Yo le ayudo. Déjeme el carrito –se ofreció.

–Gracias. No encuentro la llave.

Antes de hablar, miré a Gaby y miré mis pantalones. Gaby asintió.

–Tendrás que dejarme un cepillo. Llevo la ropa perdida.

–Sí, claro... Ya las tengo. Vamos, entrad.

Pasamos directamente a la cocina.

–Dejadlo todo por donde podáis. Y tú –a mí–... por cierto, ¿cómo os llamáis?

–Yo soy Juan y él es Gaby.

–Yo Teresa. Anda, ven, te cepillaré el pantalón.

–Si no te importa, espera un momento. Le serviré algo a tu amigo. Pasa por aquí, Gaby. ¿Qué quieres tomar?

–Cualquier cosa, gracias.

–Entonces, un refresco. No me gusta que los jóvenes tomen alcohol.

–Lo que usted diga, señora.

Me quedé en la cocina. Teresa se había quitado la cazadora y descubrió un jersey ceñido que marcaba unas curvas agradables. Me asaltó la imagen de una lencería exquisita, acorde con el lujo de la casa: sujetador negro, semitransparente, de finos tirantes y generoso en el escote, braguita de tanga que dejaba al descubierto unas nalgas turgentes... y liguero, liguero desde la cintura hasta unas medias en bordado intermitente que ocultaban y mostraban

unos muslos torneados...

–Veamos cómo lo tienes –me despertó Teresa.

–Bastante húmedo –contesté.

–Creo que con un cepillado será suficiente.

Abrió un cajón y sacó el aparejo.

–Siéntate, lo haré mejor así.

Frotó con fuerza.

–¡Eh, eh!, me haces daño.

–Lo siento, iré con más cuidado.

Ascendía en su movimiento hacia la ingle.

–Cuidado –le advertí.

Enrojeció.

–Te has salpicado todo. Buena faena hemos hecho. Es imposible arreglarlo... Verás, quítatelo.

–¿El qué? ¿Los pantalones?

–Sí, hombre. No tengas vergüenza. Te dejaré unos de mi marido.

–Interesante –reaccioné con talante más entero.

–Aguarda un momento.

Regresó al instante.

–Salgo un momento si lo prefieres.

–No, no es necesario.

Iba salvando el complejo por arte de conquistador. Quería dominar a Teresa. Con desparpajo, me deshice de mis pantalones y me puse los del marido. Volví a notar cierto rubor en sus mejillas.

–Muy bien. Los meteré en la lavadora y en un momento estarán listos.

Así lo hizo. Me encontraba algo ligero de cintura, pero de largura me quedaban bien.

–Ya está. Vamos con tu amigo.

Pasamos al salón.

–Siéntate, por favor. Te serviré lo mismo.

–¡Vaya! –dijo Gaby–. Han desteñado los pantalones. Esta casa tiene

embrujo.

–Son del marido de Teresa. Los míos están en la lavadora.

–¡Ah!... En fin, señora, tengo que irme. ¿Recuerdas, Juan? Tengo que irme –habló con retintín acusado–. Nos estaban esperando. Señora, deposito en sus manos un preciado don. Trate sus pantalones con cariño. Ha sido un placer conocerla. Y recuerde: Juan admira a las mujeres como usted.

–No deseo que quedéis mal por mí. Juan estará listo enseguida. Te acompaño.

Se esfumó como una anguila sin mirar atrás. Le adiviné una sonrisa delatora. Pretendía dejarme solo con la señora y se lo hubiera reprochado, pero ¿qué más podía hacer Gaby? La función dependía de mí, y estaba seguro de llevarla a buen término. Mis pantalones revoloteaban en la lavadora a la vez que aumentaban mis deseos por gozar del cuerpo de Teresa. Tal como la puerta se cerró tras la marcha de Gaby, empecé a ver a la señora como una certera conquistadora.

6.–Será un momento, Juan.

–No tengo prisa, y estoy a gusto contigo.

–¿Siempre eres tan galante?

–Con mujeres atractivas, sí. Y tú eres atractiva, Teresa.

–¿A pesar de la edad avanzada?

–Tu figura es exquisita, nada tienen que ver tus años con ella.

Teresa se puso nerviosa. Quería aparentar tranquilidad, pero el temblor de sus manos la delataba.

–¿No te parece que te comportas un tanto descarado?

Le tembló la voz.

–¿Por qué? Eres una mujer. Estamos solos. Quiero ser amable.

–Estoy casada, lo sabes. Y tú eres un muchacho.

Entraba en el juego. Y me excitaba pensar en aquel cuerpo de propiedad ajena entregado a mi deseo.

–Somos hombre y mujer. Y me atraes, Teresa –dije mirando el fondo del vaso mientras lo giraba con los dedos–. Me atraes por tu rostro bello y

repleto de experiencia, con algo que ninguna muchacha sabe dar como sé que tú das: ternura. Sí, Teresa, tienes una expresión tierna, y ¿sabes por qué?... Porque eres madre...

Aposté fuerte. No había conocido nada de ella que indicara esta condición, pero el argumento me vino sin buscarlo y me arriesgué con cinismo.

–Eres madre –continué–. Y las madres tanto dan a los hijos que en su rostro queda la dulzura... Esa es tu dulzura.

–Voy a comprobar cómo marcha el lavado.

Teresa iba a levantarse, pero la sujeté por los hombros y seguí hablándole con mis ojos en sus ojos.

–Y como madre has dado tanto que ya no recuerdas lo que es recibir, ¿verdad? Vives en la rutina de todos los días.

–Vivo con un hombre. Estoy casada. Soy feliz –se defendió–. Tengo dos hijos. Calla, por favor, y déjame.

Me retiró los brazos y marchó a la cocina. Por un momento, pensé que su fidelidad me había vencido. Supongo que si mis pantalones no hubieran revoloteado en la lavadora, me habría despedido con amabilidad por la puerta de servicio... pero...

Regresó pronto y se sirvió una copa. Le dejé hacer en silencio. De espaldas a mí, observé su figura.

–Sólo quedan unos minutos –dijo sin volverse–. Los plancharé en un momento y te irás, Juan.

No contesté. Me levanté con cuidado y casi de puntillas me acerqué a ella por su espalda. Le notaba su respiración jadeante y dejé que me sintiera a escasos centímetros de su cuerpo para que el calor de mi presencia le aumentara el deseo de abandonarse al instinto. Apenas un pequeño movimiento me dio la pista de que su entraña se revolvía ansiosa. Apoyé las manos en sus caderas, las deslicé hacia su vientre y le rodeé la cintura con un abrazo. No se movió.

–Juan, por favor, no sigas.

No se movió.

Comencé a besarla por el cuello y Teresa ladeó la cabeza hacia el lado opuesto. Sostenía la copa entre sus manos sin haberla llevado aún a los labios. Notaba en mis brazos su respiración jadeante. Susurró:

–Quieto, Juan. Déjame.

Rodeé su torso con mis brazos y tuve cuidado de ser suave. Teresa me inspiraba cierto respeto, algo así como mostrarme educado en cada acción. Dejó la copa sobre el mueble bar, se giró sin salir del abrazo, colocó las manos sobre mis hombros, se arqueó ligeramente hacia atrás y con el rostro desencajado, me rogó:

–Márchate. No sé lo que me pasa. Márchate.

Por contestación le ofrecí una sonrisa que pretendió ser de confianza. La miré fijamente durante unos segundos en los que ella empujaba para liberarse del abrazo... Aguanté su intento... cerró los ojos y me besó, se entregó a la unión, me rodeó el cuello con las manos, me acarició. Estaba rompiendo sus tabúes, se rendía a mi deseo.

Y en ese momento tuve la absurda sensación de superioridad de sentir pena por ella, de saberla débil ante un desdibujado casanova que sólo pretendía disfrutar con su cuerpo. Teresa estaba errando, caía ante un galán descarado.

Debo confesar que salté fácilmente sobre la idea de abandonar tan apetitoso bocado. Como si deseara liberarse del maléfico instinto, Teresa mantuvo los ojos escondidos mientras se disponía a ser amada. Me dejé llevar por su entrega sin olvidar la educación. Ella primero, siempre primero, y después yo, siempre con delicadeza. Me escapé por un instante de la realidad y me observé divertido: aun con mi excitación, controlaba la mente para observar que la lujuria vencía a la señora por el uso adecuado de mis dotes amatorias. No volví a sentir lástima, por supuesto. Teresa quería entregarse, ¿quién era yo para impedirselo? Se desnudó, me desnudó. Nos tumbamos sobre el amplio sofá de cuero, y sus labios y sus manos me exploraban. En los abrazos que se sucedían, acertaba a componer en mi imaginación la figura de Teresa, cintura estrecha, piernas largas, carnes prietas, piel suave y caderas puntiagudas que se deslizaban de un lado a otro, la boca abierta, sedienta... Y el frenesí de Teresa me agobió hasta que en un rápido movimiento me sentí poseyéndola, y ella lanzó un suspiro voraz, se detuvo sobre mí y presionó para saber dónde estaba. Entonces abrió los ojos y me miró con un sonrisa. Llevó las manos a mis mejillas y deslizó los pulgares por mis pómulos mientras se tensaba lentamente deseando apurar el instante. Con las rodillas flexionadas y las manos sobre mi pecho, inició un movimiento ahora cadencioso. Teresa había cedido en sus jadeos y ahora, a

cada vaivén, lanzaba gemidos suaves, y me desconcerté. Ante tal frenazo en el culmen de la aceleración, me vino un estremecimiento de pies a cabeza que entendí como de placer contenido. Ella se movía despacio, muy despacio, y su cara había tomado un rictus serio, inexpresivo, con sus ojos delatando que su preocupación se fijaba en un solo punto de su cuerpo. Y mi cuerpo estallaba con una enorme educación. Quise buscar el delirio y entregarme a un deseo bestial... pero algo me obligaba a contenerme, a ser el niño comedido que quiere caer bien. El ritmo tomó frecuencia más aguda conforme su rostro se convulsionaba. Volvió a sus jadeos y clavó las uñas en mi pecho, golpeaba con deleite y en su interior notaba una corriente que iba envolviendo mi placer. Y cuando sus gemidos se hicieron gritos, por fin la sentí mía, perdí el control, me erguí y descargué la tensión. Todo había terminado.

Teresa se levantó en silencio, recogió su ropa y desapareció del salón. Quedé tumbado sobre el sofá, envuelto en sudor, y sintiéndome extrañamente húmedo. No me atreví a buscar el cuarto de baño. Me incorporé y palpé el pantalón del marido. Encontré un pañuelo y me limpié lo que pude. Estaba tranquilo, muy relajado, quizá deseando que Teresa regresara. Pero ella, con toda probabilidad, deambulaba por la cocina. Me vestí y esperé.

—Los pantalones han quedado perfectos... Un poco húmedos, quizá. La secadora no funciona del todo bien. ¡Ah!, ¿te has puesto los otros? Anda, quítatelos.

Apareció con el cabello retirado del rostro por un cinta blanca sobre el nacimiento de la frente. Vestía una bata japonesa, roja brillante con ribete negro. Estaba bella. En su mano derecha, mostraba mis pantalones.

La miré con arrogancia, pero se mantuvo serena. Me levanté del sofá y, antes de recoger la prenda que me tendía, pretendí acariciarle la mejilla con el dorso de la mano. Asió mi muñeca y ordenó:

—Sé buen chico. Ponte los pantalones.

Cedí en mi intento. Habría querido besarla para empezar una nueva sesión, pero su seguridad me detuvo. Desapareció unos minutos, los justos para que me cambiara de pantalones.

—Muy bien. Creo que han quedado mejor que los llevabas, ¿no es cierto?

—Sí, está bien.

—Entonces no queda nada por hacer.

–Adiós, pues –y me dirigí hacia la cocina.

–No, no, sal por aquí.

Anduvo delante de mí por un pasillo largo y me abrió la puerta principal. Me paré bajo el umbral y mirándole a su rostro tierno, olvidé mi intención de regresar cualquier otra tarde a esa misma hora.

–Adiós, Juan –y cerró la puerta.

“Quiero besarla, quiero besarla. Se mueve con lentitud insoportable, estoy aguardando sus labios, me deshago en agitación, siento palpar mis arterias. Me mira y sonrío, me mira y sonrío... y al instante en que mis párpados se desploman para esperar su cuerpo, estalla en una carcajada.

–Mi Juan, no. Todavía no. Crearíamos un fracaso difícil de arreglar –me dice después de haberse levantado.

Estoy asustado, me asustó su carcajada única y al segundo ahogada. Creo que se ha reído de mí y no reacciono.

–No temas –me susurra mientras se acomoda en el escabel.

–¿Qué tengo que esperar de ti?

–Mi cuerpo. Lo tomarás.

Tardo en preguntar porque mido las palabras, pero aun pareciéndome atrevido, le lanzo:

–Y, ¿por qué no ahora?

–Me alegra que me desees. Es un honor, pero tú no eres Juan.

Se cubre con la bata todo el frontal y toma una postura recatada. Al concluir sus palabras, mira hacia la imagen del hombre barbado y suspira.

–¿Que no soy quién?

–No tienes el alma que yo necesito. Si permitiera que me poseyeras ahora, perdería el poder para tenerte junto a mí en la eternidad.

El temor me impulsa a levantar la voz.

–¡No quiero eternidad contigo ni con nadie! –le grito incorporándome sobre la esquina del diván–. ¡No eres nadie para decidir por mí!

–Sí, lo soy.

Habla con tal seguridad que me siento dominado por un embrujo.

–Lo soy porque los siglos me han dado el conocimiento de los hombres y te he elegido a ti. Como hombre, deberías sentirte orgulloso.

–¿Orgulloso? ¿De qué? Todavía no he recibido nada. ¿Y pretendes que

tu cuerpo es suficiente? Hemos acabado. Me voy.

Me levanto y quiero dirigirme hacia la puerta, pero ella se interpone a mi primer paso y coloca sus manos en mis hombros, dejando caer la bata al suelo. Me mira y sonrío, me mira de una forma especial, le brillan las pupilas, y sonrío. Siento que mi enfado desaparece al contacto con sus dedos. Lentamente, me arrastra hacia ella, abre los labios y me besa.

Siento sus labios cálidos, pero en mi resentimiento no quiero responderle. Me acaricia la nuca sin abandonar el beso y recuerdo: está desnuda. Me entrego, me entrego con deseo, le abrazo, aprieto su cuerpo...

–Te amaré, Juan, te amaré cuando tu alma se convierta.

Me separa y toma mis manos.

–Te amaré, Juan.

–¿Quién eres mujer? ¿Quién eres?

–No seas impaciente, por favor.

–¿No tengo derecho a conocer el nombre de quien quiere ser mi compañera eterna?

Guarda silencio unos segundos y envía su mirada hacia los cuadros. Parece solicitar permiso.

–Quizá sea tiempo de revelártelo.

–¿Quién eres? Di.

–Mi nombre es Inés.”

IX. Almudena

1.La rubia sensual surgió en el ascensor, justito cuando pulsaba el botón "planta baja". En esta ocasión, la secuencia duró poco tiempo, pero lo suficiente como para que tropezara con el escalón de salida a la calle, traspié que me descubrió su nombre de sopetón: Inés. Inés... Inés... No me decía nada... aunque sí podía recordar su cuerpo desnudo... Deseé tenerla cerca con un incomprensible afán por llenarme de placer... y con la seguridad de saber que la satisfacción me sería otorgada... El misterio de la rubia crecía en interés. Si hubiera sabido dónde encontrarla en aquel momento, habría acudido directamente a conquistarla. Me venía necesidad de ella como mujer, y la necesitaba con la creencia de poder dominarla y disfrutar una aventura sublime. Teresa quedó en un aparte, me imbuía de Inés, de su sonrisa cambiante, de su cabello platino. Y todo mi deseo nacía veloz, pero con una paciencia extraña, como si aceptara los consejos de la rubia y supiera que todo llegaría a su tiempo. Entonces solamente podía desearla... aunque la posesión estaba cerca, lo intuía.

Conocer su nombre no fue tan especial como esperaba. Inés, Inés, Inés. Lo repetí para darle sentido, lo repetí para encuadrarlo en algún pasaje... Pero a cada golpe, mi mente buscaba la imagen de su cuerpo. A pesar de mi orgullo, deseé ser su Juan. Hice bien en mostrarle mi enfado, pero muchacho en cascarón, ¿cómo iba a enfrentarme con semejante mujer? Ahora sería distinto. No, no jugaría conmigo, no le permitiría ofrecer y no dar, le obligaría a bajarse de su petulancia y a portarse como mujer. Haber cautivado a Teresa me había dado la seguridad del triunfo. Desde mi nueva faceta de conquistador, embaucar a una mujer casada suponía la confirmación de mis poderes. No conozco la relación que pudiera tener con su marido, pero romper la fidelidad de Teresa me daba el regusto de la victoria. Ahí habría deseado encontrarme a la rubia arrogante con su abuso de experiencia. Por otra parte, estaba convencido de que la chica platino iba a caer en mis redes.

Era una intuición... aunque no acertaba a saber si tendría que recordarlo en una secuencia, lo que implicaría su consumación en una historia irreal, o si volvería a encontrarla en alguna madrugada. Poseería a la rubia, sí, estaba totalmente seguro.

En realidad, Teresa permitió la conquista, porque entendió mi propósito ya subiendo en el ascensor. Se rió con Gaby cuando hizo de allanador del camino y él también se dio cuenta, por eso me dejó solo tan bruscamente, pero me halagó porque así me sentí como capaz para seducir sin gran ayuda a una mujer enamorada de otro hombre. No me fue difícil convencerla o presionarla ante cada negativa suya, pero ahora sé que sin su consentimiento desde el principio ni siquiera habríamos subido a su casa. Mía fue la conquista porque yo puse la iniciativa, pero no hubo artimaña o estrategia: ella quiso acostarse conmigo. Realmente, mi labor consistió en hacerle olvidar por unos minutos su condición de mujer casada. Y disfruté de su experiencia, de su buen hacer de amante que domina el instinto para disfrutar de cada segundo con plena consciencia. Supo dar pasión, supo dar calma, supo dar entrega... y placer desde la primera caricia. Teresa me consideró como un infante impetuoso. Gocé. Y aun con el respeto que me inspiró, dudé en unos días si repetir visita para repetir sesión. No, no volví. Estaba orgulloso de haberla poseído...

–¡Maldito donjuán! ¿Has profanado el lecho matrimonial? –me saludó Gaby.

–Siento haberte dejado solo. Perdona.

–No es nada, no es nada. Di, ¿has profanado el lecho matrimonial?

–No, no.

–Ya suponía yo que esa mujer no era fácil de engañar. Está casada, amigo. Y además, ¿de dónde te salió esa obsesión?

–Gaby, te equivocas.

–¿Que no está casada? Anda, no vengas con tonterías.

–Gaby, me he acostado con ella.

–Pero, ¿no has dicho que no?

–Me has preguntado si he profanado el lecho matrimonial.

–¿Entonces...?

–Lo hemos hecho en el sofá. Aún tengo sudor en la espalda. ¡Qué poco

transpira el cuero!

–Y tus pantalones están limpios.

–Sí, húmedos, pero limpios.

–Y ¿qué tal? Cuenta, cuenta.

–Impresionante. Y tú decías de la edad. Que vengan mujeres como Teresa y se quiten las pollitas. Ha salido genial. Y por cierto, tiene un cuerpo maravilloso.

–Impresionante, genial, maravilloso. Te ha debido ir muy bien porque nunca te he oído tantos adjetivos para una mujer conquistada. Ni por la gran Nuria.

Lo conté tal como lo sentía, no lo ponderé ni por prepotencia ni por castigar a Gaby con la aventura. Ciertamente, solía ser comedido en mis apreciaciones sobre las mujeres, pero esta vez deseaba contar las excelencias de Teresa.

–Gaby, si el matrimonio proporciona este aprendizaje en las mujeres...

–Te casas de inmediato.

–No, sólo me acostaré con mujeres casadas y cuarentonas.

–Pues Paola seguro que nada les tiene que envidiar.

–¡Ah, Paola! Sí, claro.

–Oye, Juan, no te puedes imaginar a Paola.

No, no me la imaginaba, pero conocí su forma de amar casi tan bien como el alfabeto griego. Callé y me abstraí mientras Gaby repetía con su soporífera pesadez lo buena que era Paola en la cama. Me vino a la mente Sonja. ¿De verdad que no se habría enfadado por la escenita con mamá? ¡Dios!, y ¿por qué recordar un beso me proporcionaba tanta sensación de paz? Debería sentir pasión, estremecimiento, buen sabor, repulsión o asco. Pues no, me invadía la paz y no podía impedir una sonrisa bobalicona en mi rostro. Sonja me transmitía tranquilidad y, sinceramente, apenas recordaba el perfil de sus rasgos, es decir, que no era su belleza la causa de la atracción.

–...y creo que la quiero, Juan. Estoy enamorado.

–¿Lo mismo que sentiste con Sonja, Gaby?

–No, qué va. A Sonja no le toqué ni un pelo de la ropa. Paola es

diferente. Se interesa por mí y eso me gusta. En cambio, Sonja simplemente se mostró amable. Sonja me atrajo por algo muy extraño que nunca sabré explicar.

–¿Era paz, Gaby?

–No sé, no sé. Está estupenda y eso me animó a ir a por ella. Pero después me agarró por el alma, vamos, digo yo, por nombrar algo que no se sabe lo que es... En fin, que estábamos hablando de Teresa. ¿Cuándo vuelves a verla, eh, pícaro?

–No. Se acabó esta tarde.

–¿Hay miedo al marido?

–Digamos que sí. La realidad es que lo mejor ya lo he disfrutado, porque la segunda vez ya no tiene el misterio de lo desconocido.

–Déjate de tonterías. Con Paola es mejor cada día..

–Ah, claro. Paola.

–Oye, págate la copa y vámonos, que Junio está al caer.

–Págate me dices.

–Por los servicios prestados, amigo. Te puse a Teresa en bandeja. Muy bajo el precio me parece.

–Vete a paseo, usurero. Apenas abriste la boca.

–Pero me fui en el momento justo, ¿o no?

–Está bien, está bien. Acepto.

2. Junio estaba al caer, cierto, y las noches olían a estudio, así que nos reclinamos antes de las diez y decidí repasar Griego. Griego y Sonja.... Sonaban lo mismo... y pensando en ella, estudié dos temas antes de irme a dormir.

Pasé de largo la primera clase. Había dormido intranquilo, a pesar de la paz de Sonja, a causa de la paz de Sonja, y desperté con deseos de verla. Cumplí con rigurosidad el proceso cotidiano, asear, vestir, desayunar, y caminé lentamente hacia la Facultad. Fui al despacho del departamento y pregunté por ella.

–Está fuera. Vuelve hoy por la tarde. Quiere que le deje alguna nota –se

ofreció atenta una señorita.

–Sí, por favor. Dígale que ha estado Juan.

–Le dejaré una nota. No la veré.

–Gracias.

Sin desilusión, como si el deseo flotara sobre el agua, busqué un banco en el pasillo, me senté, saqué los apuntes de Griego y releí hasta que sonó el timbre de fin de clase.

–¡Hola! –saludé a Manuel—. ¿Qué tal Elena?

–¿Qué tal Teresa? –me respondió.

–Gaby tiene la lengua viva, ¿eh?

–No es un secreto, supongo. Has caído en los brazos de una mujer casada.

–Corrijo. Una mujer casada ha caído en los brazos de Juan.

–Perdón, perdón. Rectifico.

Pasaron las clases en el tiempo justo. Esperaba la tarde y se hizo la una. Recogía los apuntes.

–Juan –oí detrás de mí.

–¡Sonja! –exclamó Gaby—. ¿Cómo estás?

–¡Hola, Sonja! –saludé con reparos.

–Creo que tenía que verte, Juan. ¿No es eso?

–Sí, sí, por lo del Griego. Te invito a comer. Anda, vamos. ¡Hasta la tarde, chicos!

Salí raudo por entre las butacas y esperé a Sonja en el pasillo. Tardó en llegar.

–¡Qué prisas! Me gusta saludar a mis amigos. ¿Tanta prisa te corre el Griego?

–No, no.

–He visto la nota y ¿para qué esperar a esta tarde? Por eso he venido a buscarte ahora, pero veo que incluso debió ser antes.

–No quería que Gaby supiera que he ido al despacho para verte.

–¿Por qué? Gaby y yo no tuvimos nada en común. No le debes lealtad. ¡Qué buen amigo eres! A ver, ¿dónde me invitas?

¡Buena pregunta! El anticipo se agotó. Mis bolsillos sonaban a hueco. Guardé silencio.

–¿Y así pretendes conquistarme?

–Nunca he pretendido conquistarte, al menos que yo sepa.

–Pero si soy tu novia... ¿o no lo recuerdas? –me lanzó.

–Mujer, espero que eso me salve de la bancarrota.

–Está bien, yo haré la comida. Mi compañera de piso está de exámenes en Barcelona. Iremos a mi casa. Te excuso la invitación.

–No, si yo lo digo porque... No te conté todo el otro día. Al aparecer tú como mi novia, mi madre informará favorablemente a mi padre y estoy esperando por ello una transferencia más suculenta de lo habitual.

–Así que fue por interés económico. Entonces, la invitación no caduca, se suspende. Y yo elegiré restaurante.

–De acuerdo.

Valoré que Sonja no se enfadara, a pesar de que la había utilizado. Incluso había planeado las palabras de disculpa si se hubiera enfadado. En cambio, su actitud me desconcertó y quizá sus palabras “ahora soy tu novia” las dijo con seriedad. Me halagaba pensarlo, y las deseaba ciertas, así lo deseaba sin saber por qué, pero tenía razones para dudar, razones fundamentales, como que yo no creía que Sonja quisiera ser mi novia, sino que con su ironía jugaba conmigo en castigo al episodio con mamá.

Sonja vivía en una casita baja, en el barrio de Torrero, que alberga gente sencilla y encantadora, pero que tiene halo de siniestro porque en su terreno se alzan nada menos que la cárcel y el cementerio. Entramos por un pasillo peatonal y avanzados unos pasos me detuve en seco. Sonaron unos ladridos espantosos.

–No tengas miedo. Es “Aníbal”, un buen amigo.

Lindante con su casa, en el jardín de al lado, se alzaba de patas sobre la valla un enorme perro que me miraba con desconfianza.

–Pórtate bien, Juan, o “Aníbal” dará cuenta de ti.

–Me hago cargo, me hago cargo.

La puerta de entrada daba acceso directo a un salón pequeño.

–Toma asiento. Tengo comida preparada y no tardaré en servirla.

Me acomodé en un sillón de mimbre. Las paredes rebosaban de acuarelas, algunas inmensas, tal que parecían ventanas con vista al mar, acantilados por un lado, playas desiertas por otro, y una gaviota picando la cresta de una ola, con una inscripción que decía Juan Salvador.

–Puedes ir poniendo la mesa –dijo Sonja desde la cocina–. Ven, por favor, y te daré los cubiertos.

Obedecí. Tomé platos y cubiertos y fui colocándolos con esmero en la mesa redonda de la esquina del salón.

–Me gustan los hombres aplicados en tareas hogareñas, ¿sabes?

–No estoy acostumbrado... pero no me importa.

Era agradable ayudar a Sonja.

–Ya puedes ir aprendiendo.

Con el flan del postre, le pregunté:

–¿Son tuyos estos cuadros?

–Sí, son mis pequeñas obras de arte. Pero estás castigado. No verás más de lo que tus ojos alcanzan, en penitencia por tu mala acción. Otro día será... espero.

No protesté.

–¿Quién es Juan Salvador? –pregunté señalando con la vista el cuadro del pájaro.

–La gaviota de Richard Bach, ¿no conoces su relato?

–No.

–Pues no te lo cuento, léelo. Por cierto, tú también eres Juan, quizá seas Salvador, y adivino gran parecido entre tú y la gaviota.

–¿Por encantador?

–¡Qué más quisieras, tío pedante! Tómalo como ejercicio. Lee el libro...

Prepararé café. Sentémonos allí –y señaló el sofá.

Obedecí. Sonja fue a la cocina y a los minutos regresó con dos tazas.

–Y bien, Juan, ¿te gusta la casa?

–Como su dueña... coqueta y maravillosa.

–¡Hummmm! Adulador, pero me agrada...

Se hizo silencio. Sonja dio unos sorbos de café y quedó ausente. Yo

pensaba en “coqueta y maravillosa”. Miré a Sonja con admiración. Sonja me miró con deseo... y nos besamos.

–Ven.

Se levantó, la seguí hasta el dormitorio, continuó el beso e hicimos el amor.

Al día siguiente, Sonja salía de viaje y no volvía hasta la víspera del examen de Griego.

3.Las clases se hacían más trascendentes, palpábamos de nuevo los días de los finales, y, sobre todo, en las asignaturas sin parcial, la asistencia a clase aumentó hasta llenar el aula. Tercero adquiría importancia para algunos de mis compañeros porque, cansados de la carrera, se conformaban con lograr la diplomatura para opositar al Estado en busca del sueldo seguro y de la rutina del papeleo, es decir, cobrar bien y pensar poco. Yo quería terminar la carrera, pero sin saber por qué.

Manuel estaba prendado de Elena y ella le correspondía. Resultaba casi imposible gastarle bromas acerca de su enamoramiento, pues o eludía con habilidad la conversación o giraba el argumento para ridiculizar al interlocutor. Pero no obstante, su brillantez académica no se resentiría, seguro. Era “carne de cátedra”, según Gaby. Por cierto, Gaby, desde el “affaire” con Teresa, permaneció distante de mí. Digo desde el “affaire” con Teresa, pero sospeché que la visita de Sonja a clase para buscarme le había punzado hondo. Apenas me contaba sus andanzas con Paola y quería herirme con comentarios sobre mis episodios amorios, principalmente de aquéllos en los que intervino para facilitarme el camino. Decidí soportar su mala temporada y evité tocar con él temas de mujeres. Pero Gaby me buscaba y al encontrarse con mi pasividad todavía se irritaba más.

–Querido Juan, dos puntos. Te comunico una noticia de última hora. Dativo ha decidido ultimar el cumplimiento sacramental.

–¿Se hace cura? –le interpeló Manuel con ironía.

–Ruego no interrumpas. La noticia es de interés para Juan. Continúo. Querido Juan, Dativo ha decidido ultimar el cumplimiento sacramental. Descartada la ordenación y dada su edad, le resta exclusivamente...

–¡La extremaunción! ¡Que se nos muere Dativo! –jaleó Manuel.

–¡Quieres callarte de una vez!

–Como hablas con ese tono tan solemne...

–Repito –¡qué pelma era Gaby!–. Descartada la ordenación y dada su edad, le resta exclusivamente, considerando su buen estado de salud...

–Casarse. ¿Se casa Dativo? –intervine.

–...contraer matrimonio.

–¡Digno tempo de Alfred Hitchcock! –le halagó, sarcástico, Manuel.

–Y ¿qué tengo que ver yo con su matrimonio?

–Evidente, Juan. Se casa con Almudena.

–¡Ah!, ¿y quién es Almudena? –preguntó Manuel.

–¿No la recordáis ninguno?

–No –dijimos al unísono.

–Almudena fue tu Pareja Ideal en la fiesta Paso de Ecuador. ¿Recuerdas? Iba loca por ti.

–Cierto –aseveré.

Y me vino un sabor de conquista inacabada.

–Pero, ¿qué pinto yo en esa boda? –le interrogué.

Gaby se infló.

–¿Vas a permitir que llegue virgen al matrimonio? ¿Lo vas a permitir? Una chica que lloró por ti... Tú no lo sabes, ¿verdad?... Lloró cuando la abandonaste en medio de la pista. Pudo ser tu conquista más sencilla. Y la despreciaste. Por error, supongo. ¿Vas a permitir que un chico tan poco agraciado como Dativo te arrebatase ese bombón?

–¿Qué quieres que te diga?

Me impactó la noticia. Debí contestar que nada me iba en ese viaje, pero me invadió el apetito por la fruta escondida. No pretendía tampoco darle la razón; además, no estaba muy seguro, así que dejar en sus manos la solución fue una buena salida.

–Un donjuán debe contestar rápidamente y con elocuencia. Me has defraudado. Sé que embaucarás a la chica, ¿no, Juan? Semejante beldad no puede quedar exenta de tus favores..

–Gaby, por favor, deja de ser retorcido. Dativo es un buen chico y no hay

que hablar así de él. Olvídate de esta historia –intervino Manuel.

–¿Hablo de Dativo? – soltó airado—. La cuestión se refiere a Almudena y a Juan.

–Hemos acabado la conversación –corté—. Me voy a estudiar.

Supongo que Manuel le dio una buena reprimenda a Gaby, pero el objetivo estaba cumplido: me había despertado el interés por Almudena. Los abandoné sin despedirme por no agriar la conversación. Habría tenido mucho que reprochar a Gaby. Deduje que su pretensión era presentarme una golosina para que al ir a catarla me fuera imposible... Lo cierto es que me volvía con fuerza ese deseo de posesión sin entender cómo ni por qué. Recordaba a la chica excesivamente bella, pero sin un ápice de atracción, con ojos apagados y voz estridente. Fue mi Pareja Ideal...y quizá por ese título me interesaba, quizá por ese título, nombramiento impuesto, la evité en la fiesta. Me vino el morbo. Pensé en Teresa, en su marido y en la conquista vespertina: una mujer casada podía presentar contundentes excusas para no dejarse seducir; incluso con toda su carga, el descaro de atraerla para tomar su cuerpo se convirtió en aventura fascinante. No digamos más entonces de lo que me inspiraba la empresa de hechizar a una inminente, y virgen, candidata al desposorio. Había que entenderla totalmente entregada a su prometido, enamoradísima, embelesada, rendida con la fidelidad de una novia romántica que admira con exclusividad al objeto de su amor... y así, el afán por conseguir lo imposible me desbordaba, un reto se abría ante mí como deseo de adelantar al caballo favorito en el Gran Premio. Lejos de asustarme, sonreí con frialdad. Dativo era un buen chico y un antiguo amigo, pero yo tenía el derecho por anticipación, es decir, justifiqué mi privilegio porque yo la vi primero. ¡Auténtico!, así pensé en el camino hacia el colegio... y sin un ápice de vergüenza.

Aquella noche, me tocaba estudiar Griego. Sonja. Haber hecho el amor con ella me condicionaba su recuerdo. Insisto, Sonja me daba paz, quizá ternura, pero entre tanto desconcierto por vacío y vacío con aventura y aventura no era capaz de comprender la sensación. Y haberme unido a su cuerpo me desorientó, porque creí en su entrega, creí en mi entrega, como un acto espontáneo. Se mezclaron Sonja y Almudena... con la duda sobre mi culpabilidad, culpable por desear a Almudena, culpable por no amar a Sonja. Desesperaba inmerso entre alfas y omegas y, en la batalla, me llegó el refuerzo

de la fidelidad. ¿A quién debía ser fiel... a Gaby... a Dativo... a Sonja... a mí mismo...? El refuerzo atacaba al recuerdo de Almudena, la supuesta fidelidad me sujetaba el deseo de la posesión, pero... ¿por qué no si la muchacha me apetecía?

4. Al día siguiente, preferí estudiar en la biblioteca. ¿Quién gobierna las casualidades?

–Tienes la chaqueta en el suelo –oí una voz tras de mí.

–¡Ah!, gracias... ¡Almudena!

–¡Juan! ¡Qué sorpresa!

–¡Chisst! ¡Silencio! –gruñó la vieja bibliotecaria, rata negra.

–Salgamos fuera –propuse.

Almudena me siguió.

–Precisamente, hablamos de ti el otro día –dije ya en el “hall”–. Recordábamos el paso de Ecuador.

Verla me impactó y me trajo de inmediato la intención de querer conquistarla. La sentí bella, como un manjar, aprecié su rostro en cada facción y todo él era perfecto...

–Sí, fue divertido –habló con un hilo de voz.

Evité conversar de su próxima boda, noticia que bullía insistentemente por mi recuerdo.

–Ha sido coincidencia habernos encontrado. Hacía tiempo que no venía a la biblioteca.

–Yo quería consultar el Tratado de Lengua.

–¡Ah!, pues lo compré. Si quieres, podría prestártelo.

–Gracias. Se han agotado los ejemplares. Como estamos en puertas del examen.

–Estás radiante, Almudena. No te favorecía el vestido de la fiesta.

–Gracias –contestó escondiendo la mirada.

–Sí, mujer, estás radiante. No es galantería. Creo que debo pedirte disculpas por aquel día. Me comporté poco amable. Estaba descentrado con la ceremonia. Debí haberte prestado más atención y así habría descubierto lo

que ahora aprecio.

–Gracias –susurró–. También estuve muy nerviosa.

–¡Oye!, ¿qué te parece si nos vemos para estudiar Lengua? En el Tratado están todos los apuntes de los cinco últimos temas. Podemos repartirnos el trabajo.

–Sí, pero yo por la tarde tengo clase. No creo que podamos.

–Encontraremos un hueco. Ahora hemos coincidido, ¿no? No me importa perder unas clases por la mañana.

–Por la mañana trabajo.

–Entonces, ¿el sábado? Claro, el fin de semana estamos libres los dos.

Había olvidado a Dativo. Le proponía nuestra cita sin tener en cuenta su compromiso.

–Salgo con un chico.

No me arredré, incluso me asombré de mi descaro.

–Es lo de menos. No creo que le interese la Lengua.

–Sí le interesa. Es compañero tuyo. Va al turno de mañana.

–¿Y no tiene el Tratado?

–No, tampoco. Podemos quedar los tres y repartirnos el trabajo.

Reaccioné rápido, ya pensando en la búsqueda del despiste.

–Buena idea. ¿Quién es el chico?

–Dativo.

–¡Hombre! Lo conozco. Estaré encantado. Puedo hablar con él mañana.

De todas las maneras... mira, quedamos a las cinco. Vivo en el colegio mayor La Salle. ¿Quedamos en la plaza San Francisco?

–De acuerdo. Tengo que ir a clase. ¡Hasta el sábado!

–Repito. Estás radiante.

No contestó. Intuí que se me presentaba un hueso duro de roer. Habría preferido una Almudena con desparpajo, resuelta, con labia, y no la timidez y el apocamiento de una chica frágil. Contra esto, me daba más dolor de conciencia buscar argumentos de persuasión. Y aparecía Dativo. Era imprescindible darle esquinazo. Imprescindible. No podría aguantar una tarde con ellos. Dativo me caía bien, pero no como novio de Almudena.

Disponía de dos días para pensar un plan. Rumié durante unos minutos, y no vi salida. Opté por continuar como alumno aplicado. Había tiempo.

5. Al llegar al colegio, el conserje me guardaba una agradable sorpresa. Había llamado Sonja y me dejó un mensaje: “Pienso en ti”. Leí la nota con ilusión, sí, ilusionado por ocupar el pensamiento de Sonja, ilusionado por tener un motivo para despertar su recuerdo y, entre los asuntos de Almudena, regresó el impulso de fidelidad. ¿Qué me ataba a Sonja? Tardaba en llegar el ascensor y decidí subir por las escaleras. Sonja se difuminaba, aparecía nítida Almudena. Nada existía de compromiso con aquélla, sé que atraía a la “reina”... y me vencía su cándida belleza, el ánimo de seducción, la conquista de una mujer bella y enamorada de otro hombre. Al llegar a la habitación, Sonja se había desvanecido, Almudena me excitaba. Miré la letra del conserje, leí dos, tres veces, y deposité la nota en el estante, junto a los libros de Griego. No acudí a cenar y estudié Lengua.

Gaby continuaba enfurruñado conmigo. Yo no pretendía guardar tirantez con él, y verlo en ese estado me llevaba a pensar que le estaba quitando la novia, Sonja, y no me parecía bien, no sé si por mi amigo o por la acción. Y ¿no pretendía lo mismo con Dativo?, pensé. Pero Sonja no era Almudena, Gaby no era Dativo, Almudena no quería saber nada de mí, Sonja... con ella la relación nacía espontánea...

Di por supuesto que Almudena me admiraba; recordé su rostro embelesado cuando bailamos el vals y su desilusión cuando la abandoné entre la multitud. Gaby, y no tenía razón para mentir, dijo que la chica lloró ante mi desprecio. Es decir, que con estas premisas, el obstáculo a vencer se alzaba en dos frentes: primero, el apocamiento de Almudena, aunque por experiencia —Raquel— confiaba en mis posibilidades; segundo, la presencia de Dativo, y para eludirla necesitaba ayuda. ¡Gaby!

6.—¿Qué haces mañana? —le pregunté.

—Veo a Paola. Nos vamos al parque con Manuel y Elena.

—¡Ah! Paola, claro... Pero eso será por la mañana, y ¿por la tarde?

—Hemos quedado para estudiar —informó Manuel—. Contábamos contigo.

—¡Hombre! Yo os iba a proponer algo interesante. Creo que os debo una

invitación... y precisamente mañana tenemos en el Pabellón un partido de baloncesto alucinante.

A los dos les gustaban los espectáculos deportivos, disponía de la última reserva de capital... y a Dativo le entusiasmaba el baloncesto.

–Y antes de tener encima los exámenes –continuó–, quería invitaros a ese partido.

–No está mal, pero dejábamos de ver a las chicas por estudiar... –opinó Manuel.

–De acuerdo, de acuerdo, acepto. Un buen detalle por tu parte –me agradeció Gaby de corazón –. Manuel, que de baloncesto también vive el hombre.

–Dentro de media hora abren las taquillas. Gaby, seguro que conoces a alguien que nos consiga las entradas.

–Sí, por cierto, una buena amiga está de taquillera.

–¿Lo ves? Podemos confiar en ti –guiñó un ojo a Manuel.

–Bien, toma. Yo iré a clase y os pasaré los apuntes. Cinco mil –las últimas– serán suficientes, ¿no?

–Guardaré las vueltas para unas copas.

Gaby se marchó veloz. Le agradecí el detalle y yo descansé al notarlo reconciliado conmigo.

Se sumaban casualidades, me acompañaba la suerte de los vencedores y había jugado bien las cartas. Me encontraba inspirado y pletórico por lanzarme a la conquista. Deseaba tener a Almudena frente a mí y... sí, ¿por qué no?, que presentara resistencia al envite, que me motivara para dar de mí lo más exquisito de las artes seductoras. Estaba seguro del triunfo final, Almudena se rendiría en mis brazos como una paloma ingenua, no importaban ni Dativo ni la virginidad, caminaba hacia la posesión, alcanzaría ese cuerpo perfecto, ese rostro insulsamente bello, y la sentiría entregada a mi voluntad, presta al placer proporcionado por su conquistador, sometida al deseo erótico que despertaba en cada poro de su piel al encontrar una mirada mía en su intimidad, al percibir mi calor sobre el suyo, al saberse objeto de amor de un hombre único.

–Te lo has ganado de nuevo. Eres un lince, Juan –me halagó Manuel.

–No pretendía que la invitación sirviera para esto, de verdad.

–Ya. A ti ni te va ni te viene el baloncesto. ¿Por qué entonces ese detalle? ¿Qué encubres?

–Tiene su explicación, Manuel. Me vais a ser de gran ayuda –dije en tono que movía a compasión.

–Estás deprimido. Mal de amores, claro. ¿Se llama Sonja? –¡maldito Manuel!

–Oye, oye, que no es para tanto.

Me tocó Manuel una fibra desgarnecida, pero reaccioné y le seguí el juego con ánimo de esconder mi estrategia. Manuel tenía la virtud de crearme buena conciencia y me sentía incapaz de contarle la inquietud por Almudena. Además, engañarle también era todo un reto.

–Aunque...

–Ya entiendo. Bien, bien, iremos mañana al baloncesto y estudiaremos juntos por la noche. No sé si necesitas ayuda. Te he visto estos días mucho más seguro de ti. Por eso me extraña. En fin, confía en nosotros.

–Gracias. Será cuestión de una tarde, creo –le dije con cinismo.

Al término de la siguiente clase, Gaby nos aguardaba en el pasillo con tres entradas en la mano.

–Buenas localidades, muy buenas. Si es que las llevo locas, muchachos. No hay nada como tener gancho con las mujeres, ¿verdad, Juan?, y se rinden a tus pies. Estaban reservadas, pero...

–Excelente, Gaby –le agradecí–. Veremos un buen partido. ¿Qué vais a hacer esta tarde?

–Nos quedamos a estudiar toda la tarde –me informó Manuel–. ¿Quieres venir? Repasaremos Literatura.

–Puede que vaya, sí. Me faltan algunos apuntes.

–Claro, te los han robado las chicas –dijo Gaby–. Tú de conquistas y los amigos a clase. ¡Qué año llevas!

–De acuerdo, de acuerdo. Pero los exámenes son los exámenes y no habrá más escapadas –aseguré.

–Por la cuenta que te trae – me advirtió Manuel.

Las primeras fases del plan se cumplían sin obstáculos. El terreno hacia Almudena iba despejándose, aunque todavía quedaba tentar a la suerte, a mi inteligencia o a mis encantos en un escalón más difícil de alcanzar. Respiré paciencia.

Después de comer, decidí disfrutar de una siesta. Me tumbé vestido sobre la cama y dormité pensando en Sonja. Sonja y Almudena, paz y pasión, fidelidad y conquista.

Desperté al cabo de una hora ligeramente aturdido. Busqué la carpeta de Literatura con los ojos medio cerrados y saqué la de Griego. Al retirarla del estante, cayó la nota "Pienso en ti". "Pienso en ti". La dejé sobre la mesa y deshice el error. Saqué del cajón de la mesilla la lista particular de teléfonos y la metí en mi cartera. Salí hacia casa de mis amigos para "acompañarles en el estudio", ya lo tenía decidido antes de contestarles con mi duda.

Me abrió Gaby.

–Hombre, Juan, buenas tardes. ¿Has leído los periódicos? Se ha caldeado el ambiente. Las declaraciones de un árbitro son explosivas.

–No, no he leído el periódico.

Que Gaby hablara del partido nada más abrir la puerta me dio el pie necesario. Parecía que un brujo me alfombraba el camino:

–No voy a poder ver ese ambiente.

–¡Cómo que no! Tenemos entradas, ¿recuerdas? Y ya no debe quedar ni una en taquilla.

–Recuerdo, sí, pero mañana tengo un compromiso.

–¡No fastidies otra vez, eh! Otra de tus chicas, ¿no?

Estuve tentado de contarle mi encuentro con Almudena y hacerle partícipe de mi plan. Al fin y al cabo, fue el instigador y me apetecía contarle el camino al triunfo. Silencié la verdad. Habría provocado un enfado serio, tanto en Gaby como en Manuel, aunque por distinto motivo. Pero no era un obstáculo. Mentirles se convertía en un aliciente más.

–Mañana por la tarde vienen mis padres.

–¿Oyes, Manuel? –gritó Gaby por el pasillo.

–¿Qué ocurre? –preguntó el aludido desde el salón.

–Que mañana el oportuno de Juan tiene deberes filiales y nos deshonra con

su ausencia. El anfitrión se esconde.

–¿Deberes filiales? –gruñó Manuel.

Desde la puerta, vi cómo fruncía el ceño con rictus de asombro.

–Sí, que vienen sus padres para rendir visita al hijo pródigo –aclaró Gaby.

–¿En sábado? ¿Tus padres? ¿Los dos?

–Sí –confirmé—. Y espero que me surtan de fondos. Estoy sin blanca.

–Bien, bien –aceptó Manuel.

–¡Oye! ¿Y qué hacemos con tu entrada? No es cuestión de desperdiciarla.

Podríamos venderla –sugirió Gaby.

–Hombre, tampoco me muero de pobre –apunté.

–¡Ja! ¿Que te creías que iba a devolverte el dinero? Después de esta faena, ni hablar.

–Quizá si invitamos a alguien... –planteé.

–Y ¿a quién quieres invitar? –me lanzó Manuel, con tono de provocación, entendí.

–No sé –dudé realmente no del invitado, sino de atreverme a presentarlo ante la actitud de Manuel—. Creo que Dativo aceptaría con gusto, ¿no?

–¿Dativo? –volvió a gruñir Manuel con cara de policía.

–Sí, ¿por qué no? –me salvó Gaby—. Le encanta el baloncesto y nos cae bien, ¿no, Manuel? Oye, Juan, ¿y cómo le avisamos?

–Creo que tengo su teléfono. He estado en su casa un par de veces, en sus fiestas, que son de aúpa. Me alegro de haber pensado en él –saqué la cartera—. Lo agradecerá, espero. Sí, lo tengo. Aquí está.

–Trae, yo lo llamaré. Me apetece dar una sorpresa.

Me arrancó la lista y se lanzó hacia la puerta en busca de un teléfono público. Desconcertante Gaby. Manuel me miró irónico.

–Es una buena acción invitar a Dativo.

–Se me ocurrió de repente. Podía haber sido cualquier otro, pero prefiero que sea él.

–Sí, sí. Dativo es la persona idónea. Anda, trae tus apuntes y veremos qué

te falta.

–No creo que sea mucho. Apenas he faltado a unas clases.

Al oír la puerta, me sobresalté. Cobraba importancia capital la información que traía Gaby.

–Asunto arreglado. He quedado a las cinco en la puerta siete del Pabellón. Me ha dicho que también quería estudiar, pero la idea le ha encantado, y más con el ambiente que se prepara. Tus padres, Juan, tenían que venir precisamente este fin de semana...

–No hay más remedio. Necesidad obliga.

–Bueno, a lo que estamos –dijo Manuel–. Tiempo tendremos de hablar de baloncesto... y de Dativo.

–Por cierto, ¡qué buena está Almudena! –exclamó Gaby.

–Acércame tus apuntes, por favor –le pedí.

Aprovechamos bien la tarde. Completé mis clases de Literatura y nos centramos en Valle-Inclán. Me venía un poso de Bradomín aun con dudas sobre lo de ser feo, católico y sentimental.

Continué la noche del viernes y la mañana del sábado imbuido en la Literatura, esperando hartado de paciencia el desenlace de la cita a las cinco en punto de la tarde. Descartaba, ni pensarlo, la posibilidad de un plantón. Almudena acudiría rebosando libros y apuntes de Lengua. ¡Faltaría más! Y no estaba yo para dudarle.

7.No cuidé en extremo mi indumentaria, pero sí presté atención en cambiar las sábanas y en perfumar ligeramente mi habitación. Investigué la mejor manera de alumbrar el ambiente y comprobé que las rendijas de la persiana permitían pasar una luz suficiente y sugestiva. Ordené los estantes y dejé el Tratado de Lengua sobre la mesa. Tenía una buena encuadernación. Decoraba.

Las cinco me dieron bajo el pedestal de Fernando el Católico, que no sé qué tiene que ver con San Francisco, pero el libertino rey presidía la plaza. Almudena no estaba. Aguardé más de un cuarto de hora sin ápice de intranquilidad. Vendría, estaba segurísimo. Y llegó, no podía faltar. Apareció paseo abajo mirando inquieta de un lado a otro de la plaza. Se había recogido el cabello en un moño alto y desaliñado adrede. En una mano llevaba una especie de maletín y en la otra dos libros, dignos manuales del

idioma cervantino. Le saludé.

–Buenas tardes, Juan. No viene Dativo, ¿sabes?

–¿Y eso?

–Se ha ido al partido de baloncesto. Me ha dado saludos para ti.

–¿Le has dicho que venías conmigo?

–Sí, claro, ¿por qué no?

–Sí, claro.

Y Dativo estaba con Manuel y Gaby. Buen lío me tocaba para mañana. En fin, domingo y Santa Misa en la capilla del colegio. Rezaría.

–He traído todos los apuntes. Quiero completarlos con el Tratado.

–Por favor. Perdona, dame los libros, yo los llevaré.

–Gracias.

–Estás radiante, Almudena. Guapísima.

Le subió el sonrojo. No era mala señal, no.

–Vivo muy cerca. El colegio está ahí al lado y estaremos cómodos en mi habitación.

–Bien, vamos.

Dejé que anduviera unos pasos y observé su silueta. Decididamente, la chica respondía a un prototipo: piernas largas, talle triangulado, caderas estrechas... y su rostro, ojos acastañados, redondos, grandes, labios delgados, pómulos ligeramente pronunciados, nariz menuda. Digna Diana, por Júpiter. Caminó a mi lado mirando siempre al frente, y la percibí a la defensiva, tensa, como intentando dominarse y quizá deseando dar marcha atrás. Le rocé la espalda al cederle el paso para entrar al “hall”. Evitó el contacto con un paso más largo. Presentaba combate Almudena. En el ascensor, me pasé de galante.

–Nunca estuve tan solo con una mujer tan bella.

El halago le caló. Sonrió algo frívola y el sonrojo fue menos aparatoso.

8.Entró a la habitación sin reticencias. El perfume suave cuajó en la intención. Daba al ambiente un toque personal. La invité a sentarse junto a la mesa y me acerqué una silla a su lado.

–Aquí tengo el Tratado.

Llevó su mano hasta la tapa y, antes de que la abriera, la tomé por la muñeca, la giré para mirarle al rostro y le hablé con delicadeza:

–Me equivoqué en la fiesta. Somos la Pareja Ideal, ¿no crees?

Escondió la mirada y, temblándole la voz, contestó:

–Ocurrió hace cuatro meses. Hoy es diferente.

–¿Por qué? Somos los mismos.

–Sí, pero me caso en Julio.

–Nada puede evitar que me atraigas, Almudena.

Calló. Le tomé las dos manos y las deposité en mis rodillas, mirándola con fijeza durante unos segundos. Levantó la cabeza y entornó los ojos. Sentía el temblor de sus dedos. Me incliné hacia sus labios, pero se mantuvo firme un momento sin responder al beso.

–No quiero besarte, Juan. He venido por el Tratado de Lengua, no a conocer a un conquistador barato.

Sufrí sorpresa, lo admito.

Uní sus manos y las acaricié. Almudena apenas cedía en su tensión, pero me permitía continuar. Levanté su barbilla, llevé la mano a su nuca y atraje su boca a mi boca. Respondió, abrió los labios con temor y me rodeó tímidamente con los brazos. Sin interrumpir el beso nos pusimos en pie. Almudena contenía la excitación y sentirla aún distante me dio motivo para tratarla con ternura. Medí el abrazo, medí las caricias y contuve el beso. Su cuerpo esbelto se acercaba más y más al mío, sus manos recorrían mi espalda, emitía jadeos entrecortados... y se mantenía lejos, con una lucha entre el instinto y el corazón que no lograba concluir. Deseaba entregarse, deseaba abandonar el cuerpo al impulso, pero su sentimiento residía en otro lugar, con el jaleo de canasta a canasta. Se retiró de mis labios, pero intensificó el abrazo. Alargaba el cuello, apretaba los dientes y cerraba los ojos, y así, mi estímulo aumentaba.

–Vete, Juan, suéltame –susurraba.

El cabello recogido dejaba a mi merced una piel dulce que quise saborear. Deslicé mis labios hasta el lóbulo y lo oprimí entre ellos. Almudena se estremeció y giró la cabeza. Me asía los hombros con fuerza y dudaba si separarse o fundirse conmigo. Le desabroché el primer botón de su blusa y la

besé en el nacimiento de los senos. Continuaba ausente, con temor a dar el triunfo al instinto, pero sus venas se encendían con cada latido y querían salir de su cuerpo. Ella buscó mis labios, por fin, y me dio su cuerpo en aquel beso. Respondí con ardor, porque era ya el signo de sumisión y deshice el obstáculo de dos botones más. Suavemente, la arrastré hacia la cama y con un leve empujón, sin interrumpir el beso, caímos sobre el edredón. Almudena se ciñó a mí.

–Juan, no seas cruel. No quiero seguir. Déjame, déjame –rogó ya sin dureza.

Contesté colocándome sobre ella.

–Olvídate de mí. Quiero irme de este sitio. Suéltame, Juan –siguió con tono de súplica.

Pero su cuerpo hablaba otro lenguaje. Sin dejar de acariciarla, me quité como pude la camisa y mi piel tocó su piel. Regalándole otra vez mis labios, le desabroché la blusa por completo, y le ofrecí un abrazo sutil. Ya la sentía en mí. Le rodeé la cintura con las manos y moví sus caderas contra mi vientre. Con los labios entreabiertos me pedía que no me detuviera. Ella se desnudó. Quería entregarse, quería ser poseída y no dudé. Me deshice igualmente de la ropa que lo impedía, besé su cuello y se arqueaba una y otra vez, me ofrecía su cuerpo en una entrega sin condiciones, pero aguardé, deseaba contemplarla sometida a mi conquista, deseaba saber que pensaba exclusivamente en mí para darme todo lo suyo. Y me recreé en la imagen. Una mujer bella, la más bella, la reina, rompía sus valores y su ideal para presentarse en ofrenda a Juan Lozano. Se había rendido, era mía como triunfo para un tablero repleto de muescas, como respuesta al desafío del escocido Gaby, como provocación a la rectitud de Manuel.

La hice mía en un ritual de dominación y, con sus gemidos de dolor y placer, mi rostro se transformó en una sonrisa de victoria. Me olvidé de ella por completo, disfruté del instante del vencedor, y la poseí lentamente, en un éxtasis egoísta que culminó en un orgasmo sublime.

La habitación se quedó en silencio y el perfume suave se mezcló con el aroma de mujer satisfecha.

–Eres un cerdo, Juan. Nunca te lo perdonaré.

Almudena me apartó, recogió su ropa, se vistió, tomó la cartera en una mano, los libros en la otra y, sin decir otra palabra, se marchó.

“La rubia pronuncia Inés como si yo tuviera la obligación de admirarme al oírlo.

–Pero Inés, ¿qué Inés? Quiero saber más.

–No es tiempo todavía. Cuando sepas realmente quién eres, entonces podrás comprender quién soy. Ahora debes cultivarte en el amor para llegar a mí como deseo.

Habla sensual, pausada, intentando que sus palabras emitan un influjo hipnótico. Todavía estamos abrazados y siento recibir fuego de su cuerpo.

–¿Qué hago yo aquí? Si me has traído por un motivo oculto, tengo derecho a saberlo.

–Necesito tenerte cerca... por los siglos venideros.

Acurruca su mejilla en mi hombro y suspira. Alarga los brazos para sujetarme con más fuerza y con la presión cálida me estremezco. Cada segundo que transcurre en el silencio de esa situación va aumentando mi deseo de amarla. Con los labios rozando mi cuello sigue hablando.

–Hace tiempo supe que eras el elegido para ser el dueño de mi alma, y tuve que esperar pacientemente. Estoy dotada de poder para buscarte, conquistarte y enamorarte.

–Y si lo has conseguido ya, ¿por qué seguir esperando?

–No, todavía no. Eres un muchacho inexperto que huiría de mí. Me duelen sus palabras. No quiero huir de ella.

–Estoy contigo, ¿no?

–Pero no puedes amarme todavía. No eres el hombre que yo espero. Debes recorrer un camino largo hasta el día en que regreses. Tú serás quien decida volver aquí. Te aguardaré en el mismo lugar donde nos encontramos.

–Y ¿qué me va a ocurrir hasta entonces? ¿Por qué debo cambiar?

–Tendrás nueve experiencias que te proporcionarán el valor y la fuerza que yo necesito en ti. Deberás ser un hombre seductor con conocimientos para hacer temblar a una mujer con tu presencia. Deberás cultivarte en el

arte del amor y descubrir sus secretos para ofrecérmelos.

Levanta el rostro, me mira, sonríe y acerca sus labios. Nos unimos en un beso suave.

—...entonces, sólo entonces, serás mi hombre. Serás Juan.

—Soy Juan.

—No, todavía no. Lo serás cuando recuerdes este momento. Sólo entonces podrás volver a encontrarme. Y te estaré esperando para entregarme a ti porque serás mi hombre. Entonces, sí, serás don Juan.”

INÉS

En los siete años transcurridos hasta este momento, nunca he repetido eventos similares, quise (y casi pude) borrarlos de la mente, pero cuando me atacaba el recuerdo, necesitaba un buen puñado de relajación y ansiolíticos para alejar cuanto antes a la rubia. Llegar hasta la conclusión que ahora voy a contar me provoca a la vez pesadumbre y desahogo. He releído lo escrito y no voy a cambiar ni una coma, así tal como aparece ocurrió, pero tendré que hacer un esfuerzo inmenso para desembrujarme con el vómito de este final inesperado (?).

...

Tras el feo asunto con Almudena –me llevé un puñetazo de Manuel, varios insultos de Gaby y Dativo no se enteró–, los dos años y pico hasta que escribo han sido, en general, mucho más normales que el tercer curso. Y en lo que no fue tan corriente intervino la rubia platino, Inés, que me hizo hombre y al décimo descansó.

Haber poseído a la difícil Almudena me dio un aire de arrogancia. Durante la semana siguiente a la conquista, con el desprecio de mis amigos, ejercí de petulante en cada contacto con féminas y similares. Me sentí colmado de un poder inmenso para dominar y creí ser el “Rey de la Fiesta”. “Ahora Dulce no escaparía”, pensé. Estiré el cuello cual avestruz alcahueta, acicalé mi presencia cual mona en una tienda de bisutería y me sumergí en perfume caro –llegó el cheque– cual maniquí principiante. Con tanto cual parecía un arreglo de quirófano. ¡Qué semana! Si alguna chica se acercaba –¡pocas; las espantaba!– para coquetear, lanzaba una retahíla de presunciones acerca de su ínfima condición para gozar de mi exquisita compañía. Así de solo estuve,

pero disfrutaba con mi imperio de galanura. Lucía osó la desfachatez de querer repetir clases de Griego –Lucía, prostituta de postín– y vino a mí con la seguridad de acercarse a un pardillo. Bien me resultó como venganza. Le di dos quites con silencio, desprecio y altanería. La chica no se rindió, como en Noviembre. Reía con su grupito. Se creía con derecho. La miré, las miré, con sonrisa de sarcasmo. En el pasillo, con sus acólitas a la espalda, me atacó de nuevo y por última vez. Solté parrafada de Tenorio:

–No insistas, mujer de muchos, consuelo de vicio. Yo sólo vierto en cavernas limpias y puras. No eres vaso para mí.

Y me di la vuelta lentamente, erguido, superior, imaginando caras de asombro y prestigio aplastado.

Almudena fue melaza entre mis labios. Agradecí que huyera tan deprisa; con insultos y enfados o sin ellos, doy las gracias porque evitó ese incómodo poso de conciencia que se mueve después de satisfacer el instinto con un método ilícito. Quedé en mi cama con el rostro radiante –ni esperaba a la rubia–, recordando su cuerpo virgen acalorado entre mis brazos y mis palabras. Fui demonio y la poseí. Placer de dioses. Su belleza insulsa se convirtió en pastel presentado ante Su Majestad. Tomé bocado con deleite y saboreé hasta la última pizca de chocolate. Y la lucha, su oposición, daba más mérito a la victoria. Permanecí sentado en la cama con sonrisa de triunfo hasta que su aroma se diluyó con las secuencias de la rubia platino.

Inés había sucumbido, estaba entregada... su mejilla en mi hombro... sus labios... De rey a emperador. Mi magnetismo, incluso en la ingenuidad, la había cautivado. Me besó.

Cambié la sonrisa de triunfo por la ansiedad de reanudar lo inacabado. Inés cedía en su posición de autoridad y se sometía a mi presencia, pero en lugar de darme opción a poseerla, se escabulló con su constante vaticinio. Y me inquietó. Conforme rehice nuevamente la secuencia, comprendía que su deseo no era testimonial, era verdadera codicia por “tenerte cerca... por los siglos venideros”. Creo recordar que me asustó, por un instante me asustó. La satisfacción por haberla sentido cerca de mí dio paso a la angustia por entenderme sujeto a su dominio –yo debía poseer, no ella– y la rubia emitía su influjo para convertirse en amante eterna. Además pronosticó: “Tendrás nueve experiencias...” Nueve aventuras que realmente habían sucedido y que con

cada una de ellas tomé experiencia de seductor, seguridad en la conquista, fuerza, valor. Igualmente: “Tú serás quien decida volver aquí”. Sí, también atinó, aunque, mientras pensaba esto, no habría sabido decir si deseaba regresar para culminar la posesión o para desvelar el misterio; pero no cumplí la premonición a rajatabla, no acudí con premura a causa de ese miedo, por momentos rabia o soberbia, a someterme a su dominio. Y el amor propio podía impedirme ceder a su predicción ... aunque... Profundizando en el recuerdo, conseguí calmar mi temor a encontrarme con una hechicera, encuentro que de verdad deseaba. La rubia no era infalible, había errado en sus vaticinios. Repasé mis aventuras. Desde el episodio inicial hasta la última secuencia, me acosté con nueve mujeres, sí. Enumeré: Lucía, Marina, Beatriz, Anais, Dulce, Nuria, Raquel, Teresa, Almudena... nueve mujeres impuestas por una u otra circunstancia. Ahondé en la película: nueve retratos colgaban de su pared junto a los hombres barbado y calvo. Ella deseaba, imponía que fueran nueve. Pero, ¿y Sonja? Sonja no formaba parte del proceso. La rubia falló como erró con Nuria –Nuria no fue mujer de un día–.

Y con el convencimiento de su falibilidad, disminuyó esa rabia–temor de entenderme dominado. Puede que pensar en Sonja resultara de ayuda, pero, ¡qué distinto! La paz de la ayudante, que antes me confortó, ahora me agobiaba y aparté toda su influencia sobre mí. Casi estuve a punto de incluirla dentro de mis conquistas, de adjudicarle un papel superfluo en la historia. Casi caí en el extremo de considerarla seducida por mis poderes, sin ayuda o intención suya. Hoy me duele. Sonja nada tiene que ver con el grueso de esta larga caricatura... Pero como deseché la ayuda de su transparencia, como había descubierto los errores de la rubia, me alimenté de arrogancia y caí en la convicción de ser un “rey” por mérito propio, me juzgué un ser único, y en esa supremacía, mi primera acción fue sobreponerme al deseo de esa mujer que decía llamarse Inés: no acudiría al banco donde la encontré... ella vendría hasta mí, tal como yo lo deseaba, tal como ella lo deseaba... Algo me revelaba que volvería a verla, pero no iba yo a dar el paso para que sucediera...

Sin embargo... ¡qué semana!

Y por esa superioridad, me salté la primera madrugada de domingo que debía llevarme a la rubia –estaba convencido de que el reencuentro tenía que ocurrir el mismo día, a la misma hora, en el mismo lugar, que nueve meses

atrás—. Ese sábado me encerré en la habitación y estudié plácidamente hasta pasadas las dos de la mañana. Las reflexiones y la decisión me habían llevado de la soberbia a la seguridad, y cada folio de apuntes pasó ante mis ojos como un certero sobresaliente, quizá matrícula. Me acosté y no dormí, me pudo la inquietud. El destello de las agujas del despertador me marcaron el paso de los minutos hasta las seis de la madrugada: más de tres horas que trajeron las secuencias platino a mi mente. Luché por conciliar el sueño, pero cada frase se iba marcando como un hierro candente. Intenté alejar el recuerdo. Imposible. La rubia se sujetaba a mi memoria y, nunca su presencia, sino sus palabras y su actitud me iban envolviendo con reproche por faltar a su cita. Noté el embrujo y salté a encender la luz. La sentí en la habitación, en cada mueble, en cada libro, junto a mí, sobre la almohada; el aire se impregnó de su influjo. Grité: “¡Fuera!”. Y con el desahogo de ese imperativo me creció la soberbia y me creí con poder sobre ella. Quizá la luz, quizá el grito, quizá el desahogo, quizá mi poder, sirvieron para devolverme la calma, y con las saetas partiendo en dos la esfera, hora de la rubia, me volví a dormir.

El domingo no salí del colegio por culpa de una extraña obsesión. Media hora solamente quedó la habitación vacía, tiempo para comer, sin postre, y en ese tiempo temblé de incertidumbre. Temía que algo pudiera ocurrir sin mí por mis dominios. El resto del día, hasta las nueve en punto de la noche, Tirso de Molina y José Zorrilla, ensoñadores de don Juan, me acompañaron sin remedio. Releí el Burlador y bucéé en el Tenorio romántico simplemente porque sí. Examiné cada párrafo escrito para el conquistador y me enamoré de cada una de las mujeres seducidas como si yo mismo las hubiera poseído. Pudo ser Dativo el duque Octavio, y Manuel, el Capitán Centellas... pero no tuve duda en imaginar al Comendador con bigote puntiagudo y calva escandalosa. Don Juan, cierto, tendría barba... Y encontré, y desgajé, en boca del Tenorio y de doña Inés los versos enmarcados por la rubia. Con talante distinto al tomado en el trabajo de Crítica Literaria, me imbuí del personaje. El impulso para desmenuzar las páginas me vino como entonces, pero las sensaciones percibidas me iban dando un convencimiento grave: creía leer una biografía propia, y me supo a triunfo el desarrollo de las aventuras, la arrogancia del protagonista, su falsedad; sonreí ilustrando los pasajes amatorios con imágenes repletas de erotismo, las muchachas entregadas,

Aminta, Tisbea... doña Ana... Inés. “Tan largo me lo fiáis”. ¡Querida novicia!, cara de niña. Leer a don Juan loco de amor por Inés... Desmenucé la carta de pasión... “¿Qué es lo que me pasa, ¡cielo!, que me estoy viendo morir?”.

El rostro vivo de Inés desbancó el fin condenatorio del Burlador, mandé a un aparte al Comendador voceras y me sumergí entre los hábitos para conocer un cuerpo amado y deseado. Sonreí a la estatua, ¡falso espectro!, ¡tan largo me lo fiáis!, “que el amor salvó a don Juan”... Y un punto de altanería me hizo poseedor de un carisma único. Destrocé la moraleja de Tirso y ensucíé la clemencia de Zorrilla. Con la mano de Inés, asumí la arrogancia que el conquistador esparció por Italia, y creí que solamente ella era digna de tomar un poco de mí, nadie más; aunque el inmenso mundo de féminas esperara conocer un soplo de mi aliento, mi importancia como el hombre dotado de la perfecta capacidad para amar impedía que piel de condición lacaya se rozara con la mía. Me había convertido en el prototipo de espécimen amatorio y sólo las elegidas gozarían de mi calidad. Agraciadas resultaron Lucía, Marina, Beatriz, Anais, Dulce, Nuria, Raquel, Teresa y Almudena... ambrosía para las ninfas... pero ni una de ellas sería entonces elegida... Don Juan era carne sublime...

La rubia cumplió su trabajo a la perfección. El domingo, a las seis de la madrugada, debió sonreír presuntuosa ante el resultado de la tarea que comenzó nueve meses atrás. Había convertido a Juan Lozano en un dechado de cualidades eróticas, en un ser seguro y pedante que admiraba a un personaje literario y que creía ser una nueva versión encumbrada de Eros poseyendo a Afrodita. Del muchacho de partida sólo restaba una pizca de amor propio que se diluía en la certidumbre de querer ser dueño de la situación. Y campé, durante una semana, por la Facultad y alrededores, como el niño imbécil al que su abuelita le ha revelado que es el más guapo del mundo. ¡Qué figura de don Juan! Almudena, virgen como Inés, prometida como Isabela... Teresa, Raquel... Almudena, último triunfo, último peldaño, me arrojó al trono de la insensatez.

Manuel me saludó con un puñetazo. Sentí sus nudillos en el mentón como el reproche de un amigo noble, pero más los envió porque se supo manejado. No dijo una palabra, sus ojos hablaban lo suficiente, y desvié la mirada. Intenté responderle con cualquier excusa, pero callé. Al instante en que el dolor pasó, abandoné el cargo de conciencia y tomé lo ocurrido como un suceso sin importancia, acaecido por obligación, necesario por haber gozado

de un placer exquisito. “Volvería a hacerlo”, me dije. Y Manuel así lo entendió, por lo que me dio la espalda y evitó cruzarse conmigo en toda la semana. Me abandonó con despecho y sé que sufrió. No era muchacho para tomar esas decisiones tan drásticas y aún creo que su actitud de alejamiento se debió más a táctica para hacerme reaccionar que a causa de los hechos. Confieso que tan embrujado estaba que no me importó. Nadie podía impedirme ostentar mi condición, ni siquiera Manuel, porque la cumbre se reservaba exclusivamente para mí. ¡Pobre Manuel que se conformaba con Elena! El chico no alcanzaba a entender que había golpeado a un hombre único. Era perdonable. Durante aquellos siete días, ni el aplomo de Manuel habría podido vencer el halo ególatra que sufrí. Con el tiempo, supe disculparme y lo aceptó. En cambio, Gaby, bendito Catalinón...

–¡Cómo nos has engañado! Y pensar que te la puse en bandeja. Oye, que se va a casar en Julio y seguro, seguro, que te las has tirado, ¿no es verdad?

–Cierto, Gaby. No se resiste ninguna.

–Es verdad. Ni las vírgenes. Bien, bien, y ahora, ¿quién tiene la vez?

–Tendré que elegir. No me conformo con cualquier bocado.

–¡Eh, eh!, tío creído, que no eres don Juan.

–¡¿Cómo que no?!

Gaby se rió con esta exclamación. Me tomó como lo que le mostraba: un ligonzuelo petulante. Siguió contándome sus sesiones con Paola. “¡Cómo ama Paola, cómo ama!”, y le escuchaba con sonrisa de superioridad, pero sin descubrirle mi engreída opinión. Me ofreció opciones de conquista y quería colaborar en tareas de ayuda, pero no necesitaba a Gaby, ¡qué va!, ni de Ciutti ni de Catalinón, y lo rechazaba con miradas de desprecio que él recibía como diversión:

–¡Estás bueno, Juan! Te pueden las mujeres. Has cambiado a niño tonto. Me alegras, me alegras.

Y cuando oyó el desprecio a Lucía:

–Eres imposible. Tú quieres a una rubia platino con ojos de esmeralda, pechos de alabastro y piernas de Carrara. Terminarás acostándote con la Maja de Goya y te condenarán por agujerar una obra de arte. ¡Baja de la nube, fantasma!

Me quedé con lo de la rubia platino. No era nueva la sensación. Sus

labios, boca menuda, piel encarnada, sensual. Inés. Había rechazado su llamada. Quizá me esperó frente al banco la madrugada del domingo... Y ahora, con ansia, deseaba haber acudido, porque su recuerdo, su voz cálida, su embrujo, seguían presos en mí. “Estás obligado a seducirme”. Vaticinio cierto. “Inés, alma de mi alma, perpetuo imán de mi vida”. Inés emitía su atracción como un señuelo y estaba dispuesto a iniciar el camino hacia la conquista. Si ya despreciaba a cualquier mujer, la rubia se iba convirtiendo en única meta para cederle mi cuerpo... y mi alma. A cada lance de arrogancia, las secuencias con su piel desnuda, con sus pechos erectos, con su vientre terso, con su mirada cautivadora, iban bombardeando mi deseo y me imbuía de necesidad por acercarme hasta ella. Si durante aquellas horas lejanas me dominó por autoridad, ahora lo conseguía por atracción, y en ambos casos, por hechizo. Y desde mi vanidad, comencé a esperar con impaciencia la siguiente madrugada de un domingo de embrujo.

Sinceramente, hoy, cuando escribo, repaso aquella semana y algunos otros días entre aventura y aventura, y cuánto me río. ¡Qué hizo la rubia de mí para convertirme en el paradigma de hombre lelo! Hasta miraba de forma arrogante las paredes de la habitación. Si hoy me encontrara yo con un ejemplar semejante, le daría un poco de sarcasmo, me carcajearía en sus barbas, porque barbas llevaría –yo estuve a punto–, y le regalaría puerta con elegancia supina. No soy amigo de arrepentirme de nada de mi pasado; lo asumo, lo acepto, pero qué poco positivo puedo encontrar en esos días. Quizá estudié mejor; quiero decir que al atacar los libros con esa superioridad, conseguí resultados más que aceptables, pues creírmelo el más atractivo y el más inteligente me proporcionaba un talante por el que suponía fácil cualquier tema de cualquier asignatura. Y qué más. Incluso por las mañanas, frente el espejo, recuerdo cómo entonces miraba mi rostro, mi piel, mi cuerpo y cómo imaginaba destellos púrpura en cada milímetro, en cada vericuetto, en cada sonrisa, en cada expresión. Desolador.

En ciertas ocasiones, me cargo de culpabilidad con Almudena. Y me alegra que así sea, porque me demuestró que he recuperado la dignidad. Me consuela que se casó con Dativo sin prejuicios y que ambos me tienen entre sus amigos.

De Raquel apenas he recibido noticias. Paola me contó que se perfilaba como una excelente diseñadora de moda y que se había marchado a Madrid.

Tanto ella como Elena le habían perdido la pista. Por cierto, también Manuel y Elena continúan su relación. Teresa y la chica recatada me vienen con un sabor agridulce. Me supongo partícipe de un episodio especial en su vida y creo que no me recordarán como un mancebo descarado.... aunque Raquel... en fin, espero que no practique la brujería.

Marina y Beatriz podrían ser mis asignaturas pendientes. Tanto una como otra me utilizaron y, por eso, al haberme sentido como objeto usado y tirado comprendo cómo el conquistador Lozano, don Juan, no tiene justificación para existir. Beatriz me dejó más encanto, qué bella. Tampoco he vuelto a verlas y, si alguna vez siento aquel impulso de arrogancia, desearía manejarlo para repetir las dos aventuras y dejarles claro que nadie, y menos yo, es juguete de nadie. Aún me queda un puntillo de orgullo, caramba.

Lucía siempre me ha resultado indiferente, desde el primer día en que me solicitó como profesor hasta su último intento fallido. Tengo para ella algo así como un tufillo de simpatía, por su frescor y por su descaro, digo yo, pero nada relevante. La recuerdo con sus gafas de empollona y su moñete gracioso.

Nuria se ha convertido en una excelente actriz de teatro. No terminó la carrera, emigró, gracias a su representante, a Barcelona, y un importante productor de cine se ha fijado en ella. Triunfará, no tiene otro remedio. Sabe que me agrada recibir sus cartas y cada vez que ha estrenado una obra me envía unas letras y una fotografía suya con la vestimenta del personaje. Al pie, siempre incluye la misma posdata: "...y tú no querías cárcel, sino volar hacia una estrella...". ¡Querida Yerma! Me alegra no ser su Juan, pero Víctor...

Anais, qué dolor, qué fatiga.

He dejado a Dulce para el final del recuento de mis aventuras. No es casualidad, ni tampoco lógico, porque debería haber hablado de ella en primer lugar. Dulce aún aletea por mi memoria con un vuelo insistente y a veces apasionado. No, no la he encontrado, ni he intentado buscarla, sigue oculta y así lo prefiero. Si cuento de ella ahora, aquí mismo, es porque he dejado correr mi recuerdo por entre las otras mujeres para comprobar si su presencia volvía a nacer con igual fuerza. Así es, nada cambia, ni creo que lo haga. La mujer sombría está anclada en un lugar inconsciente que no domino por más que hurgue en mis neuronas. Y su imagen aparece suavemente, sola, única, sin nada alrededor, pero con un imán poderoso. Me empuja a pensar en ella y cuanto más insisto en evitarlo, más me arrastro hacia su misterio y caigo en el recuerdo apasionado...

Sonja está conmigo.

Los nueve meses de tercero me saben a extraño. No renuncio a ellos ni tampoco me arrepiento, al fin y al cabo no tuve pleno dominio de mi voluntad. Desde el episodio de la madrugada hasta el domingo de la semana alta, pasé por unos estadios de personalidad que hoy valoro como experiencia interesante. Soy consciente de que pienso así porque los he superado. Probablemente, si todavía estuviera sumergido en ese devenir, continuaría suspirando por la rubia y despreciando a cualquier otra mujer de “inferior condición”, amén de que en momentos de lucidez me riera de mí mismo, aunque sin movimiento alguno para buscar el cambio de actitud. Ahora ni soy el adolescente parvo anterior a Lucía ni el altanero y vacío conquistador siguiente a la virgen Almudena, pero debo reconocer que el paso de lo primero a lo actual –me siento satisfecho– no habría sido posible sin los meses salpicados de las chicas y de la rubia. La causa de que todo ocurriera así todavía no quiero entenderla, pero haberla, hayla, y no convencional, sino al contrario. Embrujo, influjo o maleficio, la calificación no es imprescindible. No soy enemigo de las ciencias ocultas ni tampoco acérrimo defensor... Sin embargo, esa mujer rubia platino y mi transformación, sus frases y mi comportamiento, el desenlace... es difícil hallar explicación.

El verano en casa de la familia, el curso aprobado en su totalidad y un par de cartas de Nuria bastaron para ir desenganchándome del conjuro. Puede que me costara un gran esfuerzo, quizá de héroe, puede, pero no voy a calificarlo de proeza, ni de batalla sangrienta, ni de meta imposible. Corrieron los días y pasó. Mamá me dio la tabarra con Sonja y para mitad de Agosto, por cuatro días, me vi obligado –¡agradable obligación!– a invitarla a casa. Sonja aceptó. El veintiuno de Agosto me recliné por otros cuatro días en un refugio del Pirineo. Dos de ellos los utilicé en explorar el enorme bosque de los alrededores buscando duendes y gnomos. Los otros dos, con la imaginación calmada, los ocupé en redactar una larga carta de diez folios. En ellos contaba a Manuel toda la historia, en el tono más objetivo posible, con algunos detalles enfocados a mi agradecimiento por su amistad. Sabía que Manuel los recibiría con cariño. Buscaba la reconciliación, lo que conseguí –me contestó con unas líneas encantadoras–, pero otra consecuencia surgió de mi sinceridad: escarbar en los recuerdos de todo el curso y plasmarlos en el papel, después de desmenuzarlos sin fantasías a mi alrededor, me regaló el

desahogo y la paz, como si al cerrar el sobre me desprendiera de algo que me punzaba y que no lograba desclavar. Nunca diez folios me dieron más liberación. Y en cuanto el sobre cayó al buzón, mi último encuentro con la rubia se escapó hacia los bosques de alrededor, quizá a convivir entre los duendes y los gnomos que no hallé.

Conforme el sábado del desenlace platino se acercaba, mi inquietud por amar al ideal de mujer crecía, crecía. Repleto de paciencia entre libros y apuntes, cada verso, cada línea en boca de amante, fuera griego, latín, de Salinas, Lorca o Aleixandre, me irradiaba la fuerza del hombre apasionado para conseguir su dulce objetivo. Inés se había encajado en mí con tal fiebre que ya sentía celos de cualquier mortal que osara mirarla. Y estudiaba flemático. Fui capaz de dormir las ocho horas preceptivas tanto jueves como viernes, después de casi doce continuadas entre tema y tema. Me ayudó que las clases finalizaran el miércoles por la tarde, pues gracias a ello, no desperdigué mis esfuerzos en conversar con Gaby, en soportar la cara seria de Manuel o en espantar a mosconas indeseables. Incluso la noche del sábado, ya domingo, me acosté a la una, cerrando el libro de Lengua, con el despertador en las cinco: cuatro horas de sueño efervescente para esperar el objeto amado. Sonó el zumbido y salté de la cama. Me compuse sin excelencias y salí, a ritmo de paseo, hacia el banco del episodio. El cielo iba dejando el tono oscuro y los gorriones despertaban.

Quizá por el frescor de la madrugada, quizá por el aislamiento de tres días, quizá por la soledad susurrante de las calles, el pateo por el asfalto y las aceras se iba comiendo pedazos de mi arrogancia. Me sentía un poco Juan Lozano y, acompañando a mi pasión, llevaba la curiosidad por encontrarme ante el desenlace de toda la aventura. Recuperaba la relajación y mi pensamiento se aclaraba. No puedo negar que recordar a Inés desnuda, con sus pupilas transparentes y sus labios entreabiertos me empujaba lo suficiente para dar cinco o seis pasos sin esfuerzo... pero digamos que los dos siguientes nacían del impulso indagador, como si la influencia de la rubia descansara por extenuación o por descuido. Y cualquiera de los dos motivos me animaba a continuar hasta mi objetivo, no me detuve, caminé despacio, pero sin pausa, hasta la señal de tráfico “prohibido aparcar”.

Tomé asiento en el banco donde tuve la primera visión, y esperé. a que pasaran los cinco minutos que faltaban para las seis de la mañana. Había más luz que en la madrugada de aquel domingo pasado, los setos y el césped se

teñían de un verde más oscuro, y las sombras de las farolas se quedaban más cortitas, con menos misterio, vamos; sin bruma, la oscuridad se perdía, el sol se levantaba más amarillo e incluso el silencio era más ruidoso. Clavé la mirada en la señal de tráfico, porque tenía la seguridad de que la rubia desnuda aparecería por arte de encantamiento entre vapores o fulgores y no quería perderme el espectáculo. Desfilaron algunos vehículos por la calzada, pero ninguno con alas transparentes para regar las aceras. La falta de aliciente me hizo perder la concentración y caí en el despiste.

Sonó un claxon no muy lejos. Por reflejo, miré hacia el sonido.: un coche rojo, pequeño, que se había detenido al lado de la señal con una mujer rubia al volante. ¡Inés!... Por un instante, quise ser la parte del banco que lo sujetaba a la acera. Inés me miraba y sonreía. Mi sistema nervioso se paralizó, creo que ni respiraba. Inés me miraba y sonreía. Y en un pronto, me vino el descaro de la altanería, recordé secuencias en un fogonazo, secuencias de la rubia entregada, presta a darse al amor, y mis músculos se templaron como cuerdas de arpa dispuesta a emitir melodía de conquista. Icé mi cuerpo con superioridad y quedé unos segundos de pie, retándola. Avancé lentamente y llegué hasta la ventanilla.

–Has venido. No tuve duda –me saludó.

Por contestación, deslicé mi mano hasta su nuca y deposité un beso ligero en sus labios.

–Da la vuelta y sube.

Di la vuelta y subí. Inés me había abierto la portezuela. Era el mismo coche, lo recordaba, pero Inés no estaba desnuda, se cubría con un vestido blanco, plisado y sujeto a la cintura por un cordón dorado. Sus hombros quedaban al descubierto y, tal como se sentaba, apenas podía entrever el nacimiento de los muslos por encima de la rodilla. Todo sabía a realidad.

–Debía llegar nuestro encuentro, Juan. Era inevitable. Y está aquí.

–Sé que deseabas tenerme contigo. He venido porque quiero amarte– dije sin mirarla.

–Sí, es la razón fundamental. He luchado por conseguirlo.

–Has tenido suerte. Más mujeres esperaban este ofrecimiento, pero te he elegido. Eres mi elegida.

Inés sonrió.

Recorrimos las mismas calles. Al enfilear el sendero de piedra, vi los pinos bandearse al son de una brisa suave. Los rayos del sol ya se colaban por entre las agujas. La casa apareció como cualquier casa de campo. La verja estaba abierta. Introdujo el coche hacia la izquierda y lo detuvo bajo un entramado de yedra. Me miró y sonrió.

–¿Vamos? –propuso.

Accedí.

A los olivos y a los setos se añadían parterres repletos de flores. Entre ellos circulaba un riachuelo con cauce enlosado. El agua sonaba en pequeñas cascadas. La fachada, con la luz de primavera, estaba vieja, descuidada, satinada en los huecos de los sillares con pinceladas de verde claro, musgo y matojo. Residuos de agua de lluvia habían maldecorado el friso, y la cornisa presentaba mordeduras. En cambio, el portón, la manilla y la aldaba relucían gracias a un pintado y pulido recientes. Inés metió una llave y abrió:

–Pasa, por favor.

Atravesé el umbral, a dos pasos me giré para colocarme de costado y aguardé a que Inés se acercara. Cuando la tuve frente a mí –el trasluz dibujaba su silueta bajo el vestido– le acaricié una mejilla, la tomé por los hombros desnudos y la besé. Inés se arrebujo entre mis brazos, apretó los suyos alrededor de mi cintura y se entregó al beso con pasión contenida. Me agradó su actitud, deseaba sentirla sometida, se aferraba a mi cuerpo. Nuestras bocas se unieron un tiempo largo y sus manos me oprimían.

Inés se deshizo de mis labios, se deshizo de mi abrazo y suplicó:

–Ven.

Tomó dirección al dormitorio de invitados, cruzamos el salón, ascendimos por los escalones, sobrepasó la puerta que yo imaginaba y, tras el recodo del pasillo, otra puerta, doble y en madera tallada y brillante, se abrió a mi paso. Mirando al Este, enorme ventanal ribeteado de cortina en fieltro y visillo transparente con bordados salpicados, la estancia, amplísima, se llenaba de una luz difusa... piso en madera, alfombras, paredes en piedra con escudos de armas, espadas, dagas y una ballesta... muebles de época, cama con dosel acortinado...

Inés me esperaba con los ojos repletos de ansia. Me acerqué a ella, estiré los brazos, desaté el cordón dorado y deslicé el elástico del vestido hasta más

abajo de sus caderas para que se plegara sobre la alfombra. Volvía a verla radiantemente desnuda. Inés se quedó quieta, muy tensa, con el rostro deseando sonreír, pero soportando el gesto para pedir con ardor: “¡Ámame!”. Desde que nos encontramos frente a frente no dejé de mirarle a los ojos, ojos transparentes. Una vez desnuda, permanecí desafiante. Quiso acariciarme. Le temblaban los dedos. Cuando su mano llegó a milímetros de mi piel, la tomé con delicadeza y la aparté. Mantuve mi expresión adusta, con las cejas fruncidas y la mirada fría... aunque el cuerpo ya estuviera pidiéndome calor. Inés hacía esfuerzo por mantenerse serena, pero la sonrisa crispada y un leve temblor en los labios la delataban. Sufría por entregarse, aquella seguridad que transmitió a través de las secuencias intermitentes se había desarmado y, así como yo pretendía, la bella rubia platino comenzaba a saberse objeto de mi conquista.

Inés reaccionó. Sin quitar sus ojos de mí, anduvo hasta la cabecera de la cama y retiró la cubierta azul y la sábana blanca bordada en su centro con un escudo en hilo púrpura. Me ofreció el tálamo con una sonrisa. Era tiempo de aceptar. Llevé una mano a su hombro y acaricié su piel sin apenas rozarla, le retiré el cabello de su sien, deslicé los dedos hasta la nuca y la acerqué a mí. Con ese ademán, suspiró liberada. Sin abandonar la mirada fría, aproximé lentamente mis labios hasta los suyos y, con creciente intensidad, le regalé un beso. Sus brazos se elevaron hasta mi torso con la misma cadencia del beso, extendió las palmas hacia mi espalda y, poco a poco, sus pechos quisieron traspasar mi entraña. Ya se relajaba, su cuerpo dependía de mis órdenes silenciosas y, a cada paso de dádiva, se confiaba en recibir todo el regalo. Sentí que tenía miedo Inés, sentí su fragilidad entre mis manos, y un arañazo de ternura me lastimó el alma... Caímos sobre la cama.

Caí sobre ella sin perder sus labios. Cuando cesé en el beso, su boca quedó entreabierta porque no se había saciado. Su rostro ya no sonreía, se crispaba en la búsqueda del placer. Bajo mi cuerpo, Inés se arqueaba y su calor traspasaba mi ropa para impactar en mi piel como un grumo de lodo seco que se esparce en añicos. Le tomé las mejillas con las manos y le ofrecí una mirada dulce, sangre del arañazo en el alma, y pudo sonreír. La besé con ternura en los pómulos, en la frente, en los párpados, en las sienes, en el cuello, y cada ligero chasquido de mis labios le provocaba un estremecimiento. Quise tener su calor piel contra piel, me erguí y le permití desabrocharme la camisa para que sus manos aprisionaran mi cintura. Ahí

comenzó mi acto de pasión. Me sentí incluido de igual a igual y regresé a sus labios. Rompí las barreras que impedían el contacto carne a carne y, una vez ambos desnudos, uno junto al otro, quise absorber su cuerpo y la acaricié contra mi pecho como una manzana del deseo, la besé como una abeja liba el néctar para su sustento, porque deseaba nutrirme de su adoración. Su torso excitado se alzaba como estambre, mi boca succionaba el néctar, y mis manos sostenían la corola, la corola suave, mientras el tallo se cimbreaba. Llevé mi mano a su vientre y como si mi tacto le diera sensación de novedad candente, juntó los muslos y levantó las rodillas... por un instante, como un destello, por un instante... Noté en mi espalda sus uñas en un desgarró contenido... Con mi juego en su vientre, jadeó y ahogó alguna palabra extraña, no quería pronunciarla. Mis dedos se movían al ritmo del movimiento de sus caderas. Todavía unía los muslos, pero ahora, con mi mano entre ellos, flexionaba una rodilla girándola sobre la otra. Me separé de su cuerpo y deslicé mis labios por su vientre rígido. Entonces me pidió:

–Bésame, Juan, necesito algo tuyo en mí.

Consentí a su ruego, porque sus besos, llenos de solidez y de consagración, eran el signo de ese misticismo que llenó mi recuerdo. Al separar la mano de entre sus muslos, quedó un segundo tensa, como si acabara de sentirse hurtada por engaño, pero al sentirme de nuevo en ella, mi boca en su boca, se relajó y me tomó con un abrazo calmado. Le acaricié el costado sin rozarle: crecía su abrazo... Presioné su cadera contra la mía: se estremeció. Besándola, cada gesto, cada caricia, cada movimiento que le ofrecía iba transformándola en un ser de azúcar sucumbiendo a mi calor.

Y así, seguro de mí, exultante por el triunfo, excitado, caballero de mi dama, regresé sobre ella y busqué el ofrecimiento de la unión suprema de nuestros cuerpos como intención de acercar nuestras almas. Y cuando yo, pleno en ebullición, quise asentarme en ella, plena de provocación, creí oír: “No, no”, y en el primer acomodo gritó lo que no supe comprender si de agradecimiento o de dolor. Una vez que le di mi entrega, sonrió plácida; una vez que gozó, sonrió siniestra. Apenas percibía su rostro, porque estar en ella culminaba meses de inquietud y siete días de deseo único. Estar en ella me hizo saberme triunfador, quizá pensando en la venganza por haberme despreciado tan suavemente... pero no pude entregarme al placer.

Inés sonrió siniestra. Se creyó poseída: deseó con fervor mi cuerpo y lo

tenía. Se creyó poseedora, quiso fundirme en ella, que me sintiera fulminado, y quise gozar lentamente, pero Inés luchaba por conseguir más contacto y erguía su cuerpo y empujaba mi espalda, y cuando comenzó a sentir el principio del fin de la culminación, gritó: “¡Juan, eres Juan!”... y cuando el fin estaba cerca gritó, jadeante, con voz temblorosa: ”¡Por todos los siglos, Juan, por todos los siglos, por fin!”... y cuando llegó el fin, gimió, gimió como una posesora, la fuerza de sus brazos me tiró sobre ella, y sentí que algo de mí pasaba de su entraña a la mía, de la mía a la suya, como un tránsito de almas.

Desde meses atrás, desde que Manuel me definió en broma a la rubia como meta última de mis aventuras, creí en su embrujo esotérico y lo admití, con dudas, pero lo admití. Y desde entonces, conforme crecía mi potencial conquistador, el deseo de tomar a Inés y hacerla mía me fue dominando con el ansia de participar en su ritual, con el ansia de enamorarla y acostarme con ella para disfrutar en el juego misterioso. Y había conseguido enamorarla, había conseguido acostarme con ella, participé en el ritual, pero nació de mi iniciativa, ella puso el lugar, yo fabriqué el ambiente... Y así, la consecuencia buscada se desvaneció. Nada hubo de embrujo, transcurrió todo extremadamente real, como cualquier otra aventura, excepto quizá... ese “tránsito de almas” que nunca podré juzgar si fue cierto o producto de la culminación de un placer simultáneo.

Inés quedó casi rígida, con una sonrisa triunfante y de satisfacción limpia. Cuando mis latidos recuperaron la cadencia del reposo, me incorporé sujetando mi mandíbula con una mano, el brazo apoyado en la almohada y doblada la rodilla para mantenerme de costado hacia ella. La miré con indiferencia. Estaba acostada boca arriba, rectas las piernas, las manos unidas sobre el vientre –sonreía, ya he dicho–, y continuaba irradiando calor, una especie de aura cálida que salía de su cuerpo y envolvía la estancia. Su primer movimiento fue, aún sus ojos cerrados, girarse hacia mí y flexionar las piernas para quedar en posición fetal, con los brazos pegados al pecho y las manos unidas bajo el mentón.

Abrió los párpados y susurró:

–Gracias, Juan.

Apenas sin desplazarse, se sentó sobre la cama, cruzó las piernas, apoyó los codos sobre las rodillas y llevó las manos a la mandíbula tapándose los labios con los dedos. Dulce. En el hueco entre las piernas y su sexo, sobre la

sábana blanca, vi dos círculos rojos, húmedos. El sol del amanecer se colaba por la ventana y los rayos, ya intensos, iluminaban su silueta, su rostro. En torno a ella, el aura de calor casi se hacía sólida.

–He aguardado mucho tiempo para tener este instante junto a ti. He vagado buscando ocasiones para apagar mi deseo, pero nunca, nunca te acercabas lo suficiente. Sé que después de amarme con tu pasión platónica, que después de morir amando, de matar por mí, casi llegaste a creerme la causa de tu condenación, pero hoy he podido demostrarte que siempre fui tuya y que tu salvación necesita de mi amor. Ya nos hemos amado, ya nos amamos como los adolescentes que fuimos, y el paso de los siglos nos enseña que podemos encontrar la eternidad del amor. Tú quisiste renunciar a la paz del alma con tu soberbia, pero ahora yo soy tu puente hacia la luz, yo soy tu medio para superar la vida terrenal, y al fin lo has entendido. Estás aquí.

Habló quedo y lento. Pareció que declamaba un papel muy bien aprendido. Le escuché con relajo primero, interés luego y compasión al final. Si todavía hubiera seguido creyendo en su embrujo, quizá habría caído en la entrega.

Sonreí.

–¿Quién crees que soy?

–Sin lugar a dudas, don Juan. Don Juan, el hombre de mi alma.

–No sé a qué viene el tratamiento. Sí, soy Juan. Sí, me has atraído. Pero mi nombre es Juan Lozano y nada tengo que ver con tu alma.

–¿Por qué sigues tan arrogante? Para amar debes ser humilde. Reconóceme, concómete, piensa cómo has llegado hasta aquí, analiza tu corazón y sé fiel a tus sentimientos.

Tomé su misma posición frente a ella. El aura de su cuerpo desapareció con la sombra, pero su cabello refulgía.

–No necesito tus consejos.

–Ni lo pretendo, porque ya lo sabes.

–¿Sé, qué?

Le noté un temblor.

–Quién eres, quién soy.

–Quién soy es difícil que debas decírmelo tú. Quién eres, hasta ayer me

importaba, ahora no.

–Has sobrepasado el umbral. ¡Cuánto lo siento! Yo soy Inés. Elegí ese nombre por la candidez que me inspiraba, pero no ha sido el único. Desde hace siglos que te busco para tenerte dentro de mí, me has conocido con otros nombres. Unas veces me has despreciado, otras, las circunstancias nos han separado, siempre me has amado, pero nunca me diste tu cuerpo, y huías.

–Es interesante. Sigue, por favor.

–Por fin te he encontrado. Tenerte en mí nos une.

–Sí, por los siglos venideros.

–Tú lo has dicho. Has cubierto las etapas precisas para llegar hasta aquí, junto a mí, con deseo de poseerme. Y te he poseído. Ya te poseo.

–¿Quién crees que soy? –volví a preguntarle.

–Don Juan... Desde que elegiste tu condenación soy la dueña de tu alma y te encarnas en cada generación para que yo te busque. He encontrado esta vez el ideal de mis sentimientos y te he tratado con cariño para que seas el hombre salvado por el amor perfecto. Me debo a ti y junto a ti estaré para evitar que vagues por el infierno terreno. Te llevaré a la salvación.

–Digno discurso de un párroco aspirante a canónigo ante la oveja descarriada.

–No caigas en el sacrilegio. Yo no soy una diosa, pero quiero salvarte por amor. Te amo, Juan. Y nuestra unión, la de ahora mismo, la que has sentido con mi éxtasis es el primer escalón para tu paz. Desde hoy, depende de nosotros. Y yo soy responsable.

–Quieres decir que me has embrujado, que has dirigido nueve meses de mi vida desde el recuerdo y la distancia.

–Así es. Y tú lo sabes. A lo largo de esos días, has aprendido a amar y me has ido conociendo con las revelaciones y tus reflexiones. Has crecido en espíritu para convertirte en lo valioso que debías ser. Una vez conseguido, tu salvación se basa en mantener la sabiduría del amor. Soy la elegida para ello. Te amo, me amas. Los dos necesitamos el mismo camino. Dulces días como hoy nos llevarán al aura blanca.

–Sí, he aprendido bastante.

Bajé de la cama y me vestí con su mirada atenta y enamorada en mis ojos.

La sentía en cada gesto de rutina, la sentía amándome. Sin más palabras, la dejé. En el camino a la puerta, oí:

–Volverás. Estaré aquí.

Cuando abría la verja, una voz desgarrada...

–¡¡Juan!!

Sonja da por bueno mi relato. De él dice ahora mismo, cuando acabo:
“Don Juan no lo firmaría”. Pero yo no soy don Juan.

“Entre los hombres que van tras muchas mujeres podemos distinguir fácilmente dos categorías. Unos buscan en todas las mujeres su propio sueño, subjetivo y siempre igual, sobre la mujer. Los segundos son impulsados por el deseo de apoderarse de la infinita variedad del mundo objetivo de la mujer.

La obsesión de los primeros es lírica: se buscan a sí mismos en las mujeres, buscan su ideal y se ven repentinamente desengañados porque un ideal es, como sabemos, aquéllo que nunca puede encontrarse. El desengaño que los lleva de una mujer a otra le brinda a su inconstancia cierta disculpa romántica, de modo que muchas mujeres sentimentales pueden sentirse conmovidas por su terca poligamia.

La segunda obsesión es épica y las mujeres no ven en ella nada conmovedor: el hombre no proyecta sobre las mujeres un ideal subjetivo; por eso, todo ello le resulta interesante y nada puede desengañarlo. Y es precisamente esa incapacidad para el desengaño la que contiene algo de escandaloso. La obsesión del mujeriego épico le produce a la gente la impresión de que no se ha pagado nada a cambio de ella (no se ha pagado con el desengaño).

Debido a que el mujeriego lírico persigue siempre al mismo tipo de mujeres, nadie se da cuenta de que cambia de amantes; los amigos le crean permanentemente conflictos porque no son capaces de diferenciar a sus amigas y les atribuyen siempre el mismo nombre.

Los mujeriegos épicos se alejan cada vez más, en su búsqueda del conocimiento, de la belleza femenina convencional, de la que se han hartado rápidamente, y terminan indefectiblemente como coleccionistas de curiosidades. Saben que lo son, les da un poco de vergüenza y, para no poner a los amigos en aprietos, no suelen salir públicamente con sus amantes.”

**De “La insoportable levedad del ser”.
Milan Kundera.**

DON JUAN Y LOS DONJUANES

Tomar a don Juan con odio me resulta gracioso, porque odiar me suena importante, y don Juan sólo es importante como personaje literario. Y si ha sobrevivido cuatro siglos, es porque a la calidad literaria se une un reflejo en la realidad que le hace perdurable; pero los donjuanes reales son dignos de compasión, no de odio.

Don Juan proclama y ejerce bajezas humanas: posesión y placer sexual, por lo que su talante solamente se respeta por otro donjuán. Quizá Torrente Ballester –potencialmente un donjuán, deduzco– es el único autor que ha pretendido justificar el reflejo de esas bajezas como producto de las circunstancias y de la leyenda, y lo ha hecho con tal belleza que transmite una querencia hacia el personaje, así, aunque con distinto trato, como Zorrilla, que lo salvó por medio de doña Inés, único amor de don Juan. Y es que todo hombre, en mayor o menor medida, en una u otra época de la vida, ha querido ser conquistador de cuerpos femeninos, ha querido esgrimir alguna arma de Tenorio, aunque sólo haya sido para enamorar a su amada. Y como el amor es tan humano, el poso queda, y quien no lo elimina siempre lo tiene presente para sentir algo por ese personaje: odio, admiración, antipatía, pena...

No conozco ninguna autora que haya recreado un don Juan. El Tenorio desprecia a la mujer, pero toda mujer ha soñado ser seducida por un don Juan, aunque sólo fuera para odiarlo después. Y es que don Juan, aparte sus objetivos, desprende atributos varoniles, los que llenan el ego femenino. ¡Cuántas mujeres han soñado con ser seducidas por don Juan porque se creían capaces de atarlo, de volverlo a la senda del amor, de ser doña Inés!

Don Juan hoy se encontraría con un campo de acción muy reducido. Su actitud no se tomaría como delito, y probablemente encontraría mujeres dispuestas a utilizarlo, lo conseguirían y se sentiría frustrado. Quizá tuviera éxito con mujeres casadas hastiadas del matrimonio, pero como resultado, el tipo de reacción del marido que él pretende, en su papel de hombre inmaduro que desea cometer felonía, no se produciría tal como él pretendía, por lo que cambiaría de objeto de conquista: ¿quizá la política?

Donjuanes seguirán existiendo, menos, y mujeres seducidas, también, y también menos, porque el personaje es producto de una carga moral, y la moral cambia a través de las épocas, pero los instintos son inmortales, más o

menos dominados, más o menos reprimidos, y el tirón de entrepierna y el deseo de posesión son inherentes al individuo (gracias que hoy individuo engloba a hombre y mujer), por lo que lustros quedan para que don Juan no sea exclusivamente mito literario.

Don Juan es un personaje de ficción; y los donjuanes, unos pobres hombres de alma vacía que siempre andan al encuentro de una fantasía, son inmaduros, carentes de afectividad y acomplexados, por lo que buscan reflejar "su hombría" en el único atributo viril que saben hacer funcionar (?). Hoy, don Juan Tenorio sería conquistado. Quedan soñadoras (¡bendición!), pero no estúpidas encandiladas.

Zaragoza, a 9 de marzo de 1991

José Antonio Prades